

JENNIFER RYAN



ePUB

Las chicas del coro



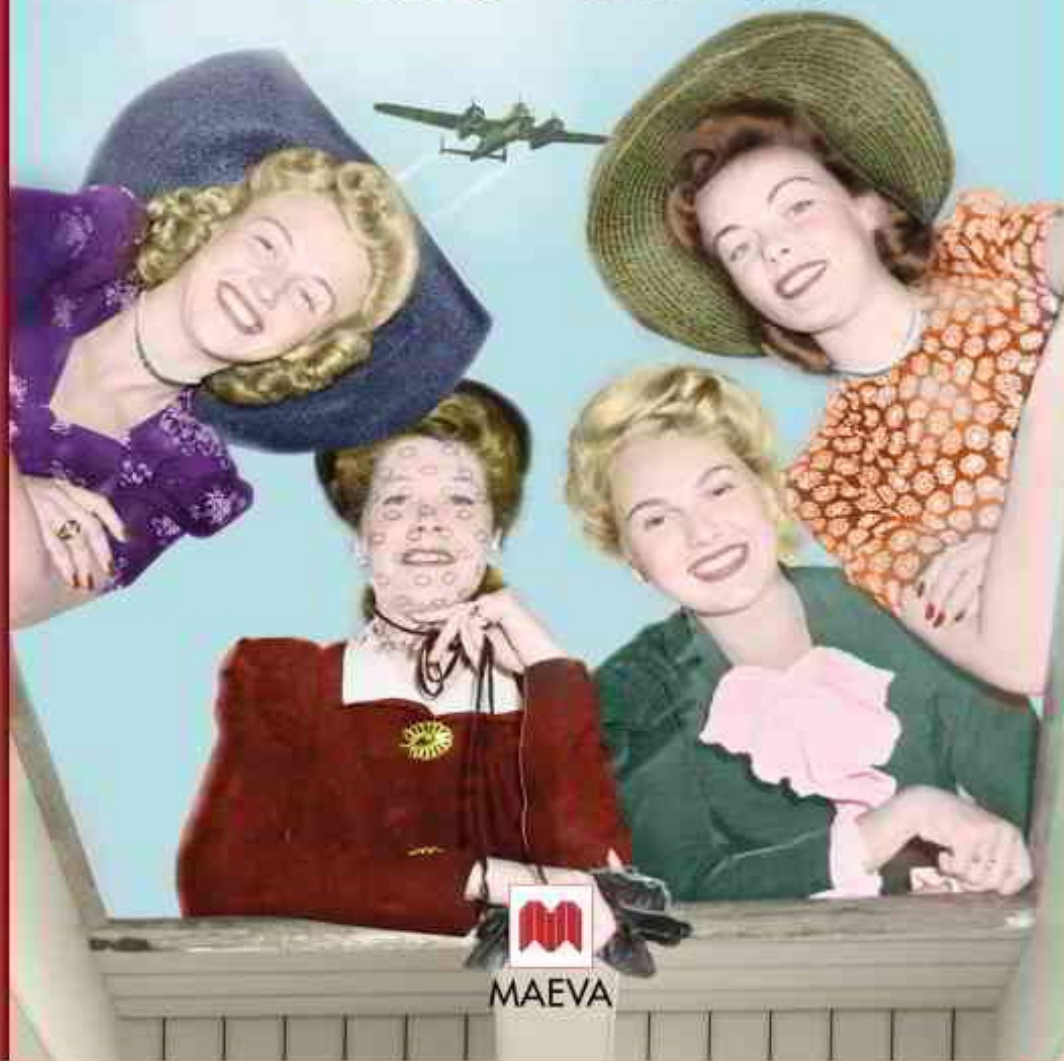
MAEVA

JENNIFER RYAN



ePUB

Las chicas del coro



Las chicas del coro

JENNIFER RYAN



Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)



Escaneo y corrección del doc original:



Este fichero ePub cumple y supera las pruebas
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.

Si deseas validar un ePub On Line antes de
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en

<http://threepress.org/document/epub-validate>

Acerca de la Autora



Jennifer Ryan es una escritora angloamericana nacida en un pequeño pueblo de Inglaterra que actualmente vive en Washington DC. Trabajó durante varios años como editora de libros de no ficción en Londres, y comenzó a escribir en su tiempo libre. Tras el nacimiento de sus hijos, finalizó *Las chicas del coro*, su primera novela, que está inspirada en las historias que le contaba su abuela y en archivos de la época.

[Web Oficial, en inglés](#)

*A mi abuela, Mrs. Eileen Beckley,
y a las mujeres del frente interno*

Resumen

A principios de 1940, los estragos de la guerra se hacen notar incluso en la pequeña población de Chilbury, en el condado de Kent. Con la mayoría de los hombres en el frente, el vicario decide cancelar los ensayos del coro, pero la directora, Primrose Trent, se opone a esta decisión y convierte el tradicional coro mixto en un coro formado solo por mujeres. Bajo su firme batuta, las chicas del coro siguen adelante, superan los desafíos propios del tiempo que les ha tocado vivir y hasta participan en un concurso del condado. A través de la narración de cuatro mujeres del coro, que se alternan a lo largo de la novela, el lector sigue las idas y venidas de los habitantes de Chilbury. A pesar de las duras circunstancias propias de la guerra, cortes de luz, toques de queda y bombardeos, habrá lugar para el amor, traiciones, disputas familiares y se revelarán secretos. Las protagonistas comprobarán hasta qué punto las creencias más arraigadas pueden ser puestas a prueba en tiempos difíciles.

**Aviso colgado en el tablón de anuncios
del salón social de Chilbury
Domingo 24 de marzo de 1940**

Dado que todas nuestras
voces masculinas se han
ido a la guerra, el coro
del pueblo será
clausurado tras el funeral
del comandante Edmund
Winthrop el próximo
martes.

El vicario

Diario de la señora Tilling

Martes 26 de marzo de 1940

El primer funeral de la guerra y no había forma de que nuestro pequeño coro de pueblo cantase sin desafinar. El *Santo, santo, santo* nos salía renqueante, como si fuéramos un estruendoso grupo de gorriones trinando. Pero no se debía a la guerra, ni a que ese joven sinvergüenza de Edmund Winthrop hubiera muerto reventado por un torpedo en su submarino, ni siquiera a la pésima dirección del vicario. No, se debía a que esta era la última actuación del Coro de Chilbury. Era nuestro canto de cisne.

—No veo por qué tenemos que cerrar —protestó la señora B más tarde, cuando nos congregamos en el nebuloso cementerio—. ¡Ni que supusiéramos una amenaza para la seguridad nacional!

—Todos los hombres se han ido —respondí en un susurro, consciente de que nuestras voces llegaban e incomodaban a los asistentes al funeral—. El vicario dice que no podemos tener un coro sin hombres.

—¿Solo porque los hombres se hayan ido a la guerra tenemos que cerrar el coro? ¡Precisamente cuando más lo necesitamos! A ver, ¿qué será lo próximo que disuelva? ¿Sus queridos campaneros? ¿La misa de los domingos? ¿La Navidad? ¡Espero que no! —Se cruzó de brazos, ofuscada—. Primero se

llevan a nuestros hombres a luchar, luego nos obligan a trabajar a las mujeres, después racionan la comida y ahora nos cierran el coro. Cuando los nazis vengan no quedará más que un puñado de mujeres tristes dispuestas a rendirse.

—Pero estamos en guerra —dije, intentando aplacar sus sonoras quejas—. Las mujeres tenemos que asumir tareas extra, colaborar con la causa. A mí no me importa hacer labores de enfermera de hospital, aunque ya estoy bastante atareada atendiendo el consultorio del pueblo.

—El coro ha formado parte de Chilbury desde siempre. Hay algo estimulante en cantar juntos. —Sacó pecho, como un exuberante mariscal de campo con su voluminoso cuerpo robusto.

La comitiva fúnebre comenzó a dirigirse hacia Chilbury Manor para la copa de jerez y el sándwich de pepino de rigor.

—Edmund Winthrop... —suspiré—. Con apenas veinte años y reventado en el mar del Norte.

—Era un pendenciero despiadado, y tú lo sabes bien —gruñó la señora B—. ¿No te acuerdas de que intentó ahogar a tu David en el estanque del pueblo?

—Sí, pero eso fue hace años —susurré—. En cualquier caso, estaba claro que Edmund no iba a salir muy estable, con ese padre suyo zurrándole la badana todo el día. Estoy segura de que el brigadier Winthrop se arrepentirá de más de una cosa ahora que Edmund ha muerto.

O no, por lo que se ve, pensé mientras lo observábamos, golpeando su bastón contra su bota militar, con las venas del cuello y la frente amoratadas de rabia.

—Está furioso porque se ha quedado sin heredero —criticó la señora B—. Los Winthrop necesitan un varón para que herede o perderán la casa de la familia. Sus hijas les importan un comino... —Miramos a la joven Kitty y a la hermosa Venetia—. El estatus lo significa todo para el brigadier. Al menos la señora Winthrop vuelve a estar embarazada. Esperemos que

esta vez toque un niño.

La señora Winthrop se encontraba encorvada, como un gorrión aplastado por el peso de la pérdida de Edmund. *La siguiente podría ser yo*, pensé, y me vino a la cabeza mi David, tan adulto con su uniforme nuevo del ejército. Tiene las espaldas más anchas desde la instrucción, pero su sonrisa y su dulzura siguen siendo las mismas. Yo sabía que se alistaría al cumplir los dieciocho, pero ¿por qué ha sido todo tan rápido? El mes que viene lo mandarán a Francia, y no puedo evitar preocuparme al pensar en cómo voy a seguir viviendo si le pasara algo. Es todo lo que tengo desde que Harold nos dejó. Edmund y David jugaban juntos de pequeños, a soldados o a piratas, a cualquier clase de batalla que Edmund estaba seguro de ganar. Solo puedo rezar para que la participación de David en la contienda no termine del mismo modo.

La guerra se ha desarrollado de una forma tensamente tranquila hasta ahora, con Hitler ocupado en adueñarse del resto de Europa. Pero sé que vendrán, y pronto estaremos rodeados de muerte. Será como la última guerra, que se llevó por delante a toda una generación de hombres, incluido mi padre. Recuerdo el día en que llegó el telegrama. Nos disponíamos a sentarnos para merendar, el sol entraba en el comedor mientras en el gramófono sonaba Vivaldi. Escuché cómo se abría la puerta de casa, y luego el golpe del cuerpo de mi madre desplomándose en el suelo mientras la luz del sol se colaba en el interior, de improviso.

Ahora nuestras vidas van a verse de nuevo alteradas: más muertes, más trabajo, más apañarnos con lo justo. Y, además, nos quedamos sin nuestro querido coro. He pensado en escribir una protesta al vicario. Pero, como de costumbre, seguramente no lo haga. Nunca he sido de armar jaleo. Mi madre me decía que las mujeres hacían mejor en sonreír y obedecer. Pero a veces me siento tan frustrada por todo. Me entran ganas de soltarlo a gritos.

Supongo que por eso empecé a escribir un diario, para poder expresar las cosas que no me atrevo a decir en voz alta.

En un programa de radio escuché que un diario te puede ayudar a sentirte mejor cuando tus seres queridos están lejos, así que ayer salí y me compré uno. Estoy segura de que pronto estará lleno, sobre todo cuando David se marche y me quede sola, con mis pensamientos asolando mi cabeza y sin poder soltarlos. Siempre he soñado con ser escritora, y supongo que esto es lo más parecido a lo que voy a llegar.

Cogida del brazo de David y siguiendo a la comitiva rumbo a Chilbury Manor, volví la vista hacia la vieja y decrepita iglesia.

—Voy a echar de menos el coro.

A lo que la señora B replicó con rotundidad:

—Pues no te he visto pedir al vicario que cambiara de opinión.

—Pero señora B —dijo David con una sonrisita—, siempre le dejamos a usted los follones. Se le dan bien.

Tuve que ocultar mi sonrisa con una mano, aguardando la ira de la señora B, pero en ese momento el vicario nos adelantó, trotando a toda velocidad tras el brigadier, que avanzaba a grandes zancadas hacia la mansión.

La señora B lo miró, alzó su paraguas con seria determinación y salió con paso firme tras él, llamándolo:

—¡Vicario! Tengo una cosita que comentarle.

Era su típico e inconfundible grito de guerra.

El vicario se volvió y, al verla acelerar el paso, echó a correr como alma que lleva el diablo.

Carta de la señorita Edwina Paltry a su hermana Clara

*3 Church Row,
Chilbury,
Kent*

Martes 26 de marzo de 1940

¡*A*gárrate, Clara, porque vamos a ser ricas! ¡Me han ofrecido el negocio más rastrero que te puedas imaginar! Ya sabía yo que esta maldita guerra tendría sus tesoros. ¡Quién iba a pensar que este oficio de la partería resultaría tan lucrativo! Pero lo que jamás hubiera imaginado es que una joyita de negocio tan sórdido me llegaría del estirado brigadier Winthrop, ese déspota de clase alta que se cree el dueño de este pueblecito puritano. Sé que me vas a decir que es inmoral, incluso para mí, pero necesito escapar de esta existencia rebajada de matrona enjaulada. Necesito volver a la vieja casa, donde poder llevar mi propia vida y ser libre.

¿No lo entiendes, Clara? Pronto podré devolver el dinero que debo, como prometí, y por fin verás lo lista que soy y cómo puedo enmendar los errores del pasado. Podremos dejar todo atrás, y no volver a hablar de lo que sucedió con Bill (aunque siempre digo que te salvé de él). Después compraré la casa de nuestra infancia en Birnham Wood, rodeada de campo y acantilados junto al mar, y viviremos tranquilas y felices igual

que antes de que muriera mamá. Me olvidaré de los partos, de los bebés y de las repulsivas erupciones en las partes íntimas; de la gente dándome órdenes y riéndose de mí a mis espaldas. Volveré a ser dueña de mi existencia, sin nadie que me vigile.

Pero deja que te cuente el negocio desde el principio, pues ya sé cómo eres con los detalles. Fue en el funeral de Edmund Winthrop, el despreciable hijo del brigadier, que murió hecho papilla en un submarino la semana pasada. Solo tenía veinte años. Era un reptil asqueroso y se convirtió en comida para peces.

La mañana del funeral era gélida y lluviosa, como un tortazo en la cara con un bacalao recién pescado. Parecía que éramos nosotros los que estábamos en el mar del Norte, por el viento salvaje y las nubes siniestras, mientras un halcón monstruoso volaba en círculos sobre nuestras cabezas, en busca de una víctima. «Muy apropiado», escuché que alguien murmuraba mientras avanzábamos por el cementerio embarrado, apurados bajo los paraguas, hacia la sombría y húmeda iglesia.

En el templo, lleno hasta los topes, retumbaba el eco de los murmullos de los chismosos asistentes. En primera fila se sentaban los Winthrop y sus amigos aristócratas, emperifollados y acicalados como una recua de cisnes negros. Como de costumbre, se veía una mancha de uniformes verde oliva y gris azulado, hombres uniformados que se creen especiales cuando en realidad no son más que unos estúpidos. Necios con uniforme, como les llamo yo.

El resto de lugareños (en estos tiempos, básicamente mujeres con chaquetones de lana) nos teníamos que apiñar tras ellos para oír esa porquería de coro, cuatro voces desafinadas que destrozaban el *Santo, santo, santo*. Las señoras finas del pueblo están enfadadas porque van a cerrar el coro, pero después de una actuación como esa prefiero escuchar un coro de gatos.

La madre del soldado fallecido se pasó toda la deprimente

misa sollozando y temblando bajo su traje negro. Está embarazada otra vez, un poco tarde, aunque tenga treinta y muchos. Dicen que el malvado de su padre la obligó a casarse con el brigadier con apenas dieciséis años, y desde entonces vive aterrorizada por él.

Sin embargo, era la única que lloraba. Los demás no éramos tan ciegos al comportamiento brutal y arrogante de Edmund, calcado al de su padre. Estoy segura de que incluso había algunos presentes que veían en su temprana muerte un justo castigo.

Procurando, con cierta dificultad, aparentar tristeza, sus dos hermanas, ahora de dieciocho y trece años, se sentaban obedientes junto a su afligida madre. A la mayor, Venetia, de pelo dorado y ademanes coquetos, se la veía más interesada en lanzar miraditas y guiños a ese nuevo artista tan guapo que estaba en el funeral. La pequeña Kitty, desgarrada como un cervatillo, miraba a su alrededor como si hubiera visto un fantasma, su rostro puntiagudo parecía el de un duendecillo bajo el brillo azul púrpura de la vidriera que dominaba el altar. A su lado, la jovencita refugiada extranjera permanecía impassible, como si ya hubiera visto antes la muerte y muchas cosas más.

El brigadier resplandecía como un buitre autoritario, elevándose por encima de los demás ocupantes de la iglesia con sus lustrosas medallas y su prestigio de clase alta. Golpeaba rítmicamente su fusta de punta de plata contra su bota. Su carácter violento es bien conocido, y nadie iba a importunarlo hoy. Y es que no solo ha perdido a su único hijo varón, sino también la fortuna familiar. La propiedad de Chilbury Manor tenía que ser para un heredero varón, y la muerte de Edmund ha sumido a la familia en la agitación. El brigadier sería considerado un pardillo si permitiera que la herencia de su familia se esfumase ante sus ojos. Pero conozco a este tipo de personas. No se quedará de brazos cruzados.

Después de la agotadora misa, cogimos nuestras cajas con las máscaras de gas y avanzamos apesadumbrados entre

ráfagas horizontales de lluvia helada que cortaban como cuchillos hasta Chilbury Manor, una monstruosidad de mansión georgiana erigida sin medida por algún antepasado pretencioso de los Winthrop.

Subí entre resoplidos las escaleras que llevaban a la enorme puerta de entrada, soñando con una copa de lo que fuera y un sofá grande y cómodo, pero la mansión estaba llena de dolientes que olían a humedad y paraguas mojados. Había tanto barullo como en King's Cross, pues en el vestíbulo porticado de mármol resonaba el eco de los tacones de las mujeres y la ruidosa cháchara. Los Winthrop son una familia de abolengo y rica, y los lugareños son unas sanguijuelas descaradas, todos dejándose ver por si lograban posar sus sucias manos en los despojos.

¿Y qué pintaba yo allí? Como estoy sacando tajada, tengo que estar al corriente de todo lo que sucede en esa casa. No sé si sabrás que el brigadier ya me había pagado antes para que mantuviera la boca cerrada acerca de sus aventuras amorosas, incluido aquel embarazo no deseado del año pasado, y sobre la gonorrea que el repugnante de su hijo estaba propagando por medio pueblo. Esta guerra supone una oportunidad para mí. Cualquier matrona que se precie tiene que comprender las posibilidades que conlleva una situación como esta, sobre todo con estos terratenientes degenerados que se las dan de respetables. Son presa fácil para la extorsión. Veinte por aquí, cuarenta por allá... Todo suma.

Al entrar, mis ojos se fijaron en una criada bastante mona que estaba de pie en las escaleras para evitar el gentío, sosteniendo en equilibrio una bandeja con copas de jerez. Era una muchacha de cuello largo y elegante pero de lengua amarga como el requesón. Acudió a mí con una gonorrea que le había pegado el año pasado el comandante Edmund, como a la mitad de este maldito pueblo. Me contó que le había prometido casarse con ella, que le procuraría dinero, libertad, amor; y luego desapareció con la Marina en cuanto estalló la guerra. Me dio lástima, así que le conté lo de las otras mujeres —la

anterior criada, la mujer del jardinero, la hija del vicario—, todas con la misma enfermedad. Yo las había tratado a todas, y también a Edmund, esa bestia asquerosa. La criada se llamaba Elsie. Creo que la importunó un poco que le contara los secretos de los demás, sin duda preocupada por el suyo, pero le dije que lo hacía porque ella y yo éramos amigas.

Le ofrecí una sonrisa cómplice y cogí una copa de jerez de su bandeja. Nunca se sabe cuándo esta gente puede resultar de utilidad.

A continuación me uní a la cola de las condolencias tras la plomiza señora Tilling, enfermera, miembro del coro y una farisea deplorable.

—Siempre será recordado como un héroe —decía con inmensa emoción.

Es tan bienintencionada que me entran ganas de meter su cara alargada en un barril de cerveza para que espabile.

—No deberían pasar cosas así —terció la señora B, otra integrante del coro, toda estirada con la clásica vehemencia de la clase alta, insufrible a la vez que insoportable. Su nombre completo es señora Brampton-Boyd, y la exaspera que todo el mundo la llame señora B.

Al acercarme al final de la cola, la señora Tilling hizo un mohín de disgusto. Nunca le he caído bien. He pisado su territorio de enfermera, acercándome demasiado a su comunidad rural. También puede que haya oído hablar de algunas de mis prácticas menos ortodoxas. O de los sobornos.

—¡Es tan trágico! —dije con mi mejor voz—. Se ha ido tan joven.

Plantando una sonrisa de labios cerrados en mi rostro, me aparté a un lado rápidamente, me quedé sola, mientras la gente me lanzaba miradas de vez en cuando, preguntándose qué hacía yo allí.

Justo cuando estaba pensando en abrir algunas puertas y husmear un poco, un mayordomo con pinta de trasgo jorobado

me condujo a la sala de estar, donde supuse que participaría en algún acto funerario reservado a la clase alta, pero me encontré a solas en aquella enorme estancia silenciosa.

El sonido lejano de alguien aporreando la sonata del *Claro de luna* en un piano resonaba inquietante en los techos decorados mientras yo pasaba los dedos sobre el brocado dorado del sofá. Luego así una escultura de bronce de un griego desnudo que pesaba como un arma letal. La opulencia de la sala era deslumbrante, con sus cortinas de seda azul hasta el suelo, sus majestuosos retratos de repulsivos antepasados, sus estatuas de porcelana, su antigüedad, su pretenciosidad.

No podía evitar pensar que si yo poseyera esa cantidad de pasta haría algo mucho mejor, alegraría un poco la casa. Olía como la muerte, tan a viejo como los difuntos de las paredes, tan a rancio como los ojos del ciervo decapitado que me observaba desde la pared de paneles de roble, cogiendo polvo y ceniza. Me recordó a la última guerra, la Gran Guerra, en la que todo el dinero del mundo no servía para escapar de la muerte. Nos igualaba a todos. Es curioso lo rápido que regresaron las cosas a la normalidad. Los ricos al mando, nosotros debajo, peleando por sobrevivir.

Saqué mi paquete de cigarrillos y encendí uno. El humo sinuoso fue serpenteando hacia las cortinas, adueñándose del lugar.

Me llegó una voz ronca por la espalda:

—¿Podemos hablar?

Una mano me agarró del codo, y casi sin darme cuenta me arrastraron hacia una puerta al fondo de la sala. Me giré y vi al brigadier, con las venas púrpura lívidas en sus sienes. La noche pasada debió de estar en el Scotch hasta tarde. Me condujo a empujones al interior de un despacho rebosante de masculinidad, con muchas sillas de cuero y pilas de papeles y documentos. El olor a puro se mezclaba de un modo desagradable con su aliento fétido como de perro muerto.

Cuando cerró la puerta con llave, comprendí que aquello

significaba dinero.

—Siento mucho su pérdida —dije, observando el entorno, intentando disimular cualquier turbación. El brigadier es un pez gordo, su presencia impone, es entrometido, grosero y antipático, pero poderoso y despiadado. Es de los de antes, de esos que piensan que la clase alta todavía tiene derecho a ir avasallando. De los que creen que pueden ir dándonos órdenes y actuar como si el país fuera suyo.

—Sabía que vendrías —masculló irritado, trastabillándose por la bebida—. Por eso le pedí a Progett que te condujera a la sala de estar. Tengo un encargo para ti. Y no tenemos mucho tiempo.

Se sentó en su enorme escritorio, muy profesional, dejándome de pie frente a la mesa, cual sirviente esperando órdenes. Pensé en acercar una silla, pero imaginé que tal acto de rebeldía me haría perder algo de pasta, así que me conformé con posar mi bolso negro en el suelo y esperar.

—Antes de empezar, debo asegurarme de que cuento con tu absoluta discreción —dijo, entrecerrando los ojos como si esto fuera un tratado oficial de guerra, aunque estaba completamente segura de que no iba a ser nada por el estilo.

—Por supuesto que la tiene. Siempre la ha tenido —mentí, fulminándolo con la mirada por haberse atrevido a dudar de mi integridad. No me asustaba con sus maneras militares de clase alta—. Soy una profesional, brigadier, si es a eso a lo que se refiere. Nunca me sorprende lo que se me pide. Y siempre mantengo la boca cerrada.

—Necesito que hagas un trabajito —dijo con brusquedad—. Me han dicho que estás dispuesta a ir más allá de los servicios habituales.

—Eso depende de cuál sea el servicio en cuestión —dije— y de cuánto se me pague.

Observé un brillo en uno de sus ojos, y se acomodó en el asiento. Le estaba hablando en el lenguaje que él quería oír,

más interesada en el dinero que en la naturaleza del acto.

—Un montón de dinero podría ser tuyo.

—¿Qué es exactamente lo que tiene en mente?

Para entonces ya suponía que iba a salir con algo gordo, algo que podría llenarme bien los bolsillos. Habría apostado a que otra aventura había acabado mal —quizá con alguna mujer notoria implicada, puede que alguna del pueblo—, así que me quedaría corta al decir que me dejó aturdida cuando me espetó:

—Nuestro bebé tiene que ser un varón.

Hubo un silencio mientras yo intentaba adivinar a qué se refería. Evaluó mi reacción, escrutándome con la mirada, debatiendo si yo tenía la valentía, falsedad y codicia requeridas.

—El nuestro no va a ser el único parto que haya en el pueblo esta primavera —continuó, actuando como si estuviera dando complejas órdenes en el frente—. Y nuestro bebé tiene que ser un niño. Si hay algún modo de asegurar que esto sea así...

Caí en la cuenta. Era indignante. Quería que cambiara al suyo por un bebé varón del pueblo, en el caso de que fuera niña. Me humedecí los labios, manteniendo con gran dificultad la maldita gran sonrisa en mi cara. ¡Lo iba a desplumar por algo así! Pero no podía perder la calma. Iba a exprimirlo al máximo.

—Considero que sería un riesgo tremendo, amén de poner en un inmenso compromiso mi integridad —dejé caer.

Se inclinó sobre la mesa, abandonando su fachada por un momento, con los ojos saliéndose de las órbitas, inyectados en sangre y como globos.

—Pero ¿se puede hacer?

—Posiblemente —respondí, elusiva. Sabía que podía hacerlo. Tengo una potente pócima de hierbas que provoca el parto de inmediato, y el pueblo es pequeño, se puede llegar de una casa a otra en cuestión de minutos.

—Por supuesto, cualquiera que colabore para que esto

sucedá, será bien recompensado —dijo sin alterarse, jugando con su bigote entre los dedos como si se tratara de una cuestión del campo de batalla.

—¿Cómo de bien?

Hubo un alboroto al otro lado de la puerta que le hizo contenerse.

—Eso podemos discutirlo en otro momento y lugar.

Se levantó y se dirigió a la ventana. Había una cristalera francesa que daba a una amalgama de prados y valles que descendían hasta el canal de la Mancha, gris y agitado como agua de fregar sucia.

—Nos veremos dentro de dos jueves en la cabaña del bosque de Peasepotter —dijo en voz baja.

—Allí estaré —susurré.

—Ahora, márchate —añadió. Luego, giró la cabeza y clavó los ojos en mí con una repulsión amenazante—. Y no menciones esto a nadie.

Feliz de poder escapar, me volví y eché a correr hacia la puerta. Forcejeé con la llave en la cerradura y luego cerré con suavidad al salir para después dirigirme hacia el concurrido vestíbulo. Apreté el paso esquivando a un lado y a otro a dolientes ataviados de negro, uniformados y vecinos entrometidos. Salí directamente por la puerta principal sin despedirme ni pedir permiso a nadie. Todavía había gente llegando por el amplio camino de acceso, así que tuve que contener mis saltos de alegría mientras trotaba exultante de regreso al pueblo.

Cuando llegué a mi triste casita, solté un grito bien merecido, alzando los brazos al aire y riendo de puro placer. Esto va a funcionar.

Te demostraré que puedes perdonarme por lo que pasó con Bill, y por haberme llevado el dinero cuando salimos corriendo. ¿Cómo iba yo a saber que luego él cogería la pasta y desaparecería a la primera oportunidad?

Podemos volver a ser felices, tú y yo, como cuando éramos pequeñas. Es curioso, nunca piensas en la suerte que tienes hasta que te lo quitan todo: primero la muerte de mamá, luego tener que quedarnos con el asqueroso tío Cyril mientras papá estaba en la cárcel, encerradas en su ático como esclavas... Pero todo eso se acabó. Dejaremos atrás el pasado, Clara.

Es el momento de ponerse manos a la obra. Hay otras dos mujeres en el pueblo que saldrán de cuentas en las mismas fechas que la señora Winthrop. La mustia señora Dawkins, la de la granja, está en el cuarto mes, así que será sencillo. Menos fácil será la maestra mojigata, Hattie Lovell, que tiene al marido en el mar. Hattie es muy amiga de esa exasperante enfermera, la señora Tilling, que ha hecho el curso de matrona y se cree con derecho a meter sus narices en mi negocio de los partos. Siempre que voy a visitar a Hattie, me la encuentro allí, actuando como una matrona de primera, diciendo que va a ser la comadrona en el parto. No lo entiende. En este pueblo solo hay sitio para una partera.

Te volveré a escribir después de mi encuentro con el brigadier. ¿Quién hubiera dicho que un caballero de clase tan alta podría caer tan bajo? Lo pienso desplumar como nunca antes lo hayan hecho. Esta vez no te defraudaré, Clara. Tendrás el dinero que te debo, te lo juro.

Edwina

Diario de Kitty Winthrop

Sábado 30 de marzo de 1940

En la radio contaron que escribir un diario en estos tiempos difíciles es excelente para mantener la moral alta, así que he decidido apuntar todas mis ideas y sueños en mi viejo cuaderno de la escuela. Nadie tiene permiso para leerlo, excepto quizá cuando yo sea vieja o esté muerta, y entonces se debería publicar como un libro, creo.

Cosas importantes sobre mí

Tengo trece años y de mayor quiero ser cantante, ponerme vestidos maravillosos y actuar ante un público ferviente en Londres y París, e incluso quizá también en Nueva York. Pienso que llevaré bien la fama y que se me conocerá por mi tremenda sensatez.

Vivo en un pueblo anticuado lleno de casas viejas que siempre huelen a humedad y a bolas de naftalina. Hay un parque con un estanque con patos, una tienda, un salón social y una iglesia medieval con un cementerio lleno de maleza. En la iglesia teníamos un coro hasta que el vicario decidió que sin hombres no podíamos seguir. Le he estado insistiendo para que

cambie de opinión, pero no me hace caso. Mientras tanto, intenté montar un coro en la escuela, pero la han evacuado a Gales y mamá no quiso que me fuera. Ahora nuestro mayordomo, Progett, tiene que recorrer cada día en coche cinco millas hasta la escuela de Litchfield para llevarme. No es un mal sitio, pero nadie quiere apuntarse a mi coro.

Tengo una hermana muy mala, Venetia. Tiene dieciocho años. También tenía un hermano, pero murió en un bombardeo en el mar del Norte. Vivimos en la casa más grande del pueblo, Chilbury Manor, enorme pero gélida en invierno. No es tan original como Brampton Hall, donde vivía Henry Brampton-Boyd hasta que se alistó en la RAF para combatir a los nazis en su Spitfire. Cuando tenga la edad, nos casaremos y tendremos cuatro hijos, tres gatos y un perro grande que se llamará *Mozart*. Llevaremos una vida de lujo, aunque deberemos esperar a que el anciano señor Brampton-Boyd se muera para heredar Brampton Hall, y como el hombre prefiere estar en la India, nadie sabe cuándo sucederá eso. Venetia dice en broma que se queda allí solo para estar lejos de su mujer, la dominante señora B, y si yo estuviera en su lugar, sentiría la tentación de hacer lo mismo.

Sobre la guerra

Esta guerra está durando demasiado. Ya van algo más de seis meses. La vida se ha vuelto insufrible. Todo el mundo está ocupado, no hay comida, ni ropa nueva, ni sirvientes, ni luces cuando cae la noche, ni hombres en el pueblo. Tenemos que cargar con las máscaras de gas a todas partes, y dirigimos aburridas a refugios antiaéreos cada vez que suenan las sirenas (aunque hasta ahora no han sido muchas veces). Cada tarde tenemos que correr unas gruesas cortinas negras en las ventanas para que la luz no advierta a los aviones nazis de nuestra ubicación. El sonido crepitante de los partes de noticias

en la radio no se acaba nunca, y todo el rato me mandan callar y me prohíben tocar el piano.

Papi es brigadier, aunque no tengo ni idea de por qué, ya que nunca combate, solo va ocasionalmente a Londres a solucionar lo que él llama «asuntos de guerra». Creo que intenta participar en las reuniones de la Oficina de Guerra, pero le ponen excusas para no dejarlo entrar. Últimamente está especialmente irritado, con la fusta siempre lista para recordarnos cuál es nuestro sitio. Venetia y yo intentamos mantenernos lejos de casa todo lo posible. Mamá le tiene un miedo de muerte, y además está embarazadísima, así que no hay nadie cerca que nos controle, excepto la vieja aya Godwin, pero es demasiado mayor y, de todos modos, nunca fue capaz de impedir que hiciéramos lo que nos daba la gana.

Algunos periódicos dicen que la guerra acabará pronto, porque no hay combates y los nazis parecen felices con su ocupación de Europa del Este. Pero papi dice que son todo tonterías, y que la guerra no ha hecho más que empezar.

—Los periódicos los escriben idiotas. —Le ha cogido gusto a seleccionar los periódicos ofensivos y lanzarlos con violencia contra una mesa o escritorio—. Hitler se está tomando su tiempo en Polonia, pero luego dirigirá su atención hacia nosotros. Recordad bien lo que os digo, tal y como va la guerra, Francia habrá caído antes de que acabe este año. Y nosotros seremos los siguientes.

—Pero está todo tan tranquilo y normal —dije yo—. Mi maestro lo llama la Guerra de Broma porque, en realidad, no pasa nada. La mitad de los niños que fueron evacuados de Londres ya están volviendo a la ciudad. Dice que nuestras tropas regresarán a casa por Navidad.

—Tu maestro es un imbécil que no ve más allá de sus cuatro paredes —interrumpió airado papi—. Mirad Polonia, Checoslovaquia, Finlandia... Mirad todos los barcos hundidos, los submarinos, nuestro Edmund.

Tuvimos que dejar ahí la conversación, porque mamá

empezó a llorar otra vez.

La muerte de mi hermano Edmund

Lo siguiente que necesito contaros es lo de Edmund, mi hermano que murió en su submarino. Se supone que estamos de luto, y me siento fatal por decir esto, pero no le echo de menos en absoluto. Era un abusón despreciable, y yo lo odiaba. Nunca lo perdoné por encerrarme en el pozo, con el agua helada que me llegaba a la altura de la boca, hasta que el aya Godwin me encontró. O aquella ocasión en que me usó como blanco en las prácticas de tiro con arco. Aunque una vez me prometió enseñarme a conducir cuando fuera mayor, lo cual supongo que fue un bonito gesto.

Mamá está fuera de sí y desesperada porque el nuevo bebé sea niño, igual que papi. Él piensa que las chicas no sirven para nada. Venetia un poco, tal vez, gracias a su pelo rubio. Pero yo soy tan inútil que creo que se ha olvidado de mi existencia, excepto quizá cuando necesita echar la culpa a alguien. En ocasiones acudo a mamá para ver si puede conseguir que papi no sea tan antipático, pero no puede hacer nada. Solo me dice que me asegure de elegir a un hombre decente y bueno con quien casarme. Me pregunto si mamá será tan infeliz como parece.

Cada noche, mamá encarga a la criada que ponga el plato de Edmund para la cena, como si fuera a regresar en cualquier momento, a sentarse y estirar las piernas con sus habituales maneras arrogantes, a hacer alguna broma cruel sobre alguien, por lo general sobre Venetia o sobre mí. Luego soltaría unas carcajadas, repeinándose hacia atrás, como si fuera formidable ser como él. A veces cuesta creer que se haya ido. Su funeral fue la semana pasada, sin cuerpo que enterrar. Resulta tan extraño. ¿Adónde habrá ido?

Esta semana tengo la muerte metida otra vez en la cabeza, ya que David Tilling se marcha a Francia y podría no volver nunca, sobre todo con lo patoso que es para hacer las cosas. Ayer escuché a la señora B decir que era de esos a los que una bala lo encontraría más rápido que a los demás, y me preocupa que pueda estar en lo cierto.

No me puedo creer que el grupo de niños con los que crecimos aquí en Chilbury estén de repente dispersos: Edmund, muerto; David, camino a la guerra; Henry, pilotando Spitfires sobre Alemania; Victor Lovell, en un barco por ahí; Angela Quail, en Londres. Solo quedan Hattie y la malvada Venetia. Echaré de menos sobre todo a David. Siempre me esperaba antes de quedar con los demás, un poco como un hermano, solo que más simpático. En unas pocas semanas estará de vuelta en el pueblo tras la instrucción, y todos estamos invitados a casa de los Tilling para una fiesta sorpresa de despedida antes de que parta hacia el frente. Sé que se supone que tenemos que estar alegres estos días, incluso aunque sepamos que alguien podría morir, pero es difícil olvidar que esta podría ser la última vez que lo vea.

Lista de cosas en las que fijarse antes de que alguien se marche a la guerra

La forma de su cuerpo, el espacio vacío que dejarán cuando no estén

Cómo se mueven, sus andares, la velocidad con que se vuelven a mirar

La multitud de olores y aromas que solo permanecen un tiempo

Su color, ese halo que cubre todo lo que hacen, incluida su muerte

Los colores de la gente

Me gusta pensar en la gente como colores, con una especie de aura o halo que los rodea, iluminando su exterior con los variados tonos de su interior.

Yo: púrpura, tan brillante y oscuro como el cielo en una noche tormentosa

Mamá: un rosa muy clarito, como una cría de ratón

Papi: negro carbón (Edmund también era negro, pero negro como un cielo sin estrellas)

La señora Tilling: verde claro, como un tallo intentando asomar entre la nieve

La señora B: azul marino (correcta y tradicional)

Henry es un azul cielo muy intenso, a juego con sus ojos. Siempre me acuerdo del immaculado día de julio, durante las vacaciones de la escuela, cuando me habló de matrimonio, hace ya un año. El cielo era de un azul infinito, el arroyo junto al rincón de nuestro picnic fluía con la languidez de última hora de la tarde. Henry había pasado a buscarnos a Edmund, a Venetia y a mí, y estábamos paseando por el campo. Mamá no tenía ni idea de dónde nos habíamos metido. Por supuesto, como todo había surgido de improviso, Henry no tenía un anillo y no lo hicimos oficial. Pero él se acuerda, en lo más hondo de su corazón.

Sé que se acuerda.

Mi horrible hermana, Venetia

A diferencia del resto de nosotros, es evidente que Venetia está disfrutando inmensamente de esta guerra, y no solo porque no haya nadie cerca para vigilarla. La guerra lo ha puesto todo patas arriba, todo el mundo se ha vuelto más sensible, y la muerte de Edmund la ha aupado al primer puesto de la familia. El color de Venetia es un malicioso amarillo verdoso, como el mar en un día tempestuoso, que absorbe la viva luz solar de cualquier cosa buena que lo rodee, arrastrando a jóvenes hacia sus turbias profundidades para escupirlos inconscientes en orillas lejanas.

Me hace muchísima gracia que le esté costando atraer la atención del atractivo recién llegado, el señor Alastair Slater. Es un artista que busca escapar de las potenciales bombas de Londres, como todos los escritores y artistas desesperados por salvarse. Papi dice que están huyendo, eludiendo su deber. El señor Slater se parece a Cary Grant, acicalado y sofisticado, no como los muchachos de por aquí. Su color es un gris oscuro, a juego con sus trajes elegantes y su actitud distante. Muestra una indiferencia total hacia Venetia, aunque ella se dedica a pavonearse ante él día y noche. Escuché que mi hermana le decía a Hattie que ha apostado con su amiga Angela Quail a que lo tendrá comiendo de su mano antes de que acabe el verano, pero tal y como pintan las cosas, tendrá que esforzarse un poco más.

Angela Quail es la chica más coqueta y despreciable que conozco. Resulta imposible creer que sea la hija del vicario. Su color es un rojo fulana, de morros pintados y vestidos ajustados, y nada de moralidad. Trabajaba con Venetia en el nuevo Centro de Mando de Litchfield Park, que es una preciosa mansión antigua a las afueras de Litchfield, llena de columnas georgianas y jardines ondulantes. El Gobierno la requisó para la guerra hace unos meses, y Lady Worthing se ha tenido que ir con su hermana al castillo de Cheswick, la pobrecita. Ahora es un lugar de una importancia tremenda y, como queda a solo cinco millas de Chilbury, estamos en alerta especial por si los nazis intentan bombardearlo. Venetia tiene un trabajo de oficina

allí y piensa que realiza una tarea fundamental, cuando lo único que hace es mecanografiar notas y transmitir mensajes telefónicos a Londres.

El mes pasado trasladaron a Angela a la verdadera Oficina de Guerra, en Londres, donde estará casi seguro tonteando con todo hombre disponible. Angela es, sin lugar a dudas, la ligona más consumada a este lado del canal de la Mancha. Venetia está desconsolada por su marcha a Londres, ya que Angela es su mejor amiga y ¿con quién va a compartir ahora sus conquistas? Yo confiaba en que Venetia se volviera un poco más simpática sin la presencia perniciosa de Angela, pero parece peor que nunca.

Nuestra refugiada checa, Silvie

Ahora tengo que hablaros de Silvie, nuestra refugiada judía de diez años. Los nazis invadieron su casa en Checoslovaquia, pero sus padres lograron mandarla aquí antes de que estallara la guerra. Se supone que su familia vendrá a por ella, cuando consigan salir. El tío Nicky, el hermano pequeño de mamá y mi miembro favorito de la familia, organizó la evacuación de niños y consiguió que acogiéramos a Silvie el pasado verano antes de que empezara la contienda.

—Tuvimos que parar la evacuación porque han cerrado las fronteras, lo cual es muy triste para los niños que se han quedado allí —nos contó—. Los nazis dominan ya la mitad de Europa del Este. La situación es desesperada. Son unos matones y detienen a quienes no obedecen sus reglas. Pueden hacer lo que quieran. Todo el mundo está aterrado.

A papi no le hizo mucha gracia tener a Silvie en casa. Pero unos meses más tarde se declaró la guerra y cientos de mugrientos evacuados londinenses se presentaron buscando hogares que los acogieran. De repente, papi estaba

contentísimo de tener a Silvie, encantadora, limpia y silenciosa, y así no disponer de sitio para nadie más. El vicario y la señora Quail acogieron a una mujer horrible con cuatro niños chillones que tenían piojos, pulgas y carecían de modales en la mesa. La mujer discutía todo el tiempo con la señora Quail, y al final regresó a Londres porque parecía que la guerra no llegaba. Ni siquiera dio las gracias.

Todavía tengo que decidir de qué color es Silvie. No habla mucho, ni tampoco sonrío demasiado. Intentamos hacerle la vida un poco más agradable y la ayudamos a practicar inglés. Me ha dicho que tiene un secreto que no puede contar a nadie.

—Puedes confiar en mí —le aseguré, pero se negó a ceder, cerrando con fuerza sus pequeños labios para disuadirme.

Cuando llegó ni siquiera traía maleta, ya que la habían perdido durante el viaje. Tuvieron dificultades para cruzar la frontera de Holanda, y al final los pasaron a todos apresuradamente. Era un grupo de unos cien, algunos de apenas cinco o seis años. Silvie contó que los pequeños se pasaron todo el viaje llorando por sus madres, los tres días enteros. La pérdida del equipaje fue especialmente traumática, pues tenía sus juguetes favoritos, fotografías de casa, todo lo que le era familiar.

Cuando llegó, le dimos una muñeca, pero la dejó en una silla en un rincón de la habitación, de cara al armario, como si fuera una puerta mágica hacia un mundo mejor.

La nueva profesora de música, Prim

Casi me olvido. ¡Hay una noticia excelente! Ha venido una nueva profesora de música a Chilbury. Llegó de Londres para dar clases en la Universidad de Litchfield. Se llama Primrose Trent, pero nos dijo que la llamáramos Prim, lo cual es divertido porque no es nada primorosa, sino terriblemente descuidada.

Con su pelo encrespado canoso y su capa negra que va arrastrando por el suelo, parece más bien una bruja arrugada con un manajo de partituras bajo el brazo. Su color es verde oscuro, como un paseo por un bosque umbrío en una noche de pleno verano.

La señora Tilling me la presentó ayer en la tienda, y tuve el coraje suficiente para confesarle mi sueño de ser una cantante famosa.

—Practica, querida —me dijo con una sonrisa, provocando con su voz dramática que las latas temblaran en las estanterías—. Debes demostrar el mismo valor que tus convicciones. —Sacudió con gracia el brazo, como si estuviera sobre un escenario—. Puedo darte clases particulares, si tienes tiempo.

¡Qué oportunidad!

—Le pediré a mamá que la contrate desde ya mismo. Verá, tenemos una noticia desastrosa. El vicario ha desmantelado el coro del pueblo, así que nos hemos quedado sin canto.

—Vaya, eso no está nada bien. ¡Cerrar un coro, sobre todo en tiempos como estos!

Espero con toda mi alma que Prim convenza al párroco para que reabra el coro, aunque no sé qué pueden hacer ninguno de los dos. Sin hombres, ¿qué esperanza tenemos? Mientras tanto, cuando menos, tengo las clases de canto para entretenerme, puesto que mamá aceptó. Eso me impulsará al estrellato, lo vi en el parpadeo de los ojos de Prim.

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Miércoles 3 de abril de 1940

Querida Angela:

¡La apuesta sigue en pie! El señor Slater está presentando una fastidiosa resistencia a mis avances. He probado con mis mejores artimañas, incluida la de llamar a su puerta para pedirle prestado algo de pintura, pues estaba intentando pintar un «paisaje tremendamente difícil», pero se limitó a darme algo de pintura y a despedirme con cortesía. Me había pasado todo el día preparándome, llevaba mi vestido verde de seda, el pelo rizado a la perfección. Desconcertante, querida. ¡Desconcertante sería decir poco!

Pero no cantes victoria, porque pronto será mío. Es realmente cautivador, Angie, y un artista romántico, también. Estos bohemios siempre me habían parecido unos enclenques, pero él es más atlético, con el porte de un maestro de esgrima. *En garde* y todo eso. Bajo esos trajes almidonados, puedo adivinar sus brazos musculosos, incluso sus muslos. Cuánto deseo pasar mis dedos por su cuerpo. Pero, Angie, esto va más

allá. Hay algo en él que me hace sentir que estamos hechos para estar juntos. El modo en que me mira, como si pudiera ver una persona distinta en mi interior.

Echo de menos tenerte aquí, aunque las cosas están mejorando. Por fin todos se están calmando después de la muerte de Edmund, aunque mamá sigue llorosa y papi furioso. Yo también lo extraño, a mi manera, y las travesuras que hacíamos. Resulta curioso cómo te olvidas de lo horrible que es alguien cuando se muere. Supongo que se debe a que su amenaza ya no está presente.

He estado recuperando mi amistad con Hattie, aunque desde que se quedó embarazada está más aburrida que una col cocida. Ayer me pasé por su casa a tomar el té de la tarde. Ha redecorado el cuarto del bebé de un verde espantoso, porque es la única pintura que pudo encontrar. Su casa adosada de Church Row es tremendamente pequeña. No sé cómo lo soporta.

—Pero está puerta con puerta con la casa de la señora Paltry, la matrona —exclamó con una inexplicable alegría en su hermoso rostro, con su largo pelo negro especialmente ingobernable desde que está embarazada—. ¿No ves lo práctico que resulta? Aunque la señora Tilling va a ser mi comadrona principal en el parto. Ahora que mis padres no están, es como de la familia para mí.

—Y en la otra puerta vive el señor Slater —dije—. Eso es infinitamente más emocionante.

Me reí, preguntándome si todo este tedio estaría arruinando mi lápiz de labios. No quería toparme con él sin estar perfecta.

—¿Cómo va vuestra apuesta? —preguntó.

—Nada bien. Debo confesar que no sé qué pensar de él.

—Sé a qué te refieres. Yo también me pregunto qué esconde. Siempre lo veo salir, con su coche o a pie, con nada más que un pincel, y tarda horas en volver a casa.

Hattie siempre actúa como si fuera madura y sensata. Cree

que por ser dos años mayor es más sabia. Y ahora que va a tener un bebé, resulta insufrible.

—¡Igual es una estrella de cine! —me reí—. La verdad es que lo aparenta.

Ella no se rio.

—Quizá te vaya mejor si persigues a otro.

La miré, con su horrible vestido de premamá, en el silencio solitario de aquella diminuta casa, pero supe que en su tediosa vida era feliz. Tengo que confesar que una sensación de envidia cruzó mi mente. Pero no te preocupes, pronto la aparté de mí. Al fin y al cabo, ¿quién querría a Víctor Lovell? ¿Quién querría estar embarazada cuando están pasando tantas cosas emocionantes con esta guerra? Todas las cosas nuevas que puede hacer una chica. Nunca habríamos tenido nuestros empleos administrativos en la Oficina de Guerra, y a ti nunca te hubieran dejado ir sola a Londres. Todas las fiestas y la libertad. He oído que Constance Worthing incluso pilota aviones colaborando en la guerra.

Supongo que Hattie siempre ha sido la sensata, pero parece tan tediosamente asentada. Recuerdo cuando éramos jóvenes, las tres en el Pixie Ring, gritando: «Somos fuertes como serpientes, fieras como lobos, libres como las estrellas».

—Sigo siendo la misma persona que antes —dijo de repente, como si hubiera adivinado mi pensamiento. Es curioso cómo es capaz de leerte la mente. Entonces supe que Hattie no había cambiado nada.

De camino a casa, pensé en Hattie y en su bebé. No estoy segura de querer ser madre, pero quizá no esté tan mal.

Cuando ya estaba en casa, Silvie entró en mi habitación, avanzando con pasitos sigilosos hasta el tocador. Estuvo husmeando en busca de tesoros, preguntándome qué eran varios objetos. A veces me invento historias sobre ellos: un collar del fondo del mar, un lápiz de labios que perdió una princesa.

—¿Te gusta el señor Slater?

—¿Cómo lo sabes?

—Kitty me lo dijo —respondió sin más—. Espero que sea bueno. Como tú.

Sonreí y le di un achuchón. Me encargaré de que Kitty se arrepienta de ir soltando mis secretos por ahí. No pienso contarle nada más.

Escribe pronto, Angie, que echo mucho de menos tus maldades. Me encantaría que me enviaran a Londres contigo, aunque ahora que tengo al tentador señor Slater, igual no tanto.

Con mucho amor,

Venetia

Carta de la señorita Edwina Paltry a su hermana Clara

*3 Church Row,
Chilbury,
Kent*

Jueves 4 de abril de 1940

Querida Clara:

El trato ya está cerrado. Vamos a ser más ricas de lo que jamás hubiéramos soñado, hermanita mía. Acudí a la cita con el brigadier, como habíamos acordado, en la cabaña de piedra abandonada del bosque.

El ya estaba allí, y sacó con enfado su reloj de bolsillo de plata.

—Llegas tarde.

—¿De verdad? —Sonreí educadamente—. ¡Cuánto lo siento! Gruñó ante el inconfundible tono irónico de mi voz.

—Y bien, ¿crees que podrás hacerlo?

—¿Se refiere a lo de cambiar los bebés? —Borré la sonrisa de mi cara, aunque todavía me resultaba hilarante que me lo sugiriera—. ¿Escabullirme entre los partos y hacer creer a las dos mujeres que dieron a luz a otro bebé?

—¡Sí, mujer, maldita sea! —gritó—. ¿O mejor me busco a otra?

—Dudo que vaya a encontrar a alguien más de fiar que yo. —Luego añadió con una risita—: Aunque la señora Tilling tiene formación de matrona, por si le apetece pedírselo a ella.

—No seas absurda —bramó—. Límitate a contestarme. ¿Lo harás?

—Depende de la cantidad de la que estemos hablando. Gruñó como un toro malhumorado:

—Te daré cinco mil.

Por un instante, me quedé sin respiración. Cinco mil libras es una suma enorme, diez veces lo que gano en un año. Pero no estaba dispuesta a dejarlo ahí. A ese viejo canalla se le podía sacar mucho más. He visto sus ropas, sus arañas de cristal, sus cochinas y preciadas joyas.

—No podré volver a trabajar, y tendré que irme del pueblo después de esto —dije, fingiendo la mayor tristeza que pude—. Necesitaría veinte para pensármelo.

Estaba furioso.

—Entonces, ocho mil. Eso ya es mucho para una mujer como tú.

—¿Una mujer como yo? —Alcé el rostro para mirarlo a los ojos, y levanté una ceja—. Una mujer como yo puede armar un gran escándalo, ¿sabe?

—¿Me estás amenazando? —vociferó—. Si lo haces, lo negaré todo. Nunca creerán tu palabra contra a la mía.

—No esté tan seguro, brigadier —dije—. Los días en que ustedes los ricachones mandaban hace mucho que se acabaron.

—Me encargaré de que te cuelguen por algo, escucha lo que te digo.

—Diez y lo haré —dije con firmeza—, siempre y cuando me dé el dinero aunque la cosa no salga bien.

—Harás exactamente lo que yo te diga, Paltry, o nunca volverás a trabajar aquí, ¿me has oído? —Se acercó a mí—. Tendrás el dinero cuando yo tenga a mi hijo.

—Usted deme el dinero por adelantado. Si no nacen varones, no podré hacer un carajo. Pero si viene un niño —sonreí seductora—, me encargaré de que sea el suyo.

Cerró los puños. Nunca se había enfrentado a un regateo así. Desde que llegué aquí hace cinco años, he procurado construirme una reputación de buena negociante, sobre todo después de mis errores de cálculo en aquel pueblo de Somerset. (Te acordarás de cómo me persiguieron después de dar el unguento equivocado a unos enfermos con verrugas que terminaron con las partes bajas de color púrpura. Hubo tres rupturas matrimoniales, una gran refriega, la desaparición de una muchacha y, por lo menos, dos hombres airados que iban detrás de mí.) No, Clara. En Chilbury he manejado mis cartas con mucho cuidado, he enterrado mi pasado y he jugado según sus reglas.

Ahora es el momento de cosechar los resultados.

—De acuerdo, tendrás tus diez mil. Pero será la mitad ahora, y la otra mitad, después —rugió—. Y si la señora Winthrop da a luz un varón, te conformarás con la mitad. —Me miró con el ceño fruncido—. ¿Cómo voy a fiarme de una mujer capaz de hacer algo así?

—Las mujeres son capaces de muchas cosas, brigadier. Pero usted no se había dado cuenta hasta ahora. —Puse una sonrisita—. Quiero la primera mitad del dinero, al contado, dentro de dos semanas.

Rezongó mirando hacia los matorrales, y entonces comprendí cuánto significaba aquello para él. Tenía que haberle pedido cincuenta. Habría aceptado. Habría hecho prácticamente cualquier cosa.

—Tendrás tu dinero —masculló en voz baja—. Vuelve aquí en esa fecha a las diez, y estará todo listo. —Vino hacia mí, con los ojos entrecerrados—. Y espero que tengas la boca cerrada, o

el trato se rompe. Ni una palabra a mi mujer tampoco. No tiene que saberlo. ¿Me has oído?

—Le oigo, brigadier —respondí con calma—. Alto y claro.

Después de aquello, me giré y salí al bosque con paso ligero, dejándolo allí, dando vueltas y maldiciendo en voz baja.

Aspiré hondo de nuevo el aire fresco y salí bailando de alegría entre los helechos hacia el camino. Esto va a salir bien, Clara. Como precaución, he decidido hacerme amiga de esa pesada de Tilling. Tener los ojos bien abiertos. Esto es una pasta, y tengo que prestar atención al más mínimo detalle. Pronto te escribiré con más datos, como me pedías en tu carta. Sé que piensas que la voy a pifiar como de costumbre, pero esta vez no te defraudaré. Serás rica antes de que acabe la primavera, te lo juro.

Edwina

**Aviso colgado en el tablón de anuncios
del salón social de Chilbury
Lunes 15 de abril de 1940**

Los ensayos para el
nuevo Coro Femenino de
Chilbury comenzarán en
la iglesia la tarde del
miércoles, a las 19.00.

Srta. Primrose Trent,
profesora de música,
Universidad de Litchfield

Diario de la señora Tilling

Miércoles 17 de abril de 1940

La nota de Prim en el salón de la iglesia anunciando un nuevo coro «femenino» ha causado conmoción en nuestra pequeña comunidad. Anoche, antes de la reunión del Servicio Voluntario Femenino (el WVS, [Nota 1](#)) como lo llamamos estos días), la señora B me dijo que había acudido derechita al vicario para enterarse de la verdad.

—«¿Ha permitido a esta mujer, a esta recién llegada, adueñarse del coro y rebajarlo hasta dejarlo irreconocible?», le pregunté. ¿Y sabes qué me contestó? El vicario, que supuestamente es un hombre de Dios, me dijo: «Bueno, fue bastante insistente, y no pude negarme». ¡Me quedé sin palabras!

—¡Cielos! —exclamé. La verdad es que toda la historia me emocionaba bastante. Cuando menos, volveremos a cantar. Lo echaba en falta—. Sé que no es lo habitual, pero ¿por qué no lo aceptamos y vemos qué tiene que decirnos Prim? A fin de cuentas, no nos hace ningún daño.

—¿Que no hace ningún daño? —me espetó—. ¿No hace daño arruinar la reputación de nuestro pueblo? No me puedo imaginar lo que dirá la señora Worthing del tema. Con lo que insiste ella en hacer las cosas como siempre se han hecho.

Algunas mujeres del WVS se nos unieron, las Damas Costureras chasqueando la lengua mientras cosían los pijamas para la tropa, las cocineras inseguras de cómo saldría. Así que podéis imaginar mi curiosidad cuando me asomé esta tarde al interior de la iglesia, corriendo para escapar de la lluvia.

Fui una de las primeras en llegar, y el lugar parecía encantado, con los cirios del altar lanzando sombras oscuras por la nave. Una a una, las damas comenzaron a llegar: la señora Gibbs de la tienda, la señora B, la señora Quail al órgano, e incluso Hattie, que a pesar de su avanzado embarazo dijo que no se lo perdería por nada del mundo. La señorita Paltry también se presentó. Parece que está dando un giro a su vida, incluso al terminar me comentó que estaba pensando en apuntarse al WVS. Kitty y la señora Winthrop llegaron con brío, trayendo a su refugiada, Silvie, que por primera vez casi sonreía. Venetia llegó con más calma, perfectamente arreglada por si se cruzaba con el señor Slater. Esta muchacha se ha vuelto tremendamente desagradable. Pero quizá haya esperanzas para ella ahora que Angela Quail no anda cerca.

A las siete, la iglesia estaba a reventar, a pesar del aguacero, y el rumor de las conversaciones y la expectación corrían entre el aire frío; hasta Nuestra Señora de Gracia parecía mirarnos atenta. Mientras tanto, un fuerte contingente de detractoras, azuzadas por la señora B, cacareaba como un grupo de gallinas amargadas frente al banco de los contraltos.

De repente, se abrieron de par en par las enormes puertas de doble hoja, y Prim, majestuosa con su larga capa negra, avanzó por el pasillo hacia nosotras; sus pasos resonaron en los techos de madera y asustaron a algunos murciélagos del campanario. Con un movimiento giratorio se desprendió de la capa y se sacudió el agua de lluvia. Su pelo estaba especialmente revuelto. Con una mirada de pompa y ceremonia en los ojos, dejó caer una pila de partituras en una silla y subió los escalones hasta el púlpito con paso teatral.

—Por favor, ¿podéis prestarme todas atención? —exclamó, y su voz resonó con fuerza en las naves—. Tengo el orgullo de

anunciar la creación del Coro Femenino de Chilbury.

Una mitad de las asistentes prorrumpió en aplausos. Sentí una cálida alegría en mi interior. Esto podía convertirse en realidad.

Pero en el otro lado, la señora B, con los brazos en jarras, se levantó desafiante, marcando su territorio y a sus partidarias con una presencia firme e inflexible.

Prim continuó, con sus brillantes ojos dilatados y resueltos:

—Sé que todas os habéis sentido frustradas por el cierre del coro, motivo por el cual —anunció exultante agitando su batuta— le propuse al vicario que el querido coro del pueblo se convirtiera en un coro solo de mujeres.

—¿Y cómo lo hiciste exactamente? —preguntó la señora B con su típico tono altivo.

—Le expliqué que ahora que hay una guerra en marcha, necesitamos mucho más que nunca un coro. Necesitamos poder juntarnos y cantar, hacer una música maravillosa que nos ayude a sobrellevar este tiempo espantoso. —Hizo una pausa, volviéndose hacia un cirio largo que tenía al lado, y el parpadeo de la llama se reflejó en sus ojos pensativos—. Algunas de nosotras nos acordamos de la última guerra, del sufrimiento interminable y de la muerte que causó. Es el momento de que las mujeres hagamos lo que esté en nuestras manos como grupo para apoyarnos y mantener la moral alta. Que no haya hombres no significa que nosotras no podamos hacerlo.

—No seas ridícula. —La señora B avanzó un paso, su silueta pomposa ascendió ofendida hacia el púlpito. Vestía su típica chaqueta de caza y falda de *tweed*, y sacaba pecho en lo que sus amigas y vecinas conocen como su posición de pelea—. ¿Qué vamos a hacer sin bajos ni tenores?

—Cantaremos piezas para voces femeninas, o me encargaré de hacer arreglos para nosotras. ¡No necesitamos a los hombres! ¡Somos un coro completo nosotras solas!

—De todos modos —se rio la señora Quail desde el órgano

—, el único bajo que teníamos era el anciano señor Dawkins. Y lleva desafinando dos años por lo menos.

Se oyeron algunas risitas entre las más jóvenes, pero la señora B no se amilanó y buscó con la mirada a sus partidarias para que alzaran la voz.

—¿Qué pensará Dios? —espetó una de las Damas Costureras—. No hizo a las mujeres para que cantaran solas. Pensad, por ejemplo, en el estribillo del *Aleluya*. ¿Qué sería sin hombres?

—Hay muchos coros exclusivamente masculinos, ¿verdad? —se burló Prim—. Pensad en los grandes coros de Cambridge, por no hablar del de la catedral de San Pablo. No me imagino que a ningún Dios le disguste un poco de canto.

—Pero va en contra del orden natural de las cosas —protestó la señora B.

Me entraron ganas de carraspear y decirle que estaba equivocada, y casi sin darme cuenta, me encontré comentando en voz alta:

—Quizá nos han dicho tantas veces que hay cosas que las mujeres no podemos hacer, que hemos terminado creyéndolo. En cualquier caso, el orden natural de las cosas se ha alterado temporalmente, porque no hay hombres en el pueblo. —Miré alrededor buscando inspiración—. La señora Gibbs reparte ahora la leche, y la señora Quail ha asumido la tarea de conducir el autobús, igual que muchas de nosotras estamos realizando trabajos nuevos. La guerra lo ha puesto todo patas arriba. ¿Por qué no iba a cambiar también el coro?

Se oyeron algunos aplausos, así como un par de exclamaciones como «¡Eso, eso!» y «¡Así se habla!». Todavía no me podía creer que estuviera de pie y hubiera hablado, y además dirigiéndome a la señora B, que me observaba con un gesto de gran desaprobación.

—¿En serio, señora Tilling? —repuso la señora B—. No sé qué parte de su arenga me sorprende más. La idea de que

debamos rebajar nuestras normas morales debido a la guerra, o el hecho de que usted, querida, haya decidido unirse al motín. —Se giró hacia el grupo, reunido en el altar entre las dos sillerías del coro—. Acabemos con esto de una vez por todas con una votación a mano alzada. Quien esté de acuerdo con esta idea absurda, que levante la mano.

La señora B no es una buena perdedora. Mientras contaba y recontaba las manos que se alzaron, se fue formando un gesto de indignación en ella. Nos fulminó con la mirada, como si no hubiera palabras para calificarnos.

—No penséis que esto no tendrá consecuencias. Os estaré vigilando. Con atención.

Y tras decir esto enfiló el camino hacia la puerta hecha una furia, montando un espectáculo, pero, finalmente, incapaz de marcharse, se derrumbó en el último banco. Era evidente que pensaba que haciéndonos sentir culpables lograría hacernos cambiar de opinión. Sin embargo, a medida que se fueron alzando las voces a mi alrededor, supe que la señora B no iba a tener esa suerte.

—Qué gran idea —dijo Hattie—. No sé cómo no se nos ha ocurrido antes.

—Sí, y el nombre es excelente, también —declaró Venetia—. El Coro Femenino de Chilbury. Suena bien.

No lo había pensado antes, pero me pregunté por qué habíamos cerrado el coro, para empezar. Por qué la palabra del vicario nos influía tanto. Y, para ser más precisas, por qué le habíamos dejado hacerlo sin más.

Prim repartió unas copias del *Be Thou My Vision*.

—Vamos a organizarnos. Colocaos en vuestros asientos habituales del coro, o donde os gustaría estar, e intentad cantar vuestra parte.

Con gran revuelo ocupamos nuestras posiciones, y la señora B, a regañadientes, se puso a mi lado entre los contraltos.

—Quiero estar aquí para ver la calamidad que va a montar esta mujer.

—Saldrá bien —dije, pero contuve la respiración, rezando por que lo hiciéramos bien. No quería que la cosa fracasara desde el principio, que nuestras terribles voces desanimaran a Prim. Necesitábamos demostrarle que esto podía funcionar.

Con un gesto de confianza en el rostro, Prim alzó la batuta, miró a la señora Quail para que comenzara con la introducción y luego nos dio paso. El sonido de nuestras voces inundando el espacio, su eco en la pequeña iglesia de piedra, desató una ráfaga de júbilo en mi interior: la emoción de volver a cantar en grupo, la dulce melodía de nuestras voces entrelazadas, afinadas por una vez. Me pregunté si no estaríamos todas esforzándonos un poquito más de lo habitual, intentando que el coro saliera adelante.

—Ha sido maravilloso —comentó Prim entusiasmada cuando el sonido de las últimas notas se fue apagando en el silencio del ambiente—. ¡Tenemos unas cuantas cantantes con talento por aquí!

Todas sonreímos con la ilusión de que se estuviera refiriendo a nosotras. Hasta el grupito de la señora B parecía estar bajo el influjo de la música, olvidando sus objeciones.

Sin embargo, la señora B no estaba dispuesta a abandonar la lucha.

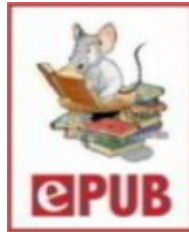
—Tendré que hablar con el vicario de esto —anunció, y descendió contoneándose hacia el altar para luego salir por la puerta de doble hoja. Pronto sabré cómo acaba este asunto.

Después, regresé a casa en trance, atrapada entre la euforia de la canción y las punzadas de temor que me recordaban que David partiría pronto. Los nazis invadieron Noruega la semana pasada y vamos a enviar un contingente para intentar repelerlos. Espero que no manden allá a mi David.

Lenta, suavemente, comencé a cantar por lo bajo *Be Thou My Vision*. Todo estaba negro aquella noche sin luna, pues las

disposiciones del *blackout* [Nota 2](#)) obligaban a eliminar toda la luz de este mundo. Pero con una sonrisa cauta, comprendí que ninguna ley puede prohibir el canto, y mi voz de repente se alzó, desafiando esta guerra.

Reivindicando mi derecho a ser escuchada.



Nota 1

Siglas del *Women's Voluntary Service*, organización benéfica que desempeñó un importante papel durante la Segunda Guerra Mundial. (N. del T.)

[Volver](#)

Nota 2

Literalmente, «oscurecimiento». Normativa impuesta por el Gobierno británico en tiempo de guerra que consistía en minimizar el alumbrado público y de los hogares durante la noche para evitar los bombardeos enemigos. (N. del T.)

[Volver](#)

Diario de Kitty Winthrop

Jueves 18 de abril de 1940

¡Qué día tan fabuloso! He tenido mi primera clase de canto con la estupenda y experta Prim en su casa de Church Row a las cinco en punto. Nunca había estado tan nerviosa. Me presenté allí con diez minutos de antelación y esperé a que ella volviera de la universidad.

Prim llegó en su bicicleta, su cuerpo envuelto en la capa y en precario equilibrio sobre el pequeño sillín.

—Llegas pronto —comentó satisfecha—. Siempre digo que el entusiasmo asfalta todos los caminos con su brillante luz. — Se bajó y apoyó la bicicleta en la pared de su casa—. Pasa, prepararemos un té antes de comenzar.

La casita tenía exactamente la misma disposición y tamaño que la de Hattie, solo que estaba llena de objetos extraordinarios y olía a viejo, como en un anticuario. En un rincón había un elefante dorado, de pie sobre sus patas traseras. Encima, en la pared, había cuadros de cumbres lejanas, y tonos naranjas y rojos ardientes de una puesta de sol en el desierto. En una mesita se apiñaban cajitas ornamentadas de distintos tamaños y formas, cubiertas con conchas o telas de colores brillantes, azul pavo real, verde esmeralda, rojo cereza.

—Abre una —dijo Prim, al notar que mis ojos se paraban en

todo.

Cogí una caja esmeralda con un cordón de color dorado. Tenía un cerrojito para abrirla, y en el interior de terciopelo negro había un diminuto anillo infantil de plata con un motivo de san Cristóbal.

—¿Era tuyo? —pregunté, dubitativa.

—Sí —se rio—. Me lo dieron de niña. Es de la India, donde pasé mi infancia. La India siempre ha sido mi país preferido. Los colores, el barullo, la vitalidad, la gente. —Señaló una foto de un precioso templo blanco que había en la pared, a su lado—. Vivíamos cerca de ese edificio majestuoso, el Taj Mahal. Es un mausoleo que el emperador construyó para su esposa, que murió al dar a luz. Se cuenta que la visitaba cada día para llorarla.

—¡Vaya! ¿Se imagina querer tanto a alguien como para crear un edificio tan maravilloso?

—Bueno —dijo—, depende de lo rico y poderoso que uno sea, supongo. La mayoría de la gente no podría permitírselo. Pero eso no resta importancia al amor que uno siente. Podemos manifestar nuestro dolor de un modo más simple. ¿Acaso la belleza y el poder de un canto fúnebre no es tan grande como ese palacio?

Asentí, asomándome al salón que relucía con el brillo de las antigüedades.

—¿Todas esas cosas vienen de la India?

—En absoluto. He viajado por toda Asia. Hay un mundo fascinante ahí fuera, con gente que tiene distintos modos de vida.

Me dejó entrar en la estancia para que pudiera verlo. En cada rincón brillaban tonalidades doradas. Urnas de oro, estatuas de oro, cortinas de seda dorada en las ventanas, miniaturas de oro tan pequeñas como mi pulgar: un elefante, una anciana, un halcón.

—Las otras culturas son bastante raras, ¿no le parece? —

dije.

—No, más bien al contrario. Las otras culturas con frecuencia me hacen pensar que los raros somos nosotros. —Se rio por lo bajo, y luego se dirigió a la cocina—. Vamos a hacer té.

Mientras el agua se calentaba, escudriñé la habitación. En la repisa de la ventana había un juego de tazas antiguas decoradas, y en la pared de enfrente había ramilletes de hierbas secas que desprendían aroma a romero, tomillo y lavanda. Una gaviota que me llegaba a la cintura nos observaba desde un rincón.

—Oh, ese es Earnest, está hecho de papel maché —dijo entre risas—. Formaba parte del decorado de una obra que representamos en Londres hace años. Siempre está aquí por las mañanas, con cara de hambre.

Me reí y di unas palmaditas al bicho en la cabeza.

Alrededor del fregadero había una serie de frascos llenos de líquidos, polvos y brebajes, y di un respingo. ¿Sería Prim una bruja?

Ella vio mi mirada, y sonrió.

—Esas son mis medicinas —explicó—. Una vez estuve muy enferma, y necesito las medicinas para evitar recaer de nuevo.

Me aparté, mirándola atentamente. Parecía muy normal, bueno, normal de un modo algo enigmático.

—No es contagioso, ¿no?

—No, lo cogí en la India por culpa de un mosquito, pero aquí no tenemos mosquitos. —Reorganizó los frascos, y luego preparó el té—. La enfermedad se llama malaria.

—¿Fue grave?

—Casi acaba conmigo. Tenía más o menos la edad de tu hermana, con toda mi vida por delante, llena de música, risas, y amores, también. Había un chico con el que me iba a casar. —Sonrió con el recuerdo lejano del muchacho—. Era una

criatura hermosa, un coleccionista de mariposas, de una inteligencia brillante.

—¿Por qué no se casó con él?

—Se murió —dijo sin más—. Contrajo la malaria al mismo tiempo que yo, pero él no la superó. De niños éramos vecinos, y luego nos enamoramos. Enfermamos a la vez. Pero la malaria siguió su curso y la superé. Sobreviví.

—¡Pero con el corazón roto!

—Exacto, y desde entonces siento que estoy destinada a vivir una doble vida, por mí y por mi coleccionista de mariposas, sola pero no del todo. —Cogió un tarro de azúcar de porcelana con motivos florales y una jarra de leche—. Aprendí que tienes que vivir tu vida. No permitir que nadie te lo impida.

Entonces, solté:

—Yo quiero ser cantante, pero papi insiste en que no puede ser. Quiere que me busque un buen marido, que sea una buena esposa. Pero mamá me dice que tenga cuidado al elegir esposo, porque si no mi vida será una miseria.

—Necesitas seguir tu propio camino —dijo, conduciéndome al cuarto del fondo—. Decide lo que quieres hacer, y luego solo tienes que pensar en el modo de conseguirlo.

La habitación estaba llena de instrumentos musicales. Había un arpa enorme, un piano de pared, un clavicémbalo, un atril con un clarinete y un flautín de plata tumbado sobre la mesa como si un hada hubiera salido volando tras tocar un poquito.

Prim dejó la bandeja en una mesita redonda y acercó el banco del piano, indicándome que me sentara en la silla del clavicémbalo.

—¿Por eso no se ha casado? ¿Todavía ama al coleccionista de mariposas?

—No lo sé —sonrió, mientras servía el té—. A veces hacemos cosas sin comprenderlas del todo. No deberías intentar saberlo todo, Kitty. Con frecuencia hay cosas que

escapan a nuestra comprensión. —Devolvió la tetera a la bandeja—. Ahora, antes de empezar, quiero que me des una nota, lo más claro que puedas.

Canté un «la» largo y alto.

—Hermoso —comentó, cogiendo la taza y el platillo y entregándomelos otra vez—. ¿Te lo has pensado mucho antes de cantar?

—No —dije, sorbiendo el té caliente.

—A veces, la magia de la vida no se piensa. Consiste en la chispa del instinto, en concentrar tu energía personal en tu música.

—Pero ¿no tengo que preocuparme por ajustar cada palabra exactamente con su nota correspondiente?

—La parte más importante del canto es el sentimiento. —Se inclinó hacia delante—. Recuerda, Kitty, tengo fe en ti.

Esa tarde cantamos *Ave verum corpus* de Mozart, mi compositor favorito. Canté mejor y más fuerte que nunca.

—Hay una anécdota trágica sobre Mozart —me contó—. Escribió su *Réquiem*, una de las obras fúnebres más tristes jamás escritas, cuando él mismo se estaba muriendo, y le dijo a su mujer: «Me temo que estoy escribiendo mi propio réquiem». La víspera de su muerte, él y unos amigos la cantaron juntos, y en la parte más emotiva del *Réquiem*, la «Lacrimosa», dejó caer los papeles y rompió a llorar por su propia muerte. Falleció a primera hora de la mañana. ¿Te imaginas componer la música de tu propia muerte?

Me quedé sin respiración.

—Es terrible. ¿Piensa que fue la música lo que provocó su final?

—Quizá se debió a que en lo más hondo de su ser sabía que se estaba muriendo, y puso ese temor en la música. —Miró de nuevo el *Ave verum corpus*—. ¿Por qué no lo vuelves a intentar, como antes? Pero esta vez piensa en Mozart componiéndolo

para su propia muerte. Hazlo con corazón.

Comenzó a tocar la introducción, sentí el sonido de mi voz brotando de muy adentro, y me puse a pensar en el miedo que debes de sentir antes de morir.

Una euforia extraña me invadió al terminar, como si fuera una pluma de paloma, de un blanco immaculado, mecida en el aire por una suave brisa. Después, al regresar a casa, aspiré hondo el fresco aire primaveral y de repente me sentí exultante por estar viva.

Carta de la señorita Edwina Paltry a su hermana Clara

*3 Church Row,
Chilbury,
Kent*

Viernes 19 de abril de 1940

Querida Clara:

Tengo un gran fajo de billetes nuevecitos de cien libras escondido en un hueco secreto bajo un tablero del suelo, metido en un sobre viejo, bien envuelto y rematado con un trozo de cinta con doble nudo. En menos de un mes se cumplirá lo pactado, el dinero se duplicará y podremos irnos, tú y yo, a vivir nuestra nueva vida en Birnham Wood.

Ayer quedé con el brigadier para realizar el intercambio. Ese viejo cretino y cicatero llevaba el paquete con el dinero bien agarrado entre sus fibrosos dedos. Decir que se mostró reacio a entregármelo sería quedarse corto. Pero finalmente se lo arrebaté y salí corriendo, con el dinero a buen recaudo entre mis manos.

Esa ha sido la parte sencilla.

Ahora me queda entregar al niño.

Verás, para mi gran disgusto, la señora Dawkins de la

granja dio a luz el viernes pasado. Me entraron ganas de empujar de nuevo para dentro la escuálida cabecita, pero luego vi que era una niña, así que de todos modos no me habría servido.

Ahora mis esperanzas están puestas en la mojigata de Hattie. Sale de cuentas una semana después de la señora Winthrop, así que por lo menos no tendré disgustos con partos prematuros. El problema es esa Tilling merodeando como una maldita hada madrina. Ahora le ha dado por prometer que será la matrona en el parto, a pesar de mis intentos por convencer a Hattie de lo contrario. A ver, ¿quién aceptaría a una aguafiestas como la señora Tilling en lugar de a una profesional con experiencia y bien equipada como yo? Pero fue testaruda, lloriqueó y me dijo que la señora Tilling era lo más parecido a una familia que tenía, de un modo patético y sensiblero. ¡Maldita sea esa chica!

Por horrible que resulte, he decidido entablar amistad con esa nauseabunda de Tilling. Tengo que convencerla para que no lo haga, o enterarme de cuándo va a estar fuera del pueblo. Si todo lo demás falla, siempre me queda provocarle un *accidente*, empujarla por las escaleras o atropellarla con la bicicleta. No me gustaría ir por ese camino, francamente. Y es que la línea que separa un brazo roto de un homicidio es muy fina.

Como primer esfuerzo, me uní al nuevo coro para intimar con ella, y no me podía creer mi suerte cuando al entrar encontré un sitio libre justo a su lado.

—Me sorprende verla aquí, señorita Paltry —dijo ella, altanera, acercándose con sus pasos lentos—. No se la ve mucho por la iglesia.

—Siempre vengo los domingos —sonreí amistosa, aunque apostarí a que es de las que se fijan y toman nota de quién no asiste.

Hubo una buena trifulca sobre la conveniencia de montar un coro femenino, lo cual me resulta muy ridículo. ¡Pues claro que las mujeres pueden cantar sin hombres! Yo misma lo hago

todas las semanas en la bañera.

Luego cantamos algunos salmos bastante deprimentes, y cuando terminó el ensayo, vi mi oportunidad.

—Siento que es mi deber, señora Tilling, aliviar sus cargas y hacerme cargo del parto de Hattie —comencé—. A fin de cuentas, vivo puerta con puerta con ella, y usted anda atareadísima estos días. En mi casa dispongo de todo el equipamiento y de medicinas, en caso de que algo sucediera. Incluso tengo un respirador mecánico —mentí.

—¿Cómo? ¿En su casa? —La señora Tilling frunció el ceño, incrédula—. ¿Se lo ha prestado el hospital?

—Sí, eso es —dije, rápida como un zorro, con la esperanza de que no lo comprobara—. Le sorprendería saber cuántas veces lo he necesitado para conseguir que el bebé respire bien. Los partos de primerizas pueden ser peligrosos, ya sabe.

—Pero usted también está atareada, y Hattie ya se ha hecho a la idea de que yo estaré con ella.

—Puede que esté atareada, pero lo primero es el deber —repliqué—. Siento una responsabilidad en mi interior. —Llegados a este punto, me llevé el puño al pecho, para parecer muy comprometida—. Y si algo sucediera, me atormentaría durante el resto de mis días.

Intenté derramar alguna lágrima en ese momento, pero todo tiene un límite.

—Claro —dijo la señora Tilling, retrocediendo con un gesto de disgusto en los labios. Pude notar que se olía algo. Seguramente me había excedido con el teatro. Así que cambié rápidamente de rumbo.

—Pero usted hace tanto por nuestra pequeña comunidad, siempre ayudando a la gente con el WVS, y todo esto además de sus labores de enfermera.

—Sí, el WVS es una gran fuerza. Debería apuntarse. Dentro de quince días tenemos una reunión en Litchfield, para repartir los paquetes de América para Gran Bretaña. ¿Por qué no viene

y ve lo que hacemos?

Puse una sonrisa de júbilo, pues eso era precisamente lo que andaba buscando. Un día en que la Tilling estuviese fuera del pueblo. Y una fecha perfecta, además. Justo un día antes de que la señora Winthrop saliese de cuentas, y una semana antes de que le llegase el turno a Hattie.

—¿Es un acto que dura todo el día?

—Sí, el viernes 3 de mayo entero.

Parecía bastante desconcertada por mi alegría, así que dejé de sonreír y añadí con mi habitual desaliento:

—Tendré que comprobar mi agenda, pero intentaré ir.

Por fortuna, Kitty se acercó a ella soltando ridículas alabanzas al nuevo coro, así que recogí mi bolso y huí corriendo a casa antes de que mi júbilo explotara.

¡Vaya golpe de suerte! Ahora solo tenía que asegurarme de que ella asistiera a su cita del WVS y pulir mi plan para los partos.

Me he vuelto muy profesional, Clara. Mi poción de hierbas empuja a los bebés a una velocidad impresionante. Hacérsela beber a la señora Winthrop, que es una mujer tímida y sumisa, no será problema. Este es su cuarto parto, así que calculo que el bebé estará fuera en menos de una hora. Después de anunciar que es un niño, fingiré que el bebé no respira bien, que necesito llevármelo de inmediato a mi casa para reanimarlo con el respirador mecánico. (¿Quién va a saber que en realidad no lo tengo?) Con Hattie, sin embargo, las cosas serán más complicadas. No solo resultará agotador conseguir que se tome la poción, por lo asquerosamente remilgada que es, sino que además, al ser primeriza, le costará cuatro o cinco horas sacar al bebé. Entre tanto, necesitaré que alguien vigile al niño de los Winthrop.

Por eso he decidido reclutar a Elsie, la criada de los Winthrop. No solo aportará un toque de veracidad al acompañarme cuando me escabulla con el bebé de los

Winthrop, sino que también echará una mano cuidando del enano mientras yo estoy ocupada con Hattie. Así que, cuando la vi ayer en la tienda, la invité a tomar té y mencioné que podría necesitar su ayuda en el parto.

—¿Me estás diciendo que quieres que asista en el parto de la señora Winthrop, y que luego te acompañe a tu casa si tienes que llevarte al bebé por una emergencia? —Entrecerró los ojos disgustada, sospechando que se trataba de algo turbio. Pero no hizo preguntas, viniendo de donde viene: no preguntes, coge el dinero y corre.

—Eso mismo, querida —dije, ofreciéndole más galletas—. Solo necesito a alguien que me ayude a cuidar un ratito del bebé.

Cogió dos galletas y pude ver que se lo estaba pensando, su hermoso rostro calculaba como un ciervo atento al peligro.

—Podría hacerlo —dijo por fin—. Pero... ¿Cuánto me darás?

—Te daré diez chelines por las molestias, siempre que mantengas la boca cerrada.

—¿Diez chelines? —protestó—. Yo diría diez libras, más bien.

—Cinco libras, entonces —dije. ¡Esta chica es como un dolor de muelas!

—Bueno, está bien —aceptó, levantándose—. Me encantará vengarme de ese bastardo infiel, aunque sea a través de su familia.

—Tú vales mil veces más que él, Elsie —dije, acompañándola a la puerta—. Necesitas buscarte un buen hombre.

—Sí, lo haré. —Asomó la cabeza por la puerta y miró las espesas nubes grises—. Espere y verá, encontraré a alguien mucho mejor que ese canalla.

Luego se marchó apretando el paso, con su cuerpo largo y esbelto contoneándose con gracia entre las gotas de lluvia, y yo

volví aliviada a mi plan.

Esto va a salir bien, hermana. Espero que dejes de incordiarme con tus dudas. No tengo tiempo para pensar si está bien o mal. Además, ¿a quién le importa? ¿Cómo voy a plantearme todas esas tonterías morales, cuando tenemos la oportunidad de volver adonde pertenecemos, seguras y libres? Ya te avisaré cuando esté hecho. Tú, chitón, como de costumbre.

Edwina

Diario de Silvie

Sábado 20 de abril de 1940

Kitty me ha dicho que escriba un diario. Es bueno para mi inglés. Tengo que escribir sobre nuestra casa. Es grande y hermosa. La señora Winthrop es tranquila. El aya Godwin es vieja. Kitty es simpática, pero un poco mandona. Venetia es mi amiga. El brigadier Winthrop siempre está muy enfadado. Hay una criada gruñona y un extraño mayordomo con joroba. El nuevo bebé está a punto de llegar. Espero que después me sigan queriendo.

Hay un coro nuevo y soy soprano. Cantar es bueno. Kitty me echa una mano con las letras. También me gustan los caballos. *Amadeus* es mi preferido. Me caí en el arroyo de Bullsend la semana pasada. El señor Slater me ayudó a volver a casa. Es el hombre que le gusta a Venetia. Habló un poco en checo. Lo habla fatal. Mi inglés es mucho mejor.

Diario de Kitty Winthrop

Martes 23 de abril de 1940

La fiesta de despedida de David Tilling

Esta noche la señora Tilling ha organizado una fiesta para David, que ha regresado de la instrucción y mañana parte rumbo al frente de Francia.

Sin embargo, yo estaba mucho más interesada en Henry, al que le habían concedido un permiso de cuarenta y ocho horas en el aeródromo. Una debe aprovechar estos momentos si tiene en mente la felicidad eterna. Me pasé la tarde perfeccionando mi aspecto. Flotando entre la multitud con el vestido de raso lila de Venetia, estaba convencida de que iba a ser el centro de atención de todo el mundo. La gente diría: «¿Esa es Kitty? ¡Quién iba a imaginarse que se pondría tan guapa!» y «Le hace sombra a Venetia». Henry me observaría desde lejos, incapaz de apartar sus ojos de mí. Entonces, cuando empezase la música, me cogería en brazos y manifestaría la infinita profundidad de su amor.

Quizá no suceda exactamente así. Podría ser que, al final, no haya baile. Pero estaba convencida de que esta iba a ser la noche en la que afianzaríamos nuestro futuro juntos.

—El vestido es muy grande —musitó Silvie cuando le

pregunté qué tal me quedaba.

Ya me había puesto un poco de relleno por arriba, pero decidí meter una media más en cada una, para estar segura.

—Así mejor —dije, alisando el vestido frente al espejo—. No podrá resistírseme, ¿no te parece?

Silvie suspiró y dijo:

—Creo que a él le gusta Venetia.

Me rei. Silvie por fin está saliendo un poco de su caparazón, pero no sé de dónde saca algunas de sus ideas. Tengo mucho interés en conocer su secreto, y le doy la lata constantemente para que me lo cuente. Pero ella se calla y sale corriendo.

Venetia quería llegar a la fiesta algo más tarde, así que se quedó en casa con papi, que estaba ocupado con trabajo. Las cosas están fatal en Noruega, dice. Los nazis nos están machacando, y parece que tendremos que retirarnos pronto. Todo el mundo anda preocupado por si lo siguiente es la invasión de Bélgica y Francia, pero aparentemente tenemos todas las rutas protegidas, de modo que no pasará nada.

Así que fuimos solo mamá, Silvie y yo las que nos aventuramos en el gélido aire del atardecer. Prendimos nuestras linternas porque da miedo caminar por la carretera del bosque de Peasepotter. Justo cuando comentábamos que nunca se sabe quién podría estar acechando por ahí, oímos un ruido entre los helechos y, ¿quién apareció?, ¡Progett! Se sacudió la ropa, nos dio las buenas tardes y se encaminó de regreso a casa. Qué extraño todo.

Seguimos avanzando. Como mamá está embarazadísima, Silvie y yo teníamos que cogerla cada una de un brazo para ayudarla a caminar, lo cual era bastante cómico.

El cielo estaba moteado de nubes entre las que se colaba el oscuro atardecer y, aparte del extraño ulular de una lechuza, reinaba el silencio, como si estuviéramos adentrándonos en un territorio encantado. Hilitos de polen flotaban en el ambiente y sus motitas amarillas de dulce aroma me hicieron recordar el

pasado verano, antes de esta horrible guerra, cuando todo iba bien, como debería ser.

La casa de los Tilling, Ivy House, es uno de mis lugares preferidos en el pueblo. No es tan impresionante como Chilbury Manor, ni tan recargada como Brampton Hall. Desprende una tranquila serenidad, un sabor a la sobriedad de la señora Tilling que impregna su jardín de cuento de hadas, con diminutas rosas que crecen en una serie de pagodas, además de un bebedero y un comedero para pájaros, porque la señora Tilling ama a todas las criaturas vivientes. Ahora tiene seis gallinas que le dan huevos, y un saludable huerto para colaborar en el esfuerzo bélico. Ivy House fue la consulta del veterinario hasta la muerte del señor Tilling hace diez años, y todavía conserva cierto aura, como si, en el fondo, siguiera siendo un refugio para criaturas perdidas o lastimadas.

Cuando abrimos la puerta, un animado estruendo escapó al jardín, y corrimos al interior para evitar las multas por no respetar el *blackout*. (La señora B las reparte como una estricta institutriz. Aunque solo se te escape una pizca de luz por una fracción de segundo, te planta una sanción y ruge: «No queremos que nos vean los Jerries,[Note 3](#)) ¿verdad que no?».) En el interior, la casa estaba animada, con velas titilantes y música alegre, lo cual no pegaba nada con el espantoso temor de que David podría no volver nunca. Banderitas con el rojo, blanco y azul decoraban las paredes, probablemente prestadas por la señora B tras el espectáculo que organizó para Henry. Una multitud de vecinos parlanchines andaba cotilleando por ahí, cada uno con una copa de jerez dosificado en mano.

Venetia hizo su gran entrada poco después de que llegáramos nosotras, provocando el silencio en la sala al anunciar a viva voz:

—¡Espero no llegar tarde!

Destacaba sobre el resto de nosotras, con su vestido de verdes y dorados brillantes que agitaba de un lado a otro para que las lentejuelas reflejaran la luz y se envolviera alrededor de

sus piernas con una fluidez tentadora. En apenas un instante había un grupo de hombres rodeándola, la mayoría eran amigos de David a punto de ir a la guerra. Ella los recompensaba a todos con su atención especial y coqueta, poniendo morritos y susurrando secretitos a sus oídos. Se me pasó por la cabeza echarle la zancadilla con maldad.

Al poco rato, la señora Tilling nos mandó callar, pidiendo silencio en la sala, y fue a buscar a David a su habitación. Prorrumpimos en vítores cuando el muchacho bajó, vestido con su uniforme caqui planchado, que le hacía parecer muy adulto. Pero al observarlo, comprendí con una mezcla de alivio y preocupación que seguía siendo el mismo David de siempre. Alivio, porque un uniforme no cambia a una persona, pero también preocupación porque se fuera al frente, con lo patoso que era él. Seguía siendo el mismo atontado que con nueve años no sabía bajarse del cerezo del parque, el mismo desgarrado al que con doce años abofeteé por tirarme de las coletas, el mismo idiota que con catorce años estrelló el tractor de los Dawkins contra un pobre seto inocente. Su color es el amarillo, aunque no por cobardía, sino más bien por una especie de ceguera ante la realidad, y no pude evitar preocuparme por él. Incluso ahora su mirada ansiosa y aturdida mostraba el modo en que afrontaba cualquier cambio en la vida, con una inagotable ingenuidad, como un zorro que se acerca dando brincos al cazador, medio esperando que lo cojan, sin pararse a pensar en cómo acabará todo.

—¡Guau! —dijo con voz entrecortada al entrar en el reluciente salón—. No era necesario que os esforzais tanto. —Envolvió entre sus brazos a la señora Tilling, con sus torpes ademanes cariñosos—. Gracias a todos por venir. —Avanzó un paso hacia nosotros—. Es un placer verla, señora B, pensé que estaría muy ocupada por ahí riñendo a alguien. ¿Ha convencido ya al señor Churchill para que venga a dar un discurso al WVS de Chilbury? ¡Apuesto a que el hombre no sabe que aquí tiene su mejor club de fans!

Todos se rieron, y alguien gritó: «¡Pronto vendrá!». Luego

David se volvió hacia Venetia, cogió su mano y la besó.

—¡Y la bella Venetia! Permíteme que te mire una última vez para recordarte durante mi viaje. —Sus ojos permanecieron fijos en ella mientras ponía una sonrisa boba.

Venetia era todo modestia, mirándolo con sus ojos pestañeantes y sus labios carmín brillante.

—David, volverás hecho mi héroe —dijo con una voz rasgada por las lágrimas. Me entraron ganas de reír, pero vi el gesto amargo de la señora Tilling al otro lado de la sala. Todos sabemos que a Venetia le importa un bledo David. No tengo ni idea de por qué insiste en jugar a estos estúpidos juegucitos con él.

La señora Tilling me pidió que pasara una bandeja de barritas de queso frito bastante duras (con tanto racionamiento ya nadie sabe lo que la gente pone en las recetas). Así que me entremezclé con los asistentes, observando a Henry, que conversaba con una preñadísima Hattie. Estaba tan guapo con su cabello rubio rapado y su impoluto uniforme de la RAF. Su nuevo bigote es endiabladamente elegante, como los de todos los grandes pilotos de guerra. Hace que su nariz resulte un poco menos picuda, creo. Y parece más mayor, también, aunque ya tiene diecinueve. Un hombre hecho y derecho, alguien que sabrá cuidar de mí. Él no se dio cuenta de que lo miraba, hasta que Hattie me indicó con un gesto que me uniera a su conversación.

—Qué vestido más bonito, Kitty —dijo Hattie, palpando la tela—. ¿No te parece, Henry?

—Pues sí. Estás preciosa, Kitty —comentó con una sonrisa, y me derretí en sus ojos. Luego añadió—: Pronto seguirás los pasos de tu hermana y te convertirás en toda una belleza.

Sus ojos se dirigieron a Venetia, que no paraba de hablar entre una multitud de hombres junto al piano. ¿Por qué necesita atraer la atención de todos los hombres, incluido Henry, cuando no está interesada en ninguno de ellos?

—No quiero ser como ella —dije, ofendida, obligándolo a volver a mirarme—. Quiero ser una belleza por derecho propio. —Sentí que Hattie soltaba un suspiro, no tengo ni idea de por qué.

—¡Pues claro que eres una belleza por derecho propio, Kitty! —exclamó con jovialidad Henry, posando su mano con cariño en mi antebrazo y ofreciéndome una sonrisa especial. Sentí un acceso de calor cuando me tocó, como una llama encendiendo mi cuerpo. Esperé a que me tomara en sus brazos...

Pero de pronto sentí que su atención se disipaba. Venetia se estaba acercando. Su vestido ondeaba mientras saltaba de un hombre a otro, como una deslumbrante libélula revoloteando en busca de su presa. Su cabello rubio caía sobre sus hombros de blanchura nacarada, y su cuello suave y pálido desprendía un intenso perfume. La mano de Henry abandonó el contacto con mi brazo, que de pronto se sintió frío y perdido, y cuando lo miré, ya se había vuelto hacia mi hermana.

—Ven y siéntate conmigo, Henry, querido, y cuéntame todo sobre tus bombardeos —cacareó en voz alta, acariciando la barbilla de Henry con sus dedos y atrayendo suavemente su boca hacia sus labios cuidadosamente pintados—. Me han dicho que has estado combatiendo en Noruega.

—Pensaba que estabas ocupada con los otros hombres —respondió él, en voz baja.

—No significan nada para mí —dijo Venetia con un mohín. Luego inclinó hacia un lado la cabeza, con su espeso cabello rubio formando una cortina reluciente que la ocultaba del resto de la sala, y susurró algo al oído de Henry mientras rozaba levemente su cuello con sus largas uñas rojas.

Él respondió con otro susurro, apartándole el pelo con la mano mientras sus labios se cernían sobre su oreja.

Una voz masculina llamó a Venetia desde el otro lado de la estancia, y se apartó.

—Tendré que pensármelo —dijo, con un brillo amenazador en sus ojos, y desapareció entre la multitud.

Henry la siguió rápidamente, llamándola:

—¡Venetia!

¿Y yo? Me habían abandonado, sola, en mitad de la sala, sujetando en silencio la bandeja de palitos de queso. ¿Cómo podía hacerme esto mi hermana? ¿Y por qué él le seguía el juego? ¿Es que no se da cuenta de que lo está usando, de que Venetia dice que es un aburrido y que su nariz parece una verruga gigante? ¿No sabe que a mi hermana no le importa un pimiento nadie, solo ella misma, y que le gusta que los hombres hagan cola ante su puerta para demostrar que es la mejor? Pero lo peor de todo es que Venetia, sabiendo cuánto amo a Henry, disfruta alejándolo de mí. Es otra de sus artimañas para quedar por encima de todas, se pavonea ante nosotras como si fuera una especie de reina malvada. No es justo.

Se deslizó como una víbora entre el gentío hasta el señor Slater, que estaba tan impecable como siempre, con su pelo oscuro alisado. Su aire de distante virilidad hacía que David y sus amigos parecieran escolares imberbes a su lado. Venetia ha estado intentando llamar su atención como una loca, pero él parece inmune a sus encantos. Probablemente sea el primer hombre que lo logra. Ella cada vez ataca con más ímpetu, o de lo contrario perderá su apuesta con Angela. Y Venetia siempre tiene que ganar. Se hace llamar la emperatriz de este pueblecito, y está dispuesta a seguir siéndolo.

Me acerqué a papi, que había abandonado a regañadientes su despacho y ahora observaba con furia a Venetia, mientras la señora B parloteaba a su lado. Papi quiere que Venetia se case con Henry para que herede Brampton Hall, lo cual es sencillamente ridículo. No me los puedo imaginar juntos, y la idea de que Henry sea mi cuñado es mucho más horrible todavía. Cada vez que nos viésemos, la tensión sería insoportable. Pero nosotros nunca damos rienda suelta a nuestras pasiones secretas, las reservamos en nuestro interior

como amantes en una tragedia. Quizá algún día llegue el momento en que nos encontremos en el porche. «Oh, Kitty», me dirá, sorprendido de verme. «Henry, no sabía que estabas aquí», contestaré yo, dirigiendo la vista al suelo, y luego hacia la puerta francesa abierta por la que asomará una cortina blanca mecida por la suave brisa de verano. «Yo tampoco. Solo quería decirte...», «No, Henry, no lo digas. No hagas esto más duro de lo que ya es», «Pero Kitty, querida...». Y así hasta que uno de los dos muera.

Papi estaba otra vez despoticando sobre el señor Slater:

—Ese Slater es un cobarde despreciable por no participar en la guerra.

—Al señor Slater lo han eximido de combatir porque tiene los pies planos —dijo la señora B con mucho énfasis. Le ha cogido cariño al señor Slater, pues lo imagina como un gran artista a quien poder descubrir. Intentando dárselas de muy culta, quiere ponerlo bajo su protección. ¡Que el Cielo se apiade de él! Aunque no tengo ni idea de si es bueno de verdad, no creo que la señora B tenga la capacidad para diferenciar entre una obra maestra y el proyecto de un estudiante de la escuela de arte.

—Slater es un gandul sin hogar que está eludiendo sus responsabilidades. —Papi se acabó su jerez de un trago—. Holgazanería y cobardía, no hay más. No se da cuenta de que luchar es lo que te convierte en un hombre de verdad.

Pensé en Edmund, reventado en trocitos en el mar del Norte, y en el pobre David, al que aguardaban las balas en Francia, y no pude evitar preguntarme si no sería tanto una cuestión de valentía como de sentido común. Enviar a la gente a morir parece completamente absurdo. Me puse a imaginar cómo debe de ser explotar en un submarino: los pitidos del radar anunciando la muerte inminente, todo el mundo despidiéndose y cantando el himno nacional, *God Save the King*. Y luego, ¡bum! La nada. Solo trozos arrancados de dedos y orejas que aparecerán en playas insospechadas.

Al contemplar al señor Slater, no pude evitar pensar que el hombre no podía ser tan malo. Había ayudado a volver a casa a Silvie cuando se cayó de *Amadeus*. No debería haber intentado cruzar el arroyo de Bullsend. Fue una suerte que él anduviera por allí. Aunque me pregunto qué estaría haciendo en el arroyo de Bullsend. Está en la otra punta del bosque de Peasepotter, en medio de la campiña.

Los ojos de papi miraron entrecerrados a Venetia, que estaba entretenida con los comentarios ingeniosos y el hastío afectado del señor Slater. Aunque más tarde papi tendría más que palabras con Venetia, lo cierto es que le resulta imposible controlarla. Cada vez que le ordena que deje tranquilo a Slater, ella se encoge de hombros, sonríe y dice que es «la muñequita de papi», para luego seguir haciendo lo mismo. Me pone enferma.

Henry permanecía por detrás de Venetia, en actitud protectora, intentando entrar en la conversación. No tuvo que esforzarse mucho, porque el señor Slater parecía encantado de incluirlo y se dirigía directamente a él, haciendo bromas para que se rieran los dos. Era como si estuviera esquivando la atención de Venetia. Henry posó la mano en el brazo de mi hermana, y me fijé en que sus ojos la observaban, recorriendo su cara, su garganta, el amplio escote del vestido. Ella se sacudió la mano, pero Henry se quedó allí, y me pregunté por qué dejaba que Venetia jugara con él. Pero entonces me acordé de lo listo que es, seguramente estaría también jugando a algún tipo de jueguito.

En ese momento me di cuenta de que yo no era la única que vigilaba a Venetia. David Tilling la miraba fijamente desde la ventana, apoyado en la pared, absorbido por su presencia. Lleva enamorado de Venetia desde que vestía bombachos. Nunca pensé que sería algo tan serio, pero sus ojos eran como los de un enorme pez boquiabierto, bebiéndosela. Venetia debería andarse con cuidado. David se ha vuelto mucho más directo desde la instrucción militar.

—Saquemos el piano —propuso la señora Tilling—. Kitty,

¿te atreves a cantarnos un par de canciones?

La señora Quail (cuyo color es un naranja alegre) plantó su rechoncho trasero en el taburete del piano, mientras la señora B me cogía del brazo obligándome a avanzar tras ella. Todo el mundo sabe que tengo planeado ser cantante de mayor, así que siempre soy la primera a la que piden que entone un par de canciones. Prim me dirigió una sonrisa especial desde el público, y me sentí decidida a causar una buena impresión.

—Vamos, Kitty —me animaban todos, y debo confesar que aquello me conmovió y cogí las partituras. La señora Quail me dio *Greensleeves*, esa hermosa canción que se supone que escribió el rey Enrique VIII, aunque seguro que le pidió ayuda a alguien, dado que no se puede ser rey y componer música hermosa a la vez. Sobre todo si estás ocupado decapitando esposas.

La señora Quail comenzó con la apertura, y yo entré con la maravillosa canción. Era perfecta para hacer alardes con mis mejores notas. Cuando terminé, Prim me hizo un gesto con la cabeza, como diciendo «Bien hecho», y sentí una oleada de placer. ¡Por fin se reconocía mi talento!

Eché un vistazo a mi alrededor y capté los ojos de Henry, y fue como si el mundo se ralentizara cuando nuestras miradas se cruzaron sobre la atestada sala. Sonrió, con todo el rostro iluminado de alegría y amor, hasta que Venetia se le acercó con un comentario cualquiera. Típico de ella, entrometerse así.

En la siguiente canción, *I Am the Very Model of a Modern Major-General* de Gilbert y Sullivan, la señora Quail se puso a tocar más rápido a propósito para provocar que me equivocase. Fue gracioso.

—Deberías subir a los escenarios como cómica, y no como cantante, Kitty —bromeó Hattie. Su color es el lila, bello e inspirador, y no tengo ni idea de por qué es tan amiga de la malvada Venetia y de la horrible Angela Quail. Quizá intenta rescatarlas de mayores indecencias.

El embarazo la está agotando, se nota en sus grandes ojos

marrones hundidos por el peso de la velada, pero siempre es tan animada, nos alegra a todas con sus bromas y sonrisas. Debe de resultarle difícil tener a Victor en un barco en el Atlántico. Todavía no me hago a la idea de que estén casados. Fueron amigos durante años y luego, como si alguien hubiera encendido una bombilla gigante, se enamoraron y se casaron en menos de una semana, con la guerra a punto de estallar. Por lo visto, está pasando mucho. Obviamente, todo tiene que ver con la muerte. Qué extraño que el amor y la muerte estén de repente tan estrechamente unidos en tiempo de guerra.

Por qué todos se están casando a toda prisa

Si estás enamorada, ¿por qué esperar a un mañana que nunca llega?

La gente ahora se ve forzada a cambiar de lugar, así que si quieres estar con alguien, mejor cástate con él.

¿Quieres tener hijos antes de que sea demasiado tarde?

¿Quieres que te avisen cuando muera tu persona más querida?

¿Quieres recibir algo de dinero si cae en combate?

¿Quieres tener a alguien especial por quien rezar, por quien vivir?

A fin de cuentas, ¿quién va a quedar al final?

Al marchar, le di un besito a David en la mejilla.

—No dejes que Venetia te ponga triste —susurré, sintiendo la necesidad de ofrecerle un par de palabras de ánimo—. Necesitas olvidarla, encontrar a alguien que te trate bien.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué estás diciendo, Kitty? —dijo, y una sonrisa de suficiencia se adueñó de su boca—. Solo porque vayas tras una causa perdida, no pienses que los demás estamos igual.

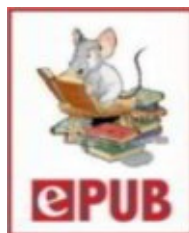
Me quedé pasmada. El viejo David —el David de antes de la instrucción— nunca me hubiera dicho algo así. No estaba segura de haber comprendido del todo a qué se refería. ¿Quién es exactamente la causa perdida aquí?

Henry se marchaba, así que tuve que olvidar todo aquello y salir corriendo para robar un último momento con él. Estaba en el recibidor poniéndose la chaqueta, esa especial que tiene, de piloto de bombardero, con cuero y forro de piel.

—¿Cuándo volveré a verte? —pregunté, plantándome de puntillas ante él, mis ojos a la altura de sus labios, suaves y atractivos bajo su fino bigote.

—Me verás, jovencita, cuando hayamos acabado con esos nazis —respondió, cogiendo mi barbilla entre sus dedos. Alcé la cara, cerrando los ojos, esperando que nuestros labios se encontraran...

Pero entonces llegó mamá y dijo que debíamos irnos, así que nos vimos obligados a separarnos. Vi una sonrisa en la cara de Henry mientras yo metía los brazos por las mangas de mi abrigo y seguía a mamá y a Silvie hacia la fría oscuridad de la calle. Pero al girarme para mirarlo por última vez, me guiñó un ojo y mi corazón estalló de alegría, consciente de una única verdad. Me ama, y pronto estaremos juntos.



Nota 3

Término con el que se conocía a los soldados alemanes en Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial. (N. del T.)

[Volver](#)

Diario de la señora Tilling

Miércoles 24 de abril de 1940

Hoy mi hijo se ha ido a la guerra, y yo he adoptado una apariencia frágil, una sonrisa mustia que asoma y se va vacilante como una canción entrecortada en una radio estropeada. Me echo a temblar cada vez que recuerdo la última guerra, todos esos soldados que nunca regresaron, el muchacho de los vecinos, muerto un mes antes de que llegara el telegrama.

Dicen que esta guerra es diferente, pero un terror se adueña de mí cuando me atrevo a pensar en David ahí fuera, intentando mantener la cordura entre tanta sangre. Dicen que tenemos bombarderos y tanques y que no habrá trincheras como la última vez. Pero cuando cierro los ojos, solo escucho los insoportables gritos de dolor de hombres machacados por el colosal teatro de la guerra.

Y es que los vi regresar tras la última guerra: los tullidos, los amputados, los que volvieron tan trastornados que jamás volvieron a dormir tranquilos, atormentados por sus amigos muertos, sintiéndose culpables porque se les hubiera permitido vivir. Nunca volvieron a ser los mismos.

La mañana transcurrió entre carreras por las escaleras arriba y abajo, aroma a champú fresco, a gomina y a colada limpia que cortaban el ambiente tenso. Esperé la llegada de la

camioneta desde la ventana del recibidor, mientras unas nubes lentas y grises moteaban el mundo exterior. Ralph Gibbs, el de la tienda, también partía, y la señora Gibbs los iba a llevar a Litchfield en su camioneta de reparto.

—Mírate —dije cuando David bajó por última vez las escaleras. Llevaba el uniforme y parecía adulto y aseado. Recoloqué su ya ajustado cuello; solo quería tocarlo, sentir su ser bajo mis dedos. Me miró y puso su sonrisita alegre.

—Bueno, será mejor que me marche, mamá —dijo—. O tendré problemas antes incluso de empezar. —Se rio un poco, y forcé una amplia sonrisa para no llorar.

Cuando abrió la puerta, las nubes se separaron y salió el sol, que hizo relucir por un breve instante los árboles y la hierba húmeda. Luego empezó a caer una lluvia fina que lo roció todo con una chispeante ducha que confería una sensación casi de irrealdad, como un salto en el tiempo.

Nos despedimos en la puerta bajo la etérea llovizna. Con una última mirada a la casa, su hogar durante todos estos años, me envolvió entre sus brazos.

Lo apreté fuerte.

—Sabes que no estás obligado a ir —gimoteé, rogando que cambiara de idea en un instante de locura.

Sonrió y se secó una lágrima.

—¡Levanta ese ánimo, mamá! Alguien tiene que enseñarles una lección a esos Jerries, ¿vale?

Apartándose de mí, se dirigió sin prisa hacia la camioneta, y yo contemplé sus anchas espaldas, sus andares lentos y rítmicos, ese físico que ya no tendría junto a mí para mirar, para abrazar. Me vino a la mente una imagen suya de niño, correteando por este mismo camino, llegando tarde a la escuela, volviéndose y sonriendo, renqueante bajo el peso de su mochila.

Y, tal y como lo recordaba, se giró hacia mí con el mismo gesto de entonces, como si el mundo fuera una gran aventura

para contemplar y degustar, y sentí que la lluvia se mezclaba en mi rostro con las lágrimas por todos nuestros preciados años juntos.

Se montó en la camioneta y bajó la ventanilla para saludar, y luego, cuando arrancaba y se marchaba, sus labios tocaron la palma de su mano y me sopló un beso, algo que no hacía desde que era niño. Era como si, al borde de la madurez, él también se acordara de todo lo que hemos compartido, de que a pesar de ser ya un hombre, todavía es, en el fondo, mi pequeñín llegando tarde al colegio.

Y luego, se fue.

Entré en casa y barrí la cocina, con un dolor palpitante en la cabeza, como me suele suceder estos días. Contemplé por la ventana la lluvia que seguía cayendo, la hierba que seguía creciendo, los pájaros que seguían cantando.

Pero ahora yo estaba sola.

Tras unos minutos terribles, no pude evitar colarme en su pequeña y austera habitación, que aún conservaba el calor de su presencia. Pasando mi mano por su suave colcha azul, recordé cuántas veces había arropado su cuerpecito a la hora de dormir, y arrodillándome junto a la cama, aspiré hondo, llenando mis pulmones con su aroma, ese olor inconfundible que tenía desde que era un bebé. Lo distinguiría en cualquier parte, un aroma a sal y miel caliente.

Esa noche, cuando dejé de llorar, comprendí que era una sensación a la que iba a tener que acostumbrarme. Tenía que estar ocupada para evitar que mi cabeza pensara en cosas fatales, como no saber dónde está o si sigue vivo.

David es todo lo que tengo. Sé que debe partir y cumplir con su deber, aunque desearía con toda mi alma que le hubieran dado un trabajo de oficina o lo hubieran destinado a repostar aviones cerca de casa. Solo puedo rezar a Dios para que cuide de él. Supongo que solo soy una más de los millones de madres en todo el mundo que desde la puerta vemos a nuestros hijos alejarse de nosotras calle abajo, con el petate al

hombro, sin saber si algún día volverán. Nuestras oraciones bastarían para iluminar el universo entero, como mil estrellas insuflando vida a nuestros temores más profundos.

Tuve que reunir ánimos para el ensayo del coro de esta noche. Mientras deseaba liberar algunos sentimientos reprimidos, también estaba temerosa de derrumbarme, rompiendo así nuestro pacto tácito de guardárnoslo todo dentro, de mantener la moral alta.

Acudí temprano a la iglesia, me encaminé hacia el altar y pensé en lo irreversible de la muerte. Entonces, una mano en mi brazo me hizo girarme, y ahí estaba Prim mostrándome su comprensión con un gesto de la cabeza. Como si lo supiera, como si pudiera ver el vacío y el miedo en mi interior.

—¿Estás bien?

—La soledad parece perseguirme —dije, con una triste sonrisa.

—Esto no es el fin —dijo con calma—. El amor siempre está ahí. Solo tienes que abrazarlo.

—Pero... —No estaba segura de a qué se refería—. ¿Dónde está el amor si mi familia se ha ido?

—Necesitas abrazar tus recuerdos de la gente. No puedes pedirles más, por ahora.

La puerta se abrió con un chirrido y entraron disparadas Kitty y Silvie, interrumpiendo nuestro diálogo con su parloteo.

—¿David se ha marchado hoy? —preguntó Kitty, sin aliento por la carrera.

—Sí —contesté—. Se fue esta mañana.

—¿Se acordó de todo?

—Supongo —contesté con frialdad, sin querer hablar del tema. La manita de Silvie se posó en la mía, y cuando bajé la vista, vi sus ojos grandes y aterrados. La pobre niña había visto demasiado en esta guerra. Solo puedo rezar para que nunca llegue hasta aquí.

La sillería del coro no tardó en estar llena, todas clamando por escuchar noticias de la guerra de quien supiera algo. Algunas permanecimos en silencio, escuchando a medias, como si nuestros pensamientos estuvieran en otra parte. Varias mujeres que tenían a sus seres queridos lejos se acercaron a ofrecerme su apoyo, dándome la bienvenida a su mundo de terror con ojos asustados.

Prim se volvió hacia el coro y nos pidió que cantáramos *Love Divine* para el domingo. Subiéndose las mangas de su teatral capa de damasco, alzó su batuta, dispuesta, y nos lanzamos a ello, sumergiéndonos en el esplendor del canto. Al final, la señora Quail se acercó bamboleándose al frente y dijo unas palabras a Prim, que asintió y mandó a la señora Quail de vuelta al órgano.

—Por petición especial, vamos a cantar nuestra querida *The Lord's My Shepherd*.

Reordenamos nuestras partituras y la miramos, a la espera de empezar. Fui consciente de que la señora Quail lo había hecho por mí. Sabía que era uno de mis himnos preferidos. Busqué su mirada para agradecerse, y cuando comenzó la lenta y metódica introducción, sentí que la sangre corría más rápido por mis venas.

El sonido más hermoso, el coro al completo, cantando con suavidad, dubitativo al principio, para luego ir abriendo nuestras voces directamente desde nuestros corazones.

The Lord's my Shepherd, I'll not want;

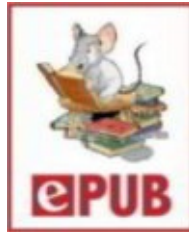
He makes me down to lie

In pastures green; He leadeth me

The quiet waters by.[Nota 4\)](#)

El volumen creció con pasión y decisión, mientras

derramábamos nuestras emociones en cada oscuro rincón de la iglesia. Cada arco, cada grieta, reverberaba hasta llegar a un *crescendo* en el estribillo final, un unísono vocal de trece pueblerinas en esa noche fría y tranquila, descargando nuestros anhelos, nuestras ansiedades, nuestros miedos más profundos.



Nota 4

El señor es mi pastor, nada me falta; / Me hace descansar / en verdes prados; Me conduce / junto a aguas tranquilas. (N. del T.)

[Volver](#)

Carta del teniente de vuelo Henry Bampton-Boyd a Venetia Winthrop

*Base Aérea 9463, Daws Hill,
Buckinghamshire*

Jueves 25 de abril de 1940

*M*i querida Venetia:

He sentido poco, excepto los alocados latidos de mi corazón, desde que nos separamos el pasado martes. Lo guapa que estabas, tus movimientos con aquel vestido..., estoy fascinado, hechizado por tu elegancia y hermosura. Cuando me dijiste que te pensarías mi propuesta de matrimonio, no pude por menos de alegrarme al saber que algún día serás mía. Solo espero ser capaz de sobrevivir a esta guerra lo suficiente para conocerte como mi esposa de verdad.

No volveré a Chilbury hasta julio, y cuando llegue, espero que hayas tenido tiempo para reflexionar sobre mi propuesta. Y es que, querida, tengo mucho que ofrecer. Bampton Hall será tuyo, igual que nuestro ilustre apellido, así como mi pasión y devoción eternas. Las bodas rápidas son muy habituales en estos tiempos, y estoy ansioso por que nos casemos en cuanto me des tu consentimiento. A los recién casados nos conceden unos días extra de permiso. Tengo ya una ligera idea del sitio perfecto para nuestra luna de miel, donde podremos

conocernos a fondo de un modo maravilloso. La verdad, me muero de ganas.

Deseándote todo mi amor, querida, y confiando en que sigas siendo mía en mi ausencia, del mismo modo que yo sigo siendo completa e indiscutiblemente tuyo.

Henry

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Viernes 26 de abril de 1940

Querida Angela:

¡Tengo tanto que contar! Para empezar, te perdiste la espectacular fiesta de despedida de David Tilling la noche del martes. Bueno, quizá más entretenida y predecible que espectacular. Ya sabes cómo son estos actos sociales de Chilbury. Todo el mundo estaba allí, incluidas Hattie y mamá, que se están tomando el embarazo de maneras muy diferentes: Hattie, toda emoción y alegría, y mamá con la lacrimógena esperanza de dar un varón a papi.

El señor Slater se empeña en no dejarse seducir por mí. Redirige con habilidad cualquier cuestión e ignora de un modo exasperante todo flirteo. Tu idea de enseñarle algunos paisajes adecuados podría suponer una buena oportunidad. Estoy preparando un plan que no puede fallar.

Henry volvió a pedirme que me casara con él. Evidentemente, le respondí con vaguedades. No soporto

deprimir al pobrecito cada seis meses. ¿Cuándo captará el mensaje? Mientras tanto, Kitty es tan patética que no se pierde ni una palabra de lo que él dice. Henry le da largas muy educadamente, lo cual es bastante cruel, ¿no te parece?

Hattie está preparando a los niños de la escuela para su ausencia cuando nazca el bebé. Muy típico de ella, se siente fatal por todo ello, y piensa que es terriblemente egoísta tener un bebé.

—No seas tonta, Hattie. Tú has nacido para ser madre. No puedes renunciar a ello solo para dar clases a unos escolares — le digo.

Pero ella solo dice:

—Tú no sabes cuánto dependen de mí, Venetia. No lo entiendes.

Está claro que no.

La nueva directora del coro, Prim, hizo un anuncio extraordinario en el ensayo del miércoles, y ahora todas andamos revueltas de nuevo. Se presentó con su típica actitud melodramática, pero en lugar de repartir las partituras, subió con presteza al púlpito y comprendimos que algo especial sucedía.

—He apuntado al Coro Femenino de Chilbury en un concurso público de coros que se celebrará en Litchfield dentro de tres sábados.

—¿En qué demonios estabas pensando? —La señora B se levantó y avanzó con la determinación de un tanque—. No vamos a desfilas con nuestro absurdo coro de mujeres en una competición pública. ¡Seríamos el hazmerreír de todo el mundo!

—El concurso es en apoyo a la producción armamentística y se considera un tremendo estímulo para la moral del frente interno —dijo Prim, exultante—. Saldrá en todos los periódicos y levantará los ánimos de todo el país. Me resulta imposible imaginar que alguien vaya a pensar mal de nosotras.

—¿De todo el país? —tronó la señora B haciendo temblar las

vidrieras—. ¿Nuestra histórica y respetable localidad se verá arrastrada por la prensa nacional? —Levantó su dedo de sermonear y empezó a blandirlo con violencia—. ¿Vamos a terminar expulsadas de la buena sociedad?

—No sea aguafiestas, señora B —intervine, con una dulce sonrisa—. Todo el mundo nos tomará como un ejemplo de gente maravillosamente moderna.

—Y será muy divertido actuar en un escenario, ¿verdad? —añadió Kitty.

—¡Qué tontería más grande! —protestó la señora B—. Quedaremos como absurdas. ¡Un puñado de mujeres apañándose sin hombres! ¿Dónde está vuestro sentido del honor?

Entonces sucedió algo extraño. Hattie dio un paso al frente.

—Sé que no quiere que nada cambie, señora B, pero estamos en guerra e intentamos llevarlo lo mejor que podemos. No hay leyes que impidan cantar sin hombres. De hecho, ya no hay leyes que valgan para nada. De modo que seamos las primeras en proclamar esta nueva oportunidad. A fin de cuentas, forma parte del esfuerzo en el frente interno para mantener alta la moral —añadió—. Simplemente con participar ponemos nuestro granito de arena en la guerra.

—¡Contad conmigo! —exclamó la señora Quail desde el órgano.

—Yo me apunto —dijo la señora Gibbs.

—¡Vamos a probar! —se alzó otra voz.

—¡Sí! Demos lo mejor de nosotras —dijo con cautela la señora Tilling—. Solo porque no lo hayamos hecho nunca, no significa que no debamos intentarlo.

La señora B, enfurruñada como un niño castigado, no estaba dispuesta a bajarse del burro:

—¿Pero es que habéis perdido todas la cabeza?

—¡En absoluto! —Prim extendió los brazos con orgullo—.

Puede que seamos unas participantes de última hora, pero sé que poseemos lo que hace falta. Tenemos unas voces muy buenas, Kitty y Venetia ya son sopranos de primera categoría, y la señora Tilling es el pilar de las contraltos. Todas tenéis buena voz, pero para competir contra los grandes coros tendremos que hacer uso de nuestro principal valor, el que nos hace realmente excepcionales.

Nos fue mirando una a una.

—La música es una cuestión de pasión. De humanidad. Necesitamos poner nuestras pasiones en nuestras voces. — Agitó su batuta con esmero en el aire—. Debemos imbuir cada nota, cada palabra, con nuestras historias. Pensad en todo lo que pueden aportar los miembros de nuestro coro: la exuberancia de Kitty, el coraje de Silvie, la alegría de la señora Quail, la dulzura de Hattie, la diligencia de la señora Tilling. Incluso usted, señora B, aporta brío e ímpetu a nuestro canto. Cada alegría, cada pena que esta guerra nos hace sentir, resultarán de provecho para nuestra música. —Hizo una pausa momentánea—. Eso, y un ensayo adicional los viernes.

La señora B parecía contrariada:

—¿Dónde se celebrará el concurso?

Prim se inclinó hacia delante con un gesto teatral y habló con un susurro dramático:

—En la catedral de Litchfield, probablemente el edificio más espiritual e inspirador de todos. La acústica es de las mejores del país. Y si ganamos, pasaremos a la final, nada menos que en la catedral de San Pablo de Londres.

—Eso suena muy bien —comentó una radiante Kitty—. Vamos a intentar ganar, ¿vale? —Luego se dirigió a la señora B —: Venga, señora B, nos ayudará, ¿a que sí?

—Supongo que podría prestaros mi apoyo —musitó petulante—. Pero habéis de saber que solo porque es para la guerra.

Yo sabía que la señora B sería incapaz de permanecer al

margen de esto, aunque regresó a su silla con gesto altanero, como si oliera a boñiga de caballo, lanzando una mirada de disgusto a la señora Tilling.

Prim repasó un taco de partituras y comenzó a repartirlas.

—¡Vale! Vamos a empezar con una pieza nueva para el concurso.

Se repartieron las hojas y todas sentimos un escalofrío.

—El *Ave María* —explicó— es una oración a la Virgen María para suplicar su ayuda divina en tiempo de guerra. He arreglado la obra especialmente para nuestro coro. ¿Estamos listas para intentarlo?

Lo hicimos lo mejor que pudimos, y luego Prim nos hizo practicar cada parte por separado, primero las sopranos, luego las contraltos. Se notaba que Prim estaba encantada.

—¿Veis? Habéis creado un sonido de lo más hermoso. Ahora no tengo duda de que, con algo más de práctica, conseguiremos que salga fenomenal. Debemos permanecer unidas y fuertes para ser unas candidatas a las que tener en cuenta.

Al finalizar, Prim comentó que si alguna quería intentar un solo, que se acercara para realizar una audición.

—El arreglo tiene dos solos, así que necesitaremos dos voces. ¿Quién se atreve?

Kitty se ofreció al instante:

—¡Yo lo haré!

No podía permitir que Kitty se llevara toda la gloria, así que di un paso al frente.

—Estoy segura de que yo también puedo intentarlo.

Prim esperó unos minutos, y luego alzó su voz por encima del gentío:

—¿Y usted, señora Tilling? ¿No le parece que posee una voz para compartir con el mundo?

La señora Tilling se sonrojó, cogió su bolso y avanzó:

—¿De verdad cree que puedo?

—Bueno, eso depende de usted —dijo Prim—. La voz la tiene, eso seguro, pero..., ¿tiene el valor?

Un rubor se adueñó de las demacradas mejillas de la señora Tilling.

Prim se acercó al órgano, intercambió unas palabras con la señora Quail y luego regresó junto a nosotras.

—Vamos a escucharos cantar la primera estrofa por tumos.

La señora Tilling parecía a punto de desmayarse, mientras que Kitty se moría de ganas por empezar.

—Kitty, ¿por qué no empiezas tú? —dijo Prim, y dio una señal a la señora Quail para que comenzara a tocar.

Kitty cantó como si estuviera en un escenario ante varios miles de fervientes admiradores de la ópera. Alzó los ojos al cielo al dar las traicioneras notas altas, e incluso hizo ese terrible gorjeo. Fue horrible.

—Bravo —exclamó Prim con entusiasmo cuando finalizó.

Me pregunté si lo haría por condescendencia, hasta que la señora Tilling se le unió:

—¡Qué voz tan bonita tienes, Kitty!

Kitty sonrió de un modo exasperante.

Me planteé retirarme, pero Prim decidió rápidamente que era mi turno, y la señora Quail ya estaba tocando la introducción.

Canté lo mejor que pude, trastabillándome con algunas palabras, y sin lograr dar las notas más altas tan bien como Kitty. Pero, en el fondo, mi voz es mucho mejor que la suya. Suena mucho más natural.

Cuando terminé, Prim y la señora Tilling dieron una pequeña ronda de aplausos y estuvieron de acuerdo en que yo tenía una voz preciosa y melodiosa. Kitty me miró con

suficiencia, pensando que había ganado.

Entonces fue el turno de la señora Tilling, y ya sabemos que canta tremendamente bien, desde que tenemos memoria. Sin ella, el coro habría tenido muchas dificultades. Cantó perfectamente afinada, todas las palabras correctas, sin vacilar en ningún momento con su fascinante timbre de contralto.

—Maravilloso, señora Tilling —dijo Prim—. La voz perfecta para uno de los solos. —Luego me miró, como era inevitable—. Y me temo, Venetia, que esta vez voy a elegir a Kitty. Necesitaremos algunos ensayos extra, y me imagino que tu hermana dispone de mucho más tiempo libre que tú, con tu trabajo en la Oficina de Guerra.

—Sí, tiene toda la razón —dije—. La verdad es que no debería haberme presentado, porque apenas tengo tiempo libre últimamente. Quizá la próxima vez.

tras eso, viendo por el rabillo del ojo cómo Kitty daba saltitos de alegría, cogí mi abrigo y salí con paso majestuoso del edificio.

Desde entonces, Kitty ha estado haciéndose la superior sin descanso. Silvie y yo hemos tenido que recluirnos en mi cuarto para escapar de ella. Le he hecho un peinado precioso mientras ella se probaba mi pintalabios. Es una criatura muy dulce.

Y con esto debo dejarte, pues necesito un sueño reparador. Ya te contaré cómo evoluciona mi plan para conseguir al señor Slater. Al final me saldré con la mía.

Venetia

Diario de Kitty Winthrop

Domingo 27 de abril de 1940

La cuestión de la virginidad de Venetia

¿Por qué será que precisamente cuando crees que sabes como funcionan las cosas, algo explota justo delante de tus narices y tienes que repensarlo todo de nuevo? Ahí estaba yo, tan feliz por la vida pensando que nadie hacía nada, excepto quizá darse un par de besitos, antes del matrimonio, y de repente, ¡bum!, contemplo todo el acto desplegarse ante mis propios ojos.

Cosas que me gustaría muchísimo saber

¿Venetia era pura como la nieve recién caída, como siempre se nos enseñó que debíamos ser?

¿Ahora tendrá que casarse con el señor Slater?

¿Esto significa que dejará sus jueguitos maliciosos con Henry?

¿Alguien más hace eso antes del matrimonio?

¿Y yo? ¿Tendré que hacerlo?

En primer lugar, dejadme decir que, en mi opinión, antes de ver lo que vi, Venetia seguía siendo virgen. Mamá nos había dicho a las dos que una tiene que conservar la virginidad hasta que se casa, y debo admitir que nunca se me había pasado por la cabeza cuestionar esa enseñanza. He visto copular muchas veces, no vayáis a pensar que soy una ingenua: toros montando vacas en el campo, esa vez que el señor Dawkins trajo a su yegua para que *Amadeus* la preñara, y los perros del establo están haciéndolo todo el rato. Y sé a lo que conduce: bebés. Así que, ¿por qué lo hizo Venetia? No está casada y, que yo sepa, no quiere tener un bebé. Era repugnante.

Luego me pregunté si ya lo habría hecho antes con alguien más, y una nube de recuerdos pasó por mi cabeza, como un álbum de fotos de todos los chicos con los que ha tonteado. Ahora que lo pienso, podría haberlo hecho con cualquiera de ellos: Cecil Worthing, David Tilling, incluso Victor Lovell o, Dios no lo quiera, Henry. Se conocían desde niños, habían crecido como amigos, pasaban muchas tardes juntos en fiestas, quizá escabulléndose entre la oscuridad para darse un besito que podría haber conducido a algo más. Acaso este era su horrible modo de dominarlos.

¿Sería Venetia una ramera?

Angela Quail es, sin lugar a dudas, una ramera. Estoy segura de que lo ha hecho con Edmund, puesto que siempre estaban tocándose de un modo de lo más vergonzante. Creo que también quería estar con Henry, porque siempre actuaba de un modo raro con él, muy agitada. Me pregunto si Henry la rechazó y me eligió a mí en su lugar porque le gustan las chicas decentes, mientras que Angela luce su depravación como una medalla. Supongo que ser la hija del vicario la ha hecho más rebelde.

Pero con Venetia, papi se va a poner hecho un basilisco.

Todo comenzó tras mi clase de canto con Prim de esta

tarde, que salió especialmente bien, pues me dijo que le había dado un tono perfecto. Me moría de ganas de contárselo a Silvie y, como no la encontré en casa, salí corriendo hacia el establo para ver si estaba allí. Hacía un día precioso, dorado como la mantequilla, y sentía que todo tenía sentido en el mundo. Los cerezos estaban justo perdiendo la flor, y pétalos rosas y blancos caían sobre mí cuando crucé el huerto. Era maravilloso, como si la nieve estuviera formando diminutos y suaves cojines.

Al pasar por el hediondo patio del establo, me pareció oír voces junto a la puerta de *Amadeus*. Por un instante, me pregunté si a Venetia le habría dado algo y había decidido que era el momento de prestar un poco de atención a su viejo caballo, al que tenía completamente abandonado desde que dejó la equitación.

No tuve esa suerte.

Era la voz de Venetia, sí, pero no estaba hablando con *Amadeus*. Me puse de puntillas para mirar por el agujero de la puerta de madera y tuve una visión perfecta del señor Slater, immaculado con su traje y corbata grises. Parecía totalmente fuera de lugar en el establo, que olía a caballos sudorosos y al cuero de las sillas. Me hubiera sorprendido verlo allí, de no ser por la pequeña apuesta de Venetia con Angela.

Pero esto no parecía una pequeña apuesta en absoluto.

Venetia estaba muy cerca de él, con la cabeza levantada para mirarlo del modo más ridículo posible, su pelo rubio peinado a un lado y cayendo sobre un hombro. Incluso desde mi posición, el aroma de su perfume a melocotón vencía al fuerte tufo del estiércol. Llevaba un vestido que nunca le había visto. Era de un amarillo girasol y brillaba como la seda, con una falda con vuelo y corto por delante, mostrando su escote con llamativa amplitud. Una rebeca blanca cubría sus suaves hombros, lo que le confería un aspecto juvenil, de gatita juguetona a la vez que de calculadora lasciva.

—¿Qué tienes para mí? —dijo, plantándose a apenas unos

centímetros de él.

—¿Acaso te mereces algo? —preguntó el señor Slater con una extraña media sonrisa en sus hermosos labios mientras alzaba una ceja.

—Quizá —respondió Venetia entre risitas, moviendo las caderas para que la brillante falda se envolviera en torno a sus piernas por un momento, para luego volver a desplegarse a su alrededor.

Él deslizó una mano en su bolsillo interior y sacó un paquetito. Venetia lo cogió y se apartó entre risitas para abrirlo.

Yo quería que lo abriera rápido, pero dudó y vaciló, abriéndolo y cerrándolo, pasando el índice por encima y por debajo del envoltorio marrón de un modo ridículo.

Finalmente, sacó un par de medias y las sostuvo a la tenue luz. Dos destellos de fina gasa marrón moviéndose suavemente en el aire detenido, transparentes frente a la luz moteada de la ventana polvorienta.

Con gran cuidado, se quitó un zapato, de pie en mitad del pequeño establo, y lanzándole una de las medias, se calzó la otra en el pie y empezó a subírsela por el tobillo. Al instante me sentí incómoda, y también el señor Slater, que se dio la vuelta y se entretuvo doblando la media que tenía en la mano.

—¿Qué te parece? —lo urgió a mirar cuando pasaba la media a la altura de la rodilla y se doblaba el vestido para estirársela.

El señor Slater la miró y vi sus ojos entreteniéndose en el muslo largo y suave de mi hermana, ahora medio cubierto por la media, beis abajo y con piel de un blanco nacarado por arriba.

—Están bastante bien —dijo, apartando la mirada. Pero sus ojos regresaron a Venetia cuando se quitó el otro zapato de una sacudida.

—Dame la otra —le dijo en un suspiro, y él le entregó la otra media.

La desenroscó, dejando que cayera como una cascada ante ella, y luego levantó el pie y lo introdujo, y se la subió por la pierna hacia arriba con leves sacudidas. De nuevo, se recogió el vestido, esta vez para enseñar un liguero de encaje blanco al que ató con mimo el extremo de la media. Incluso se podía entrever su ropa interior al exhibirse con tanto descaro ante él.

—Creo que no deberías hacer eso —dijo el señor Slater. Esta vez no se había dado la vuelta. Se había quedado allí, contemplándola, absorto.

—Quería que vieras cómo me quedan. Un regalito para darte las gracias.

Venetia se incorporó, pero siguió levantándose la falda del vestido para que el señor Slater pudiera ver su regalo en todo su esplendor. ¿Comprendéis lo que digo sobre su descaro, como si hubiera practicado cada paso con antelación? Luego, se volvió a calzar los zapatos y se levantó la falda un poquitín más, colocando un pie delante del otro, como si fuera una especie de actriz o cabaretera.

—Te lo he dicho. Más te vale que me dejes en paz —dijo el señor Slater, perdiendo el típico tono ingenioso de clase alta de su voz mientras se pasaba una mano por el pelo. Luego, se recobró y añadió con media sonrisa—: O puede que no me comporte como un perfecto caballero.

Ella sonrió con superioridad y con una mirada de determinación. Este era el problema con Venetia, no podía soportar perder. Quería a Slater, sin importar el precio. Avanzó un paso hacia él y le cogió de la mano. No pude ver qué pasó después porque ahora me daba la espalda, pero creo que debió de tomar la mano del hombre y ponerla en su muslo.

—Venetia —susurró él—. ¿Sabes lo que estás haciendo?

—Sí —contestó con una confianza aterciopelada en su voz—. Sé perfectamente lo que hago.

—No lo creo.

El señor Slater agachó la cabeza y la besó con extrema

contundencia, mientras su otra mano recorría sus pálidos hombros, atrayéndola hacia su cuerpo. Permanecieron entrelazados, retorciéndose así unidos durante unos minutos, y luego, no sé muy bien cómo, se recostaron sobre la paja sin parar de besarse. Ya no podía verlos porque el agujero de la puerta era muy pequeño, pero sabía lo que estaban haciendo. Como animales en un establo.

Abandoné el patio y decidí volver a casa para reflexionar un poco sobre lo que acababa de contemplar, y aquí me tenéis. Parece que no hay respuesta a ninguna de mis preguntas, pero hay algunas cosas de las que sí estoy segura.

Cosas de las que estoy segura

Casi seguro que Venetia ha hecho esto antes

Podría haberlo hecho más de una vez, además (aunque no ha tenido un bebé)

Podría haberlo hecho con Henry, y por eso él va detrás de ella todo el rato

Está claro que Angela Quail lo ha hecho, no importa que sea la hija del vicario

Ahora que lo pienso, pasan muchas cosas, más de las que yo suponía

Sigo pensando en no hacerlo hasta que me case

Venetia va más en serio con el señor Slater de lo que yo creía (o de lo que papi creía, de hecho)

Papi se pondría furioso si se enterase

Esta información podría resultar muy útil

Con eso, he decidido dar carpetazo al asunto, aunque la imagen de mi hermana en aquel lugar permanece grabada en

mi mente. ¿Cómo se le ha podido pasar por la cabeza que puede hacer esas cosas, cuando se nos ha dicho que no las hagamos?

Entonces lo comprendí. Es la guerra. Ya nadie se preocupa por reservarse para el matrimonio. Solo importan el aquí y el ahora, dar rienda suelta a todo, disfrutar de la vida mientras podamos. La virginidad está pasada de moda porque mañana podríamos estar muertas o, peor aún, nos podrían ocupar los nazis.

A pesar de ello, no sé si me agrada tanto la idea de hacerlo, así que creo que preservaré la mía por ahora. Tengo que perfeccionar mis solos para poder hacerme famosa y conseguir tanto éxito que nunca más tenga que pensar en Venetia y en sus desagradables aventuras amorosas.

Carta de la señorita Edwina Paltry a su hermana Clara

*3 Church Row,
Chilbury,
Kent*

Viernes 3 de mayo de 1940

Querida Clara:

¡Tu hermana es una campeona! Me siento triunfante, ya que no ha sido sencillo. Como Hércules superando las malditas doce pruebas, solo que se trataba de cambiar a dos bebés llorones. Pero no iba a dejar escapar esa recompensa. Esta vez no, Clara. Deja que te lo cuente todo.

Después de un buen desayuno que me pasé vigilando cómo la señora Tilling, elegantemente vestida con su espantoso uniforme verde del WVS, llegaba y luego se marchaba de casa de Hattie tras su habitual revisión matutina, cogí mi maletín negro y comencé con la primera parte de mi plan: dar la pócima a Hattie.

—¿Hay alguien? —pregunté, llamando a la puerta y entreabriéndola, con la voz más amigable que pude emitir—. ¿Hattie? Soy yo, la señorita Paltry. ¿Estás arriba?

—En la cocina —respondió con tono cantarín.

Entré y la encontré afanada en la pequeña estancia, rodeada de verduras llenas de tierra recogidas del huerto, con un puerro de tamaño considerable en una mano.

—Me alegro de encontrarte en casa —sonreí—. Ayer vi a una amiga matrona en Faversham, y fíjate qué coincidencia: le conté lo de tu agotamiento, y que no había nada que lo disminuyera, y me habló de un nuevo remedio. Dijo que lleva meses recetándolo y que todas las mujeres están tan contentas que casi se le ha acabado.

—¿Lo puedo conseguir en algún sitio? —preguntó Hattie, girándose y dejando el puerro—. Llevo días sin poder salir, y necesito visitar a los niños del Hospital de Litchfield. Les he estado dando clases de refuerzo en mi tiempo libre, y...

—Pues resulta que recibió una nueva caja mientras estaba yo allí, y le pedí que me diera un poco para ti.

—¿En serio? ¡Qué maravilla! —Avanzó unos pasos hacia mí con entusiasmo, colocándose un grueso mechón de cabello oscuro que se le había soltado de la horquilla—. ¿Cuánto te debo?

—Es bastante costoso, querida, porque tiene mucha demanda —dije, ladeando la cabeza para añadir un punto más de vehemencia—. Pero te lo dejaré a un precio especial de tres peniques y medio por dosis.

Cogió cambio de su monedero y me entregó unas monedas. Comprobé el dinero —le faltaba medio penique, pero decidí no importunarla con eso— y luego saqué el frasco marrón de mi maletín, junto a una cucharilla.

—¿Cuánto tengo que tomar? —Cogió el bote y lo ojeó, con una mueca de temor en su boca sonrosada.

—Con una cucharadita bastará. Deja que te lo sirva. —Tomé el frasco y le di un vaso de agua—. Nadie mejor que una buena matrona para ayudarte con estas cosas.

Retrocedí un poco al abrir el preparado, porque el olor puede noquearte. Respirando por la boca, serví las gotitas del

líquido, y una débil efervescencia verde grisácea ascendió mientras el olor a carne de perro y aceite de motor se extendía de improviso ante mis narices. Se lo ofrecí.

—¿Estás segura? —vaciló, torciendo el gesto ante el poderoso brebaje.

—Ya sé que no parece apetitoso, pero ¿qué medicamento lo es? —La sujeté del codo, acercando la cucharilla a su boca, y para adentro que fue.

Se puso un poco verde y me preocupó que vomitara o, peor aún, que se desmayara. No era un medicamento oficial propiamente dicho, y había oído hablar de ciertos efectos secundarios —hemorragias internas, convulsiones, coma—. Por un momento, se quedó sin respiración y parecía que los ojos se le habían dado la vuelta. La ayudé a sentarse antes de que se cayese y le di unas briosas palmadas en la espalda, al final tuvo unas violentas arcadas y parecía algo recuperada, mientras se aferraba al frasco como si fuera un salvavidas fabuloso. Me quedé unos minutos con ella, intentando arrebatarse el fiasco. No quería dejar ninguna prueba para que cayera en manos de esa metomentodo de Tilling. Al final tuve que agarrarlo y echar a correr, ya que el tiempo pasaba rápido.

—Pero, señorita Paltry, siento que me pasa algo —gimió, cogiéndome la mano.

—Aún es pronto, aún es pronto —dije con cariño, soltando mi mano y corriendo hacia la puerta. Y es que tenía que sacar al bebé de los Winthrop rápido, antes de que naciera este otro. Era una cuestión de tiempo, y no iba a permitir que las despedidas formales me retrasaran.

Salí apurada y me dirigí con paso firme a casa de los Winthrop. Para llegar a Chilbury Manor solo hay que cruzar el parque y la plaza y tomar el camino que conduce a la mansión. Son diez minutos en un día normal, cinco si te das prisa, y menos aún si corres. Con suerte, no haría falta recurrir a ello.

Elsie me recibió en la puerta de servicio, con un alarmante aspecto desaliñado y mechones de cabello saliéndosele del

gorro.

—No sé si podré vigilarle al bebé. Si es que hace falta, claro —dijo—. El aya Godwin se queda en sus aposentos por la mañana, y no habrá nadie más en casa. No sé si podré marcharme.

—Tienes que poder —la apremié, agarrándola por su delgada muñeca y clavando mis sucias uñas en su suave reverso.

Se le escapó un gemido de dolor y dijo:

—Haré lo que pueda.

—Les explicarás que es por el bien del bebé, que es tu obligación como sirvienta.

Parecía desconcertada, y al seguirla escaleras arriba, solté un suspiro, pensando: Que Dios me pille confesada si esta idiota lo echa todo a perder.

La sumisa señora Winthrop se tomó la medicina sin remilgos, agradecida de que hubiera pensado en ella. Como era su cuarto hijo, el parto comenzó casi al instante, y la cabeza del bebé ya asomaba antes de que Elsie llegara con agua caliente. Hubo un momento, recuerdo, en que me pregunté si la suerte me acompañaría y sería un varón. Pero sin darme tiempo a cruzar los dedos, el bebé nació y, al aparecer ante mí, mis ojos se dirigieron a la ominosa carencia de partes masculinas.

—¡Es un niño! —exclamé, conteniendo mi decepción mientras cortaba el cordón y envolvía velozmente al bebé en una manta. Intenté hacerlo rápido para que Elsie no lo viera, pero al girarme, ahí estaba la criada, con un gesto de angustia en el rostro.

—Pero si es una niña —dijo con voz queda.

—No, Elsie —mascullé entre dientes—. Es un niño—. Le fruncí el ceño e indiqué con mi cabeza hacia la puerta, y vi que sus ojos se entrecerraban al caer en la cuenta de todo.

Por suerte, la señora no había oído a Elsie.

—¡Es un niño! —lloraba mansamente—. Gracias a Dios he tenido un varón.

—Pero le está costando respirar —dije con voz entrecortada, intentando que no sonara como si lo hubiera ensayado—. Tengo un respirador mecánico en mi casa. Debo llevármelo rápido. Esta criada puede acompañarme. ¿El aya podrá ocuparse de su placenta?

Elsie salió corriendo a traer al aya, y yo me quedé con la señora Winthrop, que me suplicaba que le dejara ver a la criatura.

—Por favor, por favor, quiero ver a mi bebé.

—No, no, no, señora Winthrop. Tengo que llevármelo cuanto antes.

Ella siguió insistiendo. Por suerte no tenía fuerzas para levantarse de la cama, o me habría metido en un lío.

Elsie regresó de inmediato con la anciana aya, que parecía cansada y consternada. Le expliqué lo de la placenta, apreté al bebé contra mi pecho y me fui escaleras abajo para salir por la puerta. Mientras avanzaba a grandes zancadas hacia el pueblo, Elsie trotaba detrás de mí haciéndome preguntas absurdas y preocupada porque nos descubrieran. Ojalá no hubiera tenido que emplear a esa estúpida.

Ya en mi cocina, tenía una bonita caja para el bebé y un biberón preparado de leche en polvo. Tal y como yo lo veía, solo iba a estar unos minutos fuera y el bebé estaría bien con Elsie durante ese breve tiempo. Al tumbarla, la criatura me miró con sus grandes ojos azules de porcelana, igual que los de su hermana Venetia, y por un momento me pregunté qué se sentiría al ser madre, al tener un corderito como ese. Yo podría haber sido madre si esa estúpida de Ida no se hubiera quedado embarazada, obligando a Geoffrey a casarse con ella en vez de conmigo. Ni siquiera tenía pruebas de que el bebé fuera suyo, el muy tonto. Me podría haber pedido que lo ayudara. Le habría dado un buen correctivo a esa tiparraca.

—Sé lo que te traes entre manos, y no me gusta nada — dijo de repente Elsie, cogiendo al bebé—. Voy a llevársela a su madre.

—No, maldita sea, no vas a hacer eso —repliqué, arrebatándole a la pequeña y devolviéndola a la caja—. Te quedarás aquí y harás lo que yo te diga, o no te daré ni un penique.

—No me importa el dinero. Está mal, y punto. —Se llevó un pañuelo— a su pequeña nariz y se sonó con tanto estruendo como una cría de elefante, mirándome con ojos suplicantes—. ¿Es que no lo ves? ¿No puedes devolverla?

—Se hace por una causa justa y correcta, no hace falta que sepas más —le dije.

—Bueno, pues no pienso participar en esto —dijo, sorbiéndose la nariz—. Me vuelvo a la casa.

—Nada de eso. —Me planté entre ella y la puerta— ¡No voy a permitir que arruines mi plan!

Intentó esquivarme. Podía oír los débiles aullidos de Hattie, ya de parto, en la casa de al lado, y me entró pánico al pensar que todo estaba a punto de derrumbarse a mi alrededor.

—Te dejaré ir si me prometes que no se lo contarás a nadie. Se lo pensó por un momento.

—No diré ni una palabra siempre que me des mis cinco libras.

Estaba furiosa. Es totalmente inmoral pedir dinero por un servicio que no se ha prestado. Pero, como Hércules superando otra prueba, cogí mi maletín negro para sacar el dinero.

—Mantén la boca cerrada o estás acabada.

Cogió el dinero y me esquivó para salir a la luz del día. Me preocupaba lo que le pudiera contar a la señora Winthrop, pero después imaginé su delicado cuello entre mis manos y me centré en la tarea que tenía por delante. Agarré mi maletín y salí a todo correr hacia casa de Hattie, dejando que la recién

nacida se las apañara ella sola en la caja.

Tras varios toques en la puerta, me decidí a entrar y encontré a Hattie tirada junto a la puerta, soltando fuertes gemidos.

Me agaché y la inspeccioné. Gracias a Dios, el bebé seguía moviéndose en su interior. Recé por que fuera el varón que necesitaba. Cuando la ayudé a subir a la cama, gimió y se puso en tensión, pues el bebé se negaba a moverse.

En ese momento empecé a asustarme por la niñita que tenía en la caja de mi cocina. Necesitaría leche ya, pero no podía alejarme de Hattie, que me apretaba la mano con la fuerza de un toro. ¿Estaría bien el bebé?

Al final, los chillidos de Hattie se hicieron casi inhumanos, y sentí que el pánico crecía en mi interior. ¿Qué pasaría si no tenía un varón? ¿El brigadier se desharía de mí de algún modo macabro? Estaba paralizada, como un hurón en un cepo, cuando el bebé, retorciéndose, fue asomando por fin al mundo.

Y qué alegría. ¡Era un niño!

—¡Es una niña! —exclamé.

—Déjame verla. ¡Déjame cogerla! —gritó Hattie, incorporándose e intentando arrebatarme al bebé de los brazos.

—No, le cuesta respirar. Necesito llevármela a casa para reanimarla con mi respirador mecánico.

—¡Mi bebé! —chilló Hattie, y se abalanzó sobre él, tirando con todas sus fuerzas del pequeñín envuelto en mantas.

Con miedo de hacer daño al bebé, pero resuelta a salvar el plan, se lo arrebaté de golpe y me giré hacia la puerta.

—¡Tengo que irme! —grité, devolviéndola a la cama de un buen empujón.

—¡No! —El eco de sus gritos resonó por toda la casa mientras yo bajaba atropelladamente las escaleras y salía por la puerta, sin saber qué me iba a encontrar al llegar a mi cocina. ¿El horror de encontrarme a la bebita muerta, rígida y de un

blanco azulado, con sus grandes ojos helados como los de una muñeca? ¿O quizá, si la estúpida de Elsie había llamado a la policía, encontraría a las matronas del pueblo reunidas para asistir a mi caída en desgracia?

En la casa reinaba un silencio de mal agüero. Se me aceleró el corazón. No soy precisamente una santa, lo sé, pero no podría soportar haber provocado la muerte de un bebé. Por mi cabeza pasó la imagen de la niña muerta en la caja, y corrí a la cocina.

Casi no podía respirar cuando miré en el interior de la caja. Ahí estaba, pálida y débil, con los ojos cerrados. ¡No podía estar pasando! Mi mano se posó en su cuello para tomarle el pulso. Sentí una ligera sacudida, la pequeña abrió su boca desdentada como una cría de hipopótamo, y soltó un berrido ensordecedor.

La saqué de la caja y le cerré el pico con el biberón de leche.

—No te preocupes, pequeña —le murmuré—. Vas a tener a la madre más cariñosa a este lado de Londres.

Deposité al niño en la caja, envolviéndolo en una manta porque parecía un enclenque, de esos que se resfrían rápido. Luego, cogiendo de nuevo a la niña, me dirigí a casa de Hattie.

Hattie estaba junto a la puerta, aguardando mi regreso con desesperación, todavía con su camión ensangrentado y su cabello rizado empapado en sudor y enmarañado.

—¿Está bien? —gritó, con pánico en el rostro—. ¿Se pondrá bien?

—Sí —sonreí—. Se pondrá bien.

Posé el bebé entre sus brazos extendidos, y se quedó mirando la carita perfecta de ojos muy azules y barbilla puntiaguda, con una capa de pelo rubio claro en la cabeza. Era un bebé de una belleza realmente excepcional, y puedes fiarte de mí: la mayoría son feos.

La placenta salió pronto, con un poco de ayuda, y tras prometer que volvería en cuanto pudiera, me escabullí para

encargarme del niño. Oí los berridos del mocoso desde que abrí la puerta, y tuve que taponarle la boca con un biberón en cuanto llegué a su lado. Lo cogí en brazos, con biberón y todo, y me dirigí a la puerta, pero al asomar al jardín vi a un grupo de mujeres en la plaza. Eran las damas del WVS que acababan de bajar del autobús de Litchfield: la señora B de palique con la señora Quail y la maldita Tilling.

—¡Bonito día! —exclamó alegre la Tilling al ver que yo intentaba regresar al interior sin ser vista.

—Sí, hace un tiempo maravilloso —respondí entusiasmada, ocultando al bebé dentro de mi abrigo—. ¡Tengo que coger mi sombrero! —Me metí en casa, agarré el sombrero y comprendí que no me quedaba otra, iba a tener que meter al bebé en mi maletín negro y esperar que no se llevara muchas sacudidas.

Vacíé el contenido y las migas del fondo, y coloqué al bebé dentro, intentando poner el biberón en equilibrio sobre su boca, y volví a salir con sigilo. Las mujeres estaban sumidas en una conversación, y decidí atravesar el parque corriendo.

—¡Hola, señorita Paltry! —me llamó a voces la señora Tilling cuando corría hacia la carretera—. Tendría que haber venido usted con nosotras al encuentro.

—Estábamos comentando lo motivador que ha sido —añadió la señora Quail, con su rostro redondo sonrojado por la emoción.

—Vaya, es maravilloso —dije, manteniendo la distancia. El grupo se había reunido frente a la tienda, todas con uniformes verdes como cotorras cacareando, y me tocó quedarme a escuchar sus estupideces unos minutos. Era absurdo. ¿Cómo podía ese puñado de mujeres creer en serio que vendiendo tartas y tejiendo harapos iban a ganar una guerra? No me lo explico.

—Estuvo Lady Worthing —se pavoneó la señora B—. Tenemos mucha suerte de contar con ella como benefactora.

El bebé comenzó a lloriquear dentro del maletín negro,

primero en voz baja, pero luego más alto, y comprendí que me tenía que ir. Al instante.

—Tengo prisa —dije, escapándome.

—¿Qué ha sido ese ruido? —dijo la señora Tilling, con un sobresalto, mirando a su alrededor.

—Oh, los patos son todo un problema en esta época del año —comenté con jovialidad—. Me tienen despierta la mitad de la noche con sus rituales de apareamiento —añadí con rapidez de reflejos.

—Vaya —comentó ella con remilgos. Estoy segura de que consideraba cualquier alusión a la reproducción como algo intrínsecamente ordinario.

Justo entonces un evidente llanto de bebé brotó de mi maletín negro, y la Tilling se quedó mirándolo, con la boca abierta y dispuesta a hablar, pero sin saber qué decir.

Salí por patas, más rápido que una gallina escapando del cazo, aterrada por si la mujer se ponía a hacer preguntas. Pero en cuanto eché a andar por la carretera, con las cuerdas vocales del bebé alcanzando un volumen considerable, comprendí que podría superar cualquier interrogatorio con alguna verdad a medias. Diría que el bebé que llevaba en el maletín era el hijo de la señora Winthrop, al que había llevado a mi casa para reanimarlo. Al devolverlo con su madre, me pareció conveniente llevarlo oculto para que ella fuera la primera en verlo, antes que la gente del pueblo. Sí, era perfecto.

Nadie sospecharía nada.

Cuando llegué a Chilbury Manor, saqué al bebé antes de llamar a la puerta de servicio. No se consideraría apropiado que una matrona fuera por ahí con recién nacidos metidos en maletines.

Al instante me abrió la puerta Kitty, con esa mocosa refugiada merodeando a su espalda.

—¿Dónde estabas? —me preguntó de un modo que me hizo

dudar si sabría algo. ¿Podría haberlo intuido todo? ¿Comprendería bien a su padre, y a mí lo suficiente, como para desentrañar el plan entero? Sus grandes ojos se fijaron en mí, en el bebé y en el maletín negro, para finalmente volverme a mirar, con el ceño fruncido en el rostro, como si le hubiera arruinado la vida.

Sacudí un poco la cabeza para recordar el guión preconcebido.

—¡El bebé está vivo!

—¿Por qué has tardado tanto? —masculló Kitty, conduciéndome al amplio recibidor para terminar en la escalera de mármol que asciende a la galería—. ¿Qué has estado haciendo?

—He tardado lo que ha sido necesario —respondí cortante. Kitty no me daba mucho miedo, la verdad. A fin de cuentas, yo estaba a sueldo de su padre. *Él* la haría callar si fuera necesario. Así que quizá no fui tan cauta como debería haberlo sido. Ahí podría haber cometido un gran error: Kitty es uña y carne con la Tilling.

La señora Winthrop seguía en la cama, lloriqueando como siempre, cuando le entregué el bebé berreante con su pelusa de cabello oscuro. La familia perfecta.

—Mi chiquitín, mi niño querido —canturreó, apretándolo contra su pecho—. ¿Cómo voy a poder pagarle por haber salvado su vida, señorita Paltry?

—Ya arreglaré cuentas con el brigadier —dije, con la mejor sonrisa que pude esbozar. Oí a Kitty refunfuñando a mi espalda, con la metomentodo de la refugiada observando con mucho interés.

—¿Qué nombre vais a ponerle?

—Se llamará Lawrence Edmund —sonrió—, Edmund por nuestro querido hijo, que en paz descanse. —Aquello provocó que, una vez más, rompiera a llorar.

No quería estropearlo ahora, con el final tan claro a la vista,

así que comprobé la placenta y esperé con paciencia, como si fuera la mismísima reina, y cuando las cosas se calmaron, prometí visitarla por la mañana y me retiré de la habitación.

Bajé corriendo las escaleras de servicio hasta la cocina, y me dirigía hacia la puerta, hacia la libertad, cuando se cruzó en mi camino nada más y nada menos que Elsie.

—Sé a lo que estás jugando —me dijo con desprecio.

No había nadie cerca, así que la agarré del pescuezo de su uniforme de criada y la acerqué a mí.

—Será mejor que no sueltes prenda, o aparecerás en el arroyo de Bullsend antes de darte cuenta.

La solté, y se cayó al suelo. Estaba temblando, así que creo que hice un buen trabajo. Amenazar siempre se me ha dado bien.

Pasé por encima de ella, dándole una patadita por si acaso, y me dirigí a la puerta. Girando con fuerza el pomo, salí a la calle de una maldita vez. Dando saltitos de alegría por el camino, con mi maletín negro vacío en una mano, y sacudiendo descontrolada la otra como un vaquero feliz.

¡Lo había logrado!

Escapé de la emboscada, superé los obstáculos, evité las trampas y logré la victoria, con los bebés cambiados, las dos madres felices, y yo, rica. La heroína del día.

Nadie más podría haberlo hecho, Clara. Te juro que no hay ninguna mujer que lo hubiera conseguido como yo lo hice, conservando en todo momento la calma, usando mi rapidez de reflejos. Dentro de una semana recibiré el resto de mi bien merecido dinero, y después iré a buscarte, Clara, para empezar nuestra nueva vida juntas.

Edwina

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Viernes 3 de mayo de 1940

Querida Angela:

Me debes un cóctel en el Ritz, querida, iporque he ganado nuestra pequeña apuesta! El señor Slater, al que ahora llamo mi adorado Alastair, ya forma parte de la legión de admiradores que besan el suelo que piso. Sabía que, con algo de tiempo, lo conseguiría, aunque debo reconocer que este hombre ha mostrado bastante resistencia. Hicieron falta algunos de mis movimientos más sofisticados para desatar la acción, pero ahora es mío.

¡Y menudo hombre es! Nunca me hubiera imaginado que fuese tan fascinante. Ha transformado el salón de su casa en un estudio —vive al lado de Hattie en Church Row— y lo tiene lleno de lienzos, óleos y pilas de cuadros. Todas las tardes, enciende velas y se dedica a pintar mientras escuchamos la radio. Una noche pusieron *All of Me* y comenzamos a bailar como si estuviéramos en un pequeño salón de baile para nosotros solos, dando vueltas entre un torbellino de luces parpadeantes como

si nos encontrásemos en otro mundo.

Pero escucha, ¡que la cosa se pone caliente! He sido una chica muy mala, incluso para ti. Después de seducirlo la semana pasada en el establo, desnudos y revoleándonos entre la paja justo como lo había planeado, ayer salí temprano de trabajar y lo visité por sorpresa en su estudio. Por suerte, no estaba ocupado, solo intentando arreglar una máquina de escribir, así que me dediqué a ojear sus cuadros. No sabía qué me iba a encontrar, y casi se me salen los ojos de las órbitas: formas extrañas con brochazos de colores discordantes, negros, grises y amarillos, violines inquietantes partidos por la mitad y figuras monstruosas con mutaciones y deformidades.

—¿Qué se supone que es esto? —le pregunté, creyendo que estaban sin acabar.

—Es arte moderno, querida —me respondió con una risita—. Es la última moda en el continente, y también en Londres.

En ese momento, me fijé en un boceto más pequeño, un desnudo, una figura casi volátil, perfilada con carboncillo, como si pasara con sigilo sobre el papel.

—Ya veo —comenté con indiferencia—. ¿Quién es esta?

Se lo pensó por un instante.

—Una chica que conocí en Londres.

Tenía buen tipo, era grácil, pero había en ella cierto apremio, miraba hacia atrás con la cabeza girada, como si la persiguieran. El la contempló fijamente, como recordando algo. ¿Quién sería esa muchacha?

Tú me conoces, Angie. No puedo soportar que un hombre prefiera a otra. Así que devolví rápido el dibujo al álbum y le lancé una sonrisa picante.

—¿Por qué no me pintas así?

El ambiente estaba cargado por el calor, el sol entraba a plomo por los ventanucos y las motas de polvo revoloteaban sin fin en el aire.

—Quiero que me pintes, para que me recuerdes siempre tal y como soy ahora, antes de que me haga vieja. Venga.

Di una vuelta delante de él.

Se rio.

—Venetia, no creo... Las chicas como tú no hacen esas cosas. Eres la hija del brigadier, no lo olvides.

—¡A la porra con eso! Si digo que no pasa nada, es que no pasa nada. —Me acerqué al espejo que había sobre la chimenea y me solté el pelo—. Esa chica lo hizo. ¿Por qué no voy a hacerlo yo?

—Esa chica era... —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada—. No era como tú en absoluto, Venetia.

—¿Quieres decir que no era decente? —Lo miré por encima del hombro, sacudiéndome el pelo.

—Quiero decir que era distinta. Era una bohemia, frecuentaba diferentes círculos. Era mayor que tú.

—Tengo dieciocho años, ¿sabes?

—Lo sé.

—No tenemos por qué contárselo a nadie, ni enseñárselo a nadie —dije—. Será nuestro secretito.

—Hay un brillo salvaje en tus ojos, Venetia —dijo, acercándose y jugando con un mechón en mi cuello.

—Siempre lo he tenido —sonreí—. Es uno de mis mayores encantos.

Y a sabes cómo me pongo cuando se me mete una cosa en la cabeza, y había algo en su rechazo que me provocaba, me incitaba a hacer y decir cosas. Tenía que demostrarle que yo era tan atrevida y sofisticada como sus chicas de ciudad. Y para ser tan malísima, posar desnuda es mucho más arriesgado que el sexo, ¿no te parece? ¡Imagínate lo que diría mi padre!

Empecé a desvestirme lentamente, primero un hombro, luego el otro, y enseguida mi vestido estaba tirado por el suelo.

Luego comencé a quitarme la combinación y a bajarme las medias. Me di cuenta de que estaba causando efecto, pues él guardó su colección y se dedicó a contemplarme con una sonrisa.

—Está bien, mi pequeña descarada. Tendrás tu desnudo.

Puso un lienzo en blanco sobre el caballete y comenzó a seleccionar los colores.

Me acomodé en la gruesa alfombra de color carmesí frente a la chimenea, tumbada de costado, con las piernas ligeramente recogidas, en cierto modo modesta pero espectacularmente desnuda. Era una libertad tal, estar ahí como Dios me trajo al mundo, con sus ojos posándose en mí cada poco tiempo, concentrándose en mi cuerpo de un modo que nunca antes había conocido. Partes de mi cuerpo habitualmente cubiertas con ropa sentían la suavidad de la alfombra, el fresco de la brisa que entraba por la ventana, la sensación de exposición. Era el Paraíso.

Pero mientras me pintaba, me pareció que su atención se disipaba, como si estuviera en otro mundo, escuchando las noticias de la radio con un gesto absorto en el rostro. Para ser un artista y un pacifista, demuestra un interés enfermizo por la guerra. Sus oídos parecen estar siempre alerta en busca de noticias, especialmente ahora que los nazis nos están echando de Noruega.

¿Estaré loca, Angie? ¿Es demasiado absurdo para mí enamorarme de un extraño desconocido? ¿Pedirle que me pinte un retrato desnuda? Me río al pensar en lo que diría papi si se enterara, lo que, por descontado, no va a suceder. Ojalá estuvieses aquí y pudieras ver por ti misma qué hombre tan increíble es Alastair. Sé que esto empezó como una apuesta, pero nunca me esperé que terminara siendo... Bueno, una nunca sabe cómo acaban estas cosas, ¿verdad? Solo sé que me ha hecho algo, Angie. Es como si hubiera penetrado en mi interior y se hubiera adueñado de mi corazón.

Escríbeme pronto y dame más consejos, querida Angie. ¡Ah,

casi se me olvida! Mamá ha dado a luz a un niño muy esmirriado y tremendamente ruidoso. Todo el mundo está en éxtasis, como te puedes imaginar, sobre todo papi, que necesitaba a su heredero varón, y mamá, que necesitaba hacer feliz a papi. Y, la verdad sea dicha, el bebé ha sido una bendición también para mí. Todos están tan entretenidos con él que nadie se fija en dónde estoy ni en lo que hago. Desde ahora, Angie, soy libre para vivir mi vida.

Con mucho amor,

Venetia

Carta de la señorita Edwina Paltry a su hermana Clara

*3 Church Row,
Chilbury,
Kent*

Sábado 4 de mayo de 1940

Querida Clara:

Estoy más alterada que un moscardón en un tarro de mermelada. ¡No me puedo creer que todo haya terminado en tal catástrofe! Ahí estaba yo la noche pasada, poniéndome cómoda tras un día agotador, cuando llamaron con fuerza a mi puerta.

—Cuéntame cómo sucedió.

Era la Tilling, que había venido hecha un basilisco de casa de Hattie para asaltarme con sus preguntas.

—¿Por qué dejó de respirar el bebé?

Reacia a dejarla entrar en casa, puesto que seguramente querría ver el respirador mecánico que yo no tenía, insistí en que nos acercáramos a casa de Hattie para explicárselo al detalle. Parecía querer discutirlo en privado... o acusarme, mejor dicho.

—Si vamos a hablar de ella, lo justo es que Hattie esté presente —dije, empujándola camino abajo. Eso no tenía discusión, y yo lo sabía.

Hattie llevaba un camisón rosa nuevo, y dividió su atención entre nuestra conversación y el bebé, que se llama Rose, según me informaron.

—Verás, estoy bastante cansada —dije enfurruñada, permaneciendo junto a la puerta del pequeño dormitorio de Hattie, para tener libre la vía de escape—. Dos partos en un día, ya sabes. Aunque el de los Winthrop fue más sencillo, era su cuarto hijo.

La señora Tilling me observaba con gran interés, estudiando cada gesto, en busca de cualquier lapsus.

—Sí, y justo el día que estoy yo en Litchfield —dijo con tono incisivo. Luego, se volvió a Hattie—: Siento no haber estado aquí para ayudarte a pasar por esto.

Se notaba que se sentía culpable de verdad por haberse tomado el día libre para ir esa reunión del WVS.

—No debería haberte dejado. —Dirigió la mirada hacia mí y un nubarrón oscuro se adueñó de su rostro—. Aunque creía que a Hattie todavía le quedaba una semana o más.

Sentí un pinchazo de pánico al pensar que Hattie podría haberle contado lo del frasco marrón, el olor de la asquerosa pasta verde que contenía.

—No te culpes. El WVS también te necesita. Hacéis una labor maravillosa por todos nosotros.

—Pero ha habido una emergencia mientras yo estaba fuera —balbuceó— y no pude estar aquí cuando me necesitabas, Hattie.

Pensé que se iba a echar a llorar, lo que me remataría el día, sería como recibir un golpe en los tobillos con una rata muerta.

—Cuénteme cómo sucedió, señorita Paltry. Cuéntenos cómo

consiguió que el bebé respirara.

—Bueno, cuando nacen los bebés les suelo dar una palmadita y se echan a llorar y todo eso. Pero esta pequeña... —Me acerqué y acaricié la suave mejillita en el regazo de Hattie—. Esta pequeña no lloraba. Tuvo la increíble suerte de que yo estuviera ahí y supiera cómo actuar. Y, por supuesto, de que tuviera el equipo adecuado.

Me froté las manos para demostrar que mi experiencia valía cien veces más que la de la señora Tilling.

El silencio permaneció unos instantes suspendido en el aire, y luego Hattie comenzó a lloriquear. Sé que el embarazo y la maternidad vuelven a las mujeres propensas a las lágrimas, pero Hattie es una desconsiderada. Me entraron ganas de arrearle un buen sopapo y decirle que se comportara. El bebé ya está bien. Debería estar contenta de haberse quedado con la guapa.

La señora Tilling insistió de nuevo en que le hiciera una descripción detallada del largo y laborioso parto. Es nueva en el mundo de las comadronas y parecía entusiasmada por aprender, de modo que supuse que sus motivos tenían un fin didáctico, más que el de recopilar datos en mi contra.

Justo hasta el final, claro. Después de repetir varias veces toda la historia, volví a anunciar que había tenido un día muy largo y que necesitaba irme a casa.

—Te acompañaré a la puerta —dijo la señora Tilling, levantándose y dirigiéndose al recibidor.

Me abrió la puerta y salí al tranquilo aire nocturno, creyendo por un maravilloso instante que el suplicio había terminado. Estaba oscuro, los patos regresaban para pasar la noche, buscando un rincón cómodo a orillas del estanque. Una fresca brisa con aroma a césped hizo que me cerrara la chaqueta.

—Tengo una última pregunta que hacerle —dijo la señora Tilling, saliendo al jardín de casa de Hattie—. Quiero saber qué

era ese medicamento que le dio a Hattie esta mañana.

—Ah, eso —dije—. Era para el cansancio, pero supongo que al final no lo necesitaba.

—¿Podría verlo?

—No puede —repliqué cortante, y luego, recobrando la compostura, añadí—: Se me ha acabado, así que tiré el frasco a la basura.

—¿Puedo ver el frasco vacío?

—No —balbucí, reprimiendo un pánico que se enroscaba en torno a mi garganta como una serpiente venenosa—. Creo que me lo dejé en la mansión.

Reflexionó un poco.

—¿No cree que pudo ser esa la causa de que se pusiera de parto? Hattie no salía de cuentas hasta dentro de una semana.

—No estoy segura —dije—. Puede que calculara mal sus fechas. El bebé es de buen tamaño para el cuerpecito de la madre, y está perfectamente formado. Estaba lista para nacer hoy, incluso antes. Me ha pasado decenas de veces, las fechas se confunden. —Le dirigí una sonrisa que recalaba mi mayor conocimiento de estos asuntos—. Sobre todo con las primerizas.

Miré hacia la puerta de mi casa.

—Tengo que irme, de verdad.

Le di una palmadita final en el brazo, y luego bajé la calle.

En cuanto estuve dentro de casa, apoyé la espalda en la puerta para no caerme y me deslicé hasta el suelo, donde permanecí un rato sentada, encogida como un signo de interrogación, agotada, confusa y, debo admitirlo, asustada.

Está claro que la Tilling se huele algo. Espero que no hable con la señora Winthrop sobre su parto. Tener dos partos en el mismo día con la misma pequeña emergencia ciertamente levantaría sospechas.

¿Por qué no había pensado en ello?

¿Por qué no había pensado en tantas cosas? Fui muy estúpida al suponer que esto sería tan sencillo como degollar un pollo. Debería haberlo planeado mejor, haber calculado cómo borrar mis huellas. Al menos sé que es casi imposible probarlo. Tendría que juntar muchas más piezas para recomponer toda la historia. Me pone los pelos de punta imaginar que podría encontrarme a merced de esta maldita mujer.

¡O del brigadier! Sé que se pondrá de mi parte si la Tilling intenta remover el asunto, ya que su trasero también quedaría al descubierto. Pero si se entera de que la señora Tilling sospecha algo, no veré la otra mitad de mi dinero, y él también vendrá a por mí.

He tenido suficiente por hoy, así que he intentado olvidarlo e irme a la cama. Pero seguía oyendo en mi cabeza el llanto de Hattie, gritándome que no me llevara a su bebé.

Por ahora continuaré actuando con normalidad, manteniendo la cabeza agachada y esperando el dinero del brigadier. Pero toda esta historia me tiene de los nervios. Debes prometerme que quemarás esta carta después de leerla. Estos días, hasta las paredes oyen.

Hasta que tenga más noticias,

Edwina

Diario de la señora Tilling

Viernes 10 de mayo de 1940

Hoy los nazis han invadido Holanda y Bélgica. Estoy casi paralizada de terror ante la brutalidad y crueldad de esta gente. Ahora que los tenemos mucho más cerca, seguramente usarán sus bases aéreas en Holanda y Bélgica para bombardear Inglaterra, sobre todo en nuestra zona, el sureste. Francia será la próxima en caer, ¿y después?

Nuestro primer ministro, el señor Chamberlain, ha presentado la dimisión porque subestimó a Hitler e intentó apaciguarlo, y se comenta que será sustituido por el señor Churchill. Todos sabemos que Churchill quiere lanzarnos a una guerra total, sin importarle que ellos sean más grandes y fuertes, ni que tengan más probabilidades de ganar. ¿Es que no se acuerda de los millones de caídos en la última guerra? ¿Y mi David? ¿Se malgastará su vida en el campo de batalla por la absurda idea de que debemos intentarlo?

—Winston Churchill será mucho mejor para esta guerra — comentó satisfecha la señora B cuando nos vimos en la tienda —. ¡Es un bulldog viejo e implacable! Los nazis le tienen pánico. Es el único que puede ganar esto.

—Pero no puede pararlos. Nos pasarán por encima, como a todos los demás. ¿No sería mejor negociar ahora una paz?

—Ese tipo de discurso es el que nos hace parecer cobardes —me dijo cortante—. ¿Dónde está su espíritu combativo, señora Tilling?

Asentí levemente y dirigí la mirada por unos segundos a los estantes con latas de guisantes, y finalmente decidí salir de la tienda sin comprar nada. Es que no tengo espíritu combativo. La idea de una guerra total me sobrecoge. Siento como si Gran Bretaña fuera un pájaro herido en la última batalla, y tenemos un cuervo salvaje al acecho, dispuesto a echarnos del nido y adueñarse de él.

Debía seguir con mi vida. Aparte de mis otras visitas, tenía que ver cómo estaban la señora Winthrop y su bebé, Lawrence. El brigadier no me dejaba ir, insistía en que la señorita Paltry la estaba asistiendo, lo cual es absurdo porque yo estoy igual de cualificada. Pero me enteré de que hoy el brigadier se iba a Londres, así que no había moros en la costa. Me moría de ganas por escuchar la historia de su parto y ver cómo encajaba con el de Hattie. Así que me encaminé con determinación a la mansión.

La señora Winthrop parecía agotada.

—No para de llorar, mi pobre corderito —dijo entre sollozos—. El aya Godwin dice que nunca ha visto nada igual.

—Me temo que algunos bebés son así. Se le pasará con el tiempo. —Lo cogí en brazos para calmarlo. Su cabello oscuro y áspero estaba pegado a la cabeza por el sudor del llanto—. Cuénteme cómo fue el parto. ¿La señorita Paltry le dio alguna medicina?

—Sí, una cosa verde muy desagradable. Pensé que iba a devolver, pero entonces empezaron las contracciones. Igual fue eso lo que las provocó —masculló, casi hablando para ella misma—. Pero la parte más terrible fue cuando nació el bebé y tuvo que llevarse a su casa porque no respiraba bien.

¿Qué?, ¿otro problema respiratorio?, pensé.

—¿Vio usted que el niño no respirase?

—No, apenas pude verlo antes de que se lo llevara.

—Cuénteme exactamente qué pasó.

Se puso a relatar con emoción que la señora Paltry había salvado la vida del pequeño Lawrence al llevárselo a su casa para usar la máquina de respiración. Resulta increíble que dos bebés tuvieran el mismo problema respiratorio el mismo día.

¿Tendría algo que ver con la medicina? Pero por muchas preguntas que hiciera, no podía llegar al fondo del asunto.

Tras marcharme de la mansión, tuve que resolver un problema de alojamiento. Como oficial de acantonamiento en Chilbury, soy la encargada de encontrar habitaciones para evacuados o personal del ejército, y como Chilbury queda a cinco millas del Centro de Mando de Litchfield Park, me llaman continuamente para que busque más camas para su gente. Ahora necesitan otras dos habitaciones para unos superiores. Lo he intentado con medio pueblo hasta darme por vencida.

—¿Y el cuarto de David? —me soltó la señora B cuando nos congregamos para el ensayo del coro—. Ahora está en Francia, no tiene sentido que tengas su habitación vacía cuando hace tanta falta.

—Es verdad —intervino la señora Quail—. Te dedicas a colocar a Dios sabe quién en las casas de todas, y tú no estás dispuesta a acoger a uno en tu hogar.

—Pero David se acaba de marchar. No esperaréis que renuncie a su habitación tan fácilmente. —Pensé que iba a echarme a llorar, pero me recobré rápidamente—. En cualquier caso, no veo que usted ofrezca la habitación de Henry —repliqué a la señora B.

—Mi Henry es piloto de la RAF y vuelve a casa en los permisos —comentó, henchida.

No soporto cómo se pone con los pilotos de la RAF, que son la flor y nata del ejército, como si David fuera un don nadie que se mereciera un par de balazos.

—Eso no viene a cuento —salió al rescate la señora Quail,

pero luego volvió conmigo—: Pero, señora Tilling, no puede ser usted oficial de acantonamiento y negarse a acoger a huéspedes. No es justo.

—Cierto. Usted dijo que estas nuevas plazas eran para peces gordos de Litchfield Park —comentó la señora B—. Ivy House es el lugar perfecto para alojar a alguien que lo da todo por ganar esta guerra. Además, usted tiene teléfono, y no hay muchas casas en el pueblo que lo tengan. Es su obligación, señora Tilling, acoger a uno.

—¿Y usted no tiene teléfono, señora B? —replicó la señora Quail—. Seguro que tiene sitio para un pez gordo.

Como por arte de magia, Prim descendió por el pasillo.

—Señoras, es hora de ensayar.

Todo el mundo se calló y se dirigió a su puesto, excepto la señora B, que seguía indignada en silencio.

—Esta noche tenemos que concentrarnos en el *Ave María* para la competición. Empecemos desde el principio y vayamos hasta el final del estribillo.

La señora Quail dio la introducción y luego cantamos con torpeza la apertura, desafinando y demasiado alto.

—¡Vaya desorden! —dijo Prim cuando llegamos al final—. Estáis todas totalmente fuera de tono. Venga, vamos a probar con unos arpegios.

Hicimos unos arpegios, y después unas escalas que sonaron un poco más compactas, pero la discusión nos había desequilibrado. En una de las escalas, la señora B tumbó de un manotazo su partitura y se marchó airada de la iglesia.

—Bueno, vamos a probar otra vez el *Ave María* —añadió Prim, ignorando su marcha.

Salió mejor, pero todavía no estaba bien.

—Es que es muy difícil —protestó Kitty.

—Igual deberíamos retirarnos —dije en voz baja.

—¡Nada de eso! —protestó Prim con alegría—. No nos queda otra que hacerlo lo mejor posible y disfrutarlo, igual que el público. No ganaremos, pero lo importante es participar. Estar ahí, que nos escuchen. Estar vivos.

Sonrió, y yo también. Y al mirar a mi alrededor me di cuenta de que todas las demás estaban más contentas. Prim tenía razón. La cuestión no es ganar. Es encontrar algo de humanidad frente a esta guerra. Es encontrar esperanza cuando todo a nuestro alrededor se derrumba.

Incluida mi preciosa casa.

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Martes 14 de mayo de 1940

Queridísima Angela:

Ya sé que me dijiste que no me enamorara de él, pero no puedo evitarlo. Solo llevamos unas pocas semanas, pero somos prácticamente inseparables. He cogido la costumbre de escaparme todas las noches después de la cena para que Alastair pueda seguir trabajando en mi desnudo. Hablamos mucho, pero sigue mostrándose extremadamente reservado, nunca va en serio y cambia de tema cada vez que hablamos de él.

—¿Qué te movió a ser artista? —le pregunté el otro día.

—Es una historia larga y gris, y no quiero aburrirte, mi dulce Venetia.

Así es como me llama, «Dulce Venetia». Creo que nadie me ha llamado «dulce» antes. Es adorable, ¿no te parece? Pero me preocupa que piense que de verdad soy dulce, una ingenua

jovencita. No paro de hablarle de mi reputación de picara, pero no se sorprende, no como los demás hombres. Se conoce todas mis salidas ingeniosas, y parece haber jugado mil veces a este juego. Es como si viera a la verdadera Venetia en mi interior. Y, ¿sabes qué, Angie?, ya no quiero fingir más. Quiero ser la Venetia auténtica, no solo la que es popular y descarada, sino alguien complejo y con sustancia. Y él es quien está abriéndome esa puerta.

Anoche, hablamos de poesía, y compuso un poema sobre el amor que siente por mí, hermoso como una brisa veraniega. No voy a aburrirte con detalles, Angie, pero, sinceramente, no hay nada como escuchar al hombre que amas expresando la devoción que siente por ti con tanta elocuencia y pasión.

Siempre tiene cuestiones intelectuales en mente, y me habla de filosofía griega o de política medieval. Tiene la radio constantemente encendida, con las últimas noticias de la guerra. Una vez me extrañó, ya que se enfadó bastante por algo que dijeron. Era una noticia sobre la invasión nazi de Bélgica, que había pillado por sorpresa a nuestros dirigentes. Habían empleado una ruta alternativa mientras nosotros estábamos ocupados protegiendo la vía principal, la que usaron la última vez.

—¡Qué catástrofe militar! —masculló en voz baja.

—Pensaba que eras pacifista —dije con aire despreocupado.

Cogió su pincel, como si se acabara de acordar de que yo estaba allí.

—Pues claro que lo soy, pero qué atajo más terrible de patanes hemos sido al subestimar a los nazis, ¿no?

—¿Por qué no te alistas a ver si puedes mejorarlo?

—¿Intentas librarte de mí, querida? —respondió con un sonsonete juguetón—. ¿Echarme de tu vida para siempre?

Se detuvo y volvió a mirarme, tendida ante él.

—¡Ay, Venetia! —dijo con gentil regocijo—. ¿Sabes lo bonita que eres?

Lo miré de tal modo que algo se adueñó de él, arrojó al suelo el pincel y se acercó para acostarse a mi lado sobre la gran alfombra roja, acercando mi cuerpo desnudo al suyo, totalmente vestido.

—Te necesito, Venetia —me susurró al oído, tan directo y franco que me sobrecogió—. Te necesito, y tú me necesitas. Tenemos que estar juntos.

Me eché hacia atrás y contemplé sus ojos oscuros y hundidos, encontrando una intensidad que resultaba apabullante y tremendamente absorbente.

Era todo muy excitante, Angie, y en cierto modo daba un poco de miedo. Cuando sostuve su mirada, algo nuevo en mi interior parecía explotar, como cerezos al florecer, mientras todo lo demás se disolvía en la nada: tanto tontear y maquinar, los chicos, todos los juegucitos y aventurillas. De repente comprendí que esto es lo que quiero. Por fin he encontrado a mi media naranja.

Ahora solo necesito llegar al fondo de su ser.

Hasta entonces, te cuento más noticias del pueblo. Hattie ha llamado a su bebé Rose, por su pobre madre. Invitó al Coro Femenino de Chilbury a su casa para celebrar el nacimiento de la pequeña con unas copitas de jerez y un par de canciones. Estábamos muy preocupadas por la competición del sábado, de modo que, en lugar de las típicas discusiones, el sentimiento predominante era de esperanza callada, aunque la señora B sigue empeñada en que todo es un desagradable error. Kitty, por primera vez, está increíblemente simpática, aunque probablemente se deba a que sigue regodeándose por su victoria como solista.

Hattie sacó al precioso bebé de su cunita y lo sentó a mi lado en el sofá.

—Es guapísima —comenté y, sin que sirva de precedente, lo decía en serio. Rose es el bebé más bonito que se haya visto. Hasta a ti te parecería una joya, con sus enormes ojos azules y su sonrisa gorjeante.

—Se me hace raro verte tan adulta, con un bebé —le dije a Hattie—. Parece que fue ayer cuando estábamos las tres en el Pixie Ring haciendo aquel pacto de permanecer juntas pasase lo que pasase. Qué divertido resulta ahora.

—Parece que fue hace mucho tiempo, ¿verdad? —sonrió, y de repente volví a sentirme muy unida a ella—. Venetia, quiero que seas la madrina de Rose. Victor y yo lo hemos hablado en nuestra correspondencia de estos meses, y los dos estamos seguros de que serás una buena elección —dijo—. Y sé que Rose crecerá queriéndote igual que yo.

—Como yo a ti —me apresuré a decir, sintiéndome inmensamente conmovida y sobrecogida—. Gracias, Hattie. Me encantará ser su madrina. Qué idea tan bonita. Me aseguraré de que nadie le haga daño.

Miré a la pequeña y debo confesar, Angie, que ver a una amiga de toda la vida como Hattie con un angelito como Rose, me hizo pensar en cómo sería tener mi propio bebé. Estoy convencida de que el señor Slater sería el mejor de los padres, ¿no te parece?

Hattie está siendo muy valiente, pero sé que está preocupadísima por Victor. Permanecerá en el Atlántico hasta el año que viene, dicen, y apenas recibe una carta al mes. Con las noticias de los barcos torpedeados todas las semanas, sé que mi amiga duda si volverá, o si la pequeña Rose crecerá sin padre.

Ay, qué hermoso sería nacer dentro de cincuenta años, cuando todo esto haya acabado y haya regresado la normalidad. Imagínate cómo será el mundo. Estaremos casadas y felices, nuestros hijos crecerán y tendrán sus propios hijos. ¿O seremos famosas por alguna cosa u otra, por un acto de valentía o un gran invento? Claro está, suponiendo que sigamos vivas, y que nuestro querido país salga entero de esto.

Sé que piensas que soy una tonta por enamorarme, pero Angie, quizá no soy como tú, que andas ocupada seduciendo a todos los hombres de Londres. Quizá necesito seguir mi propio

camino. Te escribiré pronto.

Venetia

Diario de la señora Tilling

Jueves 16 de mayo de 1940

El pez gordo de Litchfield Park al que voy a hospedar en mi casa llegó esta tarde entre una gran confusión. Se suponía que iba a venir la semana que viene, así que cuando oí el timbre de la puerta pensé que era el cartero y me puse nerviosa (el pobre cartero es el mensajero del dolor en estos tiempos). Pero cuando abrí la puerta, encontré en las escaleras a un hombre altísimo de mediana edad, bajo la lluvia torrencial. Su impermeable marrón estaba empapado y se le pegaba al cuerpo. Tenía el pelo castaño, revuelto y mojado tras quitarse el sombrero que llevaba calado para mostrar un rostro grande y fofo con una nariz que parecía haberse roto en más de una ocasión.

—Vaya —murmuré, con una mirada acusadora—. No es usted el cartero.

—No. ¿Puedo pasar? —dijo de mal humor, entrando al recibidor e intentando sacudirse parte de la lluvia. Posó su maletín algo raído junto a las escaleras.

—¿Puedo preguntarle quién es usted? —dije, bastante molesta.

—Coronel Mallard —masculló.

—¿Es un apellido francés? —pregunté con desgana.

No tenía pinta de coronel. Vestía de civil y, francamente, parecía bastante desaseado.

Asintió, repasando con la mirada el desangelado recibidor. La escasez de sirvientas ha pasado factura a mi pobre hogar, aunque cuando la señora Peck se marchó me sentí aliviada, porque yo ya no distinguía quién estaba a cargo de quién.

—Me temo que tengo algo de prisa —dijo el coronel, dirigiéndose hacia las escaleras.

Lo contemplé, preguntándome qué demonios estaba haciendo.

—Bueno, desconozco el motivo de sus prisas y si tienen algo que ver conmigo, pero le agradecería que me explicara qué hace usted aquí.

—Me han asignado esta casa en la Oficina de Acantonamiento.

Tras rebuscar en sus bolsillos, sacó una carta arrugada y empapada y me la entregó.

—¡Oh! —Eché un vistazo rápido—. Me dijeron que llegaría usted la semana que viene. Ni siquiera le he preparado su cuarto.

—Bueno, me las apañaré tal y como esté, ¿le parece? —dijo, mirando con impaciencia las escaleras.

Lo conduje al piso de arriba y el hombre me siguió con sus imponentes pisadas. Incapaz de soportar la idea de que ocupara el cuarto de David, abrí la puerta, echando un último vistazo, aspirando por última vez su aire tranquilo antes de que se convirtiera en el de otra persona.

El coronel mediría casi dos metros, y cuando entró, la habitación parecía de pronto pequeñísima. Regresé apresurada a la puerta, sintiéndome un poco claustrofóbica.

—Estaré abajo si necesita algo —dije, y desaparecí antes de que se me saltaran las lágrimas.

¡Qué hombre más horrible! Aunque supongo que podría

haber sido mucho peor; podría oler a caca de vaca, o silbar, o peor aún, podría aposentarse en mi cuarto de estar. Será incómodo compartir mi casa con un extraño, tan distinto a la suave calidez de David. Me pregunté qué haría el coronel Mallard en Litchfield, y me preocupó nuestro destino en esta guerra si este era el aspecto de la gente que tenemos al mando. No se parece en nada a esos «importantes peces gordos» de la señora B.

Es demasiado desaliñado y desorganizado, como una vieja caja de cartón.

Cuando me puse a pelar las patatas para la cena, pensando en acercarme a ver a Hattie en cuanto pudiera escaparme, oí que se abría la puerta del piso de arriba y durante una fracción de segundo pensé que era David y que su voz alegre bajaría hasta el salón: «¡Voy a salir, mamá!».

Los grandes pisotones en las escaleras me devolvieron con un sobresalto a la realidad.

—Señora Tilling —me llamó desde el recibidor.

—Coronel Mallard —respondí, saliendo apresurada de la cocina y secándome las manos en el delantal—. ¿Va a solicitar cena por la noche? En ese caso, necesito su cartilla de racionamiento.

—No, comeré en la cantina —dijo, y luego añadió con tono oficial—: Gracias.

Me enseñó una mochila raída. Al instante reconocí que era de David, comprendiendo que se me había debido quedar en la habitación cuando me puse a recoger. Se la arrebaté disgustada. ¿Por qué no dejaba mis cosas en paz?

—¿Es todo? —dije, desesperada porque se marchara. Pero permaneció un momento mirándome sin verme, como intentando recordar si lo tenía todo, y luego se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, mascullando un hosco adiós.

Cerré la puerta de casa y regresé aturdida a la cocina. Desde la ventana del fregadero se ve la torre ruinoso de la

iglesia, y si subes a esa torre en un día despejado, se pueden ver las torrecillas y pináculos amarillentos y marrones de la Universidad de Litchfield. Me quedé pensando en cómo mis sueños se habían ido empequeñeciendo con el paso de los años, desde mis deseos de estudiar cuando era joven, conocer a Harold y aspirar a tener mi propia familia, hasta la muerte de Harold y que mi mundo girase alrededor de David, la única luz que me queda en mi triste vida.

Y ahora solo sueño con que no se me muera. Todo lo demás, incluido este nuevo extraño, no significa nada.

Para calmar mis nervios, salí a dar un rápido paseo, y acabé en la iglesia, sentada en el banco del fondo a la izquierda, intentando recomponer las piezas del nuevo mundo que me rodeaba.

—¿Todo bien por aquí? —dijo una voz a mi espalda, reconocible al instante como la de Prim.

—Sí, solo estoy haciéndome a un extraño coronel que se queda en mi casa. Me lo han asignado en la Oficina de Acantonamiento.

—Antes de encontrar mi casa en Church Row, estuve viviendo con un adorable caballero anciano. Todavía viene a tomar té conmigo de vez en cuando. Quizá la cosa mejore a medida que se vayan conociendo mejor.

—Es un cascarrabias gruñón, no me imagino llevándome bien con él. Tendré que ver si puedo encontrarle una habitación en otro sitio.

—Estoy segura de que si hace el esfuerzo de hablar con él, verá que es como usted, como su hijo, o como cualquiera. Estamos en guerra. ¿Por qué no le da una oportunidad?

Tenía esa sonrisita reluciente en su cara, y no pude evitar sonreír yo también.

—¡Así me gusta! —dijo, y volvió a trajinar arriba y abajo con varios atriles y partituras.

—Prim —le dije cuando pasó apurada a mi lado—. Su

llegada y la recuperación del coro nos ha levantado la moral muchísimo. ¿De verdad cree que cantar nos ayudará a sobrellevar esta maldita guerra?

—La música nos abstrae de nuestra existencia, nos aleja de nuestras preocupaciones y tragedias, nos ayuda a mirar el mundo de un modo diferente, a tener mayor perspectiva. Todas esas cadencias y hermosos cambios de acordes te hacen captar un brillo nuevo en la vida.

—Ojalá tuviera su entusiasmo por alguna cosa —murmuré.

—Pues lo tiene, señora Tilling. Lo tiene. No por la música, pero sí por otras cosas. Solo necesita detenerse un poco y verlo.

—No sé cómo hacerlo —dije con tristeza.

—Bueno, empecemos por animarla un poco con una cancioncita.

Me cogió del brazo y me llevó al fondo de la iglesia. Me colocó delante del altar y ella volvió para sentarse en el primer banco.

—Ahora, señora Tilling, cante. Abra su corazón y cante. Elija su canción preferida.

—Bueno, es *I Vow to Thee My Country* —dije, ya que solo de pensar en ese poderoso himno me emociono—. Pero no puedo cantarla así, yo sola.

—No hay nadie más aquí, aparte de mí. No importa si lo hace mal.

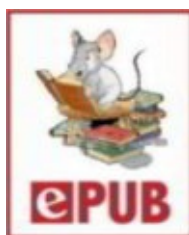
Me imaginé la introducción al órgano y me puse a tararear, hasta que abrí la boca y empecé a cantar los primeros versos, conmovedores, cuyo eco resonó claramente por el ábside.

I vow to Thee, my country, all earthly things above,

*Entire and whole and perfect, the service of my
love.*[Nota 5\)](#)

Fue el himno que se cantó en el funeral de mi padre, igual que en los de muchos otros hombres caídos en la Gran Guerra. Luego lo volvimos a cantar en el funeral de mi madre, y después en el de Harold. Al cantarlo sola en la iglesia, me sobrevino un nuevo terror. Comprendí que había vivido atrapada por esas muertes, que les había permitido adueñarse de mí.

Y ahora entiendo que es hora de dejarlos ir.



Nota 5

Me entrego a ti, mi país, por encima de todas las cosas terrenales / Completo, entero y perfecto, el servicio de mi amor. (N. del T.)

[Volver](#)

Diario de Kitty Winthrop

Sábado 18 de mayo de 1940

El concurso de coros

¡Qué velada tan fabulosa! Estoy completamente agotada, querido diario, pero tengo que mantenerme despierta y escribirlo todo, desde el principio.

Nos encontrábamos en ascuas cuando nuestro grupito se reunió en el parque a esperar el autobús, que llegó con retraso. Apenas nos dimos cuenta de las gruesas primeras gotas de lluvia que caían a nuestro alrededor, tan preocupadas estábamos por llegar a tiempo, y no digamos por cantar bien.

—Vamos a hacer el ridículo delante de todo Kent —repetía la señora B, incapaz de asumir el hecho irrefutable de que ahora somos un coro solo de mujeres.

—Pero si estamos condenadas a ser un coro exclusivamente femenino, lo queramos o no —replicó la señora Quail—. No quedan hombres en el pueblo. ¿Preferiría estar sin coro?

—Somos un grupo de damas respetables, señora Quail. No una comparsa de cantantes sin disciplina —replicó la señora B, apartándola para colocarse la primera de la fila cuando vio el autobús doblando peligrosamente la esquina de la plaza—. No me imagino lo que dirá Lady Worthing, por no hablar del

arzobispo.

—Entonces, ¿por qué viene? —dijo la señora Quail, subiendo tras ella al autobús.

La señora B se giró:

—Alguien tiene que ser testigo del desastre.

La señora Tilling parecía a punto de arrancarse las uñas.

—Lo que pasa es que no hemos ensayado lo suficiente. No sé qué dirá el *Litchfield Times* sobre un coro femenino, pero seguro que si lo bordamos, ayuda.

—De todos modos, nada se pierde por probar —dije, intentando levantar la moral, pero solo obtuve caras tensas y mofas.

Silvie se sentó pegada a mí y me susurró de un modo poco convincente: «Todo va a salir bien». Adora el coro tanto como yo, y me ha ayudado con mi solo haciendo de audiencia elogiosa y, solo de forma esporádica, crítica. Venetia era la única que permanecía impassible. Desde que el señor Slater entró en escena, mi hermana vive en su mundo. Solo participa en la competición porque los periódicos publicarán fotografías de los coros.

Por fin llegamos. La catedral de Litchfield es como un mágico castillo de cuento de hadas, con sus agujas puntiagudas y sus contrafuertes decorados, y está rodeada de rosales con flores de tonos rosa y amarillo muy claros, imponentes y tremendamente románticos. El arquitecto debía de estar enamorado. Es donde Henry y yo nos vamos a casar, lo tengo decidido.

Hoy, sin embargo, las rosas estaban lacias mientras la lluvia caía a raudales sobre nuestras cabezas. Nos unimos a la multitud que llegaba apurada a la competición. La señora B se abrió paso por el atestado vestíbulo para ver la lista que habían colgado en el tablón de anuncios.

—Somos las últimas —anunció cuando regresó al grupo.

—Eso es bueno —exclamó contenta la señora Quail—. Podremos escuchar a los rivales y ver a quién tenemos que superar.

—Nada de eso —replicó la señora B—. Nuestras voces estarán hechas polvo a esa hora de la noche. A cada momento que pasa, el desastre se hace mayor.

La voz teatral de Prim resonó:

—Pondremos el broche final a la noche.

Nos sentamos en el vetusto interior de piedra. Las preciosas vidrieras estaban tapadas para evitar que la luz saliera al exterior, nos daban la sensación de estar atrapadas en una enorme madriguera subterránea.

Cuando el templo se llenó, el obispo de Litchfield, que parece un gnomo, caminó hasta el altar y pidió silencio con su marcada voz nasal, mientras yo pensaba que sus anteojos de metal eran demasiado pequeños. A continuación, presentó al engreído alcalde, que vestía una toga larga de color rojo y que soltó un discurso interminable y pomposo sobre las virtudes del canto frente a los horrores de la guerra, en el que salieron a relucir las expresiones «elevar la moral», «alumbrar un nuevo amanecer» y «avanzar en la lucha». Desde que el señor Churchill empezó a retransmitir sus maravillosos discursos por radio, todo el mundo intenta imitarlo.

Cuatro coros participaban en la competición. Los otros tres eran normales, formados por hombres y mujeres. Cantaríamos en orden, separados por breves descansos, y luego el jurado anunciaría los resultados.

Temblando, miré a Prim. Parecía muy satisfecha, las manos entrelazadas sobre su abdomen redondeado, los ojos pestañeando y una pequeña sonrisa en forma de uve en sus labios. Aunque me parece la mejor directora de coro de todo el país, no pude evitar sentir la inquietante sospecha de que quizá no estuviéramos preparadas para esto. Quizá en el campo no están listos para un coro solo de mujeres. Pero entonces Prim me pilló mirándola, me lanzó un leve guiño y comprendí que

todo iba a ir bien. Con ella al timón, todo saldría bien.

Comenzó a caer una fuerte lluvia que repicaba en el techo y nos envolvía, como si estuviéramos todos protegiéndonos bajo el mismo paraguas. El eco de un trueno resonó en las bóvedas, y nos apiñamos, más por miedo que otra cosa, mientras los demás coros desfilaban hacia el altar para actuar.

Todo sobre nuestros contrincantes

El pequeño Coro de Riseholme: cantaron una muy buena versión del *Jesús, alegría de los hombres*.

El gigantesco Coro de Litchfield: tremendamente bueno, todas coincidimos en que iban a ganar (seguidas de proposiciones de retiramos).

El Coro de Belton: no muy bueno, lo cual nos animó, al pensar que no quedaríamos las últimas.

Las siguientes éramos nosotras. Mi corazón repicaba como unas castañuelas cuando el obispo nos presentó. Se oyeron una serie de cuchicheos, sin lugar a dudas de gente preguntándose si habían oído bien.

—¿Ha dicho el Coro *Femenino* de Chilbury? —oí comentar con sorpresa a alguien a mis espaldas. Miramos a Prim angustiadas, pero estaba ya en pie, dispuesta a desfilarse por el pasillo, indicándonos con un gesto que la siguiéramos.

Permanecimos sentadas, aterradas, pegadas a los asientos como un puñado de liebres en temporada de caza.

Y entonces, de pronto, retumbó un trueno ensordecedor. La concurrencia se sobresaltó y todo el mundo miró al techo. Las luces parpadearon en un par de ocasiones y se apagaron. Nos quedamos sumidos en la oscuridad, esa negrura que te hace sentir que no tienes los ojos abiertos aunque sabes que sí lo

están.

Todo el mundo se puso a murmurar frenéticamente.

—Al menos podemos irnos a casa —masculló la señora B—. Y salir airosas de este suplicio.

A continuación se escuchó la voz nasal del obispo:

—Que nadie se preocupe. Quédense donde están, traeremos velas.

Los murmullos crecieron hasta que, detrás de nosotras, llegó un destello de luz de la sacristía y llevaron un solitario cirio al altar. Era una niña, de unos diez años, que lo sostenía con una mano mientras con la otra protegía la llama para que no se apagara mientras andaba. Tras ella apareció otra niña, algo más mayor, y luego una mujer, y más gente, cada uno con una vela encendida, recorriendo el pasillo y separándose en el altar para colocar sus velas en distintos rincones oscuros. Al cabo de unos minutos, había cirios de distintos tamaños y formas distribuidos por el enorme y solemne interior, algunos en candelabros de plata y oro, otros como largas columnas de un blanco angelical. Pronto el olor de cientos de pabilos relucientes flotó en el ambiente, y las sombras titilantes daban vida con su parpadeo a las esculturas antiguas.

—¿Vamos a poder cantar? —susurré—. ¿Y el órgano? No va a funcionar sin electricidad.

—Nos las apañaremos sin órgano —dijo Prim con garbo, como si aquello fuera algo muy divertido y no un desastre de proporciones colosales.

—¿Cómo vamos a saber con qué nota empezar?

Me entró el pánico. Ya estábamos poco preparadas para cantar, y encima esto.

—Yo tararearé la primera nota para las contraltos, pues son las que entran primero, y me temo que las sopranos van a tener que usar esa nota para encontrar la suya. Kitty, tendremos que confiar en tus agudas dotes. —Me sonrió, y me sentí eufórica y aterrada a la vez.

Nos levantamos en silencio, el martilleo de la lluvia ahogando el ruido de nuestras sillas y nuestros pasos mientras nos dirigíamos al altar y ocupábamos nuestros puestos en el estrado. Hubo un leve crujir de papel mientras encontrábamos nuestras partituras, con las manos temblorosas por los nervios. Prim sostuvo su batuta en el aire, los ojos muy abiertos y brillantes mirándonos una a una para ver si estábamos listas. En el silencio, escuchamos que tarareaba una nota, que flotó entre la luz de las velas como un pequeño dardo de plata. Vi cómo miraba directamente a los ojos a la señora Tilling y le hacía un gesto con la cabeza. Si la señora Tilling captaba la nota, sabíamos que las contraltos lo harían bien. Prim alzó la batuta, los ojos cerrados como si rezara, y al bajar los brazos, la nota clara y sostenida de la señora Tilling resonó en la iglesia, envolviendo a la multitud con su brillante calor. Las demás contraltos se unieron en un maravilloso sonido total.

Yo estaba aterrada. Las sopranos contaban conmigo para guiar nuestra entrada. Pensé que tenía la nota, sabía que tenía la nota, pero ¿tenía la seguridad para cantarla en voz alta? ¿Qué pasaría si abría mi boca y no salía nada?

Pero el momento había llegado. Los ojos de Prim se entrecerraron, fijos en mí. Alzó los brazos y luego los bajó, apuntándome con la batuta y el dedo índice, y oí nuestra primera nota volando entre la luz titilante de las velas, cristalina y pura. Será otra la que la ha dado, pensé, hasta que me di cuenta de que lo que oía era mi propia voz. Miré a Prim, pidiendo a Dios que me hubiera salido bien. Pero Prim tenía los ojos cerrados, con una sonrisa de serena satisfacción en el rostro. El sonido aumentó cuando las otras voces se unieron a la mía. ¡Lo había conseguido! Yo, Kitty Winthrop, había salvado el coro. Una ola de júbilo me recorrió, consciente de que Prim había reconocido mi talento y tenía fe en mí. Había hecho arrancar al coro y estarían orgullosas de mí.

La hermosura solitaria de nuestras voces sin acompañamiento musical ascendió por la iglesia desolada y sombría, planeando, ganando altura y pasión hasta alcanzar el

vertiginoso clímax. Fue maravilloso. Angelical, se podría decir.

Mi solo era el primero, y sentí que se me secaba la garganta cuando el estribillo terminó, marcando el momento de mi entrada. Los ojos de Prim estaban fijos en mí, la batuta preparada, y entonces abrí la boca para que brotara la primera nota: «Ave María». Me salió un poco lento —los nervios se estaban adueñando de mí— pero las notas altas fueron firmes, claras, puras y sostenidas, todos me observaban, y entonces continué, a medida que las notas caían. De repente sentí un alborozo, como si la obra musical me perteneciera, y la canté como si fuera parte de mí y procediera de alguna nueva reserva en lo más hondo de mi ser.

Llegué al final, dejando que la última nota se difuminara lentamente, buscando los ojos de Prim, su gesto de aprobación, y supe que era la mejor actuación que podía haber hecho. El día que mejor había cantado.

El coro resonó con belleza a mi alrededor, y empezamos a mirar a la señora Tilling, ya que a continuación venía su solo. Había estado muy nerviosa, repitiendo que no quería defraudarnos. «No lo harás —le había dicho Prim—. Debes confiar en tu voz.» El estribillo acabó, y vi que Prim la estaba mirando. Alzó la batuta, y la bajó. La voz de la señora Tilling era soberbia, de una profunda y rica suavidad, como una noche de finales de verano. Realizó una ligera pausa antes de la nota alta, haciéndola más emotiva si cabe, y a continuación parecía que las notas brotaban de su interior como oro, directas desde el corazón.

El resto del coro se unió para la estrofa final y la maravillosa amplitud del sonido nos volvió a rodear. Luego llegó el relajante arrullo de las notas finales, lentas y ondulantes, disolviéndose en la fantasmal oscuridad.

Se hizo el silencio en la catedral, solo roto por el eco del repicar de la lluvia en la nave.

Entonces comenzó el aplauso, que creció hasta convertirse en un desbordante arrebató, y noté que una lágrima caía por mi

cara. ¡Lo habíamos logrado! ¡Yo lo había logrado!

Prim me dirigió un sonriente gesto de gratitud cuando regresamos a nuestros asientos, y me alegré por dentro. No me importaba si ganábamos o perdíamos. Había salvado el día, igual que la señora Tilling.

El obispo de la voz nasal regresó al estrado.

—Me temo que se va a tener que cancelar el pisolabis debido a las reducidas existencias de velas. De modo que, por favor, permanezcan unos minutos en sus asientos, y esperamos poder ofrecerles los resultados en breve.

Todas nos pusimos a cuchichear, excepto la señora B, que proclamó en voz alta que la señora Gibbs había desafinado durante toda la actuación y que, si perdíamos, ya sabíamos de quién sería la culpa.

—Eso, o nos eliminarán por no tener hombres —comentó con desdén.

—No hay nada de lo que preocuparse —sonrió Prim, y de repente me entraron dudas. ¿Conocería realmente el mundo rural, el apego a las tradiciones que tiene la gente aquí? Hay algo llamado sabiduría convencional, que significa que debemos seguir haciendo las cosas como siempre, aunque no tengan sentido. En eso consiste la vida en el campo. Sobre todo en Litchfield.

Un minuto después, el obispo de la voz nasal regresó al altar, esta vez con el alcalde a su lado, para anunciar al ganador. El alcalde comenzó a soltar otro discurso, pero, por fortuna, el obispo se inclinó y le dijo algo al oído, que probablemente sería: «Al grano», y comenzó por anunciar al subcampeón:

—Litchfield —anunció, y el director del coro se acercó para recoger el diploma. Eso significaba, pensamos, que los ganadores serían los de Riseholme, porque nadie iba a votar por Belton.

—Y el ganador, que representará al distrito de Litchfield en

la final que tendrá lugar en la catedral de San Pablo... —Hizo crujir unos papeles de un modo irritante—, ¡es el Coro Femenino de Chilbury!

Saltamos de nuestros asientos.

—¿Qué ha dicho? —exclamó la señora Quail.

—¿No nos han eliminado? —balbució la señora Tilling.

—¿En serio somos nosotras? —dijo la señora Gibbs.

Entonces, la señora B se abrió paso por el pasillo:

—¡Comportaos! Pues claro que hemos ganado. ¿Qué esperabais?

La seguimos por la nave, donde se entretuvo estrechando la mano del obispo como si ella fuera la única responsable de todo aquello. Busqué con la mirada a Prim que, serena como nunca, flotaba por el pasillo tras nosotras, arrastrando su capa larga, como un enorme búho protector.

Tras hacer un saludo, nos juntamos para las fotos. Por supuesto, Venetia se aseguró de salir en el centro, con el pelo perfecto, lo cual resultaba gracioso porque estaba junto a la señora Gibbs, que parecía una gallina trastornada, el abrigo y el pañuelo arrugados, y el pelo revuelto como un nido de pájaros.

Había varios fotógrafos del *Kent Times* e incluso de un periódico de tirada nacional. En estos tiempos saltan sobre cualquier historia feliz.

Formamos una fila para estrechar la mano de los jueces, que ocupaban una mesa plegable al fondo. Primero estaba el alcalde, y a su lado el señor Mandelson, el estricto jefe del WVS de Litchfield. Luego estaba la pomposa Lady Worthing, que nos ofreció su mano envuelta en un guante blanco como si tuviéramos alguna enfermedad. La señora B soltó su detestable risita falsa ante algún comentario que hizo la aristócrata, y todas torcimos el gesto avergonzadas.

El último juez era el director del Centro de Mando de Litchfield Park, un hombre gigantesco con aspecto desaliñado a

pesar de que iba de uniforme. La señora Tilling susurró a la señora Quail que era el hombre que tenía alojado en su casa.

—No sabía que era el director de Litchfield Park —murmuró, irritada—. ¡Menuda coincidencia!

Me pregunté por qué estaría tan arisca, pero entonces vi que el hombre se ponía también tenso cuando la señora Tilling le ofreció la mano para saludarlo.

—Bien hecho, señora Tilling —comentó, evasivo.

Ella se aturulló, avergonzada:

—No sabía que formaba usted parte del jurado. No sé qué han visto...

—¡Gracias por votarnos! —intervine, pues resultaba poco propio cuestionar su capacidad como juez cuando acabábamos de ganar.

El hombre me sonrió amistoso.

—Fue una decisión fácil, sobre todo después de vuestras actuaciones en los solos.

Igual ese hombre no era tan malo, al fin y al cabo.

La señora Tilling intentó ignorarlo, carraspeando antes de volverse hacia mí y decir de un modo muy forzado:

—Vámonos, Kitty. Y tú, Silvie. Tenemos que buscar a Prim. salió corriendo hacia la sacristía.

El resto de la velada fue una mezcla de felicitaciones, con vítores y palmaditas en la espalda, mientras los demás coros fingían estar alegres por nosotras. Un periodista nos preguntó qué se sentía al ser un coro solo de mujeres.

—Estamos creando una nueva tendencia —declaró Venetia, pavoneándose ante él—. Somos la última moda, ¿no lo sabía?

El hombre la miró embobado hasta que la señora B intervino, diciendo:

—Siempre confiamos en que ganaríamos. Con o sin hombres.

todas asentimos y sonreímos.

Pasado un rato, los grupos comenzaron a disminuir, y el obispo tuvo que pedirnos que nos retiráramos, así que regresamos alegres al autobús y partimos exultantes rumbo a Chilbury, cantando durante todo el trayecto. Pero no cantamos el *Ave María*. Esta vez fueron viejas canciones de *music hall*, incluida mi nueva preferida: *Can't Get Away to Marry You Today, My Wife Won't Let Me!*

*Carta del coronel Mallard a su hermana la señora Maud Green, en
Oxford*

*Ivy House,
Litchfield Road,
Chilbury,
Kent*

Lunes 20 de mayo de 1940

Querida Maud:

Te pido disculpas por la falta de noticias, pero he estado muy ocupado con los recientes acontecimientos en Bélgica y el norte de Francia. Esta carta te llega desde mi nuevo acantonamiento en Chilbury. ¿Has estado aquí en alguno de tus viajes? Por favor, di a las chicas que me escriban a esta dirección, porque las cartas dirigidas al Ministerio de Defensa son siempre desviadas a Londres. Anímalas a escribir; sinceramente, sus cartas son lo único que me hace soportar esta terrible guerra. Una vez más, muchas gracias por cuidar de las tres, espero que se estén portando bien. Sé que Vera, Dios la tenga en su seno, sería feliz sabiendo que están contigo. No me puedo creer que hayan pasado cinco años desde que murió. Todavía no me acostumbro al hecho de que ya no esté.

Pasaré aquí el verano, imagino, y puede que más. La propietaria de la casa, una tal señora Tilling, es una enfermera que parece sentir aversión por todo y por todos, especialmente por mí. Es una mujer aburrida, con una reserva interminable de batas de un gris mustio. Casi no habla, excepto para darme educadas órdenes, y está de un especial mal humor desde que le pregunté si podía cenar en casa. Me pide todo el tiempo mi cartilla de racionamiento mientras se dedica a expresar su enfado haciendo ruido de cacharros en la cocina.

«Me gustaría, coronel Mallard —me dijo secamente ayer—, que me informara de a qué hora volverá a casa para la cena.» La víspera solo me había retrasado una hora.

Igualmente, una tarde se me ocurrió mover la pequeña cómoda porque ocupa menos sitio en el rincón junto al armario. Al día siguiente la había devuelto a su sitio original, y decidí no volver a intentar ninguna reordenación del mobiliario.

Pero resulta que el sábado me vi obligado a formar parte del jurado de un concurso de coros y, ¿te lo puedes creer?, la mujer cantó un solo que fue maravilloso y muy expresivo. Era como si fuera una persona distinta. Me costaba reconocerla.

Casi todas las noches, cuando regreso a casa, desaparece por completo. Oigo un portazo en el piso de arriba o veo cerrarse una cortina en la ventana del salón al acercarme. No estaría mal tener algo de compañía, pero por lo general termino subiendo a mi habitación en soledad. Su hijo acaba de irse a Francia, y está claramente celosa de que yo ocupe su cuarto. No hay mucho por lo que ponerse celosa, la verdad: una cama pequeña y dura y un póster del sistema solar en la pared. Somos un puntito autodestructivo en una masa de negrura grisácea.

Ya basta por hoy. Escribiré a las chicas el miércoles, después de ir a la iglesia a rezar por Vera. Espero que nos esté viendo desde ahí arriba, velando por nosotros.

Con mucho amor,

Anthony

Diario de Kitty Winthrop

Sábado 25 de mayo de 1940

Un picnic ajetreado

Como hacía una mañana espléndida, se me ocurrió que Silvie y yo nos merecíamos un premio por la victoria en el concurso de coros. Tenía la necesidad de fingir —al menos por un día— que no estábamos en guerra.

De modo que abrí de par en par la ventana de mi cuarto para sentir en mi cara la cálida luz amarillenta del sol y aspirar el fresco aroma a pino de la maravillosa mañana primaveral. Era todo tan perfecto que decidí dedicar el día a recuperar el tiempo perdido, a recobrar una parte de mi infancia.

Antes de la guerra, en días como este, nos vestíamos y salíamos de picnic con los Tilling o los Brampton-Boyd, las chicas con vestidos de verano, los chicos con elegantes trajes. Progett le pedía al cocinero, que ahora se ha ido a fabricar tanques a Tonbridge, que preparara una merienda con pasteles, cerezas y magdalenas. Mmm, el olor de aquellos deliciosos pastelitos de mantequilla siempre me recuerda la ansiosa espera en la cocina para dar el primer bocado caliente a los bollitos recién salidos de las bandejas. Hoy hemos tenido que apañarnos con unos sándwiches de mermelada que Elsie nos ha

preparado con desgana mientras no paraba de hacer preguntas sobre Henry.

Cuestiones que Elsie quería saber sobre Henry

¿Cuál es su plato favorito? Faisán asado, por supuesto, y pudin *spotted dick*

¿Cuál es su deporte favorito? El tiro, la caza del zorro y el criquet

¿Le gusta Venetia? No, por supuesto que no

¿Tiene novia en su base de Hampshire? No, por supuesto que no

¿Cuál es su color preferido? El azul cielo

¿Qué le gusta hacer para divertirse? Picnics, Fiestas, y se le da bastante bien el criquet

Creo que Elsie intentaba ayudarme a conquistarlo, aunque no estaba resultando de gran ayuda. Silvie me dio un codazo y me susurró que no debería contarle nada a la criada, aunque no tengo ni idea de por qué. A veces parece que Silvie no se entera de nada de lo que sucede.

Tras preparar los sándwiches, Silvie y yo teníamos la importante tarea de elegir qué ropa ponemos. La llevé a mi cuarto y encontré para ella uno de mis vestidos viejos, el blanco con florecitas turquesa que llevaba puesto cuando Henry se me declaró. Desató un torrente de recuerdos: el paseo en barca por el lago, cuando Venetia se marchó corriendo orilla arriba, Henry apresurado tras ella después de dejarme entre los helechos, con el vestido sucio, y de prometerme que me amaría para siempre si lo perdonaba, y luego los dos recorriendo el campo, llamando a voces a Venetia hasta que la encontramos sobre una colina, enfurruñada bajo un roble de frondosas ramas. Se

negó a hablar con Henry y solo volvió al picnic conmigo, con cara apenada mientras yo daba saltitos de alegría, entusiasmada porque mi futuro estaba trazado a la perfección.

Animada por este recuerdo, decidí que debía ponerme el vestido azul cielo de Venetia, pues era el que llevaba aquel día, así que me colé en su habitación para cogerlo. Aunque me quedaba un poco grande, era perfecto.

Silvie y yo nos deslizamos en el vestidor de mamá para mirarnos en su gran espejo de caoba. Estábamos impecables. El vestido azul cielo era perfecto para un picnic, y Silvie también estaba preciosa con el suyo blanco. Es una chica guapa, con sus oscuros rizos rebeldes siempre recogidos tras las orejas, aunque casi no habla. Pensábamos que callaba porque su inglés no era muy bueno, pero ahora sabemos que no es nada malo — excepto cuando no se entera bien de algunas cosas, como de mi historia con Henry—. Así que cuando no habla, es sencillamente porque no quiere. A veces le pregunto por su secreto, pero se muestra muy alarmada y deja de hablar al momento.

Con frecuencia me pregunto cómo era su vida en Checoslovaquia. La comida sería distinta, eso seguro. Cuando llegó aquí, apenas probaba bocado y estuvo alimentándose a base de panecillos y mermelada, principalmente. Mamá intentaba tentarla con beicon o rosbif, pero ella no tocaba nada.

La diferencia entre Checoslovaquia y Chilbury, por lo que he podido observar

En Checoslovaquia hay más chocolate (Silvie adora el chocolate, y aquí es difícil de encontrar ahora que estamos en guerra)

Chilbury tiene colinas con prados y arboledas, mientras que en Checoslovaquia hay más bosques

En los dos sitios hay caballos (a Silvie le encantan los caballos)

En Checoslovaquia siempre nieva en Navidad, y hay mágicos mercadillos navideños

En Checoslovaquia no hubo guerra, simplemente un día los nazis la ocuparon

Todas las pertenencias de Silvie están en Checoslovaquia, en su casa grande con porche

Toda la familia de Silvie está en Checoslovaquia, esperándola en la puerta de casa, su madre con un vestido primaveral blanco, como el día en que se despidió de ella en la estación, su padre de traje y con una gran sonrisa para calentar sus huesos helados, y el bebé, su hermanito Mila, gorjeando envuelto en su mantita azul como cuando lo tomó de los brazos de su madre para darle un último beso.

Tras lanzar una mirada final a nuestros reflejos en el espejo, decidimos que estábamos listas y corrimos escaleras abajo, agarrando las cestas de picnic al pasar por la cocina para luego salir disparadas por la puerta de servicio a la mañana clara y despejada.

La hierba alta del parque seguía húmeda por la lluvia de la pasada noche, y una miríada de gotitas brillaba como mil estrellas caídas sobre la mullida campiña de un verde reluciente. Desprendía ese olor que se capta tras una gran tormenta, a frescura renovada, como si la lluvia se hubiera llevado todo el polvo, la suciedad y las cosas horribles que la gente se grita y que permanecen reverberando en el aire, esperando a que el trueno lo ensordezca todo.

Decidí bajar hasta el puentecito de madera junto a las colmenas de los Dawkins, pues allí hay muchas flores silvestres y se puede jugar a cruzar el arroyo saltando sobre las piedras. Estuvimos allí de picnic hace unos años, cuando se nos estropeó

el coche.

Aquella vez, las abejas no picaron a nadie.

Era un buen paseo, y cuando llegamos, agotadas y listas para el picnic, nos fastidió bastante ver que el sitio ya estaba ocupado. Había un chico construyendo una presa.

—¡Hola! —nos llamó, tambaleándose sobre una rama que llegaba a la mitad del río. Recuperó el equilibrio y salió trotando hacia la orilla para saludarnos. Era más mayor de lo que me había parecido, alto y desgarrado como los chicos grandes antes de hacerse hombres. Sus pantalones andrajosos y aspecto descuidado le hacían parecer más joven de lejos. Tenía una cara curiosa, con forma de cuchara, la barbilla y la frente sobresalían más que el resto. Era guapo. No como Henry, pero no estaba mal para ser un chico. Claramente divertido, nos sonrió iluminado por la luz del sol, llevándose una mano sucia para protegerse los ojos mientras subía por la orilla dándonos voces:

—¡Bajad a jugar conmigo! —tenía una voz fuerte y acento *cockney*. [Nota 6](#))

Como Silvie ya estaba a mitad de la pendiente, me sentí obligada a unirme para protegerla, y no tardamos en estar a su lado.

—Me llamo Tom —dijo sonriente el muchacho, la boca abierta entre jadeos y las manos en las caderas mientras evaluaba a su presa.

—¿Cómo estás? —dije, sin saber si debería estrecharle la mano—. Yo me llamo Kitty, y esta es Silvie.

Silvie sonreía. ¿Le gustaría?

—¿Y qué hacéis por aquí, niñas? —dijo Tom.

—No somos niñas —le corregí.

—Ella sí —dijo, señalando a Silvie con la cabeza y riéndose.

—Sí —admití, enfurecida por su grosería—. Supongo que ella sí. Pero yo, no.

—¿Cuántos años tienes tú? ¿Doce?

—Catorce —contesté resentida, dando un golpecito con la mano a Silvie para evitar que desvelara mi mentira. A fin de cuentas, casi tengo catorce. Bueno, casi, casi.

—Pero lo importante es ¿qué haces tú aquí? —pregunté molesta. Este terreno pertenece a la granja. Al igual que las abejas.

—Hemos venido a la recogida del lúpulo —indicó con la cabeza en dirección a las cabañas de los temporeros junto al granero. Todos los años la granja de los Dawkins trae a unos cincuenta londinenses para ayudar con las tareas de la granja y para recoger el lúpulo cuando está listo. Viven en unos barracones. A mí me resulta todo bastante miserable, pero por lo visto es igual que como viven en Londres, o incluso mejor.

—¿Cuánto llevas aquí? —pregunté, entrecerrando los ojos con desconfianza. Todavía estaba molesta con él por haberme llamado niña.

—Llegué la semana pasada con mi tía. Mi mamá tiene que ayudar en una fábrica, y nadie sabía qué hacer conmigo. Yo dije que quería ir a combatir. —Lanzó unos buenos puñetazos al aire—. Pero dicen que todavía soy muy pequeño.

—¿Cuántos años tienes?

—Casi catorce. Pero soy tan fuerte como un hombre, o puede que más. —Nos enseñó los bíceps, que eran enclenques, pero no dijimos nada. Me dio lástima. Su rostro era tan sincero y jovial que costaba imaginarlo haciendo maldades.

—Venid a ayudarme con la presa —nos ordenó—. Coged esa rama de ahí y traedla.

Por suerte, la presa era lo bastante estable como para que llegáramos tambaleantes hasta la mitad.

Por desgracia, nos habíamos olvidado de las abejas, que de repente nos rodearon, zumbando furiosas sobre Silvie.

—¡Tom al rescate! —gritó Tom, agitando los brazos como

un orangután alocado.

—¡No, así no! —chillé. Ese idiota de ciudad no tenía ni idea de abejas—. Quédate quieto. Quédate quieto y se irán.

Corrí lo más rápido que pude hasta la orilla, a punto de caerme, cogí una rama larga y estrecha y la sostuve para que Silvie pudiera volver sin asustarse demasiado, aunque debo admitir que era la que estaba más tranquila de los tres, con una sonrisita divertida en sus labios, como la Mona Lisa riéndose de algo en su interior.

Una vez en tierra, abrí la cesta, encontré un sándwich de mermelada y, cuando las abejas se dirigieron a él, lo lancé lo más lejos que pude orilla arriba, hacia las colmenas. El truco funcionó y los insectos se alejaron, aunque una me picó en el codo al pasar, el maldito monstruo.

Chillé, y Tom se acercó dando brincos. Agarró mi brazo de un modo muy poco cortés. Todos nos quedamos mirando el bulto rosado que iba en aumento.

—Hay que echarte vinagre ahí —dijo.

—No seas ridículo —respondí cortante. ¿Es que ese chico no sabía nada?—. Hay que poner miel.

—Si quieres miel, sé dónde conseguirla.

—¿En serio? —pregunté con cautela.

No era fácil conseguir miel en esos días. Se sacudió sus pantalones raídos y señaló con el brazo extendido:

—Por aquí, damiselas.

Cogimos nuestras cosas y lo seguimos por la orilla, dejándole que llevara mi cesta porque me dolía el brazo y Silvie es muy pequeña. Nos condujo bordeando el huerto hasta el bosque de Peasepotter, y en el umbral de la arboleda se giró, lanzó una mirada furtiva alrededor, y entró. Corrimos tras él.

Tras un corto paseo, llegó hasta un enorme arbusto, de esos que están huecos por dentro y lleno de espesas hojitas cerrando su interior. Después de aproximadamente un minuto

revolviendo entre los matorrales, volvió a salir.

En la mano traía un tarro de miel. Debía de ser casera porque tenía una tapa de tela a cuadros azules, y una etiqueta blanca en la que ponía «Allicot Farm». Me pregunté dónde había oído yo ese nombre. Tom abrió la tapa y metió un dedo mugriento en el tarro, llevándose a la boca con la amarillenta sustancia. Me entraron ganas de pararlo. Estaba estropeando toda esa miel. Era asqueroso.

—Es miel, de la buena —mascó con la boca abierta, degustando el sabor—. Probadla.

Silvie metió el dedo y se lo llevó con cautela a la boca, y la cara de placer que puso hizo que me rindiera y me animara a probar yo también.

Era la miel más rica que había probado nunca, con sabor a pétalos de rosa y de una dulzura almibarada. Todos introdujimos otro dedo, y extendí un poco sobre mi picadura.

—¿Qué hace esto en el arbusto?

—He visto que el Viejo George lo esconde aquí —dijo Tom—. Es un anciano ladronzuelo que vive en uno de los barracones. No le molestamos mucho. —Se mordió el labio nervioso—. Tiene un cuchillo y esas cosas. Amenazó a nuestro Charlie, así que lo dejamos en paz.

—¿Podemos llevamos sus cosas?

—Supongo que no —dijo Tom, sacudiendo sus hombros huesudos—. Es de estraperlo, claro. Solo cojo un poco cada vez. Nada que él pueda notar.

Un ruido entre los helechos nos sorprendió. Miramos a nuestro alrededor, pero no había nada. Podría haber sido un zorro, pero los árboles eran muy densos y costaba ver.

—¿Nos vamos? —susurré.

Se escuchó el crujido con más nitidez. Era una persona. Nos ocultamos con sigilo detrás de un árbol grande. Me giré y vi aparecer en el claro a un hombre gordo y calvo de aspecto

huraño, con bigotes grises y ásperos y una mancha verduzca en la camisa. Con él iba nada más y nada menos que el señor Slater. Siempre sospeché que andaba metido en asuntos turbios. Me pregunto si Venetia sabrá algo de esto.

—Es el Viejo George. Vámonos de aquí —nos apremió Tom, tirando de mí.

Al volverme, vi la cara del señor Slater mirando en nuestra dirección. ¿Nos habría visto?

Salimos volando, golpeando el suelo con nuestras zancadas como un huracán, haciendo crujir los helechos y hojas secas bajo nuestros pies. Surcamos el bosque como un rayo, esquivando los troncos y saltando entre espesos matorrales hasta que solo oímos el sonido de nuestras pisadas rítmicas en el silencio de la arboleda.

De repente, como si alguien hubiera descorrido una gruesa cortina, salimos del bosque y la amplitud de la campiña inglesa se abrió ante nosotros, una colosal extensión multicolor espléndidamente bañada por la brillante luz dorada del sol.

Caímos al suelo, sin aliento, entre risas, buscando a nuestras espaldas la sombra del Viejo George, pero no había nada, solo el ligero susurro de las hojas removidas por la brisa y el trino de los pájaros que revoloteaban entretenidos por la linde del campo de trigo verde dorado que teníamos delante.

—Será mejor que volvamos a casa —dije.

—Ya sabéis dónde encontrarme —dijo Tom, ayudándonos a incorporarnos—. En los barracones de los recolectores de lúpulo.

A continuación se dio la vuelta y se lanzó a grandes zancadas colina abajo en dirección al río.

—Adiós —dijo Silvie en voz baja, lo cual significaba que le gustaba. Tuve que admitir, mientras recogíamos nuestra cesta de picnic y nos encaminábamos a casa, que había sido bastante divertido vivir nuestra propia aventura.

Trotando por la orilla del bosque, le pregunté a Silvie si en

alguna ocasión había visto a alguien merodeando entre los árboles.

—A Progett —contestó.

—¿A Progett? ¿Dónde?

—En Peasepotter, entre los árboles, en el Pixie Ring, cerca del arroyo de Bullsend —dijo en voz baja, con su firme acento checo. Sé que le gusta mucho hacer escapadas ella sola, pero no sabía que se había recorrido todo el campo.

—Se ve con hombres —dijo.

—¿Qué tipo de hombres?

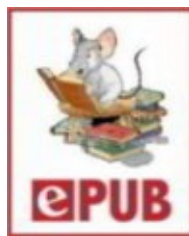
—Hombres —miró a lo lejos—. Hombres aburridos.

—¿Has pasado miedo?

Se sacudió y echó a correr delante de mí, bravucona.

—¡No!

Aceleré el paso tras ella, y recordé dónde había oído el nombre de «Allicot Farm». Es una granja que está en la otra punta de Litchfield. La señora Gibbs empezó a vender su miel en la tienda el mes pasado. Me pregunto cómo habré conseguido el Viejo George su surtido de productos, cómo habrán llegado a manos de la señora Gibbs, y qué tiene que ver en todo esto el señor Slater. Decidí no contárselo todavía a Venetia, dejar que venga arrastrándose a mí. O, mejor todavía, guardármelo para un momento en que me sea de utilidad.



Nota 6

Acento de las clases bajas londinenses. (N. del T.)

[Volver](#)

Telegrama del general Winchester al coronel Mallard

Lunes 27 de mayo de 1940

Operación Dinamo en marcha. Toda la flota civil rumbo a Dunkerque para recoger 300.000 soldados británicos y franceses desamparadas en playa. Todas las instalaciones locales, ejército y médicos listos para actuar.

Diario de la señora Tilling

Miércoles 29 de mayo de 1940

¿Quién hubiera pensado que podría suceder tal desastre! ¡Y que yo me vería atrapada en medio! Esta noche me encuentro en Dover, trabajando a destajo para curar a los soldados que llegan en los barcos desde Dunkerque. Cientos de miles de soldados rodeados y atrapados en una playa de Francia, bajo una lluvia de balas de la Luftwaffe, y lo único que podemos hacer es ordenar a todos los que posean un barco que zarpen a rescatarlos, desde barcos de pesca hasta ferris e incluso yates. ¡Es como si hubiéramos regresado a la Edad Media!

Dover es un frenesí de actividad. Grupos de hombres descienden de barcos de todas las formas y tamaños, y desfilan por la ciudad hacia la estación de tren. La mayoría, gracias a Dios, parecen de buen humor, contentos de volver a casa. Pero muchos otros parecen haber sufrido una pesadilla. Luego están los de las camillas, sangrando y delirando, o muriendo en silencio.

El amasijo de sangre y cadáveres recientes es incesante en nuestro quirófano, un viejo taller convertido en hospital, que apesta a muerte humana levemente mezclada con el tufo ácido de la esterilización. Los médicos son muy pocos para tantos hombres con heridas brutales. Pero hacemos lo que podemos, pasando de un paciente a otro con un horrible sentido práctico.

Me recogieron al amanecer en un autobús lleno hasta los topes con todos los médicos y enfermeras disponibles en la región, y vamos a pasar unos días aquí, por lo menos. Ahora mismo, bien entrada la medianoche, me encuentro sentada en una polvorienta trastienda con una hora libre para descansar lo que pueda. Han dispuesto algunas camas, pero cada vez que cierro los ojos solo veo sangre y vísceras, y todavía puedo oír los gritos de los hombres cuando el dolor les resulta insoportable, o peor aún, el silencio repentino y desconcertante de la muerte.

Intento no pensar en David, pero es como un faro que parpadea en el fondo de mi cerebro. Sé que estaba en Francia —casi todas nuestras tropas se hallaban allí—, así que debe de andar por este caos. Eso espero.

Tenemos algunos casos desesperados. Hoy me llamaron para ayudar a un joven oficial en muy mal estado llamado Berkeley que tenía un enorme agujero de metralla en el costado. Al momento me di cuenta de que era demasiado tarde para operar, demasiado tarde para todo. No paraba de sangrar a chorros, empapando los apósitos que yo apretaba desesperada contra sus costillas.

—Te pondrás bien, todo va a salir bien —le dije con ternura.

—Me voy a morir, ¿verdad? —murmuró, su refinado timbre sonaba realmente joven. Seguramente recién salido del instituto, como David.

—No, te vas a poner bien —mentí, aterrada por dentro.

¿Qué debía hacer? ¿Debería contarle que iba a morir por si necesitaba decir algo? Me sentí tan poco preparada. ¿Qué estaba haciendo yo allí? ¿A qué estaba jugando?

—Si... —balbució en voz baja—, si me muero, ¿pu... puede darle mi anillo a una persona?

Intentó levantar la mano, y vi la sortija de oro, holgada en su dedo.

—Pues claro —dije, quitándoselo y sosteniéndolo en mi

mano. Era un anillo de hombre, con sello, pesado, antiguo, valioso.

—Déselo a Carrington —murmuró, y su voz se rasgó al pronunciar el nombre—. En Parnham, cerca de Litchfield.

—No está lejos, sé cómo llegar —dije suavemente—. ¿Algún mensaje?

—Dígale de mi parte «Te quiero» —se atragantó espantosamente.

—Se lo diré. Esa chica estará orgullosa de usted —dije.

—Es un hombre —suspiró, mirándome fijamente con los ojos dilatados de terror, temiendo haber pedido demasiado, haber dicho demasiado. Lo podrían colgar por esto. Si no estuviera casi muerto.

La sangre se me subió a la cara y me sonrojé. Nunca había conocido a un homosexual. Había oído hablar de ellos, por supuesto, pero siempre pensé que serían diferentes, que vivirían en un mundo aparte, como si realmente no existieran. Pero aquí tenía a un jovencito moribundo, educado y guapo, pidiéndome que transmitiera su último mensaje a su amigo, al que amaba. Me quedé sin palabras por un momento, desenredando la espesa maraña entre moralidad y realidad.

—Se lo diré —susurré.

Entonces, como si de repente se le hubiera pasado algo por la cabeza, abrió los ojos de par en par y gimió:

—¡No! ¡No lo denunciará! ¿Verdad?

—No —dije, mirándolo a los ojos—. Puede confiar en mí.

—No sé en qué estaba pensando. Me olvidé de que podía meterlo en un lío. No soportaría que algo malo le pasase.

Su cuerpo esbelto empezó a sacudirse entre lágrimas.

Me entraron ganas de abrazarlo, pero no podía apartar las manos de la densa mancha granate de la sangre que empapaba la venda. Solo pude buscar su mano para apretarla con fuerza.

—Eres un valiente —dije—. Eres un héroe. Carrington estará bien. No te preocupes por él. Tú descansa y respira con calma.

Su respiración se volvió cada vez más pausada, hasta que se detuvo. Busqué ayuda a mi alrededor, alguien a quien avisar, alguien que certificara esta muerte.

Pero no había nadie. Estaban todos muy atareados.

Otra vida segada cuando no había hecho más que empezar. Una estrella lejana que de repente brilla con más fuerza para luego desaparecer en el vacío.

¡Menudo ejército de almas insignificantes y mal preparadas que somos!

Carta del teniente de vuelo Henry Bampton-Boyd a Venetia Winthrop

*Base aérea 9463,
Daws Hill,
Buckinghamshire*

Martes 4 de junio de 1940

Querida Venetia:

Cariño, no te imaginas lo duro que hemos tenido que luchar estas últimas semanas para evitar que la Luftwaffe bombardeara a los hombres que estaban siendo evacuados de Dunkerque. Los últimos barcos han partido hoy, y hemos regresado agotados a la base para celebrar nuestros éxitos. Mi nombre circulaba de boca en boca como un héroe, nada menos.

Nuestros combates fueron principalmente tierra adentro, para hacer retroceder a la Luftwaffe antes de que llegara a Dunkerque, y justo el cuarto día me metí en una refriega con tres Messerschmitts. Los derribé a los tres. Aquí en la base no paran de hablar de ello, aunque yo insisto en que no fue nada.

Estaré en casa de permiso dentro de un mes aproximadamente, y he pedido a madre que organice una pequeña ceremonia de compromiso. Me muero de ganas por que llegue nuestra luna de miel, querida, para que por fin seas

mía.

Con todo mi amor,

Henry

Diario de Kitty Winthrop

Miércoles 12 de junio de 1940

¡Siglos sin pasar nada, y de repente estamos en plena guerra!

Lo de Dunkerque ha sido asombroso! Rescatamos a casi todas las tropas británicas y también a la mayoría de los franceses. Mucho más de lo que se hubiera esperado. Todo el mundo dice que fue gracias a los «barquitos», a toda esa gente corriente que lo dejó todo para salir en sus embarcaciones a sacar a nuestros soldados de la playa. Papi cogió su yate y dice que salvó a más de trescientos soldados. «¡Nos bombardearon durante toda la travesía!», cuenta. Está tremendamente orgulloso, y la gente hace cola para estrechar su mano en la plaza del pueblo.

—Los barcos pequeños fuimos clave en la operación — explicaba a los presentes—. Podíamos llegar directamente a la playa y trasladar a nuestros muchachos a los grandes buques que esperaban en aguas más profundas, listos para dirigirse hacia Inglaterra. Era un escenario aterrador. Multitud de hombres arrastrándose por la playa como hormigas, caminando por el agua, que a veces les llegaba hasta los hombros, mientras desde el cielo los aviones nazis nos lanzaban una lluvia de balas. Jamás olvidaré cómo aupé a esos hombres para

sacarlos de las oscuras aguas, algunos gravemente heridos, todos agotados, mientras las balas salpicaban el mar revuelto a nuestro alrededor.

Por suerte, David Tilling regresó sano y salvo a casa, aunque agotado y muerto de hambre. La señora Tilling sintió un alivio increíble y lo ha tenido en cama durante dos días para que se recuperara. Por fortuna, el coronel le cedió su cuarto y ha cogido una habitación de hotel en Litchfield, de lo contrario, habríamos tenido otra guerra aquí en Chilbury.

Ralph Gibbs, el de la tienda, volvió en un estado un poco peor, el hombro dislocado y algunas costillas rotas. Es propenso a las peleas, y no podemos evitar preguntarnos si sus heridas se deben al enemigo o a problemas con la tropa. Por ahora se va a quedar en casa, pero David Tilling tendrá que reincorporarse en unas semanas. Probablemente lo manden al norte de África. Se le ve muy infeliz, la verdad, deambula por ahí intentando cortejar a Venetia, que está demasiado ocupada con el señor Slater para darse cuenta.

Henry por fin es un héroe, y le van a dar una medalla, según dice la señora B. ¡Derribó tres aviones nazis en Dunkerque! Tenía la esperanza de que también le concedieran un permiso, pero están muy ocupados ayudando a la pobre Francia, que está siendo invadida.

Por desgracia, el hijo de la señora Poullice, una de las Damas Costureras, no ha podido contarlo. Iba en un barquito que fue bombardeado por un avión alemán. Otra embarcación lo sacó del agua, pero tenía graves heridas y murió antes de llegar a Dover. Desde entonces, la señora Poullice no habla, solo cose lentamente. La hemos convencido para que se una al coro, que la ayudará un poco.

¡El señor Churchill dice que no nos rendiremos!

Papi está contento de que el señor Churchill sea primer ministro, aunque mucha gente opine que se equivoca. Dicen que prefieren llegar a un acuerdo con los nazis en lugar de combatir, ya que nuestras opciones, sinceramente, no parecen muy buenas.

«Son unos cobardes —bramó papi—. Es más honroso caer luchando que rendirse. No podemos permitir que nos avasallen.» El señor Churchill dice que esta guerra se va a librar en el aire, y nos han pedido que entreguemos todas las cazuelas y sartenes al Gobierno para llevarlas a la fundición y que hagan con ellas bombarderos. Encontré once en nuestra cocina, con las que seguramente dará para un ala por lo menos.

Invasión

Si no nos rendimos, seremos los siguientes en ser invadidos después de Francia. Como Chilbury queda a solo siete millas de la costa, es probable que las tropas nazis nos aplasten antes de que nos demos cuenta. Nos despertará en mitad de la noche el ruido de los tanques derribando nuestras puertas.

Qué pasará si nos invaden los nazis

Nos moriremos de hambre porque nos quitarán la comida para dársela a los soldados nazis

Se llevarán a todos los que queden en condiciones de combatir y los enviarán al frente, o les pegarán un tiro

Al resto, nos obligarán a ir a fábricas, incluso a las niñas como yo

Tendremos que meter a soldados nazis en nuestras

casas, o irnos a la calle para que se queden ellos

No podremos ir a ningún sitio más que andando o en bicicleta, porque se llevarán todos nuestros coches, y no podremos viajar en tren

Encarcelarán o matarán a quien no haga lo que ellos dicen

Encarcelarán o matarán a quien no les guste

La gente ha empezado a mudarse. Los Dunn se han ido a Gales, porque Lizzie es sorda y a Hitler no le gusta ese tipo de niños. La sinagoga a la que llevamos a Silvie está muy vacía porque muchos judíos se están alejando de la costa, aunque el templo se empeña en abrir para los judíos que hay en las tropas. Por supuesto, sentimos miedo por Silvie. Mamá quería que nos fuéramos a casa de un primo en Escocia, pero papi se ha negado.

«Estoy totalmente convencido de que siempre seremos británicos, aunque esos nazis intenten alguna locura.» Comentó con orgullo y brusquedad, lanzando su fusta contra el desprevenido brazo de un sillón, y me sentí contenta de formar parte de un espíritu nacional tan resuelto, aunque al mismo tiempo me invadía un pánico mortal porque no serviría de nada cuando tuvieras a media docena de rifles nazis apuntándote.

Todo el mundo se ha vuelto loco y acusa al vecino de ser espía. Han juntado a todos los alemanes e italianos y los han enviado a unos campos en la Isla de Man, incluso la compañera de *bridge* de mamá, la simpatiquísima señora Barone. No me la puedo imaginar en un campamento, ¿dónde guardará todos sus abrigos de pieles y sombreros? Nos han dicho que estemos atentos y busquemos espías entre nosotras, que echemos un ojo a los vecinos y denunciemos a cualquiera que haga algo sospechoso. He pensado en contar a alguien lo de Progett, que anda todo el tiempo escabullándose. La semana pasada lo pillé en el despacho de papi, hojeando unos papeles, y me dijo que estaba buscando un gemelo que se había perdido. Pero papi me

azotaría si se llevan a Progett. Debe de ser el último mayordomo disponible a este lado de Londres.

Nos han dicho que probablemente aparezcan pronto aviones nazis a tirarnos bombas, y el vicario ha asumido la tarea de vigilante antiaéreo. Mucha gente ha cavado grandes hoyos en sus jardines para meter refugios antiaéreos Anderson, que son pequeños cubículos de metal que parecen demasiado frágiles para resistir a una bomba. Me alegro de que tengamos una bodega lo bastante grande como para dormir en ella, aunque esté llena de polvo y albergue una prolífica comunidad de arañas.

El Gobierno ha repartido unos folletos que explican lo que se debe hacer cuando los nazis nos invadan (mantener la calma) y lo que no se debe hacer (asustarse y correr). Hay fotos de soldados nazis y una lista de cosas que hacer si vemos a uno (acudir a la policía) y lo que no debemos hacer (intentar razonar con ellos y llevarnos un tiro). Nos hemos encargado de arrancar los carteles del pueblo para que, cuando lleguen, al menos no sepan dónde están.

Por lo visto, el resto de Europa fue invadida con facilidad porque la gente no estaba preparada o porque se asustó. No estoy segura de cómo quiere el Gobierno que paremos a una caballería de hunos bien pertrechados, pero esto es lo que nos ha dicho que hagamos.

Preparativos para la invasión

Mantenga la calma. No salga corriendo

No crea rumores y desconfíe de órdenes: compruebe que las órdenes provienen del Gobierno

Esconda todos los mapas, alimentos, combustible, herramientas y otros suministros. Un paracaidista podría atacarle por esos artículos

Ponga refugios de cemento, minas terrestres o defensas de alambre de espino en playas, campos y carreteras

Cave trincheras antitanque en carreteras y pistas, formando una línea a lo largo del país que detenga el avance nazi hacia el norte

Bloquee las carreteras con coches u otros obstáculos de gran tamaño, o talando árboles

En caso de que sea necesario, utilice alambre o cadenas para bloquear una carretera con una bomba falsa (una caja con un cable)

Haga sonar las campanas de las iglesias solo para avisar de la invasión

Forme un grupo de Voluntarios de Defensa Local con los hombres que queden en su localidad (papi está organizando a los pocos hombres que permanecen en el pueblo)

Forme un Comité de Invasión en su localidad para organizar cómo se defenderá su pueblo

El Comité de Invasión de Chilbury (CIC)

La señora B ha asumido la tarea de coordinar el CIC (últimamente se abrevia todo porque suena más oficial). Está especialmente mandona, ya que los criados que le quedaban se han marchado, así que ahora se las tiene que apañar sola y pide recetas a la señora Tilling (aunque sospechamos que se alimenta de las cestas que le envían de Claridge's). Hoy por la tarde había convocado a las mujeres del WVS a una reunión especial del CIC en el ayuntamiento.

—Como vuestra líder, estoy en la obligación de preparar a nuestras mujeres para la inminente invasión. En primer lugar, me gustaría escuchar sugerencias acerca de qué podemos hacer

si un batallón de abominables matones nazis se presentase mañana por la mañana en la plaza del pueblo.

—Pero no sabemos si eso va a pasar, ¿verdad? —balbució la señora Gibbs.

Una mirada de posesa se ha adueñado de su rostro desde el regreso de Ralph. No sé si tiene más miedo de su hijo o de los nazis.

La señora B se plantó delante de ella y acercó su cara como un sargento mayor.

—¡Tenemos que estar preparadas! —rugió, y volviéndose al resto de nosotras, añadió—: Quiero sugerencias serias.

—Yo cogería la vieja carabina de mi marido —propuso la señora Tilling—. No sé muy bien cómo usarla, pero seguro que impresionará, ¿verdad?

—Bien, tiene que aprender a usarla —gritó la señora B—. Todas las que tengan acceso a armas de fuego, límpienlas y asegúrense de aprender a usarlas. Luego, cárguenlas. —Nos lanzó una mirada amenazante—. Señora Quail, ¿qué opina usted?

—Manejo bastante bien el cuchillo de cocina —dijo con confianza, e intercambié una sonrisita con Hattie, que movía el cochecito de Rose. ¡Imagínate a la señora Quail enfadándose con el vicario a la hora del té y sacando un cuchillo de trinchar!

La señora B, claramente decepcionada por nuestra falta de agallas, nos enseñó cómo arremeter y atacar usando objetos domésticos, como un atizador de chimenea, una lámpara de mesa o una tartera de plata de tres pisos. Nos lo pasamos muy bien y nos marchamos sintiéndonos tremendamente valientes.

Claro que la siguiente reunión no fue tan sencilla, porque los Voluntarios de Defensa de Chilbury (VDC) se presentaron en mitad de la velada.

Los Voluntarios de Defensa de Chilbury (VDC) contra el Comité de Invasión de Chilbury (CIC)

Papi ha asumido la tarea de organizar a los Voluntarios de Defensa de Chilbury (VDC). Creemos que lo hizo porque la señora B le «robó» el CIC delante de sus narices, y necesitaba su propia tropa.

Los Voluntarios de Defensa de Chilbury consisten en un variopinto surtido de hombres que se quedaron en el pueblo y que se preparan para defendernos por si llegan (o cuando lleguen) los nazis. Una idea fabulosa, pero en realidad son papi, Progett, el anciano señor Dawkins con los dos mozos de su granja, algunos viejos más en distintas fases de decadencia, el vicario, Ralph Gibbs (aunque todavía no se ha pasado ni a saludar) y, cosa rara de creer, el señor Slater, a quien todo esto le resulta «bastante entretenido», según Venetia.

Se reúnen dos veces por semana y papi grita mucho mientras fingen ser un ejército de verdad, desfilando de un lado para otro e intentando pincharse con horquetas, porque todavía no tienen armas como Dios manda.

El problema es que el Comité de Invasión de la señora B también se reúne en el salón parroquial dos veces por semana, y ayer los hombres comenzaron a llegar con sus horquetas justo cuando la señora B estaba perfeccionando sus estocadas con las tarteras de tres pisos, rodeada por un grupo de mujeres que practicaba el mismo movimiento: «¡Apunten, carguen, estocada!».

—Se supone que el salón es nuestro ahora —anunció pomposamente papi—. Señoras, márchense de aquí inmediatamente.

—No pienso hacerlo —respondió la señora B, amenazándolo con su tartera.

—Tenemos que realizar importantes preparativos para la invasión. —Papi estaba empezando a alzar la voz—. Saque a

sus malditas mujeres de aquí.

—Brigadier, permita que le recuerde que mi Comité de Invasión es el cuerpo de prevención ante eventuales invasiones más importante de nuestro pueblo. Como puede ver, estamos en mitad de una práctica de combate crucial.

—Pero nosotros hemos reservado el salón, ¿no es cierto, vicario? —Se giró y buscó al pastor, que se escondía detrás del señor Slater, y lo trajo al frente tirando de su cuello—. ¿No es cierto, vicario?

—Bueno, sí, pero se supone que debemos compartir el salón entre todos...

—Me da igual —dijo la señora B, apartando a un lado al vicario con malos modos—. Nosotras estábamos primero, y tendréis que esperar a que terminemos.

—En ese caso, nos vemos obligados a entrar y a ocupar el lugar. —Se volvió hacia el grupo de hombres, que estaban empezando a retirarse hacia la puerta, y bramó—: ¡Compañía! ¡Formen filas!

Los hombres, con pasos lentos, se metieron entre las mujeres y formaron una fila, horquetas en ristre.

Las mujeres se quedaron mirándolos consternadas, hasta que la señora B aulló:

—¡Apunten, carguen, estocada!

Las mujeres cargaron obedientes, principalmente contra los hombres que tenían delante, como era claramente la intención de la señora B.

A continuación vino el caos. Muchos de los hombres y mujeres más ancianos huyeron hacia la puerta, algunos quejándose de heridas. Pero el resto continuó peleando unos minutos hasta que se escuchó un portazo y una afilada voz de maestra exclamó:

—¿Qué está pasando aquí? —Todos se volvieron a mirar. Era Hattie, plantada junto a la puerta con su cochecito azul—.

¿Qué demonios estáis haciendo todos?

—El brigadier empezó —dijo la señora B—. Es nuestro turno legítimo de usar el salón. Se han colado e intentan intimidarnos. —Miró orgullosa a las mujeres—. Pero les hemos dado una lección, ¿verdad?

—Nos toca a nosotros y no se quieren ir —dijo papi, alzando la nariz, como si esta discusión supusiera rebajarse.

—Bueno, les recomiendo que bajen todos las armas y se den la mano —dijo Hattie—. Y luego encendamos la radio y escuchemos las noticias de una guerra de verdad.

Todo el mundo se puso a guardar las cosas con calma, aunque la señora B espetó:

—Eso es justo lo que llevo un buen rato diciéndoles.

Malas noticias para el coro, y para mi carrera como cantante

El concierto de coros se ha pospuesto de manera indefinida. Prim nos lo comunicó en el ensayo, aunque rápidamente añadió que tendríamos uno especial la semana que viene, y que estaba invitado todo el pueblo. Al menos sigo con las clases de canto. Prim me ha dejado una pila de discos modernos para que intente cantar sola en casa. Algunos son de jazz, que es apasionante. Los vamos a probar en nuestras clases de canto.

Esta noche, en el ensayo del coro, cantamos una versión especialmente agresiva de *Jerusalem*, y subimos bastante el tono al final, pues estábamos muy molestas con los nazis por habernos impedido cantar en la catedral de San Pablo. Se diría que nuestro desastrado grupito de mujeres estaba dispuesto a coger los bolsos y cargar contra el enemigo. ¿Hitler se hacía idea de la fuerza y la determinación de trece mujeres exaltadas? Y sospecho que nunca, ni por asomo, ha tenido en

consideración el potencial letal de una tartera de tres pisos.

Nota de Edwina Paltry al brigadier Winthrop

*3 Church Row,
Chilbury;
Kent*

Lunes 17 de junio de 1940

Querido Brigadier:

Después de más de un mes esperando el dinero que se me adeuda y que me pertenece por derecho, me permito recordarle que hicimos un trato, y que me debe la segunda mitad de mi dinero. Yo cumplí con mi parte, y ahora usted debe cumplir con la suya.

Le espero en la cabaña el sábado por la mañana a las diez.

Srta. E. M. Paltry

**Anuncio colgado en el tablón de anuncios
del salón social de Chilbury
Lunes 17 de junio de 1940**

El miércoles por la tarde
habrá un ensayo especial
del coro en recuerdo de
los caídos en Dunkerque.
Será abierto para todo el
pueblo, hombres y
mujeres.

Prim

Diario de la señora Tilling

Miércoles 19 de junio de 1940

Llegamos pronto al ensayo especial del coro organizado por Prim, algunas cuchicheando sobre lo que nos tenía reservado la directora, otras ensimismadas en nuestros pensamientos tras lo de Dunkerque. Convencí a una de las Damas Costureras, la señora Poullice, para venir. Ha perdido a su único hijo en Dunkerque. Desde entonces no ha pronunciado palabra, solo se dedica a coser, en su mundo.

Me sorprendió ver a tanta gente allí reunida. El Coro Femenino de Chilbury al completo, las Damas Costureras y otras mujeres que no estaban en el coro. Y también había hombres, incluidos el vicario y el señor Slater, e incluso el coronel Mallard. Intenté ignorarlo, pero insistió en venir a hablar conmigo. Por suerte, cuando se acercó, se abrió la pesada puerta y Prim apareció por el pasillo, de modo que nos libramos de tener que hablar el uno con el otro.

En lugar de usar su habitual voz dramática, Prim nos indicó con un gesto que guardáramos silencio.

—Hoy es una velada especial que nos permitirá asimilar lo que ha pasado y lo que nos espera. Por favor, coged sillas del fondo y traedlas al altar, formando un círculo.

Así lo hicimos. Yo tenía a la pobre señora Poullice a mi lado,

con aspecto muy pálido y pesaroso, como si algo en su interior hubiera dejado de respirar, pero su cuerpo viviese y se moviese, como una máquina sin vida.

—De joven —empezó a decir Prim— realicé un viaje a Italia, y allí aprendí un tipo de canto distinto. Una música para traer paz y aceptación del ciclo natural de la vida y la muerte. El salmo. —Extendió ambos brazos—. Vamos a cogernos de la mano, completad el círculo.

Con cautela, nos cogimos de la mano. Un gesto tan simple e infantil, pero tan raro en nuestro mundo ajetreado y carente de contacto. Sentí la palma de la mano arrugada y venosa de la señora Poultrice en la mía, y noté un ligero temblor ante la extraña intimidad de todo aquello. Era como si nos hubiéramos despojado de nuestras máscaras cotidianas para dejar al descubierto los niños asustados que llevamos en nuestro interior.

—Ahora, cerremos los ojos y empecemos con un sencillo tono sostenido.

El sonido de un leve arrullo, una media nota ni alta ni baja, brotó de Prim. Al principio con suavidad, para luego ir creciendo con firmeza.

Seguidamente escuché la melodiosa voz de Kitty uniéndose, y después la de la señora Quail, y pronto el sonoro eco de una única nota retumbaba a nuestro alrededor, ocupando el espacio que separaba nuestros cuerpos mediante una vibrante conexión. Un sonido que ahogó todo el caos.

El zumbido se fue apagando, disolviéndose en el aire hasta ser un simple susurro, o el eco de un susurro.

Tras unos emotivos instantes de silencio, Prim nos entregó unas partituras.

—Esto es un sencillo canto gregoriano —nos explicó—. Un canto fúnebre por los muertos.

Nos dio la primera nota, y a continuación entramos todas, la voz de Kitty liderando el acompañamiento. Fue hermoso. Al

final, cuando los ecos dieron paso al silencio, permanecemos unos momentos cogidas de la mano, al calor del silencio.

Prim fue la primera en levantarse, indicando a todas que la siguiéramos, llevando su silla al fondo sin decir palabra y recogiendo su maletín de música.

—Conservad la tranquilidad y la paz durante el resto de la noche —dijo con suavidad, y se marchó como subida en una ola de calma.

Lentamente, nos fuimos levantando, conversando en voz baja entre nosotras. Hasta la señora B parecía amansada por una vez.

—Qué tarde tan maravillosa —comentó—. La verdad es que al principio no lo tenía muy claro, pero ha sido como si fuéramos monjas —añadió con una risa alegre.

Es curioso cómo un poco de canto nos puede unir. Ahí estábamos, cada una en nuestro pequeño mundo, con nuestros problemas, y de repente todo eso parecía haberse disuelto, y nos dimos cuenta de que ahí estábamos nosotras, saliendo adelante, apoyándonos mutuamente.

Eso es lo que cuenta.

Diario de Silvie

Miércoles 19 de junio de 1940

Todo el mundo está triste desde lo de Dunkerque. Prim hizo un ensayo especial del coro con canto gregoriano. Yo me senté junto a Kitty y la señora Poullice. Su hijo ha muerto en Dunkerque. Le temblaba la mano, así que se la agarré con fuerza. Luego, cantamos un canto gregoriano.

Fue hermoso. Lloré. Me recordó a la *shiv'ah* de cuando se murió mi abuelo y todas las tardes había cánticos. La señora Poullice también lloraba.

Los nazis pronto estarán aquí. La señora Winthrop me esconderá en el ático. Cuando llegaron a Checoslovaquia, encontraron a todos los que se escondían. Pegaban a la gente en la calle. Se llevaron a esa mujer que chillaba a una casa. Luego, salió con sangre y cortes, casi muerta.

Intento no pensar en ello. Pero está ahí.

Le he enseñado a Kitty nuestro canto de duelo, el *Kaddish*. Lo escribió en un papel. Quizá podamos cantárselo a la señora Poullice.

Carta de la señorita Edwina Paltry a su hermana Clara

*3 Church Row;
Chilbury;
Kent*

Sábado 22 de junio de 1940

Querida Clara:

Todavía no está todo perdido, Clara, aunque debo reconocer que hemos sufrido algunos reveses, el primero relacionado con la entrega del resto del dinero por parte del brigadier. Hoy he quedado con él en la cabaña, estaba que echaba humo, y me ha dicho que no pensaba dármelo.

—¿Por qué no? —le pregunté, agarrando mi maletín negro, dispuesta a propinarle un buen golpetazo.

—Porque, mi querida mujercita, no se te dio muy bien limpiar tus huellas, ¿verdad?

Se le notaba toda la rabia contenida, esperando a liberarse como un lobo amordazado. Sentí que me temblaban las rodillas, pero mantuve una apariencia fuerte.

—Nadie sabe nada. Hice un buen trabajo. Como siempre.

—¿Y qué me dices de los rumores? —Se acercó un paso,

amenazante, así que retrocedí hasta las ortigas, sintiendo sus picaduras bajo mis medias—. La señora Tilling ha estado haciendo preguntas sobre el parto a mi esposa. ¿No se te podía haber ocurrido otra cosa mejor que lo del respirador mecánico? ¿O un problema distinto para el otro bebé?

—Creo que no es usted consciente de las dificultades que entrañaba la tarea, brigadier —dije altanera—. Hicimos un trato, ¿no es así? Yo he cumplido con mi parte. De modo que quiero mi dinero.

—Te dije que no habría dinero si levantabas sospechas. Si esa mujer encaja las piezas debido a tu descuido, entonces serás tú la que tendrás que pagarme —rugió, acercando su cara a la mía como un feroz general del ejército—. Con tu sangre.

El olor de su aliento a tan corta distancia me hizo caer de espaldas sobre los helechos. Me contempló con engreimiento mientras me incorporaba y me sacudía las ramitas. Este hombre es un misógino. Los distingo a la legua. En mi profesión oyes contar muchas historias a las mujeres, a veces incluso a los hombres, que se creen muy listos por abusar de una pobre mujer. Estoy segura de que el brigadier piensa que las mujeres solo están para servir a los hombres y tener hijos. Y para el sexo, por supuesto. No se da cuenta de que somos seres humanos, también. Con cabeza, corazón y bolsillos que llenar.

—Nunca lo descubriré —dije—. Se le terminará pasando, como todo. Me debe el dinero, y montaré un escándalo si no me lo da.

—Sabes muy bien que si armas follón te meteré en la cárcel —dijo con perspicacia, atusándose el bigote—. Pero te ofrezco un trato: si no oigo más rumores antes de que acabe el verano, tendrás tu dinero. Hasta entonces, no quiero más meteduras de pata, más chismes ni más notas. Pensé que te daría la cabeza para saber que no debes enviarme cartas. Podríamos haber acabado los dos detenidos en menos de una hora si la carta hubiera caído en las manos equivocadas.

Dejó la nota, toda arrugada, en mi mano y se marchó

airado, dejándome allí tirada. Mientras me despegaba los helechos de la falda, sentí alivio por dos motivos: primero, porque la Tilling no sabía nada seguro, y segundo, porque solo tenía que andarme con sigilo y pronto me llegaría el resto del dinero.

No es lo ideal, pero mejor que quedarse solo con la mitad.

Mi siguiente problema es esa estúpida de Elsie. Vino a mi casa pensando que podía dármela con queso.

—Sé lo que te traes entre manos —dijo, colándose en mi casa y tirándose en el sofá como una gatita zalamera—. Y quiero mi parte.

—¿De qué estás hablando? —dije, con una sonrisa de desconcierto.

—Tu trato de cambiar los bebés. Lo sé todo.

—¿Qué demonios estás contando, querida?

—No te hagas la tonta conmigo. Vi cómo los cambiabas. Sé que lo hiciste y que te pagaron por ello.

—¿Quién me iba a pedir que hiciera algo así? —dije, con total asombro.

—El brigadier. Mira, he estado pensándolo, encajando las piezas. No soy tan estúpida como parezco, ¿sabes?

—Créeme, Elsie, pareces mucho más lista de lo que en realidad eres.

Ignoró mi comentario, o no lo entendió.

—Te dio el dinero para así poder tener un hijo varón, ¿verdad? Pues quiero mi parte.

—Pero si tú no hiciste nada —dije, decidiendo rebajarme a negociar.

—Te ayudé a escapar con uno de los bebés. En cualquier caso, lo sé todo y se lo puedo contar a la gente. ¿Acaso no es suficiente con eso? Quiero doscientas libras, por favor.

Extendió la mano ante mí, mostrándome su palma, blanca y

huesuda como la de un cadáver.

—¿Cómo sabes lo que me dio?

—Una mujer como tú no lo habría hecho por menos de veinte mil.

Torcí el gesto. Sabía que tenía que haberle pedido más al brigadier.

—Te daré cincuenta y nada más. Si me entero de que se lo has contado a alguien, serás tú la que tendrá que pagarme —añadí, siguiendo el ejemplo del brigadier y con gesto amenazante—, con tu sangre.

Salí de la habitación y saqué los billetes. Maldita muchacha, sabía que no debía confiar en ella. Alguien que es capaz de liarse con Edmund Winthrop tiene que ser por fuerza una inmoral.

Se los solté en la mano, y se levantó de un salto.

—No tendrás que preocuparte por mí. Voy a marcharme de este apestoso pueblo en cuanto termine con unos asuntos. El brigadier se puede meter su estúpido trabajo donde le quepa. Nadie quiere ser criada en estos tiempos, y el motivo es fácil de entender. He sido su esclava a cambio de unos peniques, y ahora tengo mi oportunidad. —Miró el dinero que abultaba en el bolsillo de su abrigo—. Ahora que tengo el dinero, voy a empezar una nueva vida. Ya conseguí a Edmund, ¿verdad? Pues ahora podré pescar a otro ricachón. Una vez que prueban a Elsie, los tengo comiendo de mi mano. Espera y verás. La próxima vez que nos veamos, ni me reconocerás.

Y con eso se marchó, contoneándose. Me quedé pensando en lo estúpida que era esa chica. Si no pudo retener a un idiota como Edmund Winthrop, no tiene ninguna esperanza con alguien un poquito inteligente. A pesar de todo, me pregunto a quién le habrá echado el ojo.

Así que, Clara, sigo atrapada en este pueblo como un pegote de alquitrán, sin poder irme hasta que reciba el resto del dinero, procurando desesperadamente que no se descubra el

repugnante secreto. Quema esta carta después de leerla.
Pronto me pondré en contacto contigo.

Edwina

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Miércoles 3 de julio de 1940

Querida Angela:

Nunca adivinarías lo que sucedió aquí ayer. Espero que no cause mucho revuelo, aunque a mí me resulta tremendamente divertido. Todo comenzó por la noche, en casa de Alastair. Era casi medianoche, justo cuando estaban cerrando el bar Fox & Ferret. Oíamos las voces de los hombres en la plaza; se han vuelto muy alborotadores desde que los soldados regresaron después de lo de Dunkerque. Me han contado que Ralph Gibbs da problemas continuamente, la semana pasada dejó a uno sangrando por la nariz y amenazó a otro con un cuchillo. Dicen que anda metido en el contrabando.

Cuando llegué ayer por la tarde, Alastair me había preparado la cena, ¿te lo puedes creer? ¡Bacalao asado, nada menos! Había puesto la mesita y había sacado una rosa de algún sitio, una de esas lánguidas y aromáticas metidas en un tarro de mermelada con agua.

—¿Dónde has aprendido a cocinar? —le pregunté.

—Aquí y allá —sonrió, una vez más sin soltar prenda—. Me alegro de que te guste.

Trajo una vela a la mesa y me contempló a la luz titilante. —¿No sería maravilloso que pudiéramos hacer esto todas las noches?

—Sí —contesté—, pero la mayoría de las noches tengo que cenar con mi aburridísima familia.

Sonrió.

—En realidad, solo sé cocinar otros dos platos, así que se nos acabarían las opciones a finales de semana.

Nos reímos, y Alastair me colocó un mechón de pelo detrás de mi oreja, acariciándome la mejilla y el cuello.

—Me encantaría tenerte siempre aquí —dijo suavemente—. Podrías soltarte el pelo, dejarme ver tu auténtico yo, la Venetia de verdad, no la descarada que finge ser picara y confiada. — Sonrió, pero seguía envuelto en esa turbadora seriedad, con un gesto de intensidad tras su mirada.

Me aparté, incómoda.

—Pero si esa soy yo —dije con serenidad, aunque no estoy segura de seguir siendo así.

Después de cenar nos fuimos al salón. Encendió unas velas y las repartió como estrellas brillantes por nuestro pequeño y oscuro estudio. El aroma a cera se adueñó del ambiente, cálido y acogedor entre los cojines de terciopelo y la alfombra gruesa y mullida. Me desnudé y posé para el retrato como siempre. Resulta fascinante cómo se acostumbra una a andar sin ropa, desnuda por el arte. El cuadro va muy bien, aunque Alastair se detiene cada cierto tiempo para acercarse a susurrarme cosas dulces al oído. Pero esta noche, cuando ya solo le faltaba dar las últimas pinceladas, hubo un fuerte toque en la puerta, más bien un golpe, como si alguien hubiera llamado con el puño.

—¡Slater, sé que estás ahí! —gritó una voz áspera. Al

instante reconocí quién era, igual que Alastair. Nuestras miradas se cruzaron, y sonreí.

—Abre la puerta, Slater —gruñó la voz, torpe por la bebida. Era David Tilling. Estaba claro que se había propasado con las pintas en el pub y buscaba una especie de venganza. Desde que regresó de Dunkerque, ha estado alardeando por ahí como si fuera un héroe, cuando no lo es, sobre todo si lo comparas con Henry, que derribó tres aviones nazis en un solo día. David se ha dejado un incipiente bigote de piloto de la RAF que le queda ridículo, y ha empezado a filmar. Resulta cómico.

Se ha enterado de lo mío con Alastair a fuerza de seguirme; Alastair y yo pasamos juntos todo el tiempo que tenemos libre, tal es nuestro flamante amor. Desde entonces, David ha estado haciendo comentarios maliciosos, como «Slater no es lo bastante bueno para ti, Venetia. ¿Qué estás haciendo con un cobarde?». O uno muy fuerte: «Te estás rebajando, Venetia». Deduzco que en el ejército ha aprendido a hacer algo más que combatir; nunca se le hubiera ocurrido decir algo así antes.

Pero volvamos a anoche, cuando estaba aporreando la puerta. Alastair posó el pincel y se acercó sin prisas al recibidor, cerrando la puerta del salón. Me volví a poner el vestido, sin ropa interior por debajo, algo bastante atrevido, ¿no te parece?

—¡Hombre, buenas noches, David! —exclamó Alastair al abrir la puerta—. ¿Qué te trae por aquí?

—Quiero hablar contigo, Slater —farfulló David en voz alta, sonaba demasiado infantil y atolondrado en comparación con la actitud de Alastair.

Después se escucharon unos golpes, como si estuvieran pegando a alguien, y el sonido de algo cayendo al suelo. Me asusté, pues David es alto y acaba de regresar de la instrucción militar. Debía de haber dado unos puñetazos a Alastair.

Me asomé al recibidor.

Ahí estaba Alastair, sin despeinarse, sujetando a David con una especie de llave inmovilizadora, y en el suelo una botella

rota de cerveza, que supuse sería de David.

Me quedé mirando a Alastair con renovado asombro. ¿Dónde había aprendido esas habilidades de defensa?

—No tengo muy claro qué es lo que quieres, David —dijo Alastair con calma—. Pero intentar romperme una botella en la cabeza no es un buen modo de entablar conversación.

—Sé que ella está aquí, Slater —la voz de David subía de tono—. Aparta de mi camino.

Lo siguiente que supe es que se había zafado de Alastair y se dirigía al salón, donde me encontró sentada, como una niña buena, en el sofá, las manos entrelazadas sobre mi regazo, el vestido verde de flores un poco arrugado y una sonrisita en los labios.

—Hola, David.

—Venetia —dijo, consternado, su boca de trapo abierta. Me pregunto qué cara habría puesto si me hubiera pillado sin ropa.

Se acercó, se sentó a mi lado y cogió mis manos.

—Venetia, necesito verte. Me marcho mañana. —Estaba más borracho de lo que creía, con las manos húmedas y pegajosas y un aliento prácticamente tóxico—. Solo quería un último beso, ya que te estás entregando a todos los hombres del pueblo.

Le di una bofetada, aunque no muy fuerte. Sabía que simplemente repetía otra frase hecha.

—David, yo puedo estar con quien me plazca. Debes comprender que no tengo dueño, sobre todo en estos tiempos de guerra. Todos tenemos que ser nosotros mismos, ser libres.

Me entró la risa mientras decía aquello; no soy más libre que él. Alastair me tiene completamente atrapada.

De repente David se abalanzó sobre mí, intentando besarme, sorbiéndome con sus flácidos labios como un pez frío.

—¡David, para, por favor! —grité.

Alastair lo separó de mí, y David se levantó y se volvió para lanzarle un puñetazo, pero Alastair esquivó el golpe y lo lanzó volando a la otra punta de la habitación, donde David perdió el equilibrio y cayó al suelo en un rincón.

Entonces se giró y vio el cuadro.

—¡Dios mío, Venetia! —balbució, contemplándolo estupefacto.

Permanecí en el sofá, fría como el hielo, y Alastair se apresuró a cubrir el lienzo con una sábana negra.

—Está dibujado con la imaginación, como comprenderás —dijo rápidamente Alastair, intentando ocultar un ataque de risa.

—Venetia, ¿has posado desnuda para este canalla?

Se levantó y arrancó la sábana negra para apreciarlo todo, las curvas, el... Bueno, el resto lo dejo a tu imaginación, Angie. Me limitaré a decir que lo vio todo.

—Es arte, David —comenté indiferente, sacudiendo mi pelo con despreocupación—. Es lo que hacen los artistas.

—Te has quitado la ropa para este bastardo —rugió, con una mueca en su rostro colorado—. Has dejado que te pinte. Has dejado que te toque, ¿verdad?

—David, soy una mujer adulta.

—Y yo un hombre adulto —dijo, y su mirada iba pasando de mí al cuadro en un silencio ardiente.

—David, sé que te marchas mañana, pero tienes que irte ya. Esta es la casa del señor Slater. No puedes andar colándote así en las casas de la gente...

—Se lo voy a contar a tu padre —dijo con decisión—. Se hará unos calcetines con las tripas de Slater. —Su risa ahogada salió algo rara—. El sabrá pararle los pies.

—No se lo cuentes, David. —Esto se me estaba yendo de las manos. Papi mataría a Alastair, y a mí seguramente también—. Sé que no me traicionarías así.

Me miró fijamente a los ojos, y luego sus ojos recorrieron mi cuerpo. Sentí que me estaba sobando con la imaginación, levantándose el vestido y posando sus manazas sobre mí.

Entonces, rápido como un rayo, David agarró el cuadro y escapó en la gélida noche, cerrándome la puerta en las narices cuando eché a correr tras él. La abrí y salí a la oscuridad, pero debido al *blackout*, lo perdí de vista en cuestión de segundos.

Alastair se unió a mí y salimos disparados por el parque del pueblo, intentando adivinar su ruta de escape, pero David había desaparecido. Jamás pensé que sería tan atrevido. Ni tan increíblemente rápido.

Nuestra búsqueda terminó cuando me tropecé con una piedra y me caí en el estanque, sorprendiendo a unos patos que dormitaban.

—¿Estás bien? —susurró Alastair, acercándose. Pero antes de que pudiera decir algo más, lo atraje hacia mí y nos besamos allí, en el parque del pueblo. ¿Qué diría la señora B de eso? ¿Te lo puedes imaginar?

De modo que no hemos vuelto a ver a David, que esta mañana se esfumó rumbo a la guerra. Me preocupaba que hubiera tenido tiempo de correr a enseñar el cuadro a papi, pero está claro que no, porque papi no se ha cargado a nadie. En cualquier caso, David arriesgaría su vida al hacer de mensajero; papi puede hacer locuras con una pistola en la mano. ¿Te acuerdas de lo que pasó con aquel furtivo el año pasado?

No sé qué habrá hecho David con mi retrato, pues es demasiado grande para que se lo haya llevado, y seguro que no lo ha dejado en casa para que lo encuentre la señora Tilling. Quizá se lo ha dado a alguien para que se lo guarde, y espero que no sea alguien que me conozca, como Ralph Gibbs.

Mientras tanto, le he suplicado a Alastair que me cuente cómo ha aprendido esas tácticas de defensa, pero siempre cambia de tema. Cuanto más lo conozco, Angie, más pienso que anda metido en algo.

El domingo hubo un incidente sorpresa después de misa, a la puerta de la iglesia, donde se reúne todo el mundo. Alastair estaba presente —dice que le encanta venir a oírnos cantar en el coro— y la señora B se acercó a él.

—Permítame que le presente a algunas personas —insistió, llevándolo hacia sus acolitas.

La cosa es que cuando se acercaron al coronel Mallard, noté que Alastair vacilaba un poco.

—Señora B, de verdad, tengo que irme —dijo, muy educadamente, retrocediendo.

—No sea ridículo —tronó la señora B—. Necesita conocer a todo el mundo por aquí si quiere hacer algo de dinero, ¿no le parece? —le dio un codazo con una risita.

Lo extraño es que el coronel Mallard también parecía incómodo. No estaba de humor para ver a Alastair, por eso cuando la señora B los juntó forzosamente, la escena fue cuando menos un poco rara.

—¿Cómo está usted? —dijeron los dos al unísono, y no abrieron la boca durante un largo lapso.

—Buen tiempo, ¿no le parece? —rompió el silencio Alastair, pero ¿será cosa mía o había algo que le divertía? Sus labios presentaban su típica sonrisa educada, y su espalda recta estaba relajada como siempre. Sin embargo, había una sombra de humor en su voz.

Era como si se hubieran conocido antes. Y no en estas circunstancias.

—Seguramente no dure demasiado —respondió con aparente desdén el coronel Mallard, y luego se giró y encontró importantes asuntos que discutir con el vicario, por extraño que pueda parecer.

¿Alastair conoce al coronel Mallard? En ese caso, ¿de qué? Era todo tan desconcertante, que decidí preguntar a Hattie qué pensaba ella cuando me pasé por su casa a tomar el té después de misa.

—¿Qué sabes del coronel que se está quedando en casa de la señora Tilling?

—Que, según la señora Tilling, es tremendamente grosero y apenas le dirige la palabra —dijo—. Pero ella tampoco es muy atenta con él, sobre todo desde que el coronel tuvo la osadía de ofrecerse a llevarla a casa desde Litchfield en su coche la semana pasada. Estaba lloviendo a cántaros y se detuvo ante ella, que iba en bicicleta, y prácticamente la obligó a meterse en su coche. —Soltó una risita—. ¿Te puedes imaginar la tensión que se respiraría dentro de ese auto en el trayecto a casa? Sin embargo, el hombre tuvo el gesto de devolver la habitación a David mientras estuvo en casa y marcharse a un hotel en Litchfield. Pero la señora Tilling dice que era lo mínimo que podía hacer. —Se encogió de hombros—. Si quieres mi opinión, están venga a ponerse la zancadilla el uno al otro, y ninguno parece dispuesto a pedir una tregua. ¿Por qué lo preguntas?

—El coronel tuvo una conversación peculiar con el señor Slater, como si se conocieran, y no precisamente de algo bueno. Me hace dudar si Alastair estará metido en algo ilegal, como el mercado negro.

—Ay, querida —dijo, bajando la vista—. Tenía que habértelo contado antes, pero no sabía muy bien cómo hacerlo. La otra noche estaba despierta por culpa de Rose, y lo vi salir de casa a las dos de la madrugada. Cruzó la plaza a toda prisa. Dios sabe qué estaría haciendo.

—¿Estás segura? —No me lo podía creer—. ¿Cuándo volvió?

—No lo vi volver, y eso que estuve despierta hasta las tres. —Recolocó a Rose entre sus brazos—. Venetia, ese hombre siempre está entrando y saliendo, y ahora al coronel Mallard le incomoda su presencia. Todo parece indicar que anda metido en algo feo.

—Pero el resto del pueblo lo adora. Preparó las mesas del mercadillo la semana pasada, la señora Quail estaba de los nervios hasta que él llegó. Y también ha estado echando una

mano con su coche a las Damas Costureras para transportar a Litchfield sus pasamontañas. Y tú sabes cómo ayudó a Silvie a volver a casa cuando se cayó del caballo en el arroyo de Bullsend. Dice que es un hombre maravilloso.

—¿Y qué estaba haciendo él en el arroyo de Bullsend en mitad de la tarde? Eso no cuadra.

—¿Quizá solo coquetea un poco con el contrabando, para hacer un poco de dinero?

—No pasaría nada, pero parece que le sale el dinero por las orejas, con su coche, sus ropas buenas, todos los regalos que te hace...

—¿Igual es porque vende cuadros? —aventuré—. La señora B siempre está deseosa de hacerse con sus obras de arte.

—¿Has visto que falte alguna de su estudio?

—No. —Me encogí de hombros, sintiendo que se me agotaba el ánimo—. Apenas ha vendido un boceto a la señora B, y la evita siempre que puede. Todos sus cuadros siguen en su carpeta.

Excepto el que robó David Tilling, que Dios sabrá dónde está, pensé.

—Esto no pinta bien, ¿verdad, Hattie?

—No, Venetia, me temo que no —respondió.

Permanecí un rato sintiéndome mal por mi situación, y luego me recuperé.

—Bueno, no me queda otra. Tendré que seguirlo.

—¡Ay, Venetia! Podría ser peligroso. ¿Por qué no intentas encontrar otras pruebas antes de hacer eso? —preguntó Hattie.

Estuvimos largo rato discutiéndolo, y me convenció para que hiciera más preguntas, para que lo intentara una última vez. Prometí que lo haría, pero sería un fracaso. Cuando estoy con Alastair todo parece perfecto y me siento una idiota por atreverme a dudar de él, pero cuando estamos separados y suceden todas estas cosas raras, no puedo evitar preguntarme

¿quién es?

Debo de estar aburriéndote una barbaridad, querida Angie, así que lo dejo aquí. Volveré a escribirte pronto con más noticias. Sé que piensas que debería saltar a por la siguiente víctima de mis encantos, pero Alastair es mi hombre, en serio. Aunque no esté totalmente segura de qué tipo de hombre es. Te volveré a escribir en cuanto haya novedades.

Con amor,

Venetia

Diario de la señora Tilling

Sábado 13 de julio de 1940

Hoy cogí el autobús a Parnham para entregar a Carrington el anillo de Berkeley. Llevaba semanas posponiéndolo y, para ser sincera, ojalá me lo hubiera pensado antes de prometer que lo haría. Ignoraba quién era ese tal Carrington, o cuál sería en el caso de que hubiera más de un Carrington. Pero sabía que tenía que ir, ahora que los nazis habían empezado a bombardear los puertos. La semana pasada destrozaron Dover, redujeron los edificios a escombros y dejaron regueros de muertos. No tardarán en estar aquí y seremos prisioneros en nuestro propio país, no se nos permitirá viajar y nos veremos obligados a trabajar larguísimas horas. Intento no pensar en ello, pues me aterra.

En el autobús, estuve pensando en todo aquello. Nunca he conocido a un homosexual, aparte de Berkeley, claro. Supongo que siempre lo he considerado como una fase o algo así, una locura adolescente que se prolonga demasiado. Harold decía que eran gente mala, y me pregunté qué clase de hombre iba a encontrarme. Cómo reaccionaría. Esperaba que no fuera peligroso, porque nunca se sabe, sobre todo si realmente hay algo malo en su interior. ¡En menuda situación más ridícula nos ha metido esta guerra! ¿En qué estaría yo pensando cuando acepté?

Cambié de autobús en Litchfield, rumbo a Parnham, y acabé sentada junto a una mujer tremendamente charlatana que, a todas luces, era la cotilla del pueblo. Aquello fue un gran golpe de suerte, aunque algo incómodo, y le pregunté si sabía dónde podía encontrar a Carrington.

—¿Cómo, no lo sabe usted? Vive en Parnham House. El vizconde Carrington, si hace el favor —bromeó, poniendo acento refinado.

—Vaya, no lo sabía —dije, sin encontrarle la gracia. Justo lo que me faltaba. ¡Un vizconde! —. ¿Es joven?

—No, pero tiene dos hijos. El mayor está en la RAF, un esnob de clase alta. Luego está el pequeño, que se recupera en casa de una herida en la pierna que recibió en Francia. Es un buen muchacho. Aunque parece que no se lleva muy bien con el vizconde.

—El vizconde es el padre, ¿verdad?

—Sí —aspiró hondo—. Muy orgulloso y tradicional. No le gusta cómo se comporta el muchacho. A decir verdad, ni siquiera soporta ver a su hijo. —Torció el labio, asintiendo con gran desdén—. Los criados cuentan cosas, ya sabe.

El autobús no tardó en dejarme en el pueblo, y solo tenía el paseo hasta la mansión para asimilar aquello. Mis encuentros con la aristocracia han sido pocos y muy distanciados, y aunque esa gente ya no posee la autoridad de antaño, todavía provoca en mí una oleada de pánico. Ojalá fuera como la señora B, con sus supuestas conexiones con la corona y su inquebrantable confianza en sí misma. Aunque dudo mucho que la señora B hubiera aceptado esta tarea, sobre todo teniendo en cuenta que tiene que ver con cuestiones indecentes e ilegales. Dios libre al pobre Carrington de la señora B, que lo habría llevado derecho a la comisaría de Parnham.

También me ponía muy nerviosa el hecho de que mi tarea no fuera agradable ni estuviera clara. ¿A qué hijo se suponía que debía contárselo? ¿Y si en casa solo estaba el vizconde y se empeñaba en conocer el motivo de mi visita? ¿Qué le iba a

decir yo?

Tras un largo paseo por el parque de la mansión, apareció entre mi vista el caserón, una amplia fachada estilo Regencia con escalinata doble que convergía ante la enorme puerta principal. Sentí escalofríos al acercarme, consciente de que me estaban observando al ver que una sombra desaparecía tras una ventana de la planta baja; mi llamada al timbre ya sería prevista; mis intenciones ya estarían siendo consideradas.

Entornando levemente la puerta a la espera de que me marchara con prontitud, el anticuado mayordomo me informó inmediata y pomposamente de que el vizconde no estaba en casa.

—He venido a ver a su hijo —me apresuré a decir, colándome en el recibidor. No había hecho todo este viaje para que me despacharan con tanta facilidad.

—Preguntaré dentro —dijo altanero, y me condujo a una fría salita.

El interior era grandioso y solemne, pero de aspecto vacío y algo deprimente. Los colores apagados —verde salvia, azul paloma— se habían vuelto grises por el paso del tiempo, y supe que si veía por ahí un plumero no podría contenerme. Había que añadir a ese tono sombrío el olor a cera brillantadora y bolas de naftalina añejas. Me sentí una completa extraña, y visiblemente incómoda.

De inmediato se abrió la puerta y entró un joven. Gracias a Dios, supe al instante que era él. Todavía con la delgadez de la juventud, era de estatura media, bastante oscuro de piel y de aspecto lóbrego. Caminaba con un aplomo deliberado, de un modo firme, pausado, ponderado. Resultaba visible que una de sus piernas estaba herida, con la pernera del pantalón abultada por las vendas, en su avanzar renqueante. Cuando me vio, sus ojos evitaron los míos, mirando al exterior por la gran ventana del balcón, y luego a la chimenea. Parecía muy vulnerable. Se notaba un gran malestar en él, un distanciamiento de todo lo que le rodeaba.

—Hola —sonreí amistosa, de pronto consciente de que mi misión estaba a punto de ponerme mucho más cerca de este hombre que la mayoría de sus conocidos—. Soy la señora Margaret Tilling, de Chilbury.

—Hágame el favor de tomar asiento —dijo con un marcado acento de clase alta. No correspondió a mi sonrisa, lo que me dolió pero también me pareció comprensible, pese a resultar tremendamente grosero. Pero ¿cómo iba él a saber el propósito de mi horrible tarea? Me senté en el borde de un duro sillón de brocado beis.

Llegó cojeando hasta el sillón que había enfrente y colocó un cojín antes de sentarse, midiendo el efecto de cada movimiento en su pierna. Suspiró y volvió a mirar por la ventana, los pliegues de las colinas que se extendían hasta el azul agridulce del mar, con la Francia ocupada por los nazis a apenas veinte millas al otro lado de las aguas, rugiendo en el horizonte como un mal inevitable.

—¿Qué la trae por estos pagos, señora Tilling? —dijo, como si estuviera leyendo un manual de etiqueta, exasperado por la obligación de tener que tratar conmigo.

—Traigo un mensaje de Berkeley.

Sus ojos salieron disparados hacia los míos, de pronto su contacto visual fue total y envolvente. El labio inferior se le cayó un poco mientras asimilaba lo que acababa de decirle. Una cascada de recuerdos debió de inundar su cerebro.

—¿Qué mensaje? —balbució.

—Soy la enfermera que cuidó de él en Dover. Me hizo prometer que le entregaría esto. —Abrí la mano y le enseñé el anillo.

Carrington contuvo una tos, aunque creo que estaba ocultando un llanto. No corrió a ver el anillo; seguramente ya conocía el objeto: lo habría visto, tocado, cogido. Permaneció sentado un momento, y luego se acercó y lo cogió, guardándolo en un bolsillo interior. Después caminó hasta la ventana del

balcón, mirando los cuidados jardines y colinas, las filas paralelas de estatuas clásicas y las columnas simétricas de setos ornamentales.

—Es mío, ¿sabe? —dijo en voz baja—. El anillo. —Se volvió hacia mí—. Se lo di hace cuatro años. Estábamos juntos en el internado. —Se detuvo y examinó su mano—. ¿Qué le dijo?

—Me pidió que le dijera que lo quería. —Me estremecí en silencio—. Estaba muy débil.

Mis palabras se apagaron, y el recuerdo brutal de Berkeley regresó a mi mente: el terror desesperado de sus ojos, su cuerpo joven quedándose débil y sin vida.

Miré a Carrington. Sus ojos parecían hundidos mientras luchaba por recobrar su gesto. Contempló el horizonte por la ventana mientras las lágrimas brotaban descontroladas. Pasaron unos minutos espantosos. De repente me pregunté si habría hecho bien en venir. Quizá él no sabía que su amigo había muerto. ¿Le estaría trayendo sin saberlo la peor noticia que el joven hubiera podido recibir?

—Lo siento —balbucí—. Pensé que lo sabía. Creía..., bueno, no sabía qué pensar.

—Lo sabía —murmuró, carraspeando—. Su madre llamó. Sabía que éramos amigos, aunque nunca supo... —Se calló, frunciendo el ceño en un gesto inescrutable—. No me importa que me delate usted, ¿sabe? —dijo, con un severo orgullo controlando sus lágrimas—. Haga lo que quiera, me da igual. Ya no me queda nada que ocultar. —Contempló pensativo las nubes cambiantes y añadió con un tono bastante soñador—: Ya no me queda nada.

—No voy a delatarle —dije con la mayor ternura que pude—. Se lo prometí.

Hice una pausa y pensé que todo estaba siendo mucho más extraño de lo que había imaginado.

Carrington se acercó y volvió a sentarse en el sillón frente a mí.

—Cuénteme qué pasó.

—No paraba de hablar de usted. De que estarían perdidos el uno sin el otro, de que él tenía suerte de morir primero... y luego se giró de costado y fue respirando de un modo cada vez más lento hasta que finalmente... —me fui quedando sin palabras—, dejó de hacerlo.

Soy consciente de que no sucedió exactamente así, pero seguramente sería lo que Berkeley hubiera querido escuchar. Recuerdo cuando murió Harold, cómo le supliqué que dijera mi nombre o que me dejara un mensaje. Pero no lo hizo, así que lo único que puedo hacer es encontrar algo de paz concediendo ese regalo a otra persona.

Carrington hundió la cabeza entre sus grandes manos y rompió a llorar. Permanecí observándolo un rato, sintiendo que mi presencia importunaba, preguntándome si debería irme. Luego contemplé el horizonte y comprendí que la pérdida de un ser querido es igual allá donde vayas: abrumadora, inexorable, ensordecedora. Pero las personas somos resistentes y aprendemos lentamente a seguir adelante cuando nos quedamos solos, llenando el vacío lo mejor que podemos.

O desapareciendo en él.

Me acerqué y me senté a su lado y, pasados un par de minutos, pasé mi brazo sobre él, que se giró y lloró en silencio en mi hombro. Me pregunté si yo sería la única persona que conocía, el único hombre que tenía.

El ruido de una puerta abriéndose a lo lejos y unos pasos firmes en el recibidor nos anunciaron el regreso del vizconde, y Carrington se incorporó veloz y se acercó cojeando a la ventana, recuperando de inmediato la compostura, secándose la cara con un pañuelo.

—Es mi padre —dijo sin volverse a mirarme—. El no lo entendería.

—No, ya me imaginaba que no.

—Gracias por venir —añadió lentamente, y comprendí que

me estaba invitando a marcharme. Estaba claro que no quería que su padre preguntara por el motivo de mi visita.

Me levanté y, mientras me arreglaba, se giró y dijo:

—De veras se lo agradezco, señora... esto...

—Señora Tilling.

Sonrió y por un instante vi a un hombre diferente, un mundo diferente, un joven guapo que podría haber disfrutado de la vida de no haberse encontrado tirado en mitad de una guerra sangrienta.

—Señora Tilling —dijo—. ¿Puedo ir a visitarla algún día? Si sobrevivo a esta guerra salvaje, claro está.

Me encogí de hombros.

—Pues claro que puede. Vivo en Chilbury, en Ivy House.

Volvió a sonreír, mirándome con sinceridad a los ojos, y supe que volvería a verlo, con suerte en un día mejor, en circunstancias más felices.

—Las cosas mejorarán, ya lo verá.

Me abrió la puerta y salimos al majestuoso vestíbulo. Una escalera doble ascendía por ambos lados y se unía en una especie de balconada real desde la que se dominaba todo el piso de parquet. El constante tictac de un reloj resonaba, y yo solo quería salir, abandonar ese espacio opresivo y sumergirme en el frescor asilvestrado del exterior.

El mayordomo nos estaba esperando, y su mirada se dirigió a mis ojos. Luego se volvió y ofreció un gesto circunspecto al joven Carrington.

—He informado al vizconde de que tenía usted visita, y ha solicitado conocerla —dijo de inmediato—. Si es usted tan amable de esperar, señora, iré a buscar de inmediato al señor vizconde.

Con una leve reverencia, salió por el pasillo.

Sentí un retortijón en el estómago. Iba a conocer al

vizconde, lo quisiera o no. Carrington se había quedado pálido.

—Supongo que solo quiere ver si es usted una jovencita o no. Alguna aspirante romántica, ¿me entiende? —dijo, forzando una sonrisa.

—Sí —dije con desaliento, deseando, aunque no esperando, que tuviera razón.

No la tenía. El vizconde entró en tromba en el recibidor rugiendo:

—Bueno, ¿de qué va todo esto?

Era un hombre grande, en el sentido más amplio de la palabra, con unas melenas canosas que llegaban hasta el cuello de su corbata granate. Tenía un aspecto a la vez inmaculado y furioso, acechándome y manifestando con brusquedad:

—¿Quién, si se me permite saberlo, es usted? ¿Y qué quiere de mi hijo?

—Soy la señora Margaret Tilling —dije con la mejor voz que pude reunir, rezando porque algo inteligente saliera de mi boca—. Estuve de enfermera en Dover, y he traído un mensaje de un amigo de su hijo... —me detuve, mientras él me miraba esperando más—. Que no sobrevivió.

—Si era ese cerdo de Berkeley, está mejor muerto —masculló a Carrington, que lo miraba con una calma ensayada—. ¡Mira que envenenar a mi hijo con esas ideas...!

—Murió. —Oí mi propia voz manifestándose alta y clara en el amplio recibidor—. Falleció aquella noche en Dover, de una herida sufrida combatiendo a los nazis en Dunkerque. Era un soldado valiente, y así merece ser recordado.

—Solo merece ser recordado como el degenerado que era. Deberían haberlo ahorcado.

—Y sin embargo, ¿sí que podía dar su vida por este país? ¡Su vida! ¿Por qué no abre un poco los ojos y ve lo que está pasando delante de sus narices? El hombre no era más que un muchacho que intentó combatir, intentó seguir vivo para

ayudarlos a usted y a su país a sobrevivir un día más.

El gesto de alarma total en el rostro de Carrington me devolvió a la tierra de golpe. Nunca iba a convencer de nada a aquel tirano. Tenía que irme y dejar de empeorar la situación para Carrington. Todos sabíamos que en cuanto yo saliera por esa puerta, a ese pobre jovencito lo iban a reprender y denigrar hasta que tampoco le mereciera la pena seguir viviendo.

—Creo que será mejor que se marche —dijo con desdén el vizconde—. No sé quién es usted, pero le sugiero que aprenda modales, buena mujer.

Miré brevemente a Carrington —pensativo, comedido, silencioso— y me dirigí a paso ligero hacia la puerta.

El mayordomo la tenía ya abierta para mí, la atravesé y bajé la majestuosa escalinata de piedra hasta el camino de acceso, flanqueado a ambos lados por extensiones de césped meticulosamente dispuestas, tras las que se extendían colinas ondulantes y bosques silvestres con sus propias jerarquías rebosantes de vida, que llevaban a cabo sus propias cadenas de mando.

Mientras recorría el camino con paso oscilante, aspiré hondo la melosa dulzura del verano, inundada de abejas y pájaros, y reflexioné sobre lo hermoso que puede ser este mundo. La suerte que tenemos de estar aquí, de formar parte de él, el tiempo que tengamos.

Cogí el autobús de regreso a Chilbury, incómoda por cómo había dejado las cosas con el vizconde. La malevolencia y el orgullo de esa gente son despiadados, se aferran a sus privilegios cuando estamos enfrentándonos a una aniquilación total. En ocasiones, la naturaleza humana me derrota. ¿Cómo pueden la codicia y el rencor causar tantas divisiones frente a muestras extremas de coraje y sacrificio?

Una sensación de responsabilidad —¿o sería de culpa?— se cernía sobre mí.

La impresión de haber sido en cierto modo culpable por

achantarme durante tantos años ante estos hombres pretenciosos, cuando debería haber tenido la valentía de reivindicar mi propia forma de pensar. Si las mujeres hubiéramos hecho esto hace años, antes de la última guerra, antes de la actual, viviríamos en un mundo muy distinto.

Y ¿qué pasa con Carrington? ¡Ese pobre jovencito desolado! Conocerlos, a él y a Berkeley, por muy breve que haya sido, ha hecho que me pregunte por qué todo el mundo se altera tanto con el tema de la homosexualidad. No puede ser algo tan malo. ¿Acaso el amor entre dos personas no es mejor que el odio, en este mundo de violencia y muerte? Me ha parecido que había una delicada ternura en su amor, que sobrevivía en esta guerra ponzoñosa. Aunque uno de ellos no lo haya conseguido.

Al llegar a Chilbury, justo cuando el sol lanzaba sombras alargadas sobre la tienda y la plaza, me sentía bastante tensa. Decidí visitar la iglesia para ver si eso me calmaba. Últimamente cada vez acabo más en la iglesia, esperando impregnarme del silencio. Al caminar por el descuidado cementerio, con el dulce aire del atardecer cargado de lavanda silvestre y espino, me detuve ante la vieja tumba decorada de un joven héroe, la estatua erosionada de un león durmiente encima de la losa, sus grandes zarpas protegiendo el valioso cadáver que descansaba en su interior.

Pero ¿valioso para quién? Dentro de doscientos años, ¿quién quedará para recordar a este hombre, enterrado con tanto esmero, tan querido y real en su momento? Todo será un montón de polvo, dispuesto más o menos con la forma de un ser humano, la fugacidad de nuestra forma pútrida, comparada con el perdurable león tallado en piedra que tiene encima.

Rápidamente, me vinieron las lágrimas. Esta guerra está siendo demasiado para mí. No soy el tipo de mujer que le planta cara a un vizconde. No estoy hecha para aguantar que mi hijo esté en la guerra, quizá sufriendo como Berkeley, con su frágil cuerpo ahora descomponiéndose. Esta guerra va a ser mi final.

Me derrumbé sobre la hierba, junto a la tumba, las manos en el rostro, deseando poder escapar de todo esto, retrasar el reloj hasta antes de la guerra y dormir durante mil años.

Unas gotas de lluvia me devolvieron al presente, resbalando por mi espalda como un escalofrío de realidad. Me incorporé lentamente mientras la lluvia caía con más fuerza y me dirigí a la iglesia.

Abriendo las puertas dobles apuntadas, me deslicé con sigilo hasta el banco de madera del fondo y me senté en silencio. Allí, en la última fila, podía dar un repaso a mis pensamientos sin temer que se extendieran por mi cerebro y me tomaran como rehén.

Hoy había una figura unos bancos más adelante, cobijada en el lado izquierdo como yo. La luz que entraba por las vidrieras de las ventanas sobre el altar lanzó un halo púrpura y azulado sobre él cuando apoyó la cabeza sobre las manos.

Era el coronel Mallard.

¿Ahora también invadía mi iglesia? Enfurecida por su presencia, me olvidé de mis preocupaciones y acabé harta y frustrada por esta guerra, por estos hombres que nos mangoneaban. Pensé en marcharme, pero decidí quedarme un poco más con la esperanza de que él se fuera antes. Sin embargo, mi plan se estropeó unos minutos después cuando el hombre se levantó y se dio la vuelta para salir por el pasillo. Observé que se detenía al verme, pero luego apretó el paso, y me saludó con un gesto de soslayo al pasar. Fingí no haberlo visto, intentando alejar los pensamientos de mi cabeza, ya que seguían revoloteando alrededor de su presencia.

Cuando cerró la puerta, permanecí sentada un rato, y luego, sintiendo una repentina necesidad de normalidad, me levanté y salí al exterior, abandoné el cementerio y me dirigí colina abajo rumbo a casa, mi dulce y cálido hogar.

En el camino, me dediqué a pensar en cuánto había cambiado mi visión del mundo. ¡Yo, cantándole las cuarenta a un vizconde! Y desafiando la ley, al tomar la decisión de ayudar

a aquel joven herido. Quizá haya salido algo bueno de esta guerra: todo está patas arribas, toda la injusticia ha quedado al desnudo. Nos ha dado a las mujeres corrientes una voz, nos ha obligado a levantarnos para defendernos, para defender a los demás.

Al fin y al cabo, ahora tenemos menos que perder en este mundo de caos y muerte.

Diario de Kitty Winthrop

Miércoles 24 de julio de 1940

Novedades de los padres de Silvie

Hoy nos ha visitado el tío Nicky. Me puse muy contenta porque me encantan las conversaciones que tenemos, por lo general sentados en la terraza si hace buena tarde, charlando sobre el mundo, todo muy adulto.

Pero hoy el tío no tenía tiempo para charlas. Traía noticias para Silvie, y en vez de en la terraza, nos sentamos con seriedad en la sala de estar.

—Me temo que tus padres y tu hermano han desaparecido, Silvie. Se cree que están escondiéndose de los nazis, quizá en algún sótano, o podrían haber intentado escapar por tierra para venir aquí contigo. Obviamente, esperamos que sea esto último, y que consigan de algún modo llegar, aunque será más difícil ahora que los nazis controlan todos los puertos y fronteras.

Silvie lo miraba con sus grandes ojos oscuros, sin decir nada y sin derramar siquiera una sola lágrima.

—Tenemos que ser fuertes —dijo el tío Nicky, cogiendo sus manos y apretándolas con fuerza—. Y confiar en que suceda lo mejor.

Ella hizo una pequeña reverencia, como si no pudiera abrir la boca para dar las gracias, y salió de la estancia con pasos cautelosos. Cerró la puerta, y después oímos sus rápidas pisadas corriendo por el recibidor y escaleras arriba, y finalmente el portazo en su cuarto.

Mamá me pidió que fuera a ver si estaba bien. Todos saben que soy la mejor para esa tarea. Subí en silencio las escaleras y llamé a su puerta, pero no contestó, así que finalmente entré sin permiso. No le convenía estar sola.

Silvie estaba tumbada en la cama, dándome la espalda, en silencio.

—Por favor, ánimo, Silvie —dije, sentándome en la cama—. Seguramente estén viniendo hacia aquí.

Pero lo malo era que el viaje sería muy peligroso, pues casi toda la Europa continental estaba bajo dominio nazi. Incluso desde aquí podíamos sentir cómo los nazis nos comían terreno. Los aviones habían empezado a acercarse a las ciudades y puertos de la costa, la semana pasada habían bombardeado Dover. Sé que Silvie piensa que vienen a por ella, el temor en sus ojos es evidente cuando oímos esos zumbidos insoportables. «Se están acercando», me dice en un susurro apenas audible.

A veces me pregunto si vio algo en Checoslovaquia, a los nazis extendiendo su terror total. Quizá esté reviviendo alguna horripilante escena violenta que presencié, solo que ahora la víctima es ella o su familia.

Antes de que se fuera, le pregunté al tío Nicky qué pasó en Checoslovaquia cuando fue invadida por los nazis.

Qué le pasó a Silvie, por lo que he podido enterarme

Hitler reclamó la parte occidental de Checoslovaquia en

1938, y después, el año pasado, tanques y tropas invadieron el resto del país, robando la comida y todo lo demás, pegando a todo aquel que se cruzaba en su camino, deteniendo a gente

Destrozaron muchos hogares y tiendas, y soldados con uniformes negros de las SS desfilaron por las calles y pusieron un montón de esvásticas

Mataron a mucha gente en la cárcel, y sus familias fueron obligadas a pagar el coste de las ejecuciones

Pusieron una marca en los documentos de identidad de los judíos, por eso Silvie se marchó corriendo antes de que le pasara nada

Después de enterarme de todo esto, he sido tremendamente cariñosa con Silvie. Ella sigue sin decir nada, pero quizá yo haría lo mismo si hubiera pasado por todo aquello.

Esa tarde le pregunté a mamá qué pasará con Silvie si sus padres no consiguen llegar aquí antes de que acabe la guerra.

—Por desgracia, no podemos tener a Silvie por mucho tiempo, ya que a papi no le hace gracia. Pero puede quedarse una temporada, hasta que se decida dónde estará mejor. — Mamá se secó una lágrima del ojo. Quiere que Silvie se quede con nosotros, pero tiene que hacer todo lo que dice papi.

Cuando vi a papi más tarde, saqué tímidamente el tema de permitir a Silvie quedarse con nosotros, pero estuvo tan testarudo como siempre:

—No podemos dejar que refugiaditos venidos de Dios sabe dónde se queden con nosotros y se conviertan en parte de la familia y demás —dijo—. ¡Qué ideas más ridículas tienes, Kitty, igual que tu madre!

Dio vueltas hecho un basilisco por la habitación, recogiendo papeles y libros y lanzándolos con fuerza al suelo.

—¿Es que no te das cuenta de que estamos en guerra? — gritó—. Hay aviones nazis sobrevolándonos, la semana pasada cayó uno cerca de Dover, y los Voluntarios de Defensa Local todavía no han encontrado al maldito piloto. ¡El país corre un gran peligro, y solo se te ocurre pensar en una condenada refugiada!

Y eso fue todo. Evidentemente, tendré que discurrir algún plan maravilloso para hacerlo capitular.

Otra pelea con Venetia

Venetia se está volviendo completamente insoportable. Esta mañana se presentó en mi cuarto en combinación, brazos en jarras, rebuscando furiosa por la habitación.

—¿Dónde está mi vestido azul cielo, ladrona?

—Ya no te vale, así que me lo quedé. —Le ofrecí una sonrisa afilada—. Sé que mamá me hubiera dado permiso para hacerlo.

—Todavía me vale, tontita. Siempre me desaparecen los vestidos, y sabía que eras tú —me espetó—. En cualquier caso, es de buena educación pedir permiso antes de llevarse algo.

Se acercó hasta mí, apenas a un paso de distancia, poniendo su cara salvaje de ceño fruncido ante la mía. Retrocedí un poco.

—Solo he tomado prestado ese —dije—. No sé dónde están los otros. Igual te los ha cogido la criada. Ese lo necesitaba para un picnic.

—¿Un picnic? ¿Con quién?

—Silvie y yo hicimos nuestro picnic privado. Quería enseñarle cómo nos lo pasábamos en los buenos tiempos. Ya sabes, antes de la guerra.

—¿Te acuerdas de cuando fuimos a Box Hill con Henry? — Se detuvo y por un momento parecía haber olvidado la pelea por el vestido, mientras su mente retrocedía revoloteando hacia aquel día de julio—. Fue la primera vez que Henry se me declaró —se rio—. ¡Qué día tan divertido! ¿Te acuerdas de cómo...?

La interrumpí, sintiendo que la sangre me subía a la cara en chorros ardientes.

—¡Pero si ese día se me declaró *a mí!* —No me podía creer lo que estaba diciendo mi hermana—. ¡Se me declaró *a mí!*

—No seas ridícula, Kitty —se burló—. Solo pudo proponérselo a una de las dos.

Retrocedió, cruzándose de brazos y riéndose por lo bajo.

—Y fue a mí. —Me mantuve firme. Creo que se me cerraron los puños a la altura de la cadera, porque me entraron ganas de darle un puñetazo en su estúpida boca.

—Espera, ahora me acuerdo. Yo lo rechacé, así que igual resulta que tienes razón —se burló con tono condescendiente—. Quizá se sintió triste y desesperado después de ser rechazado por mí, y entonces te vio y le diste lástima, tan chiquitina. Todo el mundo sabe que estás colada por él desde hace años.

Si hubiera tenido la pistola de papi en ese momento, la habría sacado y habría apretado el gatillo apuntando directamente a su corazón vil y canalla.

—Pero me lo propuso a mí, y le dije que sí —protesté enojada.

—Solo estaba jugando contigo, Kitty —se rio—. Está claro que no tiene ningún interés en una niña estúpida como tú. Es a mí a quien quiere, una mujer de verdad. —E hizo ese absurdo gesto suyo de los morritos, como un baboso salmón gigante. Me aparté asqueada.

—Me da igual lo que tengas, no lo quiero. Y Henry, tampoco.

—Pues claro que Henry lo quiere, querida. —Su gesto era de un control total y absoluto—. Está loco por mí.

—Entonces, ¿por qué lo rechazaste cuando se te declaró? —pregunté.

—Porque estoy esperando a alguien mejor.

—¿Como esa rata de Slater?

—No es una rata. —Apartó la mirada, y capté un destello de duda—. Vale un millón de veces más que Henry.

—¿De verdad, Venetia? —Saqué el as que escondía bajo la manga—. ¿Un contrabandista es mejor que Henry?

Descruzó los brazos y algo flaqueó en su actitud.

—¿Lo sabes?

No parecía sorprendida, solo cautelosa, avanzando con precaución, intentando comprender. Ahora era mi turno de ser la presumida.

—Lo vi en el bosque de Peasepotter haciendo negocios con un criminal al que llaman «Viejo George».

—¿Cuándo?

—No sé por qué debería decírtelo. —Me dirigí al tocador y me puse a ordenar mis horquillas—. Tendrás que suplicármelo, y pedirme perdón por haber dicho que Henry no se me declaró a mí.

Se quedó totalmente paralizada por un momento, y luego se dirigió a la puerta.

—No pienso hacerlo, arpía. Ya me enteraré por mis propios medios.

Y salió enfadada hacia su habitación, olvidándose del vestido, del picnic y de la declaración. Encontré el vestido azul cielo y me lo volví a probar. Tendré que ponérmelo la próxima vez que vea a Henry para recordarle nuestro compromiso. Estoy segura de que despertará sus recuerdos.

Carta del teniente Carrington a la señora Tilling

*Parnham House,
Parnham,
Kent
Teléfono: Parnham 47*

Viernes 26 de julio de 1940

Querida señora Tilling:

Quiero agradecerle que se haya trasladado hasta Parnham para entregarme el anillo. Me imagino que no habrá sido una tarea agradable, y soy consciente de que no estaba usted obligada a venir, lo cual hace que esté más agradecido si cabe por su visita y su implicación.

Desde que la vi, he encontrado trabajo, lo cual me sirve para cumplir un doble objetivo: salir de esta casa y proporcionarme algo en lo que ocupar mis pensamientos, aparte de la guerra y los amigos perdidos. El médico vino y me declaró incapacitado para el combate de momento, por eso me han ofrecido un empleo en Litchfield Park, ordenando papeles y llamando a personas para contarles lo que pone en esos papeles. Es bastante deprimente, pero dicen que me ascenderán a algo más interesante en cuanto puedan. Espero

que me envíen a Londres, lo cual significaría que podría vivir solo.

Si alguna vez pasa por la zona, por favor acérquese a saludar, pues siento que no fui con usted todo lo educado que debería haber sido, y me gustaría darle las gracias como se merece por haber venido desde tan lejos a visitarme. Si hay cualquier cosa que pueda hacer por usted, no dude en pedírmelo. Estaré encantado de correspondería en lo que pueda.

Con agradecimiento y mis mejores deseos,

Tte. Rupert Carrington

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Sábado 21 de julio de 1940

Queridísima Angie:

Las cosas se están complicando a cada instante que pasa. Ayer me enviaron a Dover para evaluar los daños del bombardeo, y la ciudad estaba medio derruida. Se ha ganado rápidamente el sobrenombre de «la esquina de las llamas del infierno». Incluso estando yo allí aparecieron aviones enemigos en el cielo, volando con gran estruendo en círculos, y sus esvásticas nazis claramente visibles en los costados. Pensé que me iba a desmayar. Se presentaron nuestros muchachos en Spitfires y Hurricanes para echarlos, y hubo un pequeño combate aéreo, justo encima de nuestras cabezas. Algunos lugareños salieron de las tiendas y se plantaron en la calle principal para animarlos, pero yo no pude soportarlo. Toda esta farsa solo nos trae más muertos, más vidas arruinadas. ¿En qué nos hemos convertido?

Han pasado un montón de cosas desde la última vez que te escribí. La principal novedad es que creo que estoy

embarazada. No estoy muy segura de cómo me siento por esto, y conservo la esperanza de estar equivocada. Creía que estaba tomando mis precauciones, pero supongo que con estas cosas nunca se sabe. Evidentemente, no he contado nada a Alastair ni a nadie. Cuánto me gustaría que estuvieses aquí, Angie. Sé que a ti te parecería todo sencillísimo: Alastair y yo tendremos que casarnos. Pero, verás, también he empezado a sospechar que anda metido en el contrabando. En lugar de ser la esposa de un artista romántico y vivir en un castillo en ruinas en una isla en mitad de un río, seré la mujer de un criminal empedernido, siempre huyendo de la justicia, siempre con miedo. Sinceramente, Angie, no es la vida que tenía planeado llevar, en absoluto.

Me he enterado de todo por medio, nada y más y nada menos, de Kitty, durante una de nuestras estúpidas peleas. Justo cuando pensaba que habíamos terminado, se revolvió contra mí y me soltó que había visto a Alastair en el bosque de Peasepotter haciendo tratos con un delincuente común. No puedo quitármelo de la cabeza. No le pega nada, resulta tan opuesto al artista amable y sofisticado. Sé que ya tenía mis dudas sobre él... ¡Pero esto!

Me marché enfadada, pero he tenido que recobrar la calma para asistir al bautizo de Rose, que ha sido esta tarde.

Hemos estado realizando unos ensayos adicionales para que el Coro Femenino de Chilbury pudiera hacer algo especial: bajar en procesión de la sillería del coro y rodear a Hattie y a Rose mientras les cantábamos una preciosa versión del *All Things Bright and Beautiful*. Cuando llegamos a la parte que dice «*Each little flower that opens, each little bird that sings*», [Nota 7](#)) estábamos todas juntas rodeándolas, y Hattie parecía a punto de reventar de alegría.

Después de la misa fuimos todas a casa de Hattie en Church Row para una pequeña merienda, y al terminar me quedé para ayudarla a recoger, aunque lo que en realidad quería era pedirle consejo sobre Alastair.

—Kitty lo ha visto en el bosque de Peasepotter con un contrabandista. ¡Estaba haciendo negocios con él, Hattie!

Me encontraba bastante alterada, iba y venía del salón, cogiendo platos y lanzándolos al fregadero.

—Santo Dios —exclamó Hattie, apartando el cochecito de Rose de mi frenética actividad. Se está volviendo una madraza insoportable—. Bueno, quizá haya llegado el momento de dejarlo, Venetia. No quiero parecer insensible, pero me preocupas, y no creo que mezclarte con este hombre te vaya a traer felicidad.

—No lo sé —me derrumbé en una silla—. Lo único que tengo claro es que no puedo dejar de estar con él sin que se me rompa el corazón. Sé que suena ridículo, pero no puedo abandonarlo sin llegar al fondo del asunto. Simplemente, significa demasiado para mí.

—¿Qué piensa tu madre de todo esto?

—Mamá está completamente absorta con el pequeño Lawrence, que sigue rechazando cualquier tipo de leche. También está atareada con papi, que se ha vuelto muy irascible. Kitty está desbocada y, por lo que he podido entender, a Silvie la cuidan entre Kitty y la vieja aya Godwin. A nadie le importa lo que yo haga o lo que esté pasando.

—Bueno, no te preocupes ahora por ellos. Piensa en lo que debes hacer. —Me dio unas palmaditas afectuosas en la mano—. ¿No hay algún modo de que descubras algo más antes de tomar una decisión?

—Estoy decidida a seguirlo y espiarlo —dije con repentina convicción.

Soltó un gran suspiro, y comprendí que era la única que realmente se preocupaba por mí.

—Bueno, pero ten cuidado —dijo—. Y, por favor, déjalo si se pone muy peligroso, Venetia. No siempre tienes que ser la valiente y atrevida.

Me acerqué a la puerta y me volví a mirarla, captando el

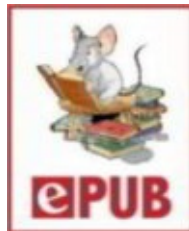
cariño y la preocupación que sentía por mí.

—Te contaré cómo va todo.

—Sabes que siempre me preocupo por ti, Venetia —dijo, y de repente me entraron ganas de llorar. Así que rápidamente me giré y salí caminando con firmeza por el parque, mientras los patos se apartaban raudos para evitar mis pasos. Aspiré hondo el aire cálido del verano, y recé por salir con vida de esto.

Te escribiré en cuanto pueda y te contaré cómo resulta todo. Crucemos los dedos.

Venetia



Nota 7

«Cada pequeña flor que se abre, cada pequeño pájaro que canta». (N. del T.)

[Volver](#)

Diario de la señora Tilling

Miércoles 29 de julio de 1940

Naya idea más rara se me ocurrió hoy! Todavía estoy intentando analizarlo todo bien. La mañana fue muy normal, me acerqué a la clínica para ayudar a tratar los dolores y achaques de los enfermos. Desde que comenzó la guerra, la gente acude a verme cuando está decaída, aunque no le pase nada serio. La señora Turner, cuyo esposo murió en uno de los bombardeos de Dover, ha desarrollado una tos crónica sin causa aparente. La mayoría de los días se pasa a visitarme. Yo procuro ofrecerle palabras de consuelo, pero se retira como si fuera incapaz de soportar la existencia, con su rostro tan gris como el de un fantasma. Lo único que podemos hacer es preparar té y darle una aspirina. La señora Quail la convenció para que se uniera al coro, y aunque permaneció en silencio durante media hora entera, al final logró cantar unos versos del *Praise My Soul*. Fue un momento extrañamente conmovedor para todas, como si por medio del canto intentáramos devolver la vida a un pajarito machacado.

Después de la merienda, me pasé por casa de Hattie, que intentó convencerme de que la pequeña Rose es la viva imagen de Victor, pero no pude evitar pensar en lo extraño que resulta que no se parezca a ninguno de los dos. De hecho, el pequeño Lawrence, con sus matojos de pelo oscuro, se parece más a

Hattie que su hija, y entonces me acordé de que en el bautizo había notado que Rose tenía el mismo color de pelo que su madrina, Venetia. Y ahí comencé a darle vueltas a todo aquello: aquella medicina repugnante, el hecho de que los dos partos hubieran tenido lugar el mismo día, justo la tarde que yo estaba en Litchfield. Después, el hecho de que los dos bebés tuvieran la misma complicación respiratoria, y que ambos precisaran reanimación en casa de la señorita Paltry.

Y aquella tarde, cuando me crucé con la señorita Paltry en la plaza, me pareció —de manera ridícula, pensé en aquel momento— que salía un ruido de su maletín. ¿Podría haber sido un recién nacido? ¿Habría sido capaz de cambiar los bebés? Me entró un escalofrío de terror solo de pensarlo. Creo que debía de presentar un aspecto aturdido cuando Hattie me cogió del codo y me preguntó:

—¿Está usted bien, señora Tilling?

Me recobré bruscamente. No puedo contar a nadie mis sospechas hasta que tenga más tiempo para pensarlo todo bien. Hasta que tenga una prueba.

—Estoy bien, querida —dije, sonriendo—. Solo me he acordado de que debo darme un poco de prisa hoy porque también tengo que visitar al pequeño de la señora Winthrop. — Lo pensé por un momento, y luego le pregunté—: ¿Recuerdas cuando la pobre Rose tuvo aquel problema respiratorio al nacer?

—¿Cómo voy a olvidarlo? Fue el peor momento de mi vida.

—¿Llegaste a ver a la pequeña Rose antes de que la señorita Paltry se la llevara?

Sus ojos parecían desconfiados, cuestionando mi pregunta, y me apresuré a tranquilizarla:

—Quiero decir, ¿pudiste al menos abrazarla antes de que te la quitara?

La cara delgada de Hattie se llenó de lágrimas.

—No, apenas pude ver su hermosa carita antes de que se la

llevara a toda velocidad. —Bajó la vista hasta el bebé que tenía en brazos, y se relajó—. Se la llevó cinco minutos enteros. Yo estaba fuera de mí. Me tiré de la cama y me arrastré por el suelo hasta la puerta, y justo entonces la señorita Paltry volvió, con mi preciosa bebida.

Dio un beso a Rose. Sus caras, al juntarse, eran distintas: la de la madre muy delgada y fina, la del bebé, con forma de corazón y coronada por un cabello rubio. De repente, me cuestioné la utilidad de revelar las ideas que albergaba. A fin de cuentas, ¿no estaba también encantada la señora Winthrop con su niño? ¿No querían un varón para conservar su herencia?

Y entonces fue cuando lo entendí. Quizá no se tratase solo del capricho de una matrona sin escrúpulos. Quizá había algo más de lo que parecía a simple vista.

Me despedí y me dirigí apresurada a Chilbury Manor, donde encontré a la señora Winthrop en casa. Nos sentamos en el salón, y pidió a Elsie que nos trajera té. Era casi como si no hubiera una guerra en marcha. La señora Winthrop parecía cansada y agobiada, lo que debía de significar que el brigadier estaba de nuevo insoportable.

—Estoy haciendo un estudio sobre bebés nacidos con problemas respiratorios, de modo que me pregunto si podría hacerle unas preguntas más sobre el parto de Lawrence — comenté con prudencia. No quería que se oliera nada raro.

—Creía que ya se lo había contado todo —suspiró—. Fue tan angustiioso. No estoy segura de estar lista para volver a recordarlo.

—Serán solo unas pocas preguntas. ¿La señorita Paltry se llevó al bebé directamente, o le dejó verlo y tenerlo en brazos antes?

—No, tuvo que marcharse de inmediato. El niño corría gran peligro.

Su relato corroboraba mi teoría. Rápidamente, insistí:

—¿Traía al pequeño Lawrence en su maletín negro cuando

regresó?

—¡Pues claro que no! —exclamó la señora Winthrop, y comprendí que me había pasado de la raya. En cualquier caso, hasta la señorita Paltry sería lo bastante inteligente como para sacar al bebé del maletín antes de entrar.

Elsie llegó con el té, y me pregunté si habría oído nuestra conversación. Con una sonrisita, me dijo:

—¿Quiere azúcar?

Tuve que quedarme un rato charlando de cuestiones superfluas antes de poder marcharme, y volví corriendo a casa para sentarme a reflexionar sobre todo aquello. Parece una idea bastante absurda, un acto demasiado drástico como para que alguien lo cometa.

A no ser que haya alguien que le pague.

Diario de Kitty Winterop

Miércoles 31 de julio de 1940

Prim ha tenido una idea maravillosa. Vamos a hacer una misa de difuntos para que nos juntemos todos y así ayudar a los que sufren por la pérdida de sus seres queridos. Creo que se le ocurrió al escuchar a la señora Tilling hablando de la señora Turner, cuyo marido falleció en un bombardeo en Dover. Y también está la pobre señora Poultrice.

—Es importante que sepan que compartimos su sufrimiento —me dijo Prim en la clase de canto de hoy, que fue en la iglesia para tener una mejor acústica. Canté el Padrenuestro y la amplitud del sonido hizo que mi voz sonara muy profesional. Prim me propuso cantarlo como solista en la misa de difuntos, que será dentro de unas semanas.

Siempre llego pronto a los ensayos del coro porque es un momento maravilloso: la emoción de cantar, todo el mundo feliz de verse. Hoy no ha sido distinto, ya que desde que tenemos a los nazis encima, listos para invadimos, debemos disfrutar al máximo de las cosas mientras podamos.

—Llevo todo el día trabajando en los preparativos de la reunión del WVS —se quejaba la señora B—. Nunca recibo una palabra de agradecimiento ni tengo un momento de descanso.

—Tiene que explicarnos cómo podemos ayudar —dijo la

señora Tilling.

—Por desgracia, soy la única en el pueblo con dotes de liderazgo.

—Yo podría... —empezó a decir la señora Tilling.

—No queda otro remedio —la voz de la señora B se alzó sobre la de la señora Tilling, como un tornado tragándose una brisa acogedora.

—La señora Quail dijo que... —insistió la señora Tilling.

—Si necesitas que se haga algo... —bramó la señora B, y todas sabíamos lo que seguía, así que añadimos a coro:

—... tendrás que hacerlo tú misma.

Prim llegó a tiempo de escuchar este final y de ver a la señora B echando humo mientras algunas de nosotras escondíamos nuestras risitas tras una mano.

—Señoras, vamos a organizamos —dijo Prim, reprimiendo una sonrisa mientras repartía unas partituras nuevas—. Vamos a ofrecer una misa funeral para la comunidad de Chilbury, para ayudamos a permanecer unidos en este tiempo de duelo.

Todas asentimos en silencio y abrimos los cuadernillos de las partituras.

—He elegido una pieza del *Réquiem* de Mozart, la «Lacrimosa», perfecta descripción para una sentida pieza. Es más complicada que nuestros habituales himnos y cantos, pero creo que podemos intentarlo. Se trata de una de mis obras musicales preferidas, es un vasto océano de pena.

Abrimos los cuadernos para ver los complicados diseños de notas.

—¿Lo intentamos? Todas en pie. Hacedlo lo mejor que podáis, sentid que la música se adueña de vosotras, y no os preocupéis si cometéis algún error.

Empezó la introducción y comprendí exactamente a qué se refería. La obra es como una sucesión de olas que te van engullendo, más largas y potentes a medida que avanza, hasta

el increíble y atronador «Amén» final, como si hubiéramos sobrevivido a todo, más fuertes que nunca.

—Precioso —dijo Prim mientras cerraba la pieza, resollando un poco de la emoción—. Vamos a intentarlo otra vez, ¿os parece? Pero en esta ocasión, intentemos sentir su tristeza. Dejaos llevar por la música. Dejad que la música exprese vuestro propio dolor.

La introducción empezó de nuevo, esta vez más lenta, más esmerada, y luego entramos nosotras con las primeras notas vacilantes.

Mientras cantábamos, la señora Turner se derrumbó en la sillería de las contraltos, tapándose la cara con las manos, con su cuerpo encorvado sacudiéndose entre lágrimas. La señora Poullice se agachó a su lado, pasándole la mano sobre el hombro, y también se echó a llorar. Un nuevo temor se coló en nuestro canto, como si estuviéramos cantando para ellas, para todos los que han perdido a alguien, o podrían perderlo.

Cuando llegamos a los poderosos acordes de la conclusión, estábamos casi llorando con nuestro canto, más alto y más poderoso que antes, hasta el amén final, donde nos unimos todas, convencidas del poder de nuestro coro para afrontar juntas esta guerra.

—Dejémoslo por hoy —dijo con calma Prim.

Cerramos en silencio nuestros cuadernos y nos acercamos a la señora Turner y a la señora Poullice, rodeándolas con nuestros brazos, cogiendo sus manos, susurrándoles nuestras condolencias. La gente también ponía sus manos alrededor de mamá, que todavía llora la muerte de Edmund; de Silvie, tan lejos de su familia; y de la señora Tilling y las demás madres y viudas, todas preocupadas por sus seres queridos en esta horrible guerra.

—Siempre nos tendrás a nosotras —dijo la señora Quail a la señora Turner—. Sé que no podemos reemplazar a tu esposo, pero recuerda que estamos aquí, todas unidas. El Coro Femenino de Chilbury está contigo.

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Jueves 1 de agosto de 1940

Queridísima Angie:

Al amanecer seguía desvelada y casi paralizada de miedo, ya que estaba resuelta a seguir hoy a Alastair. Sabía que esta mañana iba a estar ocupado con sus presuntas reuniones, ya que intenté quedar con él y se negó en rotundo.

Por supuesto, casi no he pegado ojo. Estaba tan convencida de que me enfrentaba a una más que probable muerte en esta aventura que a punto he estado de arrepentirme y quedarme hecha un ovillo bajo la seguridad de mi edredón. Al final, lo que me animó a levantarme fue pensar que mi embarazo se está convirtiendo más en una realidad que en una posibilidad. Tengo que descubrir qué debo hacer.

Me levanté a eso de las cuatro, me vestí en silencio y eché un último vistazo a mi alrededor. ¿Volvería a ver mi querida habitación? Descendí con sigilo las escaleras de servicio y, pasando por la despensa, salí al exterior oscuro y en calma.

Me deslicé lentamente hasta el camino de acceso, sintiendo que era la única persona que estaba despierta, aunque estoy segura de que algunos de los jornaleros de la granja de Dawkins ya estarían trabajando duro en el campo. Había una leve neblina suspendida en el aire, cubriendo el pueblo con una quietud silenciosa.

Cuando llegué a la plaza, envuelta en el gris plateado de la niebla, casi me choco con una camionetilla negra aparcada frente a la tienda. Seguro que se trataba de alguna entrega de contrabando de Ralph Gibbs, y esperé que no estuviera relacionada con Alastair. ¿Lo había visto hablando con Ralph? No, que yo recordara. Pero ¿acaso eso significaba algo? ¿Alguno de mis recuerdos significaba algo o había estado viviendo en un mundo real solo a medias, un sueño dentro de un sueño?

Me dirigí a mi rincón para espiar, al final de Church Row, desde donde, oculta tras un seto, podía vigilar tanto la puerta como la parte de atrás de la casa de Alastair. Ahí comenzó mi espera. Estar sentada en la oscuridad aguardando a que alguien aparezca es aburridísimo, sobre todo cuando, como era mi caso, no tienes nada claro que sea una buena estrategia. Justo estaba comprobando si mi reloj funcionaba bien, alrededor de las seis, cuando finalmente Alastair apareció en el jardín de atrás, dirigiéndose a la puertecita que daba al parque. Impecable como de costumbre, con un impermeable beis sobre el traje, caminaba rápidamente, deteniéndose un momento para aspirar el aire de la mañana. El amanecer había disipado la niebla y había florecido una mañana divina, llena de amarillos pálidos y fresca por el rocío. ¡Cuánto deseé que se pasara este maldito plan!

Salté con ligereza de detrás del seto y permanecí agachada mientras Alastair se alejaba por la linde del campo, a buen paso. Cuando llegó al siguiente terreno, se dirigió hacia la mansión, lo que me pareció una ruta extraña. Lo seguí al trote, contemplando cómo atajaba entre los arbustos del límite de la finca y cómo acertaba el camino, para luego dar un par de rápidos giros y dirigirse hacia el bosque de Peasepotter. Me

costaba seguirlo sin que me viera, y sospeché que su ruta sinuosa estaba diseñada para evitar cruzarse con gente y despistar a cualquier perseguidor.

Sin embargo, a mí no me despistaría.

Antes de llegar al bosque, cruzó una explanada muy despejada, sin arbustos ni setos a los lados, y tuve que permanecer en la linde hasta que ya casi entraba entre los árboles. Fue allí, mientras yo me escondía tras un arbusto bastante espinoso, cuando él se giró para escudriñar el entorno, y tuve la sensación de que sus ojos se posaban en mí una fracción de segundo antes de desaparecer entre los árboles. No creo que me hubiera visto. De ser así, ¿acaso no habría venido a pillarme? Pero ese breve instante me cortó la respiración. Tenía que andarme con más cuidado.

Corrí acelerada por la estrecha vereda y me sumergí en el bosque. Hacía años que no estaba en el bosque de Peasepotter, pero todavía me acuerdo de todas las sendas y del camino a Pixie Ring. Alastair se dirigía a Chestnut Patch, el lugar donde Kitty y yo jugábamos de pequeñas, con los troncos gruesos como barriles, antiguos y recios como Inglaterra. Pensé en mi hermana, y en lo unidas que estábamos, hace tanto tiempo.

Alastair se detuvo de repente en un claro, así que me oculté detrás de uno de los castaños más grandes, y asomé la cabeza por un lado desde el que podía espiar tras los matorrales.

Entonces vi a un hombre que se le acercaba. Era bajo y fornido, con constitución de gladiador, y llevaba un traje viejo que, evidentemente, no era suyo porque le quedaba muy corto de brazos y piernas.

Hablaron un rato en voz baja, y estudié al extraño. Debía de ser un prófugo de la justicia que vivía escondido, quizá en el mismo bosque.

Estaba furioso por algo, era evidente, y de pronto sentí miedo por Alastair y por nuestro pueblecito, y me entró pánico al pensar en lo que podría sucederme si me descubrían allí.

Alastair conversaba pacientemente, gesticulando con las manos, como si intentara apaciguarlo. Sacó un paquetito de su bolsillo interior y se lo entregó, y el extraño lo cogió con cautela y se lo llevó a la faltriquera, pero cambió de idea y lo desenvolvió, examinando el contenido. Por algún motivo, me esperaba que fuera un fajo de billetes, pero no lo era. Se trataba de dos libretas negras, y cuando las giró entre sus manos, reconocí primero una cartilla de racionamiento y, después, un pasaporte. Alastair estaba ayudando a este hombre a huir del país.

El extraño se acaloraba cada vez más. Devolvió con violencia las cartillas al paquete y se lo guardó en el bolsillo. Alzó la voz y sus gruñidos atravesaron los helechos. Entonces, una ráfaga de pavor gélido recorrió mi ser al darme cuenta de que el hombre no hablaba inglés. El idioma que estaba empleando, sin ninguna duda, era alemán.

¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Era un espía? ¿Cómo había llegado? ¿Habría saltado en paracaídas? ¿Por qué vestía tan raro? ¿Iba a matarnos a todos? Nos habían pedido que estuviéramos alerta por si el enemigo se presentaba, pero nunca me hubiera imaginado ver a uno de verdad.

Ni que tuviera encuentros con Alastair.

Agucé el oído para escuchar la respuesta de Alastair y casi vomito cuando oí que de su boca salían palabras en alemán, tan diferentes de su acento inglés habitual. De golpe fui consciente de todo el peso de la situación. De lo poco que lo conocía en realidad.

Después de unas últimas palabras coléricas, el hombre se alejó en el bosque, por suerte en dirección contraria adonde estaba yo. Alastair permaneció un minuto contemplando cómo se marchaba, y luego se dio la vuelta y se dirigió, para mi horror, hacia el lugar en el que yo me ocultaba.

De un salto, me coloqué detrás del árbol y contuve la respiración, pegando la espalda y los brazos al tronco protector mientras escuchaba el crujir de sus pisadas sobre la broza,

acercándose cada vez más. No tenía ni idea de si me había visto, si estaba saliendo del bosque o si venía hacia mí para sacarme de mi escondrijo. ¿Qué me haría? Tragué saliva con dificultad, conteniendo un pánico creciente.

Cuando se detuvo junto al árbol, al otro lado del tronco, no me cupo duda de que sabía que yo estaba allí. Le oí rodeando en silencio el árbol, y lo vi aparecer lentamente, con un dedo sobre los labios. Se deslizó hasta situarse a mi lado, su espalda junto a la mía, pegada al grueso tronco. Mientras permanecíamos allí, sus dedos se acercaron, encontraron los míos y se entrelazaron suavemente con ellos. Sentí un calor ascendiendo por mi mano y por mi brazo hasta llegar a mi cabeza. ¿Qué me pasa, Angie? Estaba aterrada pensando que iba a atraerme hacia él y rebanarme el pescuezo, y sin embargo le deseaba con tanta fuerza que casi no podía respirar.

No hizo nada de eso. Se limitó a volver el rostro y mirarme, y pude ver un gesto distinto en sus ojos, una melancolía que nunca antes había visto en él.

Tras unos minutos, desvió su mirada, se apartó y echó un vistazo al otro lado del árbol, y luego, de repente y sin mediar palabra, salió disparado, cogiéndome de la mano y tirando de mí. Corrimos entre los árboles lo más rápido que pudimos. Estuve a punto de tropezarme unas cuantas veces, pero su mano me arrastraba hacia delante. Estaba muerta de miedo y agotada. ¿Qué pretendía hacer conmigo?

De pronto, llegamos a un claro. El sol dorado de la mañana atravesaba el hueco que formaban las copas de los árboles; era como si, al final, el mundo hubiera sobrevivido, espléndido y resplandeciente con la claridad de las primeras horas del día.

—¿Por dónde? —susurró, jadeando en el cálido aire.

—Por aquí —dije, en voz baja, cogiendo su mano y guiándolo entre los árboles—. La linde del bosque está por aquí, luego podemos bordear los huertos hasta el arroyo de Bullsend. Te deja detrás de la granja de Dawkins, y se puede volver al pueblo por el otro lado.

Estaba pensando en la ruta más rápida a los campos, donde habría hombres trabajando, alguien que pudiera escuchar mis gritos de auxilio si fuera necesario.

Cuando pasamos los huertos y entramos en la arboleda que flanquea el arroyo, ralentizamos el paso. Alastair seguía cogiéndome la mano, acariciando las yemas de mis dedos con su pulgar. Era extraño, ya que nunca nos gusta que nos vean juntos en público. Soy prudente por si papi nos ve, y él, bueno, es prudente sin más, lo que no me sorprende ahora. Pero ahí estábamos, cogidos de la mano como una pareja de jóvenes enamorados, con el murmullo del agua sobre los suaves cantos grises a nuestros pies mientras paseábamos entre los árboles relucientes, entrando y saliendo de la sombra que proporcionaban sus ramas, en una rara yuxtaposición entre el bien y el mal.

—Eres peor de lo que me esperaba, Venetia —dijo en voz baja.

—¡Tú también! —farfullé, sin saber muy bien por dónde empezar.

—¿Por qué me has seguido? —preguntó.

—No me podía creer que estuvieras metido en el estraperlo —repliqué—. Pero por lo visto es el menor de tus negocios.

Por un momento pareció confundido, y luego dijo:

—Ah, claro, Kitty debe de habértelo contado.

¡Como si eso lo aclarara todo!

—Te he seguido porque necesitaba saber más sobre lo del estraperlo. Pero no tenía ni idea de que iba a descubrir que también eres un espía nazi —le espeté—. ¿Hay alguna actividad ilegal que no practiques, Alastair?

Sonrió. Sí, *sonrió*, como si estuviera orgulloso de sí mismo.

—Bueno, no practico tantas, a no ser que cuentes el robo de viviendas. Una vez hice mis pinitos en el mundo de la falsificación, y resultó bastante interesante. Creo que me sirvió

para mejorar mi arte.

Me quedé estupefacta, y dejé de andar por un momento para asimilar todo aquello. A ver, sabía que se dedicaba al estraperlo y todo eso, pero por lo visto era un auténtico criminal recalcitrante que claramente no poseía la más mínima conciencia.

—Y ahora, además, eres un traidor —dije sin fuerzas. Alcé la vista y miré sus claros ojos marrones después de soltar esa palabra tan fea y pesada, tan repulsiva—. ¿Cómo puedes ayudar al enemigo, y encima en nuestro propio terreno? —Estaba enfadada con él por haberme defraudado, molesta con lo que hacía—. ¡No sabía que hablabas alemán! ¿Cuántas otras personas eres, Alastair?

—Muchas —se limitó a decir—. También hablo francés, si te sirve de consuelo.

—¿Por qué me iba a servir eso de consuelo? —dije, y eché a andar de nuevo.

—Es todo bastante más complicado, Venetia. Ahora mismo no puedo contártelo, pero tienes que confiar en mí. —Salió detrás de mí, intentando coger mi mano.

—¿Cómo va a ser más complicado? —le espeté, soltando mi mano—. Eres un delincuente y un traidor. La mayoría se conformaría con una de las dos cosas: o delincuente, o traidor. Pero no, Alastair Slater tiene que ser las dos. —Luego, añadí—: Y un artista bastante malo, por si no fuera suficiente.

Se rio.

—Ay, Venetia, no soy un artista tan malo, ¿verdad?

—Sí, lo eres —dije dolida—. Mi retrato te salió fatal. No me conoces. Nunca me has entendido.

—Ya lo veo —dijo con una sonrisa de suficiencia, aunque pude notar que se estaba alterando—. Lo arreglaré, Venetia. Encontraré el cuadro y lo arreglaré. Te pintaré como la diosa dulce que eres.

—¿Para qué molestarte? —grité—. ¡Ya sabía que a ti te iban las chicas más frescas! —Me giré para plantarle cara—. Tienes el valor de pedirme que confíe en ti, cuando lo único que haces es mentir y disimular.

Me cogió de la mano.

—Venetia, puedo ser muchas cosas, pero siempre he sido sincero contigo —Su voz poseía una suavidad aterciopelada, firme y seria—. Te amo, Venetia. Y creía que tú también me querías, lo sentía en mi interior. Estamos hechos para estar juntos.

—No sé si puedo estar con un traidor —dije, con la voz desgarrada y las lágrimas empezando a asomar en mis ojos, y luego solté una risa débil y titubeante.

—Contrabandista podría pasar —dije—. Pero traidor, no.

Agaché la cabeza y me eché a llorar, allí mismo en el bosque, rodeados por el silencio y los árboles, que transmitían al mundo su estoica inmutabilidad.

—No es algo tan malo, Venetia. —Me rodeó con sus brazos y me estrechó con fuerza, intentando recuperar la intimidad de nuestro mundo nocturno—. Tienes que confiar en mí. Las cosas son mucho más complejas.

Me hundí en su cálido cuerpo como si se tratara de una pócima nutritiva o embriagadora que me mantuviera con vida, aunque en lo más hondo de mi ser sabía que los acontecimientos de la mañana habían arrojado una luz distinta sobre él, sobre nosotros.

—¡Explícamelo, entonces! —Me aparté, enfadada con él por haberlo amañado todo—. Explícame por qué es tan complicado.

—No puedo —dijo sin más, con una mirada de total arrepentimiento en sus ojos—. Solo puedo decirte que te quiero, y que tienes que creerme.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó algo, un colgante muy pequeño. No tenía cadena, ni collar, solo un diminuto objeto de plata, con el grabado desgastado.

—Toma —dijo.

No estaba segura de si debía hacerlo, pero me pudo la curiosidad y lo cogí, dándole la vuelta en la palma de mi mano. Era una medalla de san Cristóbal, un amuleto de buena suerte.

—Es de mi abuelo —dijo en voz baja, y el recuerdo le arrancó una sonrisa—. John MacIntyre, el hombre que me parecía el más inteligente del mundo. —Cerró mi mano sobre el colgante—. Quédatelo.

—No —dije, abriendo la mano—. Eres tú el que lo necesita. —Solté una risa frágil—. Estoy segura de que tienes a decenas de criminales y espías detrás de ti, por no hablar de la policía y la inteligencia militar.

—Perderte me da más miedo que todos ellos.

Había algo extraño en su mirada, un gesto que no pude descifrar. ¿Era tristeza o una especie de súplica, una oración?

Lo observé, indecisa.

—Nunca me habías hablado de tu abuelo —dije. Era un momento muy extraño, como si el mundo hubiera dejado de girar y todo el aire se hubiera detenido de repente. El silencio era absoluto.

—No me gusta hablar de mí —susurró, cogiendo mi mano entre las suyas—. Pero ya sabes lo que siento por ti. Cuando todo esto se acabe, nos podremos casar.

El viento soplaba entre las ramas, envolviendo con su frío mi cuello y mi cara. Me sentí enredada en la inmensidad de todo aquello, en lo que podía esperarme: la vergüenza, el odio, la pobreza, la pérdida. El bebé que crecía en mi interior. Retrocedí con un paso vacilante.

—Necesito tiempo para pensarlo todo —dije, dubitativa, y luego, al oír mi voz débil y asustada, añadí de un modo más atrevido—: Y estoy segura de que necesitarás tiempo para deshacerte del nazi del bosque.

Sacudí la cabeza incapaz de creerlo, intentando borrar la

imagen de mi mente—¿No te preocupa que te delate? —pregunté, intrigada porque no lo hubiera mencionado.

—No —respondió tranquilo.

—Caramba, estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad? —le solté a bocajarro—. ¿Te crees que me tienes tan coladita?

—No, Venetia. Es solo que no me da miedo que me delaten —dijo con dulzura, acercando la mano y cogiendo una hoja de color esmeralda que se había enredado en mi pelo a la altura de los hombros—. Me asusta mucho más perderte.

Sus ojos estaban llenos de deseo, y supe que me vencería si me quedaba mucho más tiempo.

—No sé quién eres, Alastair Slater —bramé, furiosa porque fuera tan evasivo—. Y no sé a qué juegas, pero ya puedes ir buscándote una nueva musa.

Y con eso, le di la espalda y salí ofendida de la arboleda en dirección al huerto, mientras una brisa suave mecía las sombras delicadas de las ramas, como si la vida parpadeara entre la luz y la oscuridad. Por encima de mi cabeza, una gran ave de presa volaba en círculos, con las alas extendidas, orgullosa y poderosa ante la clara luz del amanecer.

Al acercarme a la linde del bosque, no pude evitar lanzar una última mirada hacia él, que allí seguía, al borde de los árboles relucientes, observándome en silencio. Jadeando, le di la espalda, avancé a paso firme por el huerto y eché a correr hasta mi casa.

aquí estoy ahora, sentada, confusa, enfadada y sin saber qué demonios hacer. Lo deseo. Pero ¿cómo voy a amar a un traidor? Puede que lleve a su hijo dentro de mí, pero ¿cómo voy a confiar en este hombre capaz de traicionar a nuestro país, a nuestro mundo, a nuestro querido pueblecito? Allá adonde miro, nuestro coro, las Damas Costureras, la señora B, Hattie y su pequeña Rose, Silvie e incluso Kitty a su manera, todas las personas que me son tan queridas. ¿Cómo puede Alastair ponernos en peligro? ¿Cómo puede colaborar en nuestra

destrucción de un modo tan directo y definitivo?

Justo cuando estaba pensando en lo peor, noté que tenía algo en el bolsillo. Era la medalla de san Cristóbal. Debí de guardármela en el bolsillo cuando estaba enfadada. La saqué y la coloqué en mi mano, recordando ese momento en que se detuvo el tiempo, cuando me dijo que todo era más complejo, y que confiara en él. Quiero hacerlo, Angie. Pero ¿cómo?

Han llamado a mi puerta. Es Kitty.

—Te he oído llorar —susurró entrando con cautela en mi cuarto—. Solo quería comprobar que estás bien.

—Pues no lo estoy, si eso es lo que quieres saber. —De repente volví a sentirme unida a ella, y le indiqué que se acercara y se sentara en la cama conmigo. Nos acurrucamos juntas, como hacíamos cuando papi nos gritaba de pequeñas y salíamos huyendo al bosque, agarrándonos la una a la otra como si nos fuera la vida en ello.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó Kitty.

—La verdad es que no. Es solo que no me siento bien. Tengo un dolor justo aquí, en la boca del estómago.

—Deberías ir a ver a la señora Tilling. Ella siempre consigue que me sienta mejor.

Y mientras compartíamos ese momento de confianza, decidí que quizá no era mala idea hacer una visita a la señora Tilling, al fin y al cabo.

Prometo escribir pronto,

Venetia

Diario de la señora Tilling

Jueves 1 de agosto de 1940

Esta tarde, cuando volvía del hospital, me encontré con una visita de lo más inesperada. La bicicleta azul apoyada en la pared encalada al lado de mi puerta era de Venetia, aunque no se la veía por ninguna parte.

«¿Qué habrá pasado?», pensé al entrar, buscándola. Al final, di la vuelta por detrás de la casa y allí estaba, en uno de los sillones de mimbre del patio, bajo el magnolio, que caía sobre ella a modo de sombrilla rosa marfil. Se encontraba recostada, los ojos cerrados, el cabello reluciente al sol. Estaba de foto; es una chica tan bonita, sobre todo con ese precioso vestido verde de flores, con su cabello dorado y esa piel suave y clara. Es una pena que sea tan imprudente, aunque la influencia de Angela Quail no ayuda. Estoy segura de que, por debajo de tanto maquillaje y apariencia, no es una mala chica.

—Venetia —dije, posando con suavidad una mano en su brazo.

Abrió los ojos entre parpadeos, y pude ver que estaba cansada. Su trabajo en Litchfield Park le ocupa muchas horas, y tengo motivos para creer que también pasa mucho tiempo en otro sitio.

—Creo que me he quedado traspuesta —dijo, sentándose y

alisándose la ropa, confusa, como regresando de otro mundo.

—¿Has venido a verme por algún motivo? —pregunté. Tenía una cena que preparar, y una tarde ocupada por delante, de modo que deseé que no fuera a hacerme perder el tiempo.

—Sí, la verdad. —Me miró nerviosa un momento, con sus manos nacaradas apoyadas en los reposabrazos del sillón, incorporándose y echándose hacia delante—. ¿Podemos ir dentro?

Abrí la puerta de atrás y me siguió al interior, pasando de la cocina al recibidor y luego al salón. Había dejado abierta la ventana esta mañana, y el maravilloso olor del arbusto de lavanda del jardín delantero proporcionaba un frescor estimulante a la estancia, como a sábanas recién lavadas. La cortina blanca ondeaba, entrando y saliendo por la ventana, como si el calor del verano fuera ajeno a la guerra.

Me senté en el sillón beis, y ella se colocó frente a mí en el sofá. Decidí no ofrecerle té, por aquello de que tenía prisa.

—Y bien —dije, deseando que soltara lo que traía.

Y lo hizo:

—Creo que estoy embarazada.

Hubo un largo silencio. Se miró las manos, que se enlazaban y desenlazaban sobre su regazo. No quería ni pensar en las cosas que de repente surgieron atropelladamente en mi cabeza, así que seguí adelante.

—¿Sabes de cuánto?

—La verdad es que no...

—¿Recuerdas la última vez que tuviste el período?

—Oh, pues hará cinco o seis semanas.

Alzó la vista y captó mi gesto, que obviamente reflejaba mi desaprobación.

—Fue un error —dijo en voz baja—. Es todo un gran error, yo... —Se derrumbó y se echó a llorar, una imagen rara en la

chica dura y tozuda en la que se ha convertido, y me recordó a la niñita que conocí, la chica que huía asustada de su padre y de su hermano. Me acerqué y la envolví entre mis brazos. Su turbación fue disolviendo la distancia que nos separaba, como rayos de amanecer abriéndose paso para traer un nuevo día.

—Ha sido con el señor Slater, ¿verdad?

—Sí —farfulló entre gemidos—. ¿Qué puedo hacer?

—¿Se lo has contado?

—No. —Se apartó, con determinación a pesar de las circunstancias—. Quiero estar segura. Quiero descubrir lo que siento antes de contárselo. —De repente me miró, asustada e inquieta—. No se lo contará a nadie, ¿verdad?

—No, claro que no. —Cogí su mano—. Pero la gente se enterará, tarde o temprano.

De nuevo empezó a llorar, esta vez con más fuerza y con gemidos de desesperación más concentrados.

—Quiero buscar a alguien que me ayude a deshacerme del bebé. Me han dicho que hay mujeres que...

—No se te ocurra pensar en eso, Venetia —repuse. No pienso dejar que recurra a personas como la señora Nees en algún callejón de Litchfield—. Es ilegal y peligroso.

—¡Pero no puedo tener un bebé! —Estalló de rabia y empezó a pasearse por la habitación—. ¡No puedo creer que esto me esté pasando a mí! Tiene que haber alguien que me pueda ayudar.

—Venetia —dije con suavidad, intentando calmarla—. En primer lugar, ya sabemos por qué te está pasando esto, ¿verdad? No te hagas la remilgada. —Miró al suelo, sonrojada, su hermoso rostro abrumado—. Y en segundo lugar, las mujeres como la señora Nees no saben lo que hacen. Puede que te saque al bebé, sí, pero... ¿a qué precio? ¿Quieres una infección que te impida tener hijos en el futuro? ¿O que te conduzca a la muerte?

—Pero eso no es habitual, ¿verdad?

—Utiliza tijeras viejas, romas y oxidadas. —Empezaron a asomar lágrimas a mis ojos—. El año pasado tuvimos a una chica en el hospital, de apenas quince años. Un tío suyo, que pasó de visita, abusó de ella aprovechando que estaba sola en casa. Nos contó el dolor que le hicieron pasar, la lucha de una hora con varios instrumentos, todos sin limpiar, en el sucio suelo del salón de la mujer. Después, se desmayó en la calle y un policía la trajo al hospital.

Venetia recostó la espalda con la vista fija en el dibujo de la alfombra.

—Murió, Venetia. —Tragué saliva, torciendo los labios ante el Horror del recuerdo—. Contrajo septicemia y murió.

Un silencio fortuito se instaló en la habitación calma, aunque casi podía escuchar las turbulencias en la mente de Venetia, sus ojos moviéndose rápidamente por la alfombra, como sopesando los costes.

—¿Cómo lo hace para dejar que las mujeres mueran así y salir de rositas? —dijo finalmente en voz baja.

—Es ilegal, Venetia. Puede salirse con la suya sin que nadie le pida cuentas.

—Tiene que haber alguien que lo haga bien, con los medios apropiados.

—No, Venetia. Hay más gente que lo hace, pero no bien, con el equipo correctamente esterilizado, los procedimientos correctos, la experiencia clínica adecuada. Es un riesgo tremendo, Venetia, y haré todo lo que esté en mi mano para evitar que lo corras.

—¿Y usted? ¿No podría librarme de este bebé?

Me quedé sorprendida en silencio por un momento.

—No, Venetia. No estoy cualificada para practicarle un aborto, ni entra dentro de mis atribuciones. Es ilegal. Las dos nos convertiríamos en delincuentes.

—Pero nadie se iba a enterar. Nadie más sabe que estoy embarazada.

—No me importa, Venetia. No sé cómo se hace, y no me voy a poner en una situación en la que pudiera ser responsable de tu muerte.

Se quedó en silencio. Y luego vinieron las lágrimas.

—No sé qué voy a hacer.

—Puedes hacer lo que la mayoría de las chicas hace en esta situación. Cuéntaselo a Slater y convéncelo para que se case contigo.

En ese punto, rompió en una nueva oleada de lágrimas.

—Ya no estoy segura de querer casarme con él.

—¿De qué diablos estás hablando? —Me estaba empezando a importunar—. Llevas con él unos cuantos meses, y te has quedado embarazada. ¿Por qué no ibas a querer casarte con él? Yo pensaba que te gustaba.

—Me gusta. Quiero decir, lo amo como si me fuera a explotar el corazón, pero no es quien dice ser, y tengo miedo, señora Tilling. —Le pasé un brazo por encima y se apoyó en mi hombro—. Tengo tantísimo miedo.

—¿Qué es lo que te da tanto miedo, pequeña?

—No puedo decírselo. —Alzó la vista, sus ojos llenos de lágrimas, como estanques en los que parecía estar ahogándose.

—¿Quieres tener el bebé?

—Claro que quiero, pero no me quiero imaginar cómo será mi vida. No puedo casarme con él, papi me echaría de casa, y todo sería horrible. —Me miró—. Por favor, ayúdeme a deshacerme de él, señora Tilling.

Permanecí sentada, incómoda, con su cabeza en mi hombro, sopesando las consecuencias morales y prácticas de un aborto ilegal. Desde que el asunto de Carrington me hizo replantearme mi postura moral ante la homosexualidad, he dedicado mucho tiempo a analizar mis valores, me he hecho

preguntas para las que siempre creí tener una respuesta. La yuxtaposición entre sociedad y humanidad, lo que significa ser humano, en todos los aspectos.

—No, Venetia —dije finalmente—. No puedo ayudarte. Y me niego a llevarte a la señora Nees o a cualquier otra que podría acabar con tu vida.

Se incorporó y se sonó la nariz, como si supiera que no servía de nada insistir.

—¿Qué debería hacer?

—Deberías hablar con el señor Slater.

Se levantó, guardó su pañuelo en el bolso y me contestó cortante:

—No puedo hacerlo. —Y luego, lanzándome una mirada airada, añadió—: Tendré que ir a ver a la señorita Paltry, entonces. Estoy segura de que ella podrá ayudarme.

—Por favor, Venetia —le supliqué—. Hagas lo que hagas, aléjate de gente como la señora Nees.

—Pero la señorita Paltry sabe...

—La señorita Paltry no siempre mira por el interés de sus pacientes, y estoy segura de que se llevará su comisión si te manda a una carnicera como la señora Nees. —Me acerqué a ella, cogiéndola de la muñeca como si fuera una niña pequeña—. Si no puedes contárselo al señor Slater, ven a verme y te ayudaré durante el embarazo y el parto. Podemos mantenerlo oculto.

En sus ojos hubo un brillo de duda y esperanza, y un caudal de temor que parecía envolver su mente, lanzándola del terror al dolor, y de repente soltó su muñeca de mi mano y salió airada por la puerta, sin ni siquiera despedirse.

Cuando montó en su bicicleta y se marchó, aspiré hondo, comprendiendo, mientras el aire entraba en mis pulmones, que ahora yo estaba implicada en todo esto, y que Venetia acudiría a mí cuando las cosas se complicaran. Con ese pensamiento,

entré en casa y recogí el trastero del fondo. Hay un pequeño sofá, bajo cajas y arcones, y nunca se sabe, puede que Venetia necesite un sitio donde dormir cuando el brigadier lo descubra.

El coronel Mallard llegó a casa mientras yo trajinaba en el piso de arriba con sábanas y mantas, y me contempló pensativo.

—¿La ayudo?

—No, gracias —respondí, entrando en el cuartito y apartando cajas para hacer sitio.

—¿Esperamos invitados? —dijo, acercándose e intentando ayudarme con un arcón.

—Póngalo allá —mascullé, aceptando la ayuda a regañadientes. A fin de cuentas, es un hombre grande y fuerte, y puede ser de utilidad.

Movió algunos de los bártulos más grandes, colocando cajas encima del arcón, despejando la cama y haciendo sitio.

—Gracias —dije de mala gana—. Y no, no esperamos invitados. —Miré por la ventanita las copas de los árboles del jardín de atrás, desde cuyas ramas me observaba una urraca solitaria—. Al menos, no de momento.

Carta de la señorita Edwina Paltry a su hermana Clara

*3 Church Row,
Chilbury,
Kent*

Jueves 1 de agosto de 1940

Querida Clara:

Hoy he dado por casualidad con una información muy útil, un comodín para ganar todas las bazas. Esta noticia de la que te hablo es que la hija del brigadier se ha quedado embarazada estando soltera. Y no adivinarías de dónde he sacado esta joyita de chismorreos: de la mismísima muchacha, la muy tonta.

Alguien llamó suavemente a mi puerta a eso de las cuatro de la tarde, y cuando abrí, ahí estaba ella, muy arregladita pero visiblemente conmocionada. Se me coló hasta el salón, mirando hacia atrás para comprobar si alguien la veía. Su grosería era extraordinaria, pero también lo era mi curiosidad, así que planté una sonrisa acogedora en mis labios y la seguí.

—Necesito que me ayude, señorita Paltry —dijo, con voz temblorosa.

Me senté, entusiasmada con la idea.

—Pues claro que te ayudaré, querida. ¿Qué necesitas?

—Necesito un aborto —dijo, apretando los dientes, y la euforia en mi interior ascendió como un coro invisible que cantara alabanzas a esta nueva e inesperada oportunidad.

Ya me conoces, Clara. No iba a desperdiciarla.

—¿Cuánta gente sabe que estás embarazada? —me apresuré a preguntarle.

—Pero ¿me puede ayudar? —replicó. Estaba de un humor de perros, su cara se contorsionaba como la de su odioso hermano difunto.

—Claro que puedo ayudarte, querida. —Me acerqué y le di unas palmaditas en las rodillas—. Conozco a una especialista en Litchfield que lo hace tan fácil como arrancar el cuello a un pollito.

Se apartó con una mueca de disgusto, y le sonreí:

—Pero tenemos que ser muy discretas. ¿Alguien lo sabe? ¿Tus padres?

—No, claro que no lo saben —contestó, levantándose, alisándose la falda y torciendo la nariz como si oliera a peste de gato en el ambiente—. No me estará hablando de la señora Nees, ¿verdad?

—¿La señora Nees? —me apresuré a repetir, frunciendo el ceño.

¿Con quién habría hablado para conocer ese nombre? Nees es la única por esta zona, pero rápidamente tuve que fingir que conocía a otra:

—Nunca he oído hablar de la señora Nees —dije con inocencia—. Pero jamás te pondría en manos de alguien malo, si eso es lo que te preocupa. Para una elegante damisela como tú, tengo a un especialista mucho mejor en mente, un hombre que fue médico.

No se volvió a sentar, se limitó a contemplar la orilla del estanque por la ventana, como si se estuviera acordando de

algo.

—¿Y por qué ya no es médico?

—No puedes hacer tantas preguntas, muchacha. Seré sincera contigo. En el pasado, hacía muy buenos trabajos. Sin muertes hasta ahora. —Tosí un poco—. Que yo sepa.

De pronto, su cara se inundó de lágrimas y salió corriendo hacia la puerta.

—¿Le pregunto si está disponible? —le grité mientras corría por el parque, con los tacones de sus zapatos hundiéndose en la hierba mientras su chal blanco volaba tras ella, como una de esas estatuas griegas, como una hija perfecta.

Aunque yo conocía el mal que se alojaba en su sucio vientrecito.

Entré en casa y cerré la puerta. No me entusiasmaba conseguirle un aborto. No, lo que me interesaba era la recompensa mucho mayor que brillaba en manos del brigadier. ¡Qué débil se volvería si se enterase de que su hija ha sido mancillada por un plebeyo! Iba a pedirle el resto de mi dinero de inmediato, y si opusiera resistencia, sacaría mi comodín.

Tenía que actuar rápido, no fuera a ser que el brigadier se enterara antes por otra persona. Recordé que había oído comentar a Kitty en el coro que su padre estaría hoy en Londres. ¿Has visto lo provechoso que ha resultado meterme en ese ridículo coro? La muchacha dijo que, supuestamente, su padre iría a una reunión de guerra; más bien a una cita con su amante, si quieres mi opinión. Rápidamente calculé que regresaría en el último tren de la tarde, el de las 9.21. Así que después de cenar me dirigí a la estación a esperarlo.

Llegué pronto y me quedé fuera de la estación leyendo los horarios, para que no me viera nadie. No quería compañía para mi charlita con el brigadier. Pero la única persona que bajó del tren fue el vicario, que volvía de Litchfield.

Me pasé unos minutos dando vueltas, nerviosa, y estaba a punto de marcharme cuando oí voces en el andén. Asomando la

cabeza desde una esquina, vi al brigadier echando una reprimenda al revisor por algo, porque el tren había llegado con retraso, o estaba sucio, o se movía demasiado. Al final sí que había cogido el de las 9.21.

Y era evidente que no estaba de buen humor.

Salí de detrás de la esquina y respiré hondo. Casi era de noche, el cielo era de un azul oscuro veteado con estrellas que asomaban entre las nubes mientras se oía el tren traqueteando hacia lo desconocido. Tuve un escalofrío de incomodidad, pero había que concluir esto. Me recordé que tenía la carta ganadora bajo la manga.

—Brigadier —lo llamé suavemente cuando su sombra asomó por la puerta—. Esperaba encontrarlo aquí.

—¿Qué? ¿Quién anda ahí? —preguntó bruscamente, poniéndose firme y mirando amenazante a todos los lados.

Avancé un paso.

—Soy su socia —sonreí.

Se puso nervioso y miró alrededor por si alguien pudiera vernos.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar un poco —dije—. Pensé que podría ofrecerle algo de compañía en su paseo a casa. Verá, quiero el resto de mi dinero ahora mismo.

Durante unos segundos guardó silencio.

—No seas ridícula, mujer. Esperarás a que termine el verano, si es que te llevas algo —me espetó—. Circulan rumores entre los criados, así que más te vale andarte con cuidado o acabarás entre rejas.

Maldita Elsie. La he visto por el pueblo y pone una sonrisa de superioridad cuando pasa rozándome en la tienda. Sabía que no podría tener el pico cerrado.

—Pero, brigadier, creo que debería escucharme, porque tengo una información que podría dejar el nombre de su familia

por los suelos.

—¿A qué te refieres? —dijo, echando a andar por la carretera—. ¿Estás intentando chantajearme? No subestimes mi mal genio.

—¿Y si fuera algo muy humillante, algo ruinoso? —murmuré.

Se detuvo.

—Lo sé todo, miserable mujer. Ahora, déjame tranquilo.

—No, no lo sabe todo —le solté—. No sabe que su hija mayor está embarazada de Slater.

Pensé que le iba a dar un síncope delante de mis narices. Se le puso la cara morada y se llevó una mano al corazón. Se tambaleó, y luego soltó un rugido largo y grave:

—¿Cómo te atreves a insinuar algo así?

—Es la verdad —balbucí, retrocediendo. Pensé que iba a embestirme, a descargar en mí su ira.

—¡No puede ser verdad! —bramó—. Es imposible que sea verdad. —Y echó a andar enfurecido colina arriba—. ¡Esto no quedará así!

—¿Qué hay de mi dinero por guardar sus trapos sucios? —pregunté, apretando el paso a su lado.

Se detuvo de repente y su mano huesuda me agarró del antebrazo, clavando sus dedos en mi carne.

—No te metas en esto, Paltry —gruñó—. O estás muerta.

A la luz de la luna, vi un brillo asesino en el blanco de sus ojos. Estaba fuera de sí por la rabia. No preví esto bien. Este hombre podría asesinarme solo por insinuar algo así.

—Si cuentas una palabra de tus despreciables mentiras me encargaré de acabar con tu insignificante vida, mujer. Así que más te vale esfumarte de aquí.

Y de un empujón me lanzó a la carretera, donde caí mal sobre la cadera, y me quedé paralizada por un momento a

causa del dolor. Cuando me levanté, el brigadier ya había desaparecido en la oscuridad.

Con dificultad, regresé renqueante a casa, sintiéndome fatal. Mi plan había salido mal. Mi táctica tenía sus fallos. No había imaginado que no quisiera creerme, que no pudiera soportar que fuera cierto hasta el punto de preferir degollarme.

Aquí sentada en mi saloncito, contando la mitad del dinero, sé, querida hermana, que tendré que darme por vencida y marcharme mañana al amanecer. El brigadier me matará de un modo u otro, sobre todo con Elsie yéndose de la lengua por ahí. He firmado mi sentencia de muerte.

Estaré contigo dentro de unos pocos días, y cumpliremos nuestros planes.

Edwina

Diario de Kitty Winthrop

Jueves 1 de agosto de 1940

Mi contribución a la guerra

Más malas noticias hoy. Los *nazis han* invadido nuestras Islas del Canal. Se llevaron a los hombres jóvenes para combatir y están matando de hambre a los demás. Sabemos que nosotros seremos los siguientes. Por ese motivo, he decidido que era mi deber contar a alguien que vi al Viejo George y al señor Slater en el bosque, y añadir mis sospechas sobre Progett, que sin duda tiene otros negocios aparte de ser mayordomo. Quizá terminen dándome una medalla: la heroína del pueblo.

Al principio pensé en acudir en bicicleta a la comisaría de Litchfield, pero es un trayecto bastante largo, y de momento estoy muy ocupada con los ensayos de canto. Luego me pregunté si debería pedir consejo a la señora Tilling, puesto que es la persona más atenta por aquí, y me di de bruces con la respuesta: la señora Tilling tiene de huésped a un importante coronel de Litchfield Park, al que le gustó bastante mi actuación en el concurso. Seguro que él sabrá prestar a mi información la atención que se merece.

Así que esta tarde, después de cenar, le dije a mamá que

me iba a casa de Prim para una clase especial de canto, cogí mi linterna y me dirigí al pueblo bajo la luz púrpura y ámbar del atardecer. Reinaba un silencio mortal, no se oía ni el aleteo de un murciélago ni los habituales pasitos de los zorros por el bosque. Era como si algo horrible fuera a suceder esta noche, algo terrible que se acercaba con sigilo a nuestro mundo.

Eché a correr y llegué a Ivy House casi sin aliento, asustada por villanos invisibles que me acosaban. Llamé al timbre y pasado un minuto la puerta se abrió unos centímetros y la señora Tilling me apremió para que entrara.

—Kitty, ¿qué demonios haces aquí?

Permanecí en el recibidor, aliviada al ver el familiar papel de flores de la pared, la puerta de la cocina abierta al final del pasillo, el olor a guiso flotando en el ambiente.

—He venido a ver al coronel —dije con osadía—. ¿Está aquí?

La señora Tilling pareció sorprendida por un momento, y luego se encogió de hombros.

—Ven al salón —dijo—. Está cenando. Prepararé té, y ya saldrá cuando haya terminado.

El coronel era enorme. Lo había visto en el pueblo y en el concurso de coros, pero estar tan cerca de él, en el salón de la señora Tilling, me hizo retroceder poco a poco por temor a asfixiarme. Era seguramente el hombre más alto que había conocido, de constitución fuerte, espaldas anchas y el pecho grande como el de un oso.

—¡Señor! Es usted tan grande —dije sin pensar, sin tiempo a contenerme.

Sonrió.

—Sí, soy así desde que era un poco más mayor que tú. La señora Tilling me ha dicho que querías verme por algo.

—Sí —balbuceé—. Soy Kitty Winthrop, de Chilbury Manor, y creo que he descubierto a... —Miré a mi alrededor conteniendo la respiración—, un espía entre nosotros.

El coronel sonrió un poco para después toser y adoptar una expresión más seria, sentándose en el sofá de estampado floral e indicándome que tomara asiento en el sillón que había enfrente.

—Venga, cuéntamelo.

—Bueno, un día que estaba con Silvie, que es nuestra refugiada, en el bosque de Peasepotter, vimos a un contrabandista al que llaman «Viejo George», que tiene un matorral donde guarda todos sus artículos de estraperlo. Estaba allí con el señor Slater, el artista que se instaló en la casa de Church Row, vecino de Hattie, y estoy convencida de que estaban haciendo tratos, y luego Silvie me contó que ha visto a Progett, nuestro mayordomo, en el bosque de Peasepotter, como ellos, y yo también lo vi allí una vez, y me pregunto si será un espía o tendrá algo que ver con el señor Slater y el contrabando. —Me detuve y me miré las manos, unidas sobre la falda.

—¡Santo Dios! —dijo lentamente el hombre, tosiendo un poco en el puño cerrado de su manaza—. Está claro que eres el tipo de civil atento que necesitamos por aquí. —Me contempló por un momento, evaluando mi estatura y edad—. La señora Tilling me dice que tienes la cabeza bien amueblada, y eso significa que vas a hacer caso de lo que te voy a decir, ¿de acuerdo?

Asentí con vehemencia, muy contenta de que la señora Tilling hubiera dicho que tenía la cabeza bien amueblada, y vaya si la tengo.

—Quiero que permanezcas atenta allá donde vayas, pero no te compliques la vida por descubrir las cosas. Hazme caso si te digo que tenemos a un buen número de gente muy preparada siguiendo este asunto, y no quiero que te pongas en peligro, ¿de acuerdo?

Asentí, decepcionada.

—Mira, esto de lo que estamos hablando es un asunto muy peligroso, así que necesito que me des tu palabra de honor de

que no se lo vas a contar a nadie.

—Seguro —dije, contrariada—, soy totalmente de fiar.

—No me cabe duda. —Sonrió y toda su cara se iluminó, lo que le hizo parecer bastante normal e incluso simpático—. ¿Sabes? Tengo una hija de tu edad. ¿Qué edad tienes? ¿Doce?

—No —protesté—. Tengo casi catorce.

—¡Claro! Mi hija tiene doce. Es la pequeña, y está en Oxford en casa de su tía, con sus dos hermanas mayores. Creo que ella también sabría guardar un secreto, aunque le costaría un montón. —Soltó una risa que era como un gruñido, y tuve que sonreír porque de repente parecía gracioso y amigable, como un enorme san bernardo descuidado, o un viejo osito machacado.

—¿Puede venir su hija a visitarnos alguna vez? —pregunté.

—Ojalá —dijo con calma—. Me gustaría que un día vinieran todas a ver dónde vivo, este bonito pueblo con las colinas onduladas de fondo.

—Nunca se me había ocurrido que nuestro pueblo fuera bonito. Llevo toda mi vida viviendo aquí, simplemente es mi hogar. ¿De verdad le parece bonito?

Guardó silencio, y me pregunté si me había oído bien, pero entonces finalmente contestó:

—Aquí hay una forma de vida que no creo que ninguna guerra pueda destruir, que perdurará por mucho tiempo cuando ya no estemos. —Se apartó de sus pensamientos y se levantó—. Le haré saber que quieres que venga. Se llama Alexandra —dijo, ofreciéndome su gigantesca mano para estrechar la mía, pequeñita y delicada—. Si te enteras de algo más, dímelo, Kitty, por favor. Y no vuelvas a ir al bosque de Peasepotter. Es peligroso. Sé que eres una chica lista y madura, y que sabrás mantenerte callada, pero sobre todo no dejes que Progett sospeche que sabes algo, ¿de acuerdo?

—Sí —dije, contenta de que por fin alguien reconociera mi madurez.

La señora Tilling entró y me dijo que quería hablar conmigo en la cocina. El coronel me dio las buenas noches y pidió permiso a la señora Tilling para usar el teléfono. Me pregunté si iba a llamar al cuartel general para informar de lo que yo le había contado. Que al final yo era una heroína.

La señora Tilling empezó a recoger la vajilla del té.

—¿Tu madre sabe que estás aquí?

—No.

Suspiró y me miró.

—No sé por qué has venido a ver al coronel Mallard esta noche, y no te voy a pedir que me lo cuentes, pero, por favor no te metas en esta guerra, Kitty.

—Pero estamos todos metidos en ella, queramos o no.

—Algunos lo estamos, Kitty. Algunos lo estamos. —Me miró con una repentina tristeza en los ojos, y pude ver lo preocupada que está por David. Me dio un achuchón en el hombro con la mano—. Ahora, vete, y por favor, intenta no meterte en líos.

Al pasar por el recibidor, escuché la conversación del coronel Mallard al teléfono:

—Sí, el tubo de escape ya no me sirve, hay que reemplazarlo —estaba diciendo—. Cuanto antes.

¡Con todo lo que le he revelado, y él hablando de su coche!

La señora Tilling me abrió la puerta, y oímos el zumbido lejano de aviones proveniente del sur. Salí al camino para tener mejor vista, seguida de cerca por la señora Tilling, que permaneció detrás de mí como una ardilla inmóvil oyendo el peligro. El coronel Mallard se nos unió en silencio. El zumbido se fue haciendo mayor y más desagradable, como si un montón de motores de distintos tonos avanzaran chisporroteando hacia nosotros. Contemplamos el horizonte tras la torre de la iglesia, la luna que apareció de repente tras una espesa capa de nubes, un delgado creciente brillante que iluminaba con su luz plateada el costado de la iglesia con un halo celestial.

Y entonces los vimos. Los puntos se fueron haciendo reconocibles: primero un bombardero nazi, luego otros dos detrás, una flecha de la muerte mecánica y precisa que avanzaba sin parar.

Contemplamos con pavor cómo se acercaban a nosotros, una ola de destrucción nazi pasando por encima de nuestras cabezas. ¿Habrían superado Dover? ¿Se dirigían al Támesis? El coronel bajó hasta la carretera para calcular mejor su ruta.

La sirena empezó a sonar con estrépito —la primera vez que sonaba por un ataque aéreo de verdad—, estridente y aterradora, como un fantasma aullándonos para que nos pusiéramos a cubierto.

—Vamos al sótano —dijo rápidamente la señora Tilling, empujándonos de regreso a casa—. Creo que solo están de paso, pero es mejor ir a lo seguro, sobre todo teniendo a Kitty aquí.

Nos hizo pasar por una puertecita de la cocina y bajamos una estrecha escalera de madera. Cuando encendió la luz, me alivió ver que estaba decorado y acogedor, no tan mugriento y atestado de insectos como nuestro sótano. La señora Tilling había puesto una alfombra desgastada frente a un pequeño canapé viejo y un sillón, completado con cojines bordados a mano. Una pequeña estantería albergaba un reloj, una docena de libros y una caja negra de metal, que confié en que estuviera llena de provisiones. Enroscadas en un costado había almohadas y mantas, y pensé en lo cómoda que estaría, hecha un ovillo en el suelo, en una madriguera tan confortable y calentita.

El coronel se apretujó en el sillón y preguntó a la señora Tilling si tenía papel y bolígrafo, ya que quería aprovechar para ponerse al día con su correspondencia. Ella revolvió la estantería, encontró lo que le había pedido, y se lo entregó sin pronunciar palabra. Me pregunto por qué no le cae bien. A mí me parece un hombre bastante agradable.

—A ver, Kitty —dijo la señora Tilling—. ¿Qué tenemos para

ti? —Se agachó y miró la librería—. *¿Grandes esperanzas?* ¿Lo has leído? También está *Anna Karénina*, de Tolstoi, aunque igual aún eres un poco pequeña.

No soy pequeña para nada, así que cogí *Anna Karénina* y lo abrí por la primera página. «Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada.» Todo era muy extraño. Chilbury, centro de asuntos turbios; Progett, un peligroso espía; el señor Slater de Venetia, un contrabandista. Evidentemente, es bueno que la gente del coronel ande detrás de todo esto, pero debo confesar que me molestaba un poco que mi única contribución a la guerra se haya quedado en una corta conversación.

«Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada.» Nuestro primer bombardeo. Quizá el primero de muchos, con bombas cayendo sobre nuestras casas, destruyendo todo lo que tenemos. Agucé el oído, pero los aviones debían de haberse marchado. Con el tictac del reloj diluyéndose de fondo, empecé a sentirme atrapada por el tiempo. Era como si cada instante se hubiera vuelto más largo y más corto, más valioso por si era el último, pero al mismo tiempo breve y sin sentido. Y todos esos momentos se unen para conformar mi vida, como un edredón elaborado con retazos de distintas formas y colores, días buenos y malos, que unidos forman un todo incómodo y mal encajado.

A continuación se oyó el fin de la alerta, un solitario bocinazo que en cierto modo sonaba tranquilizador y amistoso, aunque fuera la misma horrible sirena antiaérea pero tocada solo una vez. El coronel miró a la señora Tilling, que se levantó y se alisó la falda de lana marrón, dirigiéndose hacia mí, como si el hombre no estuviera, y me dijo:

—Bueno, Kitty, espero que no sea muy tarde para que vuelvas corriendo a casa. También te puedes quedar en el trastero, si lo prefieres.

—Gracias, señora Tilling, pero mamá estará preocupada por mí.

Mientras me dirigía escaleras arriba, me giré para observar al gran coronel, que seguía terminando su carta, y le di las buenas noches.

—Igualmente —dijo con entusiasmo, mirándome con una sonrisa—. Gracias por venir.

Me despedí de la señora Tilling y salí apresurada a la carretera en dirección a la plaza. La luna iluminaba el cementerio con un resplandor siniestro, vecinos enterrados durante siglos bajo tierra, toda esa gente pudriéndose hasta que sus lápidas sean lo único que quede de ellos. Las marcas de su muerte.

Corrí muy, muy rápido, hasta llegar a la mitad del camino de nuestra casa, con la masa del bosque de Peasepotter a mi izquierda, cuando el sonido atronador de un disparo resonó en el bosque. Me detuve, temblando de terror, y en menos de un minuto se escuchó otro tiro atterradoramente estruendoso. Papi me ha llevado alguna vez de caza, pero este sonido no era igual. Era más fuerte, más nítido, una ráfaga de muerte en el cielo despejado de la noche.

Estuve atenta por si había más disparos, intentando calmar mi respiración, ralentizar mi corazón desbocado, pero nada. Pasados unos minutos de silencio, continué con sigilo por el camino. Al tomar la curva, sentí que había algo delante, un movimiento entre las sombras. Me quedé helada, mirando entre la escasa luz que había, y vi la silueta jorobada de Progett abriéndose paso entre los matorrales del bosque.

Después de unos minutos de calma, seguí avanzando y luego salí disparada hacia mi casa y abrí con cautela la puerta de servicio. Esperaba que todo fuera un desbarajuste en casa, que estuviera distinta.

Pero no era así. Reinaba una extraña normalidad.

Había dos panecillos frescos bajo una tartera en la mesa,

así que me los metí en el bolsillo y fui a mi habitación. Mamá me vio en las escaleras. Sus ojos tenían esa mirada de ratón asustado incapaz de correr. Papi debía de estar que trinaba otra vez.

—¿Dónde estabas? ¿Has oído las sirenas? —susurró.

—Estaba en casa de la señora Tilling —dije, intentando pasar de largo.

—¿Has visto a Venetia? —Su voz era como hielo a punto de quebrarse.

—No, ¿por qué?

Por un momento, me pareció que me miraba sin verme. Luego, se recobró y respondió:

—Quiero preguntarle una cosa, nada más.

—¿Va todo bien?

—Sí, claro —sonrió nerviosa—. Ya es hora de estar en la cama. Buenas noches.

Subí con paso firme a mi cuarto, corrí las cortinas y me deslicé en la cama.

Me pregunto qué pasará con Venetia para que mamá esté tan asustada. Supongo que con Venetia todo es siempre un drama, por una cosa o por otra.

Seguramente no sea nada.

Diario de Silvie

Jueves 1 de agosto de 1940

Hoy el brigadier estaba muy enfadado con Venetia. Llegó tarde a casa y gritó. Dijo que estaba embarazada. Eso significa que va a tener un bebé. Con el señor Slater. Eso es malo. El brigadier la llevó a su despacho y gritó cosas feas. Luego, le pegó. Ella gritó y salió corriendo en plena noche.

«Lo mataré», gritó el brigadier. Fue a coger su pistola.

Me asusté. Salí corriendo tras ella. Pero ya no estaba.

Así que me escondí en mi cuarto. Luego oí a Kitty subir las escaleras. Y luego el ruido de un avión, cada vez más fuerte, volando bajo. Me tapé bajo la manta, asustada.

**Portada del *Kent Times*,
Viernes 2 de agosto de 1940**

Bombardeo en Chilbury

Entrada la noche de ayer, un solitario avión nazi arrojó tres bombas sobre el pueblo.

Los voluntarios de rescate locales se emplearon toda la noche para rescatar a los heridos y apagar los incendios que devastaron Church Row y otros edificios de la localidad. Hay tres

personas desaparecidas,
se teme que hayan
fallecido.

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Ivy House,
Chilbury,
Kent*

Viernes 2 de agosto de 1940

Querida Angela:

Estoy completamente agotada, en todos los sentidos. Sin duda ya sabrás que anoche bombardearon Chilbury. Estuve allí cuando sucedió, contemplando cómo nuestro mundo reventaba delante de mis propios ojos, pero deja que empiece por el principio.

Había tenido una pelea tremenda con mi padre. Ha descubierto que estoy embarazada y amenazó con matar a Alastair. Salí corriendo en plena noche, desesperada por prevenir a Alastair, por contarle lo del bebé, nuestro bebé. Entonces escuché un disparo en el bosque, y luego otro, y pensé que papi había dado con él y lo había matado. Aterrada, eché a correr por el camino hasta el pueblo. Tenía que asegurarme de que Alastair estaba bien. Sin importar lo que costara, tenía que llegar a su casa cuanto antes.

Al principio intenté ignorar el sonido de un avión lejano,

pero fue aumentando a medida que me acercaba a la calle de la plaza. Volaba bajo, produciendo un rugido gutural y crepitante al tiempo que aparecía y desaparecía entre las nubes. Continué corriendo, intentando escapar de toda esta situación, de esta guerra, de todo.

Cuando la calle desembocó en la plaza, el ruido del avión se volvió de pronto ensordecedor, y apareció justo a mi espalda, muy bajo, persiguiéndome.

Oí gritos al otro lado de la plaza. Debía de ser alguien llamando al vicario para que hiciera sonar la sirena, puesto que un momento después sonó su lento ulular, mezclándose con el rugido del avión, tan atronador que sentí que me iban a estallar los oídos.

Pero ya era tarde. Demasiado tarde. La sombra me envolvió y al alzar la cabeza vi un avión nazi cerniéndose sobre mí. Su ruido ensordecedor y su presencia gris oscura me hicieron encogerme de miedo. Me sobrevoló como el ángel exterminador y, cuando miré su protuberante vientre negro, vi abrirse las compuertas que liberaban las bombas y, una tras otra, su carga mortal se derramó en el cielo nocturno, cayendo directa sobre Church Row.

Eché a correr para llegar a casa de Alastair antes que las bombas, desesperada por avisarlo. El avión pasó zumbando por encima, ladeándose para girar, sin esperar a asistir a la inminente destrucción.

Vi un repentino brillo blanco delante de mí cuando la explosión de la primera bomba rasgó la noche, seguida de la segunda, y luego otra, mientras el eco de las detonaciones resonaba en la noche. Fragmentos de casas, muebles y gente salieron disparados por los aires y cayeron a tierra. Los incendios se elevaron sobre la destrucción: grandes llamas azules y doradas cobrando fuerza en el cielo lleno de humo y escombros.

La fuerza de la explosión me tiró al suelo, y me hice cortes en la cara y las manos con esquirlas de cristal. Me levanté y

corrí hacia las llamas. Parecían centrarse en la casa de Alastair, aunque gran parte de Church Row estaba destrozada, reducida a montones de cascotes entre las paredes que habían sobrevivido, envueltas por las colosales llamas. Me goteaba sangre de un corte en el brazo, pero yo solo corría y corría. ¿La gente habría tenido tiempo de salir antes de que cayera la bomba? ¿Habría supervivientes? ¿Alastair sería uno de ellos? ¿Y Hattie? ¿Qué pasaba con Hattie?

Grité: «¡Alastair, Alastair!», pero no hubo respuesta. Solo el sonido inmenso del fuego, y de vez en cuando una tremenda explosión cuando las llamas encontraban algo inflamable.

A medida que me acercaba, el fuego resultaba abrasador. Pude ver la silueta de la casa de Alastair, y la de Hattie al lado.

Me detuve por un segundo y contemplé el fuego cobrando vida, llevándose hacia el cielo briznas y recuerdos de Alastair. Empecé a llorar, todavía gritando su nombre, sin preocuparme por taparme la cara, suplicando a Dios que le permitiera salir intacto de entre las llamas.

Entonces fue cuando oí los gritos. Me incorporé con horror al escuchar los chillidos agudos de un bebé. Rose. La pequeña de Hattie. Miré hacia su casa. Estaba más intacta que la de Alastair. La segunda planta seguía en pie pero a punto de sucumbir entre las llamas.

Miré a mis espaldas. No había nadie.

—¡Ayuda, por favor! —aullé en la plaza, pero ninguna voz me respondió.

El bebé volvió a gritar. Se me revolvió el estómago. Avancé con cautela hacia la casa y abrí de una patada la puerta, que aterrizó con una sacudida incandescente a mis pies mientras las llamas ardían enfurecidas en el interior del edificio esquelético. Retrocedí de un salto y volví a gritar.

—¡Ayuda, por favor!

Había mucho humo y polvo en el ambiente, y tuve que retroceder para tomar aire, e incluso allí había mucho calor y

poco oxígeno, casi imposible de respirar. Luego me protegí la cara con los brazos y me sumergí en la casa. Como sabía que la escalera se encontraba junto a la puerta, corrí al piso de arriba y encontré al bebé en una cuna en el pequeño dormitorio, con llamas azules lamiendo la pared del fondo y un denso humo negro que convertía el aire en irrespirable. La cogí, envuelta en su mantita, y salí corriendo por la puerta. El calor era insoportable, y sentí que las escaleras se derretían bajo mis pies mientras bajaba apresurada, conteniendo la respiración y rezando por poder salir antes de que la casa se derrumbara.

Al llegar al final, el último escalón se venció y me caí de bruces al suelo, junto a la puerta, protegiendo al bebé del peso de mi cuerpo con los codos. La sangre brotó de mis brazos, empapó la manta y mi vestido. Me incorporé y salí a trompicones por la puerta entre los cascotes, incapaz de ver el suelo que tenía delante porque llevaba al bebé apretado contra el pecho. Finalmente estuve lo bastante lejos, el aire era fresco y estaba limpio de hollín y humo, así que me detuve a respirar. Me volví justo a tiempo para ver cómo la casa estallaba en un millón de pedazos.

Abrazando al bebé, contemplé el fuego y las erupciones, sangrando de varias heridas, cubriendo con los hombros al pequeño bebé, aferrándome a ella como si fuera la última esperanza del mundo. De repente, un gigantón se acercó a mí, y me preparé para recibir un nuevo susto, pero el hombre se detuvo sorprendido.

—¡Venetia!

Era el coronel Mallard, con aspecto increíblemente tenso y vehemente.

—¿Es eso un bebé? —exclamó frenético, cogiendo de mis brazos la manta con gran urgencia, porque justo en ese momento sentí que el suelo se movía bajo mis pies y ascendía hasta chocar contra mi cuerpo débil y ensangrentado. Caí sobre un montón de cascotes.

Debí de desmayarme de golpe, porque no tengo ni idea de

cómo llegué a casa de la señora Tilling, ni de qué hora era cuando por fin me desperté. Solo sabía que estaba en un extraño cuartito, en una cama pequeña y suave. Casi no me podía mover. Sentía un dolor colosal en todo el cuerpo, sobre todo en el brazo. Permanecí allí tumbada, parpadeando en la oscuridad, hasta que comprendí que estaba en una cama en el pequeño trastero de la casa de la señora Tilling. Tenía una gruesa venda en el brazo, y llevaba puesto un viejo camisón blanco. Todo resultaba increíblemente borroso, y cuando tosí tuve la sensación de que tenía un saco de arena en la garganta.

—¿Estás mejor? —me preguntó la señora Tilling, acariciándome la frente. Al mirar sus ojos preocupados, todo lo sucedido me llegó como una riada y rompí a llorar, aunque no muy fuerte, ya que me dolía todo.

—¿Qué le ha pasado al bebé? —pregunté entre gimoteos.

—Está bien. Se ha calmado y ahora está dormida en un cajón en el piso de abajo.

—¿Un cajón?

—Sí, no tengo una cuna, así que el coronel Mallard vació de ropa un cajón de su cómoda, lo sacó del mueble y lo puso en la mesa de la cocina con unas mantas para que estuviera a gusto. Supongo que es un poco anticuado usar un cajón —se encogió de hombros—, pero ese no es el mayor problema de Rose ahora. Al menos está viva, y eso es gracias a ti.

—¿Y su madre? ¿Hattie...?

—No —sacudió la cabeza—, no ha sobrevivido —susurró, con el dolor agarrado a su garganta, ahogándola—. Prim ha muerto, también. —Un gesto de rabia se apoderó de ella, pero lo reemplazó rápidamente por su habitual pragmatismo—. No sabemos qué va a ser de la pequeña Rose. No tiene parientes cercanos. Victor tiene una tía, la hermana de su madre, en Wiltshire, así que le escribiré.

Las noticias me atravesaron como una nube saturada de tormenta que espera a derramar su contenido más adelante.

Hattie había fallecido. Prim, también. De momento solo eran palabras.

—¿Y Alastair?

Me cogió de la mano, que también estaba vendada.

—No sabemos qué ha sido de él —dijo en voz baja—. ¿Se suponía que anoche estaba en casa? ¿Te estaba esperando?

La miré, sin saber muy bien qué me estaba preguntando.

—Todavía no lo han encontrado —añadió lentamente, eligiendo con tacto las palabras—. No sabemos si estaba en la casa cuando la bombardearon. Pensábamos que quizá tú lo sabrías.

Tenía la mente muy confusa. ¿Se encontraba en casa? Los demás lugares en los que podría estar desfilaron por mi mente. Podría haber asistido a una reunión con espías o contrabandistas, o podía estar tirado en el bosque de Peasepotter con un tiro en la cabeza. Me acordé del hombre alto y enfadado con el que se había visto, ese al que la ropa le quedaba pequeña y al que le entregó un pasaporte.

¿Por qué no se me había ocurrido antes? El hombre alto debía de ser el piloto nazi abatido que los Voluntarios de Defensa estaban intentando encontrar. Eso explicaba las ropas de talla más pequeña y que estuviera intentando escapar del país. No me lo podía creer. Alastair ayudaba a un soldado enemigo. ¿Cómo podía hacer algo así?

¿Y cómo podía amar yo a un hombre así?

Mi cabeza daba vueltas, dolorida. Entre esa mezcla de dudas y miedo, todavía no podía soportar la idea de que estuviera muerto. ¿Estaba anoche en casa? ¿Yo acudí porque realmente esperaba encontrarlo allí? No habíamos quedado. La última vez que estuvimos juntos fue cuando salí corriendo por el huerto ayer por la mañana, sin despedirme.

No nos habíamos despedido.

Volví a llorar, queda, suavemente, y la señora Tilling tomó

mi mano entre las tuyas. Era demasiado todo. Alastair, desaparecido; Prim, fallecida; Hattie, mi amiga del alma, muerta y dejando un bebé huérfano. Era todo excesivo.

Al final me volví a dormir. La señora Tilling debió de pasar toda la noche sentada a mi lado, porque seguía allí cuando me desperté de nuevo por la mañana, con el sonido de los llantos del bebé llenando la casa.

—¿Quién está cuidando del bebé? —pregunté.

El llanto me ponía nerviosa, aunque supongo que es su función, despertamos a las mujeres y ponemos en movimiento. De repente Rose paró de llorar, como si alguien la hubiera cogido en brazos.

—El coronel Mallard —respondió—. Por lo visto, se le dan bien los niños.

Alzó las cejas sorprendida, aunque en cierto modo para mí tenía sentido.

—¿La pequeña está bien? Todo ese humo...

—Tiene algo de tos, pero, sinceramente, es un milagro que esté viva. Y tú, también. —Me miró enfadada—. ¿Sabías que el edificio estaba a punto de explotar cuando entraste a cogerla?

—No lo pensé. —Intenté bajarme de la cama, pues me encontraba más despierta. Quería levantarme, descubrir qué había pasado con Alastair—. No podía soportar su llanto y sentí, bueno, que era mi obligación. —Mientras hablaba, mi memoria regresaba a aquel momento—. Pedí ayuda a gritos, pero no había nadie, y el bebé no paraba de llorar. Solo estaba yo. Tenía que ir.

—Creo que deberías quedarte en la cama, Venetia. —Me condujo de nuevo a la cama, tapándome con la vieja colcha—. Has perdido mucha sangre.

Miré la venda de mi brazo, recordando el tajo.

—¿Es grave?

—Te di algunos puntos —dijo con su tono tranquilo.

—¿Y el bebé? —susurré—. ¿Mi bebé?

—Por ahora va bien —dijo—. Pero te estás recuperando de una conmoción, y estás muy magullada y herida. Tu bebé no aguantará si sigues intentando levantarte. ¿Quieres que llame a tu madre para que venga a por ti?

La miré.

—Pero necesito encontrar a Alastair.

Sacudió lentamente la cabeza.

—Venetia —dijo, de un modo que me hizo estallar en lágrimas, pues sabía lo que venía. Me dio unas palmaditas en el hombro, sujetándome para que no me levantara—, si estaba en esa casa, no habrá sobrevivido.

Solté unos largos gemidos.

—¿Qué quiere decir? ¿Está usted segura?

—No sabemos con seguridad si estaba allí. ¿Siempre te espera por la noche, Venetia?

—Bueno, casi siempre —mentí.

Con frecuencia no se encontraba en casa, y me hacía esperar a mí. Yo entraba y me tumbaba en su sofá a hojear sus poemas, o a contemplar mi desnudo con asombro y aversión a partes iguales, y sentía que el color y la luz de la habitación cambiaban cuando él entraba por la puerta, los grises y marrones se transformaban en dorados y bronces. A veces yo también llegaba tarde, ya que tenía problemas para escapar de Chilbury Manor, por el mal tiempo, hermanas entrometidas, padres exigentes y demás. Los dos estábamos dispuestos a esperar, a esperar lo que fuera necesario.

—Bueno, en ese caso... —titubeó, incapaz de terminar la sentencia.

Después de un momento de silencio, solté lo que me rondaba por la cabeza:

—Creo que mi padre podría haberlo matado de un tiro.

Dejó de acariciarme la cabeza por un instante y una mueca de ansiedad cubrió su rostro.

—¿Tu padre sabe lo del embarazo?

—Sí —la miré—. Alguien debió de contárselo anoche, antes de que volviera a casa.

—¿Pudo ser la señorita Paltry? ¿Se lo contaste?

Se me cortó la respiración.

—Ella no se lo habría contado, sabiendo que me mataría. — Se me secó la boca—. ¿Sería capaz?

La señora Tilling torció el gesto.

—No estoy segura, querida. —Sacudió la cabeza con asombro—. La verdad es que no estoy segura.

Me arropó y se fue a traerme leche caliente para que me volviera a entrar sueño. Le preocupa que pierda el bebé, y a mí también me asusta, más de lo que me atrevo a reconocer. Si es verdad que Alastair ha muerto, bien por la bomba o por los disparos en el bosque, este bebé es lo único que me queda de él, y sé que suena sentimental y ridículo, pero lo echo de menos como si me estuviera muriendo de algún modo. Se me derriten las entrañas, se disuelven lentamente en la nada. Este bebé, su bebé, es mi única esperanza, la única estrella que brilla en un cuerpo de desesperanza.

Ay, Angie, es tan terrible que no estés aquí conmigo. Pobre Hattie, todavía no puedo creer que nuestra querida y cariñosa amiga de ojos brillantes ya no esté entre nosotros. No sé qué será de mí sin ella. Puedo oír su voz en mi cabeza diciendo: «Venetia, tienes que aprender a cuidarte un poco».

Mientras escucho los gorjeos de Rose, siento un vínculo entre nosotras. He decidido que debo ser como su hermana mayor. Se lo debo a Hattie, puesto que ella fue como una hermana mayor para mí.

Escríbeme en cuanto puedas.

Con mucho amor,

Venetia

Diario de la señora Tilling

Sábado 3 de agosto de 1940

Naya par de días más horribles! Tengo un muy mal presentimiento sobre esta guerra: que nos invadirán, que perderemos nuestro país, nuestra cultura, nuestra libertad. Que lo daremos todo, todo nuestro esfuerzo, todas nuestras esperanzas y sueños, nuestro propio ser. Luego los nazis vendrán y no quedará nada. Seremos esqueletos huecos, permitiendo que nos pisoteen, dejando que dirijan nuestras vidas, nuestros hogares, nuestros hijos... si es que queda alguno.

Según el coronel Mallard, el bombardero probablemente pasó de largo sobre Dover, se perdió, y entonces tuvo que arrojar sus bombas para poder regresar al otro lado del canal. No deberían haber caído sobre civiles. Tanta pérdida y se trataba solo de un espantoso error, una decisión tomada sobre la marcha.

Venetia se marchó a su casa esta mañana, y todavía no está bien. Ha perdido mucha sangre, y me preocupa que pierda al bebé. La conmoción fue fuerte y aún no se ha recuperado del todo. Está tremendamente apenada por Hattie, y todavía habla de Slater como si fuera a volver. No se encontró ningún cadáver en lo que quedó de su casa, y Venetia no parece saber dónde podría estar.

Uno de los lados de la plaza ya no existe. Las mujeres del pueblo hemos trabajado duro para limpiarla, intentando sacar provecho de la pila inestable de ladrillos y objetos inservibles, algunos de los cuales son muy perturbadores, como los vestidos que se ponía Hattie, los adornos dorados de Prim. Mientras tanto, un número creciente de saqueadores ha estado rastreando las ruinas en busca de joyas o baratijas. Ayer vi a Ralph Gibbs apartando a una mujer de un empujón para conseguir algún tesoro, con los ojos delirantes de codicia. Esta guerra lo ha convertido en un monstruo.

La casa de la señorita Paltry también estaba destrozada, pero por suerte la sacaron de los escombros solo con la cadera fracturada. La han trasladado al hospital de Litchfield, así que quizá cuando tenga tiempo para visitarla le pregunte por este curioso asunto de los bebés.

Ayer la señora Quail encontró lo que quedaba del gramófono de Prim y alguna cosa más. El vicario nos dijo que podemos dárselas mañana a las hermanas de Prim, que van a acudir a un homenaje especial que se le rendirá en la misa del domingo.

También encontramos algunas pertenencias de Hattie, incluida una lata de galletas con sus cartas. Todo el mundo convino en que yo debía quedármelo para dárselas a la tía de Víctor cuando venga a recoger al bebé, así que me las he traído a casa y he pedido al coronel que la fuerce porque se fundió durante el incendio y no se abre.

—¿Eso no es ilegal? —preguntó, como siempre engreído por hacer lo correcto.

—Ábralo —dije—. Yo asumiré la responsabilidad si le ocasiona algún problema. Si no colabora, ya encontraré un modo de abrirlo yo.

Me miró como si estuviera loca.

—Al final, alguien tendrá que abrirla —dije con calma—. Y estoy segura de que Hattie hubiera preferido que fuera yo y no la tía de Víctor, ¿no le parece?

Refunfuñó y luego se puso a forzarla con un destornillador. Una vez abierta, me la entregó y repasé su contenido.

—¿No le parece que está revolviendo en la vida privada de otra persona?

—No. Lo que me parece es que no tengo tiempo de hacerme preguntas en este momento. —Seguí, y luego me detuve y miré al coronel—. Solo me gustaría asegurarme de que la familia quiere al bebé y respeta la memoria de Hattie. Que la acogerán en su hogar.

Volví a rebuscar en la lata.

—Por ejemplo, no podemos permitir que encuentren esta carta de amor que no va firmada por su sobrino —dije, sacando una carta y echándola a un montón de cosas que dejaría aparte—. Ni esta otra.

—Sí, sí —dijo—. Supongo que tiene razón. Muy astuto por su parte.

Dejé de hojear las cartas y lo miré.

—No es más que lo que me gustaría que hicieran por mí.

Pensé que me iba a echar a llorar, conociendo a Hattie como la conocía, sabiendo cuánto quería a ese bebé, cuánto quería a su esposo. Qué irónico que estuviese tan preocupada porque le pasase algo a Victor, en algún punto del Atlántico, y al final haya terminado siendo ella la que ha muerto.

—Es usted muy valiente —dijo con dulzura el coronel, posando su manaza en mi antebrazo y dejándola allí por un instante, curiosamente consoladora en la austera nueva luz del día.

Había una fotografía de Hattie y todo el grupo: Venetia, Henry, Angela Quail, mi David y Ralph Gibbs, el de la tienda. Estaban caminando en la entrada a Chilbury Manor. Alguien les había sacado la foto cuando ninguno miraba. ¿Victor, quizá? Estaban separados los unos de los otros: Hattie y Venetia en primer plano, sonrientes y cogidas del brazo; David y Ralph riéndose y empujándose, con un aspecto muy joven e inocente,

antes de que llegara la guerra y los convirtiera rápidamente en adultos. Y luego, al fondo, medio escondidos, estaban Angela y Henry, cogidos de la mano. Ella le susurraba algo al oído, tocando su brazo con la otra mano, y él se reía. Parecían dos amantes. Me pregunté cómo no lo había notado antes. Angela estaba enamorada de Henry, pero él siempre quiso a Venetia. Si miras atentamente la fotografía, puedes ver que tiene los ojos fijos en Venetia, que camina por delante, mientras que los ojos de Angela lo miran a él de soslayo. Me pregunté si Venetia lo sabría. Probablemente no.

—¿Qué va a hacer con eso? —preguntó el coronel, mirando mi montón.

—Lo meteré en un sobre y se lo daré a Rose cuando tenga edad de entenderlo —le dije, ajustando el montoncito, como si fuera a ser una valiosa sorpresa en el futuro—. No sabrá nada de su madre, crecerá solo con su padre. Estas cositas la ayudarán a llenar algunos de los vacíos.

—No se puede dibujar una imagen de alguien fallecido —dijo el coronel sin rodeos—. Créame, lo he intentado. Hay tantas cosas intangibles en una persona, todos esos pequeños detalles, su pasado, esas pequeñas costumbres molestas, la forma de hablar, su aroma natural. Son esas cosas, y tantas otras innumerables, lo que confiere a la gente esa plenitud de vida que simplemente no se puede recrear. Se pueden emplear fotografías, retratos, poemas, perfumes, todo lo que uno encuentre para recordarlos, pero la esencia de una madre no se puede transmitir a sus hijos. Como mucho, se puede esbozar.

—¿Perdió usted a su esposa? Cuánto lo lamento... —debí de sonrojarme intensamente al pensar en la manera horrible en que había tratado al pobre hombre, que era viudo, también. Como yo. Y nunca se me había ocurrido preguntárselo.

—Sí —miró hacia el jardín, donde una brisa agitaba las clemátides, sacudiendo arriba y abajo las maduras flores violetas—. Mis hijas tenían siete, nueve y diez años cuando murió Vera. La recuerdan como una mujer enferma, exigente,

indispuesta, que a veces incluso daba miedo. Es una ardua tarea convencerlas de que una vez fue una persona hermosa y llena de vida. —Cogió la fotografía de Hattie y la contempló con pena—. Ella también poseía vitalidad y sueños, como esta pobre mujer.

Me conmovieron bastante sus palabras. No sabía que tuviera una esposa fallecida, aunque a veces había mencionado a sus hijas de pasada. De repente sentí muchísima lástima por él; a fin de cuentas, sabía cómo se sentía una al estar sola, criando a los hijos, tirando adelante.

—David solo tenía ocho años cuando murió Harold. Salimos adelante solos bastante bien, estamos muy unidos. ¿Dónde están ahora sus hijas?

—Están en Oxford con su tía, mi hermana, y ya son mayores: doce, catorce y quince. He pensado en alquilar una casa por aquí y traérmelas a vivir conmigo. Las echo de menos, ¿sabe? —Tosió un poco para compensar su franqueza—. Pero ahora...

—Sí, probablemente estén mejor allá arriba de momento — dije en voz baja, y me sorprendió el hecho de que hubiera pensado en marcharse y alquilar una casa en lugar de quedarse aquí en Ivy House. ¿No le gustaba? ¿Por qué no me lo había dicho? Quizá debería haber procurado que se sintiera mejor acogido.

Así que preparé té para los dos, y cuando se sentó junto a mí en la mesa de la cocina, le pregunté por sus hijas.

Diario de Kitty Winthrop

Lunes 5 de agosto de 1940

La vida sin Prim

Esta tarde hemos tenido un ensayo especial del coro, el primero sin Prim. Me costó muchísimo entrar en la fría iglesia consciente de que ella no iba a estar allí. Nuestro coro nunca volverá a ser el mismo. Muchas de nosotras no pudimos asistir al funeral de Prim porque se celebró en Londres, así que el vicario ofició ayer una misa especial en su memoria.

Me pidió que dijera unas palabras, lo cual era todo un honor, y decidí contar a todo el mundo los momentos que pasé con Prim. La tremenda fuerza que supuso para nuestras vidas. Sin embargo, cuando me llegó el momento de hablar, no estaba segura de poder hacerlo, pues temblaba de los nervios y de la tristeza al subir al púlpito.

Pero entonces me acordé de Prim. Ella hubiera querido que fuese fuerte.

«En mi primera lección en casa de Prim, hablamos de la muerte. Me contó que había estado a punto de morir de malaria. Dijo que no le preocupaba la idea de la muerte. Que ser consciente de que vas a morir en realidad hace tu vida mejor, porque solo de ese modo decides llevar la vida que

realmente te apetece, no la que los demás quieren que vivas. Y aprendes a disfrutar al máximo cada minuto.»

Hice una pausa para recobrar-me. Todo el pueblo estaba allí, y también algunas personas venidas de Litchfield. Todos esperando mis palabras.

«Resulta demoledor que ya no esté entre nosotros, pero ella no hubiera querido que esta misa estuviera dedicada a su muerte, sino que fuese un canto a su vida. Era una persona de lo más vibrante, de lo más llena de energía, de lo más auténtica, y para mí siempre estará viva.»

Comencé a llorar, y la señora Tilling se acercó para ayudarme a regresar a mi asiento. Resulta tan duro asumir el hecho de que hemos perdido su inmensa presencia...

Las lágrimas brotaban de nuestros ojos cuando cantamos *Come Down, O Love Divine*. Vamos a echar mucho de menos su valiente osadía y, mirando los asientos del coro, me pregunté si no se nos habría pegado un poco a todas. Que solo con estar cerca de ella, nos hubiéramos vuelto más osadas y atrevidas, dispuestas a desafiar al mundo en su nombre.

Qué pasa cuando la gente se muere

Puede que sus almas vayan al cielo, donde quizá vuelva a verlos cuando yo me muera (aunque no estoy segura de qué aspecto tendrán entonces)

Sus cuerpos van a la tierra, donde se convierten en banquete para los gusanos

Su presencia sigue viva en la gente que los conocía, como si hubiéramos adquirido esa responsabilidad al conocerlos, sin ni siquiera haber sido preguntados al respecto

Su esencia se refracta al universo, donde impregna de

color el aire con sus tonos, para finalmente sangrar en la puesta de sol junto a los demás colores, en un desfile de muertos con cada oficio de vísperas

La cuestión de quién dirigirá el Coro Femenino de Chilbury

En el ensayo del coro de esta tarde, hemos tenido que decidir qué vamos a hacer en el funeral de Hattie, que se celebrará mañana. Como era de esperar, la señora B rápidamente asumió el papel de Prim, pero sus modales de moscardón resultaban muy abruptos y toscos comparados con el recuerdo cercano de Prim.

—Tras nuestra trágica semana, hoy estamos aquí reunidas con el fin de ensayar para el funeral de Hattie —comenzó a decir la señora B—. Como era una de nuestras principales sopranos segundas, estamos en la obligación de dar lo mejor de nosotras.

—Es lo mínimo que podemos hacer por ella —intervino la señora Tilling, adelantándose—. Casi no puedo soportar que cantemos sin ella, pero sé que es lo que ella hubiera querido. Le habría gustado que le dedicáramos el mejor canto fúnebre que hayamos interpretado nunca.

Hubo un murmullo de aprobación, y luego la señora B pidió silencio.

—Sí, sí, todas lo sabemos, señora Tilling. Gracias por compartir sus impresiones. Las tendremos en cuenta. —Indicó a la señora Tilling que volviera a sentarse, pero la señora Tilling estaba ocupada repasando unas partituras en el altar y la señora B, visiblemente molesta, continuó—: Después de mucho pensarlo, creo que lo mejor será que volvamos a cantar el *Ave María* para el funeral. Podemos intentarlo y, bajo mi batuta, repetir nuestra gloriosa actuación de Litchfield.

Más alboroto. Nadie quería volver a cantar el *Ave María*. En cierto sentido, nos parecía mal limitarnos a repetir lo que habíamos cantado para ganar el concurso, cuando esta ocasión no tenía nada de victoriosa. Miramos a la señora Tilling, que estaba atareada hojeando un montón de cuadernos musicales.

—¡No podemos cantar eso! —afirmó, levantando la cabeza de los papeles—. Es totalmente inapropiado para esta situación. No, necesitamos otra cosa. Algo para Hattie.

—Quizá podamos intentar la «Lacrimosa» de Mozart, ahora que esa misa especial que pensaba organizar Prim se ha... cancelado. Sé que necesitamos trabajarla, pero está pensada para un funeral —intervino la señora Quail.

—No, eso tampoco es adecuado —suspiró la señora Tilling—. Es demasiado fuerte y dramática. Hattie hubiera querido algo sencillo, como un himno famoso.

—¿Ah, sí, señora Tilling? —replicó la señora B—. Díganos, si nos hace el favor, lo que tiene en la cabeza.

—Bueno, el vicario nos ha dejado todos los viejos cantorales de la iglesia. Tienen un poco de polvo, pero estoy segura de que podremos encontrar algo.

Subí y la ayudé a buscar. Algunos de los cuadernos estaban muy estropeados, y a veces simplemente no había suficientes para repartir, aunque compartiéramos uno entre tres o cuatro. No podríamos conseguir más música a tiempo.

—¿Qué tal este? —dije, levantando uno en la mano—. ¿El *Mesías* de Händel?

—Quizá sea un pelín alegre, Kitty —dijo con cariño la señora Tilling, hojeándolo—. Ah, aquí lo tenemos. *Amazing Grace*, una de las obras musicales más emotivas jamás escritas.

Todas murmuraron, y hubo consenso general en que se trataba de una excelente elección.

—Ese hermoso himno reúne la vida en su totalidad —dijo la señora Tilling con tono melancólico, y luego añadió con decisión—: Es justo lo que buscábamos.

Repartió los cuadernos, y todas empezamos a tararear la música. Nos colocamos en nuestros puestos y la miramos, listas para empezar.

—¿Nos dirige usted, señora Tilling? —pregunté. Era la persona adecuada, pues sabía leer música y además tenía una voz muy buena.

—Sí, ¿dirige usted? —dijo una voz desde las contraltos.

—Bueno —balbució la señora Tilling.

Noté que le resultaba incómodo ocupar el lugar de Prim, una presencia y autoridad tan únicas, fallecida apenas unos días atrás.

—Venga, señora Tilling —dijo la señora Quail desde el órgano—. Usted es la única que puede hacerlo.

La señora B, que seguía al frente, se dirigió al centro y dijo:

—Bueno, no creo que debamos obligar a la pobre señora Tilling. Al fin y al cabo, ella solo ha subido al estrado para ayudarnos a encontrar la obra adecuada, y ahora que ya está hecho, la necesitamos en las contraltos. —Sonrió benevolente a la señora Tilling, con la mano estirada indicándole el camino de regreso a los asientos del coro.

Por un instante, pareció que la señora Tilling se disponía a regresar junto a las contraltos, pero entonces algo la retuvo, enderezó la espalda y sonrió a la señora B.

—Puedo hacerlo, creo —dijo—. No será igual que con Prim, pero todas hemos de dar lo mejor que tengamos. Podré dirigir al grupo, hacer que mantengamos el ritmo y asegurarme de que los *crescendos* y los *rallentandos* salen bien. Lo haré.

—Así se hace, señora Tilling —exclamó la señora Quail, entre otras voces y gestos de conformidad—. Es usted la mejor del grupo. ¡Lo hará bien!

Observé a la señora B regresando a su sitio, con la cabeza alzada para disimular su disgusto. Nunca la había visto así de derrotada, sobre todo por su habitual adepta local, la señora

Tilling. Las tomas están cambiando.

La señora Tilling no tenía batuta, pero alzó los brazos y con un gesto de la cabeza indicó a la señora Quail que empezara. Luego me miró directamente a mí, como si supiera que yo iba a encabezar la entrada de las sopranos, y unas lágrimas comenzaron a formarse al recordar a mi querida Hattie, una chica que siempre formó parte de mi mundo, que se deshacía lenta pero firmemente, disolviéndose de tal manera que ya no había marcha atrás.

¡Venetia es la heroína de Chilbury!

La plaza del pueblo es un caos. La tienda está cerrada. Pero, lo peor de todo, ¡Venetia es la protagonista del momento! No puedo ir a ningún sitio sin que me bombardeen con preguntas sobre mi hermana. ¿Cómo salvó al bebé? ¿Ha recibido el bizcocho que le hizo la señora Quail? ¿Le van a dar una medalla al valor? «Pobre Venetia» por aquí, «Bien hecho, Venetia» por allá.

Tuvo la suerte de estar en el lugar adecuado en el momento preciso. Cualquiera hubiera hecho lo mismo. Yo, sin lugar a dudas, lo habría hecho si hubiera estado allí. Y entonces yo sería la heroína.

¡Pero Venetia está embarazada!

Elsie, nuestra criada, me lo contó esta mañana, mientras preparaba unos bollitos que me atrajeron a la cocina.

—¿Te has enterado de lo último? —dijo en voz baja, extendiendo mantequilla en uno para mí y acercando un plato con mermelada de fresa en mi dirección.

—¿El qué? —dije con la boca llena.

—Lo de Venetia y el bebé.

Se giró para que no pudiera verle la cara, y su delantal envolvió su enjuto cuerpo como si fuera una bailarina. Tiene ese aspecto alto y pintoresco que parece hermoso desde lejos, pero al acercarte ves la amargura deprimente de sus ojos, que estropea bastante la primera impresión. Sin embargo, hoy parecía más contenta, con un brillo en sus grandes ojos verdes, como el gato acechante de un brujo.

—He oído lo de que rescató al bebé —empecé a decir. Pero me interrumpió con brusquedad.

—No, que va a tener un bebé ella —se volvió hacia mí y acercó su cara afilada a la mía—. Un hijo del señor Slater.

Retrocedí un paso.

—¿Venetia está embarazada?

—¡Chist! —se apresuró a decir—. No le digas a nadie que te lo he contado.

Seguramente tema que alguien diga que anda cotilleando o causando problemas. Se dio la vuelta y salió corriendo de la cocina, dejándome confusa primero y conmocionada después.

¡De repente todo encaja!

Por qué papi está furioso con Venetia

Por qué Venetia no habla con papi

Por qué mamá está tan preocupada por la salud de Venetia

Por qué a Venetia le ha afectado tanto la desaparición de Slater

Por qué todo el mundo actúa de un modo tan raro y, lo

peor de todo

Por qué nadie me cuenta nada

Pero resulta extraño que sea Elsie la que me lo haya contado. Apenas habla conmigo, a veces me pregunto si está resentida por ser sirvienta. Venetia dice que por eso cuesta tanto conseguir personal en estos tiempos. A nadie le gusta que le den órdenes. Quizá Elsie se esté tomando la revancha, sobre todo ahora que tiene el doble de trabajo desde que se marchó Progett. Hace ya un par de días que no lo vemos, así que forzamos la puerta de su cuarto. Lo había vaciado por completo. Debió de marcharse la noche del bombardeo. Estamos todos desconcertados, excepto papi, que está totalmente fuera de sí.

Decidí buscar a mamá para preguntarle por qué no me había contado nada del embarazo de Venetia, pero cuando la encontré en el cuarto del bebé, con Lawrence lloriqueando, decidí no decir nada. A veces es mejor seguir como si nada para que nadie sospeche que sé algo. Sin embargo, llevo todo el día pensando en ello, dándole vueltas y vueltas en la cabeza. No puedo evitar deleitarme con la idea de que esto seguramente será el fin de Venetia.

Esto va a hacer que no levante cabeza el resto de su vida.

Diario de la señora Tilling

Martes 6 de agosto de 1940

Bajo la desapacible llovizna de la tarde, nuestro pequeño grupo sollozante se apiñó frente a la vieja iglesia, con frío y nervios, para asistir al funeral de Hattie, el último acto en la vida de nuestra querida amiga. El final apropiado que supuestamente sería el remate de todo, pero que resultaba tan contrario y poco adecuado para una personalidad tan animada y cariñosa...

—Es muy duro pensar que no va a aparecer corriendo por la esquina, con su típica sonrisa reluciente en el rostro —susurró Kitty, sorbiéndose sonoramente la nariz, y todas miramos hacia el rincón por el que podría aparecer.

—Siento que su espíritu nos acompaña —respondí, abrazando a la pequeña Rose, con su carita sonriente en este día terrible que iba a cambiar su mundo para siempre... casi con toda seguridad a peor.

—No sabe que su madre ya no está, ¿verdad? —murmuró Kitty.

—No, y pasarán unos cuantos años hasta que tenga edad para entenderlo. No podrá conocer a Hattie, solo a Victor y a la gente que la cuide.

—¿Quién se va a hacer cargo de ella hasta que vuelva

Victor? —Los ojos de Kitty pasaron del bebé a mí.

Era una buena pregunta.

La tía de Victor ha escrito para decir que son demasiado mayores para quedarse con Rose. No me había dado cuenta de que ya tienen más de ochenta años. Ni siquiera han podido acudir al funeral, por desgracia. Así que, de momento, Rose se está quedando con nosotros —el coronel y yo— en Ivy House. Supongo que tendré que buscarle un hogar, una buena familia que la acoja.

Hace meses que nadie tiene noticias de Victor, aunque el coronel mandó comprobar el estado de su barco, y parece que está bien en algún lugar remoto del Atlántico. Victor probablemente no se haya enterado aún de la muerte de Hattie; puede que todavía siga viviendo una realidad paralela en la que su mujer y su nueva hija están felices en su acogedora casita, mientras es él quien se enfrenta a los bombardeos y arriesga la vida para que ellas puedan vivir libres. ¡Ay, qué ironía tan retorcida encierra esta historia!

Antes de que el vicario abriera las grandes puertas de la iglesia para dejarnos entrar, se acercó para comentarme algo.

—No tenemos portadores —me susurró apurado.

Lo miré, sorprendida.

—No hay hombres para llevar el féretro —explicó, tosiendo para ocultar su embarazo.

Miramos a nuestro alrededor. Había acudido un grupo de madres y niños de la escuela de Hattie, pero quitando al anciano señor Dawkins y al brigadier, que claramente no estaba de humor para portar ataúdes, éramos todas mujeres. Fue como si el mundo se desvaneciera ante mí. Mi adorada Hattie, que era como una hija para mí, arrancada tan temprano de la vida, y ni siquiera podíamos ofrecerle un funeral decente.

—Lo siento —murmuró el vicario—. Nuestros portadores habituales están en la guerra, o en el campo, o fabricando bombas. No puedo hacer nada.

—Todo el mundo anda apremiado en estos tiempos —dije en voz baja, molesta porque esta maldita guerra nos tenga tan ocupados para todo. Cuando hay que hacer algo, somos las mujeres las que debemos apañárnoslas.

Y entonces se me ocurrió.

—Nosotras llevaremos el féretro —anuncié.

Un mar de caras se volvió hacia mí.

Hubo un momento de confusión, en el que todo el mundo parecía mirarnos al vicario y a mí, asimilando la situación.

Luego, tras unos suspiros y algunos murmullos, todas se pusieron a dar un paso al frente; primero, Kitty; luego, la señora Winthrop y Venetia; la señora Gibbs, la señora Turner y la señora Poultrice; después, la señora B; y pronto todas se habían ofrecido en silencio.

—El Coro Femenino de Chilbury cargará con el peso —declaró la señora B, asumiendo el mando con su tono habitual, lo cual por una vez resultaba útil—. Llevaremos a Hattie, nuestra fiel soprano segunda, en su último paseo.

Cuando el vicario se dirigió a la sacristía, me di cuenta de que hacía falta que alguien se quedara con la pequeña Rose y, tras echar un vistazo, comprendí que no tenía más remedio que dejársela al brigadier.

—¿Podría sujetar a Rose un momento, por favor? —le dije con aspereza, colocándola entre sus brazos, y el hombre se quedó sorprendido con el bebé, mirando el chal azul con el ceño fruncido. Me detuve por un momento, preguntándome si el hombre notaría que esa hermosa criatura era, si mis sospechas eran acertadas, su hija. ¿Sentiría un escalofrío de remordimiento?

—Adelante, padre —dijo la señora B, y lo seguimos a la sacristía, donde se nos cortó la respiración ante la triste visión del ataúd, una estrecha caja de madera que contenía los restos de nuestra preciosa Hattie. Lo que una vez fue una joven vivaracha y vital, ahora no era más que unos despojos tristes y

apagados, sin color ni vida, depositados en una caja inerte.

—¿Cómo vamos a levantarla? —preguntó nerviosa la señora Gibbs.

—Quien se sienta con fuerzas, que se ponga en una esquina, y el resto nos colocaremos a los lados —ordenó la señora B.

Con el ánimo ensombrecido, alzamos a nuestra compañera de coro, al principio un poco tambaleantes, pero luego nos enderezamos y echamos a andar por el vestíbulo de la iglesia, esperando que la señora Quail comenzara a tocar la música procesional al órgano.

Pero la señora Quail tuvo otra idea.

En el preciso instante en que accedíamos a la nave, la potente introducción de *Abide with Me* comenzó a sonar de repente en la vieja iglesia. Su melodía simple pero conmovedora brotaba suavemente del órgano, animándonos a cantar como un frente unido, por Hattie, por Prim, por nuestra comunidad, pequeña pero resistente, por nuestro querido país que se desmoronaba.

Abide with me; fast falls the eventide;

The darkness deepens; Lord with me abide [Nota 8\)](#)

Y así fue como un tembloroso coro de doce mujeres invadidas por una profunda tristeza, cantando suavemente al principio, y luego con más resolución, avanzó despacio por la nave. Cantamos como si nos fuera la vida en ello, como si nuestra propia libertad, nuestras pasiones y nuestra valentía hubieran sido convocadas para ser testigos de las atrocidades que teníamos ante nosotras. Estábamos unidas y éramos fuertes, y, en aquel momento y lugar, supe que nada, nada podría romper nunca el espíritu del Coro Femenino de Chilbury.

Al principio me costó ponerme a cantar, el sentimiento era tan inmenso, el sonido extraordinario de nuestra procesión que resonaba en la iglesia vacía era demasiado trágico como para eclipsar la temible inexorabilidad de la muerte, el peso en la caja me hacía estremecerme de inquietud. Delante de mí, Kitty tenía dificultades para mantener elevado el féretro, y su voz surgía entrecortada, como una frágil figura de porcelana hecha pedazos; a mi espalda, Venetia estaba desconsolada, sorbiendo largos tragos de lágrimas. Sé que nos enseñan a tomarnos la muerte como el tránsito amable del alma de un lugar a otro, pero el bombardeo brutal sobre una joven madre parecía contradecir todo aquello, lo transformaba en la destrucción execrable de un espíritu muy real y fuerte.

Noté desde atrás la mano de Venetia en mi brazo, y de repente me sentí menos sola en mi lúgubre juicio a la humanidad, y me salió la voz. Al principio, áspera y ronca por las lágrimas, pero pronto cobró fuerza, claridad, pausa, hasta que sentí el sonido de nuestras voces combinadas envolviéndonos como un cálido halo protector, haciéndonos conscientes de la preciosa vida que todas teníamos, de lo que significaba, sin importar lo que durase.

Al llegar a las majestuosas notas finales, nos detuvimos en el ábside de la iglesia, escuchando sin respirar los últimos ecos de la canción reverberando a nuestro alrededor.

Con algo de esfuerzo, bajamos con suavidad el ataúd y lo posamos sobre el catafalco, mientras la señora B susurraba con voz ronca:

—Espacio, señora Gibbs. ¡Espacio!

Luego contemplamos el vacío desolador del lugar. A un lado estaban las madres y niños de la escuela, y al otro solo se sentaban el anciano señor Dawkins, el brigadier con Rose y ahora Henry, que había llegado cuando estábamos en la sacristía.

Entonces, al fondo de la iglesia, me fijé en que el coronel se había sentado con sigilo en el banco de la izquierda, en mi sitio,

donde siempre me siento yo. Me lanzó una mirada triste de labios fruncidos, y le hice un gesto en dirección al brigadier, esperando que captara el mensaje y fuera a coger a Rose, cosa que hizo, y se quedó en las primeras filas mientras el Coro Femenino de Chilbury se dirigía poco a poco a la sillería del coro.

Visiblemente afectado, el vicario ofició una misa espantosa, una serie de palabras que parecían todas muy poco adecuadas para describir el dolor que sentía dentro de mí, y aunque intenté contenerlo, en mi mente surgió la imagen de David, de lo que haría yo si algún día llegaba ese telegrama, una inquietante visión de un posible futuro.

El vicario me sacó de mis miserias al anunciar:

—Y ahora, el Coro Femenino de Chilbury va a cantar para nosotros.

Nos levantamos y respiré hondo unas cuantas veces antes de acercarme al frente, me sentía nerviosa e incapaz de cumplir con mi tarea de dirigir, una responsabilidad tan grande en este momento tan horrible: ocupar de repente el puesto de una mujer muerta —nada menos que Prim, ahora que su mágica presencia ya no estaba— y hacerlo en recuerdo de la pobre Hattie.

Y entonces, una rabia repentina me invadió: *¿Qué salvajes despiadados les habían hecho esto?* Una nueva emoción se apoderó de mí: integridad, y un sentimiento de orgullo por todo lo que defendíamos. Orgullo por Hattie, que salió adelante tras la muerte de sus padres en un accidente de coche. Orgullo por Prim, que tuvo fe para llevar nuestro coro a nuevas alturas. Y orgullo por nosotras, el Coro Femenino de Chilbury, por haber cumplido con nuestro deber: celebrar sus vidas, ser lo bastante fuertes y resistentes como para frenar a nuestros enemigos, y aseguramos de que sus muertes no serán en vano.

La introducción al órgano de *Amazing Grace* recorrió la iglesia vacía, rodeándonos como un viento limpio y fresco. Alcé la batuta y preparé al coro para realizar la mejor actuación de

nuestra corta y azarosa existencia. Un pavor trágico se apoderó de mí cuando las voces claras y cristalinas atravesaron el aire con toda la belleza que puede alcanzar la voz de una mujer, como una paloma blanca alzando el vuelo entre el perpetuo tumulto de la guerra.

Cuando terminamos, el vicario anunció que los niños del colegio querían cantar por su querida maestra. Se me rompió el corazón al ver a los pequeños, la mayoría de ocho o nueve años, preguntándose qué le había sucedido a la adorable señorita Lovell.

Fue la escena más trágica que he vivido jamás. Los niños tapándose la cara con sus manitas para evitar mirar el ataúd, en estado de *shock* ante la cruda realidad de la muerte: ¿cómo se podía destruir del todo algo tan cálido y vivo?

En el entierro, nuestro desconsolado grupo guardó silencio mientras descendían el ataúd de Hattie a la tierra húmeda, junto a sus padres. Después nos encaminamos hacia Ivy House para tomar té y sándwiches. Regresé a casa con el coronel, que había acostado a la pequeña Rose, dormida, en el cochecito — uno negro que me prestó una amiga enfermera de Litchfield, porque el azul de Hattie quedó machacado en el bombardeo—. ¡Hattie estaba tan orgullosa de él! Recuerdo cuando lo trajo para enseñármelo, más contenta que unas castañuelas. El primero de los muchos recuerdos que me iban a asaltar de ahora en adelante.

Me puse a pensar en Hattie y Prim, en sus vidas, y a considerar el insignificante tiempo que me queda en este planeta y en cómo se podía ver recortado por las bombas o la invasión, o Dios sabe qué. Ese día, más tarde, cuando nuestra triste reunión se disolvió entre lágrimas y abrazos, acabé hablando del tema con el coronel:

—Este podría haber sido mi entierro —dije con calma, sentándome a la mesa de la cocina y repasando con la uña una grieta en la madera—. Esa bomba podría haber caído cien metros más acá y habernos dado a nosotros.

—Sí, pero no pensemos en esas cosas hasta que sucedan, ¿vale? —replicó el coronel, acercando una silla. Estaba atardeciendo y los grises plomizos del día se iban desdibujando en una noche de aspecto tormentoso.

—Pero si no pensamos en nuestra muerte hasta que morimos, ¿cómo podemos decidir cómo queremos vivir? —Me miré las manos, delgadas, arrugadas y huesudas, con su frescura ya perdida—. Si hubiera sido mi funeral, habría sido algo triste.

—Está usted cansada —dijo el coronel, levantándose—. Deje que le prepare un té.

Se dirigió a llenar la tetera.

—He estado pensando en Hattie y Prim, preguntándome por qué me he pasado la vida esforzándome para hacer feliz a los demás. ¿Por qué no he hecho mi propia vida más divertida y feliz, con más sentido?

El coronel volvió a sentarse y, con un tono muy autoritario, dijo:

—Vamos a ver, usted tiene una vida maravillosa. Tiene una casa preciosa, ha criado a David...

Lo interrumpí para decir:

—... que ahora está en la guerra y podría no volver con vida.

—Tiene usted un hijo —continuó—, y es usted una ayuda y un apoyo increíble para todos los que la rodean. —Puso las manos en la mesa con énfasis—. ¿Es que no ve cuánto la necesita este pueblo? ¡Estarían perdidos sin usted!

Agaché la cabeza, sintiéndome cohibida, y luego de repente me levanté y cogí el trapo de cocina con brusquedad.

—Ya basta de autocomplacencia —mascullé—. Necesito ponerme a preparar la cena. Me temo que hoy voy con algo de retraso.

El coronel se levantó detrás de mí y me condujo de nuevo a

la mesa posando sus grandes manos con firmeza en mis hombros.

—Usted vuelva a sentarse —dijo con cariño—. Hoy puedo preparar yo la cena. —Y se acercó a la despensa a echar un vistazo al contenido—. ¡Excelentes noticias! Tenemos huevos, y los huevos son mi especialidad.

Sacó la caja y se puso a buscar una sartén.

—¿Revueltos o cocidos? —preguntó mientras abría el armario y empezaba a trajinar.

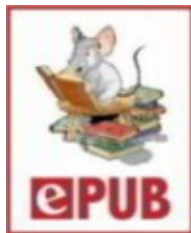
—Revueltos —contesté, sonriendo. No recuerdo la última vez que alguien me hizo la cena, aunque solo fueran huevos.

—Excelente elección, señora —sonrió—. Mis chicas juran que hago los mejores huevos revueltos de todo Oxfordshire.

Aunque estaban un poco pasados, los preparó muy bien mientras cantaba una versión terriblemente desafinada de *It's a Long Way to Tipperary*. Por supuesto, me sentí obligada a cantar con él, pues no paraba de confundirse con la letra y pasaba muy rápido al estribillo. Era ridículo, los dos cantando en la cocina mientras preparaba huevos revueltos, pero me animó muchísimo.

De modo, querido diario, que al irme hoy a la cama, siento que esta guerra se ha convertido en un punto de inflexión para mí. Necesito estar más segura de mí misma, aprovechar al máximo el tiempo que me quede.

Ponerme en pie y hacerme escuchar.



Nota 8

«Permanece conmigo; la noche cae rápido; / La oscuridad aumenta; Señor, conmigo permanece.»
(N. del T)

[Volver](#)

Carta de la señorita Edwina Paltry a su hermana Clara

*Hospital de Litchfield,
Litchfield,
Kent*

Martes 6 de agosto de 1940

Querida hermana:

¿Por qué me ha pasado esto? Mi casa ha sufrido un tremendo bombardeo y me encuentro atrapada en el maldito hospital de Litchfield, sin forma de recuperar mi dinero, que está enterrado bajo los escombros de mi casa, esperando a que los saqueadores lo encuentren primero.

Seguramente te preguntes qué ha pasado. Una puñetera bomba, eso ha pasado. El jueves por la noche estaba bien calentita en mi cama, y de repente oí la alarma antiaérea y tuve que levantar mi agotado cuerpo. Me dirigí al tablero para coger el dinero, cuando ¡bum! Nada, hasta que me desperté en este horrible lugar con el mayor dolor en la cadera que puedas imaginar, y la pierna envuelta en vendas, también.

—Por favor, estese tranquila y no hable, señorita Paltry — me dijo la enfermera con tono condescendiente—. Solo es una cadera rota. En unas semanas estará en la calle. Tenemos

pacientes con heridas mucho más graves que las suyas.

«¿Y mi dinero?», me entraron ganas de gritar.

Pero no lo hice, me limité a lloriquear tapándome la cara con las manos y empecé a pensar en un plan. Y entonces se me ocurrió. La mujer de la cama de al lado es una de esas horribles recolectoras de lúpulo de la granja de los Dawkins, y sus compañeros vienen a visitarla. Ayer le pregunté si su sobrino podría hacerme un favor, y le dije que habría dinero para él. Si era de fiar. Al día siguiente la mujer mandó al muchacho que se acercara a mi cama para enterarse de qué iba el asunto.

—A ver, ¿qué quiere que haga, señora? —dijo directamente.

Le eché un vistazo y no lo tuve muy claro. Era alto y desgarrado, iba descuidado como un deshollinador, poseía unas manos blandas y vacilantes y un color macilento y sudoroso.

—Eres Tom, ¿no es así? —dije, intentando no arrugar la frente. ¿De verdad era esto lo mejor que podía conseguir?—. Veamos, Tom, ¿sabes mantener tu palabra? Porque tengo una gran tarea para ti, pero tienes que convencerme de que puedo fiarme de ti.

—Puede fiarse de mí, señora —respondió con soltura, las manos en las caderas. No me inspiraba la más mínima confianza, pero de cualquier modo proseguí.

—Mira, tengo un dinero escondido entre las ruinas de mi casa. No es mucho, ¿sabes? Pero, verás, he estado ahorrando para mi pobre hermanita, que necesita una silla de ruedas.

—Pues ahora le hará más falta a usted, para su pierna y eso —dijo, sin intención de ser impertinente. Me entraron ganas de dejarlo allí mismo.

—Puede que lo necesite yo, y lo que quede será para ella. Pero, en resumidas cuentas, estoy aquí atrapada en el hospital, y es probable que saqueen mi casa. Necesito que recuperes el dinero y me lo traigas aquí. Te daré una parte por las molestias.

Me miró, frunciendo los labios.

—¿Cuánto?

—Diez chelines —dije con tono inapelable.

—¡Hecho! —Se sorbió la nariz, secándose la con la manga de la camisa—. Entonces, ¿dónde está?

Gané algo de tiempo pidiéndole que me trajera un poco de agua. Su actitud despreocupada me incomodaba. Ahora diez chelines le parecían bien, pero cuando viera el grueso fajo, cambiaría de opinión más rápido que una liebre. ¿Volvería a ver mi dinero? El hecho de que no regateara me hacía dudar de él.

—Aquí la tiene, señora. —Me ofreció el agua. Quizá lo había juzgado mal. Quizá solo era un muchacho simple que quería ayudar.

No tenía muchas opciones, querida hermana. Puede que el dinero ya no estuviese, o que hubiera ardido hasta convertirse en cenizas. Este era el único medio posible de recuperarlo. Era mi única esperanza.

—Está bien, escucha con atención.

Se agachó para acercar la cabeza, y le expliqué dónde tenía escondido el dinero, asegurándome de que comprendía que el efecto de la bomba podría haber movido el suelo o el dinero a otra parte. No podía dejar un ladrillo sin levantar.

—Haré lo que pueda —dijo, con una sonrisa ladeada de dientes torcidos, y se me cayó el alma a los pies. ¿Qué le está pasando al mundo?

De modo que te tendré informada de cómo va todo. Me prometió volver en cuanto lo encontrase, y mientras tanto solo puedo seguir aquí tumbada y confiar.

Edwina

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Martes 6 de agosto de 1940

Querida Angela:

No te creerías el caos y la tristeza que nos invaden desde el bombardeo. Se me rompe el corazón solo de pensarlo, y procuro permanecer en mi cuarto, descansando todo lo que puedo, aunque asistí al funeral de Hattie, que fue desgarrador. Todavía no me hago a la idea de que ya no esté. Éramos amigas desde que nacimos, juntas de bebés, de niñas, de adolescentes, y ahora éramos ya dos mujeres adultas. O, mejor dicho, ahora ya solo soy una adulta... yo. Es como si hubieran destrozado un pedazo de mi vida pasada.

Todavía me encuentro muy débil. La señora Tilling viene a verme todos los días y se dedica a chasquear la lengua, pues cree que no estoy mejorando como debería. Mamá se está portando genial, me ayuda en mi recuperación con montones de sopa y comida sabrosa. Me preocupa que me esté dando sus raciones, y seguramente las de Kitty también, porque he comido huevo todos los días y beicon al menos tres veces esta semana. Mi padre está furioso con mamá por ser tan buena

conmigo, pero se ha mantenido al margen, algo que no puedo por menos de agradecer. Creo que está dejando pasar el tiempo, al acecho entre bambalinas, hasta que me encuentre suficientemente recuperada para recibir su ira.

Confía en que me case pronto con alguien para poder fingir que el bebé es de mi nuevo esposo —y, aunque nadie lo diga, todos tenemos en mente a Henry— para esconder los trapos sucios bajo la alfombra de una vez por todas. No se le pisa por la cabeza que yo pueda querer casarme con otro. Solo quiero que Alastair regrese. Sigo preguntándome si estará por ahí, y si lo está, por qué no viene a buscarme. Lo imagino entrando por la puerta, envolviéndome entre sus brazos como si nada hubiera pasado. Sé que debería odiarlo ahora mismo, pero no puedo. Siento que lo amo más aún si cabe, con cada gramo de fuerza que soy capaz de reunir. Es como si las bombas lo hubieran dejado todo claro y transparente: lo único que quiero ahora mismo es a él.

Pero han transcurrido cinco días desde el bombardeo, y cada día que pasa las posibilidades de que siga vivo se reducen porque ¿dónde iba a estar, si no? Hay tres cosas que podrían explicar su desaparición, y ninguna es buena: la primera es que lo hubieran matado de un disparo en el bosque, bien mi padre o bien algún miembro de su círculo, y que ahora esté enterrado en una zanja; la segunda es que estuviera en casa durante el bombardeo, pero me han dicho que no encontraron ningún resto entre las ruinas. La tercera opción es que hubiera abandonado el pueblo esa tarde, tras nuestra discusión, y que no haya vuelto.

Llevo puesta su medalla de san Cristóbal todos los días, ocultándola bajo el vestido para que nadie pueda verla. Me ayuda a imaginar que él anda por ahí, en alguna parte, pensando en mí, ya sea aquí en la tierra o en alguna especie de cielo, mirándome desde lo alto.

Mientras tanto, Henry regresó para asistir al funeral de Hattie y ha venido a verme esta tarde. Ya lo había visto después del funeral, claro, y hablamos de Hattie, y debo

reconocer que fue bastante agradable que estuviera allí, un miembro más de nuestra pandilla de la infancia. Estos días está muy amable. Cuesta no cogerle cariño. Aunque parece menos ansioso que en primavera, y me pregunté qué le habrían contado de Alastair. La señora B es una cotilla empedernida, aunque estoy segura de que no conoce los detalles íntimos de lo que sucedió entre Alastair y yo. Seguro que Henry desaprobaría que haya estado con Alastair, pero evidentemente no lo manifiesta.

Mamá me pidió que bajara a ver a Henry, y apoyándome en su brazo me condujo hasta el salón, que parecía tan luminoso, fresco y formal en comparación con mi cuartito... Mamá había abierto la puerta que da al patio, y una brisa fresca trajo un aroma a hierba recién cortada. La luz del sol se reflejaba en el gran espejo de plata sobre la chimenea, y relucía en las paredes claras y los muebles, y pensé en lo hermoso que sería vivir en una época pasada, un tiempo en que la gente fuera civilizada y serena, en que todo tuviera sentido. Un tiempo en que las bombas no mataran a gente inocente, o las personas no desaparecieran.

—Henry —dije con cautela, ofreciéndole mi mano para saludarle, y sentándome en el firme sofá gris.

Por algún motivo, estaba bastante nerviosa, y me había peinado y pintado los labios. Él parecía excesivamente arreglado y muy respetable con su uniforme tan limpio y su apretón de manos tan medido.

—Hola, Venetia —dijo, sonriendo al mirarme a los ojos—. Qué bueno verte. —Observó la estancia, eligió un asiento frente a mí y se sentó, quitándose la gorra y dejándola sobre la silla que tenía al lado—. Me han dicho que eres la heroína de por aquí.

—Eso dicen —me reí un poco, cohibida—. En realidad fue algo bastante estúpido, meterme corriendo en un edificio a punto de explotar.

—Pero fuiste muy valiente. No todo el mundo estaría tan

dispuesto a arriesgar su vida. La gente dice que lo hiciste muy bien, a pesar de tus heridas y demás.

Me estremecí con el «y demás», preguntándome si por algún motivo disparatado estaría al corriente de mi embarazo. No, claro que no. Ni siquiera Alastair sabe lo del embarazo. Vi que se fijaba en mi reacción y me apresuré a recobrar la compostura.

—No son más que exageraciones, nada más —sonreí, intentando encontrar otro tema de conversación—. Y tú, ¿qué? La señora B dice que te van a dar una medalla.

—Bueno, mamá tiene muchas ideas en la cabeza, no estoy seguro de que me vayan a dar una medalla, pero he derribado a un montón de enemigos, que es lo importante.

—Os debemos mucho a los pilotos, mantenéis a raya a los nazis. Ya nos habrían invadido si no los hubieseis asustado. — Procuraba que mi voz sonara decidida y fuerte, pero las palabras me salían a trompicones, chapurreadas.

Pude percibir que se tomaba mi intento de ser normal como si fuera menos hermosa, más descuidada. Parecía estar pensando en todo lo que he cambiado. Y es que en verdad lo he hecho. Pero, en cierto modo, yo no quería que pensara eso. Quería que pensara que yo seguía siendo la misma.

—Me temo que no tengo muy buen aspecto —dije, recogíendome el pelo como solía hacer, dando más musicalidad a mi voz—. Desde el bombardeo, no me encuentro muy bien.

—Sí, eso me han comentado —dijo con ternura—. Espero no estar incomodándote al haberte sacado así de la cama.

—No, me sienta bien verte. En cualquier caso, te irás dentro de poco, y no querría que te fueses sin verme.

—Es curioso estar de vuelta, después de todo lo que ha pasado. El bombardeo, lo de Prim y Hattie, la desaparición de ese tipo, ¿cómo se llamaba?

Se levantó y se acercó a la repisa de la chimenea, interesado de repente en el trabajo artesanal, pasando los

dedos sobre la elaborada moldura blanca.

—Slater —me apresuré a contestar, intentando no añadir ninguna inflexión al nombre—. El señor Slater. Nadie sabe qué ha sido de él.

—He oído que te dirigías a su casa la noche del bombardeo. —No se giró, se limitó a seguir estudiando la chimenea—. Me preguntaba si teníais algún tipo de relación.

—Bueno, sí, de hecho —dije, con descaro. No podía mentir ahora que era algo sabido por todos, pero debo confesar que no me apetecía hablar de ello con Henry. No quería que lo supiera. No era asunto suyo, y en cierto modo creo que fuera a servir de algo—. Pero no era nada serio. Solo un poco de diversión.

—Ya veo. —Se volvió y me miró—. Solo me lo preguntaba, nada más.

Se acercó a mí y se sentó a mi lado en el sofá. Un gesto de preocupación se había adueñado de su rostro.

—¿Estás bien, Venetia? Quiero decir, ¿estás bien de verdad? ¿Por dentro?

Casi me pongo a llorar.

Claro que no estoy bien. El hombre al que amo se ha ido, y llevo a su hijo en mi vientre. Me da pánico pensar que perderé al bebé, y procuro pasar todo el día en la cama. Me aterra lo que pueda suceder.

—Estoy bien —dije en voz baja, alisando la falda sobre mis rodillas—. De verdad, estoy bien.

—Es que pareces tan distinta, no eres la misma Venetia de siempre. Pareces, bueno... —Hizo una pausa, pensativo—... perdida.

Tenía que levantarme. Estar tan cerca de él y que fuera tan terriblemente sincero conmigo era demasiado. No me costaría mucho llorar en su hombro hasta quedarme sin lágrimas. Nos conocemos desde que éramos niños. Es uno de mis mejores

amigos, pero sé que contárselo todo no me haría ningún favor. Me acerqué al piano y me puse a ordenar las partituras, que estaban repartidas de cualquier manera por encima.

—He perdido mucha sangre, eso es todo. Ha sido agotador, la verdad.

—Sí —dijo, pero parecía estar dando vueltas a algo totalmente distinto—. ¿Hay algo que pueda hacer?

Nuestros ojos se cruzaron, y sé que estaba intentando leer en mí, intentando llegar a mi interior. Debió de ver que había bajado mis defensas, porque se levantó raudo y avanzó un paso hacia mí.

—Venetia.

No sé si venía a tomarme entre sus brazos, a besarme o solo a estar cerca, pero retrocedí, manteniéndolo lejos de mí.

—Qué desconsiderado por mi parte no ofrecerte té. —Y salí corriendo hacia la puerta.

Al salir, noté su decepción —o era enfado— por mi huida, y recordé lo incómoda que había estado tonteando con él las últimas veces que nos vimos. Un horrible fogonazo de la fiesta de despedida de David pasó veloz por mi mente. ¿Por qué me traía esos absurdos jueguitos con él?

Cuando volví, unos minutos más tarde, Henry estaba junto a la puerta del jardín contemplando el césped amarillento, los rosales sin podar, la fuente apagada para ahorrar agua. Había cambiado por completo de actitud, ahora se mostraba interesante e impersonal, un piloto de la RAF de excursión, poniendo al día a sus colegas con historias entretenidas. Últimamente está tan ingenioso, me hace reír con esa broma de su amigo que pidió salir a varias chicas a la vez. Sé que los pilotos son muy populares entre las chicas, y me imagino que tendrá su ración gracias a su afable elegancia, pero en cierto modo eché de menos la tensión de antes, e intenté recuperarla, pero él mantuvo resuelto su charla ligera e impersonal.

Y así fue, hasta que se marchó. Lo acompañé a la puerta y

nos detuvimos en el umbral, mientras el cielo adquiría un tono más oscuro que su brillo de antes y desde el bosque el sonido de una lechuza perforaba el aire detenido. Se volvió hacia mí, atravesándome de nuevo con sus ojos, y con su mano buscando la mía.

—Odio dejarte así, Venetia. Por favor, deja que te ayude.

Me besó la mano de un modo anticuado, alzando los ojos para mirar los míos en un momento intenso, y después sonrió, dijo adiós y se marchó por el camino. Me apoyé en el marco de la puerta y contemplé su espalda alejándose en la bruma del final de la tarde. Parecía muy masculino con su uniforme, muy racional, sin perder la cabeza. Costaba recordar al muchacho que fue, aquella vez que nos besamos junto al río cuando los dos tendríamos unos catorce años. Por supuesto, lo olvidamos rápido y nunca volvimos a hablar de ello, pero mientras lo veía alejarse, allí de pie, me pregunté cómo sería ser la esposa de Henry. Quizá no estuviera tan mal.

Me pasé el resto de la noche pensando largo y tendido en Alastair. ¿Dónde habrá ido? ¿Por qué me ha abandonado? Aunque no supiera lo del bebé, ¿qué hay de su amor por mí? ¿Tan poco significaba yo para él como para marcharse así? ¿Y si se perdió entre las llamas, o lo mató papi, o algún espía o contrabandista? ¿Y si está huyendo de la policía, o del ejército, o de los servicios de inteligencia? ¿En qué estaría yo pensando al enamorarme de un hombre así?

Y, a pesar de todo, cuando recuerdo la pasión, la poesía...

Pero ¿dónde queda eso, Angie? ¿Adónde ha ido? ¿Cómo ha podido abandonarme cuando más lo necesito?

He empezado a tomármelo de un modo práctico. Si está huido, o se ha escapado a un lugar seguro, entonces eso significa que no le importo, y tengo que apañármelas como pueda yo sola; y si está muerto, bueno, tengo que apañármelas también. Sea como sea, no puedo quedarme sentada en mi habitación esperando a que vuelva. Tengo un bebé creciendo en mi vientre. Pronto ya será demasiado tarde para resolver esto.

Esta noche me he quitado la medalla de san Cristóbal y he sentido su ligereza en la palma de mi mano, luego he mirado por la ventana abierta hacia la noche, y he rezado a la primera estrella que he visto, deseando con todas mis fuerzas que Alastair vuelva.

Y así, querida Angie, con gran pesar en mi corazón, me voy a la cama. Quizá mañana él aparezca y se presente en mi puerta, aunque cada día que pasa las probabilidades parecen más y más remotas, como una estrella lejana apagándose lentamente hasta ser el diminuto atisbo insondable de un recuerdo.

Te volveré a escribir pronto,

Venetia

Diario de la señora Tilling

Jueves 8 de agosto de 1940

He cogido la costumbre de acercarme todas las mañanas a Chilbury Manor para ver a Venetia. No está nada bien, sigue terriblemente pálida y débil por la pérdida de sangre. Cualquiera puede darse cuenta de que tiene el corazón roto. Prácticamente es incapaz de hablar sin echarse a llorar, rechaza casi toda la comida, aunque la señora Winthrop revuelve todo el pueblo para conseguir la carne y las frutas preferidas de su hija. Me preocupa que pierda el bebé, aunque a veces me pregunto si... Bueno, supongo que ya veremos cómo salen las cosas.

La señora Winthrop charló un poco conmigo hoy cuando me marchaba, y me contó que Henry había venido a ver a Venetia. Está de permiso y, ahora que la RAF sale todos los días a combatir, y con el aumento de las defunciones, me puedo imaginar sus intenciones.

—¿La ha pedido en matrimonio? —pregunté.

—No, pero creo que debería hacerlo. Evidentemente, no sabe mucho de lo de Slater, y nada del bebé.

—¿Y Venetia aceptaría?

—No estoy segura. —Me miró larga y fijamente—. Es consciente de que está en un aprieto. Jura y perjura que Slater la ama, pero ¿dónde diablos está?

Esta tarde, de regreso a casa, cuando terminamos de cenar y fregar los platos, me fui a sentar en el salón con el coronel para tomar té mientras él leía el periódico. Me senté cerca de él, esperando a que interrumpiera la lectura para poder hablar. Al final, sonrió y alzó la vista.

—Ya sé que me está mirando —se rio con ganas—. ¿Qué quiere?

—Necesito hacerle una pregunta —dije, pensando que lo mejor era ser lo más directa posible—. Necesito saber un poco más sobre el señor Slater. Tengo la sensación de que usted sabe lo que le ha sucedido.

Me observó por encima de su periódico, y luego pasó la página haciendo ruido, entreteniéndose en enderezar bien las páginas.

—Usted sabe que no puedo contarle esa clase de cosas, señora Tilling —dijo con calma.

—Sí, pero me pregunto si podría ser capaz de romper esa regla, solo por una vez, un poco. Verá, hay una jovencita con el corazón completamente roto por ese hombre, y ahora está a punto de aceptar en matrimonio a otro. —Me detuve a pensar, preguntándome cómo podría plantearlo para que produjera más efecto—. Sé que no puede contármelo, pero quizá, si pudiera darme algunas pistas sobre si está vivo, resultaría de gran utilidad.

—Pues no puedo, me temo.

Regresó al estudio de su periódico, fingiendo estar completamente absorto en la lectura.

—Tal vez podría limitarse a pasar la página del periódico si Slater sigue vivo —aventuré. Estaba desesperada.

Permaneció unos minutos reflexionando, y luego pasó una página del periódico.

—¿Y está en la cárcel, o en algún lugar que le impide ponerse en contacto con la muchacha?

En esta ocasión pasó rápido de página, sin despegar los ojos del texto.

—Entonces, ¿la chica no debería casarse con el otro muchacho?

Tras esto, arrojó el periódico sobre sus rodillas y me miró fijamente a los ojos.

—Si Slater sigue con vida, se debe simplemente a que ha tenido suerte. Un día morirá, o acabará en alguna cárcel. Si quiere mi opinión, la muchacha tendrá más oportunidades de ser feliz con ese otro hombre.

—Pero no está enamorada de él. Ella ama a Slater.

—Bueno, pues eso va contra toda razón. No es el tipo de hombre del que haya que enamorarse. —Volvió a coger el periódico, sacudiéndolo con fuerza para enderezar las páginas, y retomó su lectura.

—No todos podemos elegir de quién nos enamoramos — dije, bastante molesta por su falta de sensibilidad.

Bajó el periódico y me contempló por un instante, de repente reflexivo, y luego contestó:

—Tiene usted razón.

Serví el té.

—Entonces, ¿le digo que espere?

—Eso depende de cuánto tiempo disponga ella —dijo con calma, y luego comentó, a modo de añadido—: Y de cuánto dolor esté dispuesta a soportar al ver que él pone su vida en peligro una y otra vez, hasta que finalmente la pierda.

Y eso fue todo lo que le pude sacar. Se negó en redondo a contarme nada más, aunque lo intenté con mis métodos más persuasivos. ¡Qué hombre más testarudo!

Me puse a estudiar otros medios para saber algo más sobre Slater, y me acordé de Carrington, que ahora también trabaja en ese departamento. Quizá él pudiera descubrir cosas sobre Slater para mí. Nadie mejor que él sabe que yo soy de fiar.

Llamé a su número, aunque se estaba haciendo tarde.

—Parnham House —dijo el mayordomo, con su pronunciación formal.

—Me gustaría hablar con el teniente Carrington, por favor — dije, intentando que mi voz sonara firme y segura.

—No se puede poner.

—Es una emergencia —repliqué al instante.

Hubo un silencio seguido de una tosecilla.

—Voy a preguntar. ¿Quién le digo que llama?

—La señora Margaret Tilling, de Chilbury.

Un minuto después oí el suave acento de clase alta de Carrington, susurrando en la retumbante estancia.

—¡Dichosos los oídos! —parecía alegrarse de hablar conmigo, lo cual era buena señal—. Espero que haya sobrevivido sin problemas al bombardeo de Chilbury.

—Sí, pero una amiga tiene un problemilla. Es un asunto del corazón. Me preguntaba si podría usted usar sus contactos en Litchfield Park para conseguir información sobre una persona.

—Lo intentaré —dijo rápidamente—. Pero no puedo prometer nada. ¿Quién es esa persona?

—Un tal Alastair Slater. Podría ser un contrabandista, podría estar detenido y en la cárcel, podría estar muerto, pero casi seguro que su gente lo conoce. Solo quería saber su historia. Si mi amiga debería esperarlo o no.

—Sí, me parece bien. Me pondré con ello ahora mismo — dijo animado, obviamente disimulando el contenido de nuestra conversación. Luego se calló, y escuché voces de fondo—. Mire —susurró—, me temo que debo dejarla, pero sé lo que anda buscando, así que haré algunas preguntas y la llamaré si me entero de algo. ¡Chao! —y cortó.

El coronel bajó las escaleras y me observó con suspicacia, así que cogí mi plumero y di una pasada sobre el teléfono,

ofreciéndole una sonrisita alegre.

Diario de Kitty Winterop

Jueves 8 de agosto de 1940

El dinero

Esta mañana, Silvie y yo fuimos a ver la enorme pila de edificios derruidos en la plaza del pueblo. Mucha gente se está dedicando a revolver los escombros, algunos intentando ayudar a encontrar cosas de la gente que vivía allí, pero la mayoría son saqueadores que roban todo lo que encuentran.

Para nuestra gran sorpresa, nos encontramos allí a Tom. Con las manos en las caderas, estaba en lo alto de un montón de escombros, sucio como un bandido.

—Estoy buscando un sobre de dinero —dijo en voz baja cuando escalamos hasta él—. La señorita Paltry me pidió que se lo buscara. Dice que lo tenía escondido bajo un tablero del suelo.

—Pues entonces estás buscando en el lugar equivocado —le corregí severamente—. La casa de la señorita Paltry estaba al lado de la de Hattie, por allá.

Lo conduje al lugar correcto, y luego trepamos y nos pusimos a buscar el sobre. Me apetecía encontrarlo para poder ser una heroína como Venetia. Y al final lo conseguí, y lo alcé al aire y llamé a Tom.

—¡Aquí está!

Por supuesto, todo el mundo se volvió a mirarme, y algunos se acercaron a ver. Allí estaba Ralph Gibbs, contemplando el grueso sobre.

—¿Sabes cuánto dinero hay?

—No lo sé —dijo Tom, y para mi disgusto, me lo arrancó de la mano y se lo metió en el lugar más horrible, entre los pantalones—. Venga, Kitty. Vámonos.

—¡Pero soy la nueva heroína!

Me cogió de la mano con brusquedad y tiró de mí, y Silvie salió corriendo detrás de nosotros.

Corrimos por el camino y cruzamos los campos hasta los chamizos de los recolectores de lúpulo. Entramos como un rayo en el de Tom y cerramos la puerta. Entre risas, abrimos el sobre y sacamos todo el dinero.

¡Todo el dinero!

¡Había muchísimo!

—¿De dónde lo sacó?

—No lo sé —susurró Tom.

—Venga, vamos a hacer una fiesta —dije, poniéndome en pie—. Voy a ver si los jornaleros tienen galletas o leche.

—Yo también voy —dijo Tom—. Tú vigila el dinero, Silvie.

Salimos corriendo, y Tom me ganó por un pelo, aunque yo no corrí todo lo que soy capaz. Pero el sitio estaba desierto y, tras buscar un poco, nos dimos cuenta de que no había nada que rascar.

Estaba mirando un último rincón cuando Tom me agarró de la cintura, me atrajo hacia él y me plantó un beso bastante baboso en los labios.

—¡Para, para! —le grité, apartándolo de un empujón—. ¿No sabes que estoy prometida en matrimonio?

—No. ¿De verdad? —se rio incrédulo, secándose la boca.

De repente apareció Silvie, y preguntó inocentemente:

—¿Qué hacéis?

—Nada, Silvie. —La cogí del brazo y me dirigí a la puerta—. No hemos encontrado galletas, así que tendremos que irnos sin ellas, ¿verdad, Tom?

El muchacho se acercó a nosotras y me cogió del otro brazo, sonriendo de un modo irritante, y regresamos a las cabañas.

Cuando llegamos, la puerta de Tom estaba abierta y chirriaba al oscilar de un lado a otro.

—Silvie, ¿has cogido el sobre? —preguntó Tom.

Ella negó con la cabeza, incapaz de hablar.

Entramos corriendo a buscar el dinero, pero creo que sabíamos lo que había sucedido.

Ya no estaba.

No había señales de nadie, pero nos miramos, sabiendo quién debía de habernos seguido. Silvie y yo regresamos enfurruñadas a casa, dejando que Tom discurriera qué iba a contarle a la señorita Paltry.

—Bueno, por lo menos no era nuestro dinero —dije, mientras rodeábamos el bosque.

—¿Por qué no besaste a Tom? —me preguntó Silvie—. Es majo.

Me detuve en seco.

—Estoy prometida con Henry, Silvie. No puedo ir por ahí besando a recolectores de lúpulo, ¿no te parece?

¿Cómo se le podía haber ocurrido lo contrario?

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Jueves 8 de agosto de 1940

Querida Angela:

Una sombría sensación de temor acechaba la boca de mi estómago cuando me desperté esta mañana, como si supiera lo que me iba a deparar este día, qué eventos iban a suceder, qué decisiones se iban a tomar.

El timbre de casa sonó a las diez, y no me sorprendí cuando mamá llamó a mi puerta para decirme que Henry había venido otra vez. Al momento supe que me apetecía que todo fuera distinto a ayer. No quería su compasión ni sus comentarios sobre que yo parecía, en sus palabras, «perdida». De modo que me puse el vestido amarillo para ofrecer un aspecto más alegre y me peiné hasta que mi cabello relució como el oro. Quería que Henry me tratara como siempre lo había hecho, como si nada hubiera cambiado. Como si todo fuera exactamente igual que hace seis meses, cuando yo era la emperatriz indiscutible del pueblo.

Me miré en el espejo y me puse mi viejo pintalabios rojo, sintiéndome animada por la transformación. ¿No es extraordinario cómo una puede parecer una emperatriz y al mismo tiempo sentirse como una frágil sombra?

Henry estaba sentado en el mismo sillón de la víspera, immaculado con su uniforme. Intenté realizar una entrada espectacular, de las que hacía antes de todo esto, ondeando la falda amarilla para que cayera en cascada envolviendo el marco de la puerta, llevándome la mano al pelo en un gesto seductor y burlándome en voz alta:

—Vaya, Henry. Ya veo que no puedes estar lejos de mí.

Pero todo resultaba un poco insulso y sobreactuado.

Se levantó y se puso tenso, aunque seguía sonriendo con cortesía. Henry siempre es educado, y no sabría decir si eso me resulta adorable o tedioso. Dejé de sacudir la falda y me esforcé en pensar cuál debería ser mi actitud. Estaba incómoda, me apetecía que me admirase como siempre lo había hecho, pero en el fondo no era eso lo que quería. Lo siento si esto no tiene sentido, Angie. Debo confesar que para mí tampoco lo tiene demasiado. La verdad es que ya no sé qué pensar.

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó, acercándose, cogiéndome del brazo y llevándome a una silla, como si fuera una inválida.

—Estoy bien, Henry —murmuré, apartando su mano y quedándome de pie junto al sofá—. Mira, mejor no hablemos hoy de mí, por favor. Preferiría que me cuentes cosas de ti, de tu avión y de cuántas batallas has ganado.

Lo miré suplicante, y él me contempló por un instante y luego sonrió con dulzura, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado.

Entonces, se agachó e hincó una rodilla en el suelo.

Me quedé helada. No tenía muy claro qué esperar de esta cita, aunque sabía que papi estaba convencido de que Henry acudiría corriendo con una sola palabra mía, pero ya no me

sentía tan segura. No me sentía segura de nada. ¿Por qué iba a estar yo de repente interesada en esta propuesta de matrimonio, de no haber sucedido algo que me apremiara y me abocara a necesitarlo? ¿Por qué de repente Henry pensaba que tenía posibilidades conmigo?

¿Estaría Henry caminando sobre la cuerda floja que separa al buen amigo que ayuda en un mal momento, ofreciendo apoyo y afecto, del hombre que ve una oportunidad, una debilidad, y aprovecha la ocasión?

—Venetia, querida —dijo, tomando mis manos entre las suyas, apretándolas ligeramente, con una leve sugerencia de urgencia—. Por favor, déjame sacarte de esto, y envolverte con todo el amor y la dicha que tengo en mi corazón.

Sonrió de un modo muy cálido y maravilloso, acariciando mis ojos con los suyos, con esperanza y felicidad. Se me humedeció la vista y una lágrima se derramó y recorrió mi mejilla. *Ojalá pudiera amar a este hombre*, pensé. Ojalá no hubiera conocido nunca a Alastair, no hubiera sabido nunca lo que era el amor verdadero. Pero entonces no me encontraría en el estado en que estoy ahora. Sería la antigua Venetia, y de ningún modo me conformaría con alguien como Henry Brampton-Boyd.

—Venetia, ¿me harías el honor de aceptarme en matrimonio? —me preguntó en un suspiro, llevando mis manos a sus labios—. Tengo una vida maravillosa que ofrecerte, con la divina mansión de Brampton Hall, una residencia muy cómoda y, espero que no menos importante, con el preciado y duradero amor que siento por ti.

Una serie de imágenes recorrió mi mente a gran velocidad: una sombra con un avanzado embarazo escondida en casa de sus padres y luego recluida en un horrible convento, y su querido bebé arrebatado de sus brazos para nunca más volver a verlo. No podía soportar la idea de separarme de mi bebé. Comprendí que esta era mi alternativa. Me estaban ofreciendo una salida, una espantosa solución intermedia entre dos

sacrificios, y sabía cómo debía actuar.

—Sí —pronuncié, oyendo mis palabras como si las dijera otra Venetia, más práctica, una Venetia que quería una vida sencilla, con riqueza, posición e hijos legítimos, llevando el estilo de vida al que estaba acostumbrada en la majestuosa Brampton Hall. Una Venetia que siempre miraría a su hijo mayor con arrepentimiento y culpa deslizándose juntas, incómodas, en un arrebatado de descontento.

¿Podía ser yo esa Venetia?

Aparté las manos y me senté, empleando todas mis fuerzas para no echarme a llorar, manteniendo una sonrisa estática en mi rostro y la barbilla alta, dando la cara. Y comprendí que esto significa ser adulto, aprender a elegir entre un montón de malas opciones y apañártelas lo mejor que puedas con esa horrible solución. Aprender a sonreír y a dar una buena imagen, aunque el mundo a tu alrededor parezca derrumbarse por completo y convertirse en un lugar desolado, una fotografía sepia de su ilusión pasada.

Me puse tensa cuando Henry se sentó en el sofá a mi lado. Con un rápido movimiento, me arreglé la falda amarilla, asustada ante lo que venía a continuación.

Vi su cara acercarse a la mía y me costó mucho no apartarme. Colocó sus labios suavemente sobre los míos y, aunque el mundo no se detuvo, no fue desagradable. Ha mejorado mucho su técnica desde aquella experiencia del huerto, que fue bastante babosa y atragantada. Fue un beso suave, sin presión, sin pasión, nada que ver con los besos que compartí con Alastair, que eran episodios tórridos y ardientes. No podrían ser más distintos.

—Mi amor —dijo, y sonaba tan raro oírlo de sus labios—. Este es el día más feliz de mi vida.

Sonrió y parecía exultante. Conseguí esbozar una sonrisa, intentando corresponder a su alegría con mi rostro y mi actitud. Era muy incómodo.

—Tenemos que fijar la fecha pronto —susurró, acercándose a mi oreja, besándome el cuello, la garganta—. No sé por cuánto tiempo podré soportar la espera.

—Sí, mejor que no lo alarguemos demasiado —acepté con un frágil entusiasmo, preguntándome durante cuánto tiempo podría ocultar el embarazo—. Cuanto antes, mejor.

—Entonces, ¡estamos de acuerdo! —exclamó, dando una palmada sobre sus rodillas con regocijo—. Se lo diré al capitán de grupo en cuanto regrese a la base. Podrán concederme unos días de permiso al final del mes.

Tomó mi mano y se la llevó a los labios, besando primero el dorso para luego darle la vuelta, abrir los dedos y besar la palma.

La habitación se cerraba sobre mí, húmeda y asfixiante, y me entraron ganas de levantarme de un salto, abrir de par en par la puerta del porche y echar a correr y correr, césped abajo, escapar al valle como un caballo salvaje, y seguir y seguir, hasta la eternidad. Comprendí que siempre sería así. Me iba a pasar el resto de la vida corriendo.

—¡Vamos a contárselo a mamá! —exclamé, soltando mi mano y dirigiéndome a la puerta—. Me muero de ganas por ver qué cara pone.

Salí corriendo al recibidor, y Henry me siguió mientras subía por la gran escalera, agarrándome al amplio pasamanos con cada paso, desesperada por cualquier tipo de alivio.

Encontramos a mamá en el cuarto del niño con Silvie, ayudándola a remendar el vestido de una muñeca, enseñándole con paciencia cómo dar los pespuntos para que sean más fuertes, como hizo conmigo y con Kitty cuando éramos pequeñas. Hace tanto tiempo.

—Mamá —la llamé, sin aliento, desde la puerta—. Nos vamos a casar.

Se incorporó, con un gesto de pánico que enseguida se convirtió en una sonrisa cuando Henry apareció detrás de mí.

—¡Vaya! ¡Qué bueno! —dijo, corriendo para abrir una ventana y dejar entrar una brisa fresca. Tomó aire largamente, y luego se giró y se acercó para dar un beso a Henry en la mejilla—. Estoy tan contenta. —Me miró a los ojos, a apenas quince o veinte centímetros de los míos, y su boca dijo—: Estoy segura de que vais a ser la comidilla del pueblo.

Pero sus ojos parecían a punto de ser aplastados por una pesada y oscura tonelada de carbón. Sé que nunca ha sido feliz con papi, que la obligaron a casarse con él por el bien de su familia. El peso de todos esos años se reflejaba en esa mirada. Mi madre quería que yo hiciera lo correcto, pero no podía evitar pensar en ella, en la vida opresiva y carente de amor que había llevado.

Volvió la vista a Silvie, su nueva protegida, y luego le dijo a Henry:

—Debes ir a contárselo a tu madre cuanto antes. Se enfadará si se entera de que no ha sido la primera en saberlo. Venetia, tú debes quedarte aquí para hacer los preparativos.

—Tiene razón, se pondría furiosa. ¡Ya sabe cómo es ella! —dijo Henry entre risas, con su tono afable, y me di cuenta de que ya empezaba a no gustarme.

—Entonces, querida —añadió Henry, tomando mi mano de nuevo—, me despido de ti y volveré esta tarde. Quizá podamos dar un buen paseo tú y yo para ir haciendo planes, la boda, la luna de miel...

Sus ojos brillaban, recorriendo descontrolados mi cuerpo.

Desapareció con celeridad, y nos quedamos en silencio escuchando sus pasos por las escaleras de mármol, que resonaban por el recibidor, y luego el fuerte golpe sordo de la puerta principal al cerrarse. Después, el silencio.

Me derrumbé. Mamá me ayudó a llegar a la mecedora de lactancia, y mandó a Silvie a traerme un té.

—Tenía que hacerlo, mamá —sollocé—. Sabes que tenía que hacerlo.

No dijo nada, solo un largo y tranquilo «chist», como si hubiera aprendido que los problemas del mundo se podían absorber y ensordecen deseándolo de un modo lento y firme, y de repente comprendí que llevaba veinte años silenciando el miedo.

Silvie regresó con té, y nos lo tomamos tranquilamente, hablando sobre cómo iban a ser las cosas. Las bodas se celebran con mucha prisa en estos tiempos, algo que debemos tomarnos como una bendición, dadas las circunstancias, aunque cruzamos unas miradas fulminantes ante la previsión de que se pudiera celebrar ya la semana que viene.

—Por supuesto, puede que queráis, esto..., consumir el matrimonio antes de la boda, por así decirlo —comentó mamá con prisas y algo apurada. Debí de mirarla como si hubiera perdido la cabeza, porque enseguida añadió—: Para que no dude de la paternidad del bebé.

Sonrió a Silvie, que parecía especialmente atenta, y no me pude creer que ambas estuvieran manteniendo la ridícula farsa de que Silvie no sabía exactamente lo que estaba pasando, y cómo sucedió.

Tras un rato, abandoné con esfuerzo la comodidad del cuarto del bebé y me dirigí a mi habitación, donde ahora me encuentro. Mi cabeza está girando en círculos: ¿por qué estoy aquí? ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué es esta la mejor opción? Seguro que hay alternativas. ¿Dónde está él? ¿Dónde se ha metido Alastair? ¿Acaso no oye mi dolor extendiéndose de forma exponencial por el universo, abarcando múltiples galaxias con un grito sin fin?

¿Dónde está?

Me senté en el tocador y me quité el colgante, deseando que Alastair se presentara, como un caballero de reluciente armadura, para sacarme de aquí. O despertarme y descubrir que todo había sido una pesadilla, que le había sucedido a otra Venetia diferente, en un planeta diferente, en algún lugar situado muy, muy arriba, por encima de nuestras cabezas en el

universo imperturbable y cruel.
Te escribiré pronto.

Con mucho amor,

Venetia

Carta de la señorita Edwina Paltry a su hermana Clara

*Hospital de Litchfield,
Litchfield,
Kent*

Jueves 8 de agosto de 1940

Querida Clara:

¡Menudo día! Para empezar, el estúpido crío vino a decirme que había perdido mi dinero. No me puedo creer que haya confiado mi fortuna a un patán tan negado. Lo encontré, se lo llevó a su cabaña y luego alguien se lo robó. ¡Maldita sea! Cree que ha sido Ralph Gibbs, así que tendré que cantarle las cuarenta cuando me dejen salir de este sitio.

Después, aquí estaba yo, tumbada en esta incómoda cama de hospital, cuando se presenta la Tilling, con sus maliciosos ojos fijos en mí mientras recorría con paso firme el pabellón, con un recién estrenado gesto de determinación. Iba toda ajustada y abotonada hasta el cuello con un abrigo azul marino que no le había visto antes —muy diferente a la holgada cosa gris que suele vestir— y llevaba un bolso marrón de cuero que parecía perfecto para provocar una buena contusión si te sacudía con él.

—¿Disfrutando del reposo? —trinó con su tono cantarín, poniendo una sonrisa forzada y poco amistosa, de esas que podrías ver en la cara de un juez justo antes de declararte culpable—. Se está bien en la cama, ¿verdad?

Me dio una palmadita en la pierna y puse una mueca solo de pensar en el daño que podría hacerme si se dejara llevar. Di gracias a Dios porque fuera tan gazmoña, aunque debo reconocer que ya no es la viuda maltratada que fue. Esta guerra ha supuesto todo un cambio para ella. Se nota en su postura, ahora camina más tiesa, nada que ver con sus habituales hombros caídos y cara tristona. Ella, que antes iba siempre corriendo con saltitos para seguir el ritmo de los demás, mostraba ahora firmeza en sus pasos, como si valiera más que el resto de nosotras, hiciera más, realizara más sacrificios por esta guerra, por nuestra comunidad. Y más nos valía mostrarle un poco de respeto.

—Vaya, señora Tilling, qué agradable sorpresa. —Puse mi sonrisa melosa—. Qué bueno que venga a visitar a una pobrecita como yo, tirada en un hospital. Justo estaba pensando que usted es la única persona con la decencia y la amabilidad necesarias para venir.

—Bueno —suspiró—, en realidad he venido a hacerle algunas preguntas sobre el día en que nacieron los dos bebés.

Mantuve una sonrisa de calma pegada a mi rostro, pero nunca hubiera imaginado que fuera al grano de ese modo.

—Estaré encantada de ayudarla con eso. ¡Menudo día fue! —Di un sorbo de agua del vaso que tenía junto a mi cama para ganar tiempo.

Acercó una silla y posó sus estrechas posaderas en el borde.

—He estado pensando... —comenzó a decir en una inquietante voz baja—, ¡qué extraño que los dos bebés sufrieran el mismo problema respiratorio! Y que precisasen reanimación..., nada menos que en su casa.

—Sí, fue un día muy complicado, pero una tiene que entregarse a fondo. Verá, estas cosas son mucho más frecuentes de lo que se piensa. Fue una suerte que yo tuviera el aparato adecuado. Es increíble cómo diez años de experiencia pueden suponer la diferencia entre la vida —hice una pausa, frunciendo los ojos para causar más efecto— y la muerte.

—Qué gran suerte que estuviera usted allí —dijo, alzando una ceja muy fina—. Aunque, quizá, si no hubiera estado, los bebés se habrían quedado con sus correspondientes madres.

Solo pude pensar: *¡Estamos perdidas!*

Pero entonces una sonrisa nauseabunda surgió de sus labios, y comprendí que se creía la ganadora. Y si hay algo que no soy, Clara, es una perdedora, así que me recobré y utilicé mi inteligencia. Que haya venido a soltármelo significa que supone que puede asustarme y hacer que cante, pero no va a sacarme ninguna confesión, da igual lo cerca que esté de la verdad.

—¿A qué se refiere? —sonreí.

—Pues a que teniendo a los dos bebés en su casa al mismo tiempo, le habría resultado posible dar el cambiazo. Podría haber entregado el niño a la señora Winthrop, y la niña, a Hattie.

—¡Qué insinuación más absurda! —balbucí, sintiendo que mi voz temblaba un poco. Decidí intentar tomármelo a broma, hacer que sonara como que ella era la loca—. ¿Cómo se le ha podido ocurrir una idea tan monstruosa, señora Tilling? ¿Ha perdido usted la chaveta?

Sacudí la cabeza con un gesto de indignación.

—No se me ha ocurrido, señorita Paltry. —Me miró directamente a los ojos, con su voz tranquila y serena, como un juez dictando la sentencia final—. Los hechos me llevan a creer que es la verdad.

Respiré hondo, buscando evidencias en mi favor. Entonces, me acordé:

—Las dos madres ya conocían el sexo de sus bebés antes

de que me los llevara. Estaban encantadas. Yo estaba muy contenta. ¿Por qué iba a necesitar hacer algo tan horrible?

—En realidad, ninguna de las mujeres vio a los niños de cerca antes de que usted se los llevara, señorita Paltry. —Su voz sonaba madura, como una ciruela pasada, bajando el tono, ganando confianza—. Las dos me contaron que el único motivo por el que sabían el sexo de sus bebés era porque usted se lo había dicho.

—Oh, vamos, no se dedique a inventarse cosas a partir de historias diferentes. Sé que está usted molesta por no haber estado allí, pero fue inevitable.

Se inclinó sobre mí y sus ojos me atravesaron, y entonces fue cuando me espetó lo único que jamás hubiera imaginado que sabría:

—Hizo un trato con el brigadier, ¿no es cierto?

Me asusté. Si sabía que el brigadier estaba implicado en el asunto, y este llegaba a enterarse, yo sería mujer muerta.

—¿De qué está usted hablando?

—Sé que estuvo con él la noche del bombardeo, y conozco muy bien la información que intentaba venderle.

Alcé la vista hacia ella sorprendida. ¿Cómo podía saber eso? No había nadie por allí. Lo juro. Solo el brigadier y yo, nadie más.

—Solo nos cruzamos por casualidad. Charlamos sobre los trenes. Los retrasos son terribles...

—¿No era un poco tarde para andar cogiendo un tren?

Una luz se encendió en mi interior. ¿Con qué derecho esta estúpida mujer se presentaba aquí a incordiar me con acusaciones? En cualquier caso, mi actitud benévola no me llevaba a ningún sitio. Era un pelele en sus manos. Necesitaba echarla de aquí.

—Puedo coger un tren cuando me apetezca, señora Tilling —fruncí el ceño, alzando la voz. Me incorporé en la cama,

recolocando mi pierna sobre el colchón—. ¿Cómo se atreve a venir aquí a acusarme de estos ridículos delitos? ¿Cómo se atreve, precisamente usted, una enfermera? Usted debería saber que a una persona convaleciente hay que dejarla descansar tranquila y en paz.

Permaneció muy sosegada, observando cómo se acumulaba mi ira, con un gesto de serenidad en el rostro.

—Lo supe desde el momento en que vi a Venetia con la pequeña Rose en brazos —dijo, vanagloriándose de lo lista que había sido al descubrirlo todo, como la maldita Miss Marple—. El bebé se parecía muchísimo a ella. Venetia podría haber sido su madre... —me miró, alzando vacilante una ceja—, o su hermana.

Maldito sea ese bebé, y esa miserable muchacha. Si no fueran tan guapas, nadie se habría dado cuenta. Me sentía atrapada, como una comadreja en un agujero.

En un repentino arrebató de astucia, supe exactamente cómo hacer añicos su intimidación. Cogí la jarra de cristal que había junto a mi cama y grité con todas mis fuerzas: «¡Enfermera! ¡enfermera!». Y con una risita, dejé que la jarra se me cayera de la mano, arrojándola sobre las frías baldosas del suelo.

Un estrépito colosal rompió el silencio y miles de esquirlas saltaron por el aire para luego caer como una lluvia plateada sobre el suelo, las camas y los muebles, formando una delicada capa de brillo gélido.

Costaría horas limpiarlo.

Las enfermeras se presentaron corriendo, afanándose por aquí y por allá con escobas y mopas, apartando a un lado a la señora Tilling, cogiendo la silla, cambiándome las mantas, diciéndome que no pasaba nada.

Procurando parecer desamparada e inocente, asentí y pedí perdón a las enfermeras. Cuando miré hacia la señora Tilling, la vi lejos de la cama, agarrando con fuerza su bolso y con un

gesto de ira en su rostro fruncido. Siguió ardiendo desde la distancia, hasta que una enfermera se acercó a decirle algo, le trajo su abrigo azul marino y la condujo hasta la puerta. Su cara larga se volvió hacia mí mientras se iba, con enojo en la mirada y quizá una sombra de la antigua señora Tilling, a la que echaban a empujones de nuevo. Solo que esta vez no se iba a conformar. Ahora quería hacer las cosas a su manera. Sentí un escalofrío en la nuca cuando se cerró la puerta.

Pero ¿qué será lo próximo que haga? Mi primer pensamiento, por supuesto, fue que podría intentar sobornarme, sacar alguna recompensa por su silencio. Pero ese no es el estilo de la Tilling. Tiene dinero de sobra para su modo de vida práctico y comedido. Es más probable que actúe movida por la moralidad o la decencia, o cualquier otro motivo igual de asqueroso. Tiene un deseo enfermizo de ser un miembro destacado de la comunidad, y esta pequeña victoria podría auparla a un nuevo trono.

Por supuesto, existe la posibilidad de que nos haga un grandísimo favor a todos y lo deje estar. ¿Por qué se iba a molestar en llevarlo más allá? No tiene ninguna prueba. Su querida Hattie está muerta. La señora Winthrop está encantada con su niño. Volver a cambiar a los bebés no beneficiaría a nadie. Solo serviría para romper la pequeña comunidad y provocar más daño del que merece la pena. Todo el mundo la odia. No es tan tonta como para no ser consciente de ello.

Esto me conduce a mi conclusión final, la más alarmante. Podría irse de la lengua con el brigadier, contarle que lo he traicionado, usarlo para conseguir poder en este pueblecito.

Y acto seguido el brigadier se presentará aquí para romperme el maldito cuello, como prometió que haría si alguien se enteraba. Dios, me siento como un zorro atrapado, rodeado por los perros.

Me encargué de que trasladaran mi cama cerca de la enfermera para estar más segura, y cuando me estaba instalando, entró nada más y nada menos que Elsie. Iba muy

arreglada, con un vestido de flores verde, guapa como un joven cisne, hasta que abrió el pico.

—Me he enterado por Kitty de que un chaval estaba buscando tu dinero. —Se acercó—. Y sé que una parte de ese dinero me pertenece.

—No me amenaces, bonita —dijo—. En cualquier caso, no tengo ya el dinero. Lo encontraron y se lo robaron. Si quieres pasta, tendrás que buscarla en otra parte.

Se arregló el pelo, pavoneándose.

—Eso ya lo tengo en mente, también —dijo—. Tengo un plan para pescar a un marido rico. Pero necesito un poco de calderilla, ¿sabes? Para parecer una dama.

Solté una risa irónica.

—Te hará falta algo más que estar guapa para conseguir a un ricachón.

—Ya lo veremos. —Se sorbió la nariz—. Pero necesito dinero, y sé cosas sobre ti que te harán aflojar la pasta.

Me estaba empezando a enfadar.

—Elsie, no tengo ningún dinero para darte.

—Vaya, entonces, ¿dónde está el dinero?

—Tom cree que fue Ralph Gibbs, por si te apetece ir a pedirle que me lo devuelva. —Ahora sí que estaba enfadada—. Es mi dinero, y él lo sabe muy bien, maldita sea.

Un gesto pensativo se adueñó de su hermoso rostro, con los labios fruncidos.

—Bueno, será mejor que me vaya, entonces —dijo, con su decisión tomada, seguramente la de ir ella misma a quitarle el dinero. Y se marchó dando saltitos, con una sonrisita confiada en su boca, como si se hubiera tragado un sapo.

Hundí la cabeza en la almohada y gruñí. Lo que me faltaba. Otra persona detrás de mi dinero, además de la Tilling y el brigadier acosándome.

Será mejor que quemes esta carta, Clara, y las demás, no vayan a caer en manos de ya sabes quién. Nunca se sabe, últimamente las paredes tienen oídos.

Edwina

Diario de Kitty Winthrop

Jueves 8 de agosto de 1940

Qué no hacer

Me he enterado de lo de Venetia y Henry. Me lo ha contado Silvie, que vino corriendo a buscarme al establo.

—Tengo noticias —exclamó al verme en el patio del establo, ensillando a *Amadeus*, que empezó a apartarse nervioso.

—¿Qué noticias?

—Venetia se va a casar con Henry —dijo entre jadeos, acercándose a mí con un gesto intenso en el rostro—. ¡Ha dicho que sí!

—¿Qué?

—Henry ha pedido en matrimonio a Venetia, y ella ha dicho que sí —repitió, con la cara arrugada de preocupación.

—No puede hacer eso —dije, con mucha naturalidad—. Está embarazada de Slater.

—Lo sé. Por eso se casa con él.

—¡No es justo! —protesté, enfrentándome a la gravedad de la situación—. ¡Pobre Henry! ¿Y si lo descubre? ¿No habrá que cancelarlo todo?

—No lo sé —respondió Silvie, acercándose a mi lado.

—Pero ¿por qué la ha pedido en matrimonio, si está prometido conmigo?

—Igual se olvidó —comentó con ternura—. Le gusta mucho Venetia, Kitty. Siempre quiere hablar con ella.

Me volví y le chillé:

—¡No tienes ni idea de lo que dices!

Se marchó corriendo, más rápido de lo que nunca había visto, y me quedé acariciando a *Amadeus*, intentando convencerme de que Silvie estaba equivocada, de que esto solo era una broma disparatada.

—Venga, *Amadeus* —le susurré al cuello—. Vamos a dar un paseo.

Cuando me encontré a lomos de mi montura y contemplé desde lo alto el terreno, esa colcha verde y dorada de campiña, me sentí más tranquila para estudiar la posibilidad de la noticia que me había traído Silvie.

Razones por las que Venetia no puede casarse con Henry

Está enamorada del señor Slater

Está embarazada del señor Slater

Se supone que Henry se va a casar conmigo

Sencillamente, las cosas no iban a ser así. Cuando miro al futuro, siempre nos veo a Henry y a mí, viviendo en su mansión con cuatro hijos, tres gatos y un gran perro llamado *Mozart*. No veo a Venetia por ninguna parte. A mi hermana no le pega vivir en Brampton Hall, no creo que quiera tener tantos hijos, y ni siquiera le gustan los perros, ni *Mozart*.

No funcionaría.

Troté con *Amadeus* por el camino y lo puse al galope entre los prados. Ni siquiera pensaba en qué dirección ir, pero no me sorprendí cuando me encontré delante de Brampton Hall, la enorme mansión de ladrillo de estilo gótico, reluciente bajo la brillante luz del sol. Fue construida hace unas cuantas generaciones por el Brampton original, un comerciante que se enriqueció en la India. Ahora son un gran apellido local, y la señora B está decidida a hacerlo aún más grande.

Cuando llamé, fue el propio Henry quien acudió a la puerta, con aspecto aturdido, y recordé que todos sus criados se habían marchado.

—Henry —sonreí.

—¿Kitty? Me alegro de verte.

—Estaba pensando, ¿te apetece salir a dar un paseo?

Lanzó una mirada al interior de la casa.

—Está bien. Deja que avise a mamá. —Dejó la puerta abierta y se metió dentro.

Regresé junto a *Amadeus*.

—¿Ves? No está prometido con Venetia. Silvie no tenía razón.

Henry volvió a aparecer, y allá que nos fuimos, recorriendo el camino hasta la carretera, mientras se abrochaba apurado el cuello de la camisa y se alisaba el pelo. Yo iba a pie, apretando el paso para seguir sus grandes zancadas, y *Amadeus* trotaba a mi lado. Llegamos rápidamente a la carretera, flanqueada por colinas cubiertas de hierba a ambos lados, con un cielo azul y despejado sobre nuestras cabezas.

—Me temo que no puedo pasear mucho hoy, Kitty —comenzó a decir—. Verás, tengo una noticia increíble.

—Vaya, ¿sobre la guerra? —pregunté, sintiendo que la tierra bajo mis pies me fallaba, como un terremoto tembloroso aguardando a desgarrar el suelo.

—No. —Me miró con una sonrisa—. Supongo que, precisamente a ti, no debo ocultártelo. Venetia me ha hecho el hombre más feliz del mundo al aceptarme en matrimonio.

Me detuve, clavada en el suelo, aterrada.

—Entonces es verdad —murmuré, con la luz cegadora del sol quemándome los ojos—. Es verdad.

—Sí. —Se detuvo y se volvió hacia mí—. ¿Ya te lo habían dicho? Esto... ¿Te encuentras bien, Kitty?

Lo miré.

—¡Pero se supone que tú y yo nos íbamos a casar, Henry! —grité—. Dijiste que nos casaríamos cuando yo tuviera la edad. Lo dijiste.

Las lágrimas habían comenzado a formar gruesos cordones de agua que corrían por mis mejillas.

Henry parecía horrorizado.

—Pero, Kitty —dijo con calma—. Yo nunca he dicho eso. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En el río, el día del picnic en Box Hill. Dijiste que si te ayudaba a encontrar a Venetia, te casarías conmigo.

—¿Eso dije? Vaya cosa más desconsiderada. Lo siento mucho, Kitty. Debió de ser un malentendido, o una broma, o, esto... —Extendió los brazos, y una risita corta y embarazosa se le escapó—. Pero ahora vas a ser mi hermana, y yo, tu hermano, y eso es mejor aún que estar casados, ¿no?

—¡No lo es! —grité—. No quiero que seas mi estúpido hermano, aunque acabes casándote con mi hermana, lo cual dudo mucho.

—¿Qué quieres decir?

—Que está embarazada. ¡De Slater! —le grité a la cara, soltando saliva con cada palabra.

Retrocedió un paso, mirándome con un gesto vacío.

—Kitty, no deberías bromear con estas cosas.

—Ve y pregúntaselo. Está enamorada de él. Quiere tener a su hijo. Pero él ha desaparecido. Así que tiene que conformarse contigo en su lugar.

Se le cayeron los hombros, sus ojos se quedaron hundidos y, como un espejo del horror, vi cómo mi gran aflicción se le transmitía a él, fluyendo de mí como un gran chorro amarillo y negro que bañaba su cuerpo en rabia y desesperación. Se sentó sobre la hierba, con las rodillas flexionadas ante él, la cabeza entre las manos, murmurando algo para sí mismo. Me quedé mirándolo un rato, mi héroe desinflándose ante mis ojos, y comencé a ser consciente de la gravedad de lo que acababa de hacer.

—Vete, Kitty —dijo, con suavidad, con calma, sin mirarme.

—Henry, lo siento, yo...

—Gracias por contármelo. Y ahora, vete. —Alzó la cabeza, de repente tenía los ojos airados y furibundos.

—Pero Henry...

—Aléjate de mí —rugió por lo bajo, levantándose y plantándose ante mí—. Si te dijera lo que me apetece hacerte ahora mismo, desearías no haberme conocido nunca. Así que vete. ¡Márchate! —me gritó, amenazador.

Nunca me hubiera imaginado que pudiera ser así. Sus hermosos ojos azules se habían vuelto tan negros como los de una serpiente furiosa.

Cogí las riendas de *Amadeus* y eché a correr, soltando gemidos incontrolados por la boca, sintiendo que el fin del mundo había llegado de verdad.

Cuando regresé al oscuro y sombrío establo, extendí una manta de caballo vieja en un rincón y me tumbé hecha un ovillo, cerrada como una concha. Permanecí así, sollozando, mientras *Amadeus* me daba golpecitos comprensivos con su suave hocico.

¿Por qué lo hice? ¿Por qué lo hizo él?

Unas horas más tarde, oí el sonido de una vocecita por detrás. Era Silvie, escudriñando en la oscuridad.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—He traído sándwiches —dijo en voz baja.

—Déjalos en el banco de fuera.

—Todo el mundo te está buscando —añadió.

No dije nada, solo dejé que las palabras fluyeran y fueran absorbidas. Evidentemente, papi estaría furioso. Quería que Venetia se casara con Henry. Todo había encajado a la perfección: Venetia retenida en la cama, papi intentando hablar con ella, mamá intentando negociar, Venetia cambiando de opinión respecto a Henry y aceptando casarse con él, mamá llorando hasta bien entrada la noche. ¿Y ahora? Papi seguramente me mataría, si Venetia no me pillaba primero.

—Gracias por los sándwiches —le dije en voz baja a Silvie, recordándole que ahora era mi única aliada. Se marchó entre las luces del ocaso, sin tener claro que yo fuera una sabia elección como amiga.

Era ya de noche cuando regresé a casa, con frío y hambre, y temblando de terror. Alguien me había dejado abierta la puerta de la despensa y un bollo en la cesta del pan. Lo cogí y subí con sigilo las escaleras de servicio hacia mi cuarto, que es donde me encuentro ahora, querido diario. La casa está en silencio. Pensaba que toda la familia estaría esperándome, todos gritando y llorando. Pero esto, esta quietud, resulta en cierto modo más inquietante.

Creo que esta noche, después de las doce, cuando todos estén dormidos, haré una pequeña maleta y me esfumaré.

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Jueves 8 de agosto de 1940

Querida Angela:

Te vuelvo a escribir, esta vez para contarte que la boda se ha cancelado de forma dramática. Doy gracias a Dios por haberme librado por los pelos. ¿Cómo iba yo a saber que Henry Brampton-Boyd podía ser un monstruo? Me siento paralizada y agotada, y toda esta historia me ha dado fiebre. Voy a quedarme en la cama, y debo confesar que estoy más que feliz de hacerlo.

Con sentimientos encontrados, me enteré de que Henry se había presentado en casa a primera hora de la tarde. Se suponía que no iba a regresar hasta última hora. Mamá había insistido en que yo necesitaba descansar y estaba buscando una oportunidad para recuperarme de toda esta terrible experiencia. Pero, inesperadamente, a eso de la una, oí que llamaban con fuerza a la puerta, luego el estrépito de voces elevadas resonó en el recibidor, y sonó mi nombre a gritos.

Comprendí que algo había pasado. Comprendí que Henry debía de haberse enterado. Respiré hondo, me alisé el vestido amarillo y me acerqué con sigilo al descansillo desde el que se divisa el recibidor, desde donde lo vi mirándome, con el rostro colorado y furioso, los puños cerrados, su cabello liso revuelto, su uniforme abierto por el cuello, arrebatado y tenso.

—¡Venetia! —aulló.

Nunca había visto a Henry enfadado, pero jamás me lo hubiera imaginado tan violento y tan trastornado como entonces. Siempre ha sido tan educado, tan decoroso. Era como ver a un perro labrador convertido en lobo.

Bajé lentamente por la gran escalera, conteniendo la respiración, rezando por que este encuentro terminara rápido.

—Necesito hablar contigo, querida —dijo en voz baja, agarrándome del brazo y arrastrándome hasta el salón, donde cerró la puerta para que mamá, que andaba merodeando por el recibidor, no pudiera seguirnos. Al final resultó que no sirvió de mucho, porque pudo oír todo lo que se dijo desde el recibidor. No sabía que Henry era capaz de alzar la voz hasta ese punto. Toda la casa retumbaba con sus gritos, que hacían temblar las lámparas de cristal.

—Ahora, dime —me exigió, lanzándome al sofá y quedándose de pie, enrabiado—. ¿Estás embarazada?

Asentí lentamente. Para serte sincera, Angie, estaba tan agotada por todo este drama que no pude encontrar energías para hacerle frente. Henry me daba pánico, de un modo que jamás hubiera imaginado posible, y me sentía francamente aliviada al ver que se disponía a terminar con esto. Yo sería libre, sin importar las consecuencias que sabía que eso implicaría. Entonces comprendí, en aquel momento, que yo era lo bastante fuerte como para superar esto, con o sin el apoyo de mi familia.

—Sí, Henry —dije en voz alta—. Lo estoy.

—¿Qué? —rugió, toda su cara roja y deformada por la ira—.

¿Ibas a casarte conmigo a sabiendas de que llevabas el hijo de otro hombre en tu vientre?

—Lo siento, Henry. Fue un error. Ahora me doy cuenta.

—¿En serio pensabas que podrías salirte con la tuya? —Se cernió sobre mí, mirándome amenazador.

—No lo sé —dije sucintamente, mirándome las manos—. Pensé que sería lo mejor, pero ahora veo que estaba equivocada.

—¡Podríamos habernos casado! ¡Podrían haber pasado años sin que yo lo supiera! Me pregunto cuándo me habría informado alguien de ello, de no haberlo hecho Kitty esta mañana.

—Así que ha sido Kitty —dije en voz baja.

Claro que había sido Kitty. Está enamorada de él. Había jugado la única carta que le quedaba. Aunque no pude evitar sentirme algo contenta porque lo hubiera hecho. Casi orgullosa de ella, de un modo extraño. Aunque esto se debía probablemente al inmenso alivio de que alguien se lo hubiera contado, poniendo fin a esta horrible farsa. No puedo creer que me haya permitido pensar que era lo mejor que se podía hacer.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?: «Vaya, así que ha sido Kitty». ¿Como si no te importara nada?

—Me alegro de que lo hayas sabido —dije con frialdad.

—¿Tienes algún remordimiento? —dijo con sarcasmo. Se sentó a mi lado y se inclinó, poniendo su rostro frente al mío, amenazante y vengativo—. ¿Has descubierto que en lo más profundo de tu ser podrías incluso tener una conciencia?

—Supongo que sí —dije, incómoda—. Siento que todo ha estado mal.

—¡Vaya! —Se levantó de un salto—. La señorita se ha dado cuenta de que casarse estando embarazada de otro hombre está «mal». Vaya, vaya, Venetia. —Se rio con sorna—. Ahora que lo pienso, ahí residía la mitad de tu atractivo: en tu falta de conciencia. Tu total e implacable egocentrismo. Ahora me

pregunto cómo no lo vi antes. No eres más que un cascarón vacío, Venetia. Una chica hermosa sin alma. —Se dirigió con paso primoroso a la puerta del porche, contempló las glicinias marchitas y los adoquines rotos, y añadió en voz baja, casi para su fuero interno—: Me alegro de haber visto por fin cómo eres en realidad.

Hubo un vacío, un silencio, en el que yo debería haber dicho algo, haberme defendido, haberle pedido perdón, haberlo calmado. Pero no lo hice. Alastair me había enseñado que yo era un ser humano de carne y hueso, algo más que la fachada que Henry creía conocer. Todo lo que me decía era irrelevante. Ya no me conocía, quizá nunca me conoció. Solo estaba enfadada conmigo misma por haber aceptado casarme con él de entrada, mientras en silencio deseaba que todo esto se acabara. Me dolía todo, la cabeza me estallaba, y sentí el frío de un viento invisible colándose por la habitación hasta mi nuca, bajo mi pelo.

—Pero Venetia. —Henry se volvió, con voz diferente, ahora suplicante, con un anhelo afligido—. ¿Por qué me has hecho esto? Sabes cuánto te quiero. Nos conocemos desde siempre. ¿Por qué lo has hecho?

Olas de náuseas comenzaron a invadirme.

—Pensaba que todo saldría bien, Henry. No era mi intención hacerte daño. Pensaba que te hacía un favor al casarme contigo. Sé que siempre lo has querido. Ya sé que no era perfecto, pero pensaba que dejaría atrás el pasado, que empezaría de cero. Me quedaría embarazada rápido, y nadie sabría que el bebé no era tuyo. Mucha gente lo hace.

—Pero nosotros no somos «mucha gente» —bramó, avanzando amenazador hacia mí—. Soy una persona, Venetia. A veces me pregunto si alguna vez te has dado cuenta de ello. —Se sentó en el sofá a mi lado—. Mírame, Venetia. Mírame bien, un buen rato.

Su voz sonaba firme, brusca, y me miró directamente a los ojos mientras yo alzaba los míos. Tenía un aspecto distinto a

otras veces que lo había visto; abierto, vivo, como si pusiera todo lo que quedaba de él en ese instante.

—Sí, lo sé —murmuré.

Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, se alteraron, relajándose, entrecerrándose, y su ira fue reemplazada por un apetito lujurioso.

—Venetia, te deseo con locura. Casi estaba dispuesto a ignorar lo del bebé y seguir adelante con la boda. He intentado relegarlo al fondo de mi mente, pero nunca podría vivir con eso. Odio a Kitty por habérmelo contado. Si no hubiera venido a arruinarlo todo, habría sido perfecto. Yo habría sido el hombre más feliz de la tierra. Habrías sido mía. —Sus ojos recorrieron mi cuerpo, y su mano se movió hacia mi cintura—. Habrías sido mía —repitió, y sus manos se movieron con rapidez, subiendo y bajando por mi costado, y sus dedos gruesos y torpes apretaron mis muslos.

Le pedí que parara, intentando quitarme sus manos de encima, pero él siguió, gritando:

—¿Este es el tipo de chica que eres, Venetia? ¿Es esto lo que te gusta?

Me di cuenta de que necesitaba salir, así que usé todas mis fuerzas para apartarlo de un empujón, y me levanté para huir de *h* habitación. Pero él recuperó el equilibrio con rapidez y salió a por mí, dándome una bofetada tan fuerte que me caí al suelo llevándome un estruendoso golpe.

Entonces apareció mamá, de pie ante mí, chillando:

—Pero ¿esto qué es? ¿Qué demonios estás haciendo?

Henry se detuvo al momento y comenzó a atusarse el pelo.

—Creo que deberías irte ya, Henry —dijo mamá enérgicamente, palpándome la frente y ayudándome a levantarme.

Henry frunció los labios, molesto.

—Sí, ya he tenido bastante por ahora —dijo con toda la

intención, y abandonó la sala con pasos altivos.

Los ojos tristes de mamá se fijaron en los míos, mientras escuchábamos por segunda vez ese día los pasos de Henry resonando con fuerza por el mármol del recibidor y la voz de la criada guiándolo a la puerta. Se escuchó el estruendo de un portazo que envió una lluvia de partículas de polvo por el aire, como un espectro que aparece tras ser enterrado.

Me eché a llorar; el dolor en mi cuerpo era inmenso y me estallaba la cabeza. Mamá me ayudó a subir las escaleras y me derrumbé sobre la cama.

Dormí un rato, y luego oí los gritos de papi en el piso de abajo. Mamá, que estaba sentada junto a mi cama, se levantó en silencio y cerró la puerta con llave por dentro. Sabía que temía por mí, mucho más que yo misma. Me daba igual que papi viniera. Sé que puedo aguantar su temperamento; sé que puedo aguantarlo todo. Estoy completamente insensible.

Y aquí es donde me encuentro ahora, Angie, sentada en la cama, intentando encontrarle un sentido a todo este lío miserable. Mamá dice que tengo fiebre, y admito que me siento increíblemente cansada, así que debo dejarte ya y descansar un poco.

Diario de la señora Tilling

Viernes 9 de agosto de 1940

Qué noche más triste hemos vivido.

Pasada la medianoche, Kitty golpeó la puerta de casa. El coronel bajó a abrir y luego subió a buscarme. Abrí la puerta de mi dormitorio con el viejo pijama de Harold puesto, y bajé corriendo para ver qué sucedía.

—Algo muy malo le pasa a Venetia, creo que debería ir a la mansión —dijo la muchacha en voz baja, y añadió con un ligero temblor—: Y... ¿Puedo quedarme aquí unos días, por favor?

Le dije a Kitty que se podía instalar en el cuarto pequeño y regresé deprisa a mi dormitorio para vestirme rápidamente, coger mi maletín de enfermera y salir disparada en la noche. Llegué apresurada al camino de su casa, tropezando un par de veces, puesto que mi linternita vacilaba sobre la pista llena de baches que tenía delante. Entré en la mansión por la puerta de servicio y subí por las escaleras de atrás, deteniéndome unos instantes a tomar aire antes de llamar a la puerta.

Mi principal temor —que Venetia estuviera sufriendo un aborto— se confirmó al entrar en la habitación. Era una escena trágica. A la tenue luz malva de su lamparita de noche, vi a Venetia retorciéndose de dolor, sollozando y diciendo que jamás se lo perdonaría. Había mucha sangre y un fuerte olor a

plasma. La señora Winthrop iba y venía con toallas y trapos.

Me senté en la cama, al lado de Venetia, y le hablé con tranquilidad, evaluando la situación, lo que hacía falta hacer, si deberíamos trasladarla al hospital. Estaba en una fase temprana del embarazo, así que al menos no estaba de parto, y poco a poco, a lo largo de las primeras horas de la mañana, su gestación fue saliendo gradualmente de su débil cuerpo.

—¿Se pondrá bien? —preguntó la señora Winthrop.

—Sí —dije, aunque en mi interior no lo tenía tan claro. Estaba por debajo de su peso, agotada y traumatizada. Tenía fiebre y había perdido mucha sangre.

—Tuvo una escena con Henry —añadió su madre—. El muchacho se enteró de lo del embarazo y la golpeó. Cayó mal al suelo.

Le pasé el brazo por el hombro y nos sentamos juntas al lado de la cama. El arretrato de Henry debió de ser la gota que colmó el vaso, después de la pérdida de sangre, la debilidad, la tristeza. La contemplamos en silencio, y me sentí aliviada cuando al amanecer la situación comenzó a estabilizarse y entró en un sueño ligero.

—Váyase a dormir y descanse unas horas, tengo que irme a las ocho —le susurré a la señora Winthrop.

—Estoy demasiado despierta como para dormir ahora —dijo—. Voy a preparar un té.

Me quedé, controlando en silencio la fiebre de Venetia, mientras la señora Winthrop entraba y salía con sigilo, trayendo té y un jarrón de hortensias del jardín. Abrió un poco las cortinas cuando el sol se alzó sobre las montañas cubiertas de trigo, dejando que un chorro de color ámbar pastel entrara titilante en la habitación.

Todo había acabado, y Venetia estaba viva.

Cuando se despertó, se quedó tumbada con desgana en la cama largo rato, con los ojos bien abiertos, fijos en el techo, o cerrados con fuerza, mientras se le escapaban las lágrimas.

—¿Qué he hecho? —susurraba de cuando en cuando—. ¿En qué estaría pensando? Nunca podría haberme casado con Henry. ¿Qué he hecho?

La señora Winthrop y yo nos miramos. Era como si la culminación de toda la historia finalmente la hubiera roto por dentro.

El brigadier estaba armando una bronca tremenda en el piso inferior, como si se tratara de otro campo de batalla, con ruidos de vajilla rompiéndose y portazos, en radical contraste con la tranquilidad de nuestro rinconcito de dolor.

Pasadas las ocho regresé apenas al pueblo para descansar un poco antes de las operaciones de la mañana, sintiéndome algo mareada por la falta de sueño. Llegué a Ivy House justo a tiempo de ver al coronel marchándose a Litchfield.

—¿La muchacha está bien? —preguntó, aunque yo no le había contado nada, y no tenía ni idea de cómo sabía dónde había estado.

—Sí —contesté—. Se pondrá bien.

—¿Y usted? —Se plantó con su enorme corpachón justo delante de mí.

—Estoy... —empecé, dispuesta a decir, como de costumbre, que estaba bien. Pero no era verdad—. Estoy cansada. Ha sido todo bastante traumático, para serle sincera. —Lo miré y le ofrecí una frágil sonrisa.

—¿Por qué no sube a tumbarse un poco? —Ladeó ligeramente la cabeza—. Estoy seguro de que en la clínica podrán apañárselas sin usted esta mañana.

No me hubiera importado ponerme a llorar en su hombro grande y comprensivo, pero me quedé allí, intentando ser práctica, conteniendo las lágrimas.

—Pero ¿y toda esa gente que me espera?

Me observó por un momento, y luego extendió ambos brazos, quizá para envolverme con ellos, pero se detuvo a la

mitad del gesto y finalmente decidió plantar sus manos con firmeza en mis brazos.

—Necesita usted descansar un poco, de lo contrario, no podrá ayudar a nadie.

—Lo intentaré —dije, y me solté, incómoda ante esas confianzas—. Pero ¿dónde está Kitty? Tengo que prepararle el desayuno.

—Kitty ya me ha hecho el desayuno, y si se lo pide educadamente —sonrió, alzando una ceja—, estoy seguro de que podrá prepararle algo a usted también.

Diario de Kitty Winterop

Viernes 9 de agosto de 1940

La nítida luz del día

Cuando abrí los ojos esta mañana, me encontré parpadeando en el pequeño trastero de la señora Tilling, y pasé unos instantes funestos reconstruyendo los terribles acontecimientos del día anterior, mi caída rápida y frenética en un pozo muy profundo del que nunca seré capaz de salir.

Mi futuro

La furia desbocada de papi. Tendré que irme de casa, por desgracia

La ira de Venetia, y su incesante tormento

Mi deshonra total y absoluta, que me perseguirá como una sombra de muerte

Mi corazón roto fundiendo mis entrañas en lava líquida

Mis sueños rotos. El fin de todo lo que siempre conocí y quise

Me aventuré escaleras abajo y entré en la cocina a buscar algo para desayunar.

—¿Ya se ha levantado la señora Tilling? —pregunté al coronel.

—Todavía está en la mansión —dijo, y se puso a rebuscar en los armarios algo de comer—. Ha pasado toda la noche allí.

—¡Ay, señor! —murmuré, cogiendo la avena—. Debe de ser por Venetia. Espero que esté bien.

Mientras preparaba té y gachas para el coronel, no podía dejar de pensar en mi hermana, y en que era culpa mía que hubiera tenido esa horrible pelea con Henry, que debía de estar furioso con ella. No tenía que habérselo contado. No sé cómo lo hace la gente mala para seguir viviendo con los remordimientos. Los siento acechando en mi interior, como un fango ponzoñoso pringando mi cuerpo, provocando que todo lo que hago o digo salga de un marrón amarillento y apestando a vómito.

El coronel se sentó a la mesa a leer el periódico de ayer, ofreciéndome comentarios pasajeros.

—Mira, ahora se llama oficialmente la batalla de Inglaterra. Los nazis están bombardeando todos nuestros aeródromos y fábricas.

—¿En serio? —dije, sin escucharlo.

Alzó la mirada y removié lentamente las gachas.

—Vamos a ver si trae algo más animado.

Siempre hay un par de historias cómicas o con final feliz para levantar el ánimo, y me leyó una sobre un vigilante antiaéreo que patrullaba por el pueblo de Upper Leigh cuando sintió el cañón de una pistola en su espalda. Pensó que los nazis nos habían invadido ya, y rápidamente levantó las manos. Al girarse, poco a poco, se dio cuenta de que en realidad era una enorme garza la que lo estaba encañonando. Debido al

blackout, el hombre había retrocedido hasta darse con el pico del ave.

Sonreí, pero mis ánimos seguían por los suelos, así que el coronel me dio una palmada en el hombro antes de marcharse a Litchfield Park. Estoy segura de que no sería tan simpático conmigo si conociera toda la historia.

Me dirigía a ordenar la habitación cuando oí que entraba la señora Tilling. Habló en voz baja con el coronel al cruzarse en el recibidor, y luego escuché la puerta cerrarse cuando él se marchó.

—Hola —exclamó la señora Tilling, entrando alegre en la cocina—. El coronel me ha dicho que le has preparado el desayuno, lo cual debo decir que ha sido todo un detalle por tu parte. Ahora, pon la tetera al fuego y vamos a charlar un poco.

—¿Mi hermana se encuentra bien? —dije apresuradamente, entretenida en llenar la tetera.

—Creo que se pondrá bien —respondió, para mi gran alivio—. Pero ha perdido al bebé.

Sé lo que eso significa. Y sé que lo último que necesitaba mi hermana era que yo me chivara a Henry. Sigue estando muy débil desde el bombardeo. Esto debe de haber sido la gota que colma el vaso. Me derrumbé en una silla, posé los brazos en la mesa y hundí la cabeza entre ellos.

—Ha sido todo por mi culpa.

—No es culpa tuya, Kitty —dijo, pasándome un brazo por los hombros—. Henry debería asumir la responsabilidad de sus actos, aunque probablemente no ayudó que se lo contaras. La escena fue terrible. Al final, ha sido demasiado para tu hermana.

Empecé a llorar, intentando no hacerlo, por supuesto. La pobre señora Tilling tiene mucho que aguantar en este momento, y estoy segura de que no necesita a una exasperante chivata llorando en su hombro, pero cada vez que paraba, surgía a continuación otra ola de llanto, esperando a ascender y

romper, como si toda mi vida hubiera sido una serie de horrores a la espera de ser liberados.

La señora Tilling me acarició la espalda.

—Todos debemos recordar que eres joven y que te queda mucho por aprender en esta vida. Henry nunca debió haberte dejado creer que se casaría contigo, pero hay muchas cosas más: tu mamá tendría que haber hablado contigo del embarazo de Venetia, en lugar de fingir que no pasaba nada; Venetia nunca debería haber engatusado a Henry para que la pidiera en matrimonio; tu padre no debería haber presionado tanto a Venetia para que aceptara a Henry; Henry no debería haberle pegado; Slater no debería haber desaparecido, dejando a Venetia tan desconsolada... Es todo un despropósito. No deberías cargar tu sola con la culpa.

—Pero ¿por qué Henry la quiere a ella cuando podría amarme a mí? Soy yo la que desea casarse con él. ¿Por qué la gente no puede amar a las personas que les quieren? ¿Por qué todo el mundo se enamora de la persona equivocada?

—Kitty, mírame —dijo, y levanté mi cara llorosa de entre mis brazos—. Ser adulto es algo muy duro. No podemos elegir de quién nos enamoramos, ni quién se enamora de nosotros. Pase lo que pase en tu vida, Kitty, debes recordar que no puedes cambiar lo que alguien siente por ti. El amor es una emoción tremendamente extraña, y en ocasiones guarda muy poca relación con el sentido común. A veces es un sentimiento agradable y reconfortante, como envolverte en una deliciosa manta calentita, pero en otros momentos te devora por completo y no puedes evitarlo. —Hizo una breve pausa, recreándose en algún recuerdo, y luego lo apartó de su mente—. Estoy segura de que Henry te quiere como a una hermana, pero siente un amor muy distinto por Venetia.

—Pero yo ya sé lo que se siente al estar enamorada —me lamenté—. ¡No me diga que lo que siento no es real!

—Es real, Kitty. —Me envolvió entre sus brazos—. Es muy real.

Lloré y lloré, porque lo había estropeado todo, porque Venetia me iba a odiar, y porque ahora Henry nunca me iba a querer. Había salido de mi vida para siempre.

—Encontrarás a otra persona —dijo la señora Tilling.

—¡No! —Sacudí la cabeza—. Nunca encontraré a otra persona. No como Henry. No hay nadie tan guapo y divertido, y que me mire como él. Cuando él está, es como si saliera el sol y todo lo malo que hay en mí, todo lo malo que hay en el pueblo, en el país, en el mundo, no fuera tan malo. Como si fuera perfecto, maravilloso, celestial. —Abrí la boca para tomar aire, y luego sollocé tapándome la cara con las manos—: Y ya nunca más volverá a ser celestial. El se ha ido, y todo lo malo se va a quedar ahí para siempre y nunca desaparecerá.

Un buen rato después de que la señora Tilling se hubiera ido a la clínica, yo seguía sentada a la mesa. Pero a media tarde decidí que necesitaba tomar el aire, así que salí sin ningún destino en particular. Eché a andar y me encontré con que mis pasos me dirigían a casa. Tenía una necesidad acuciante de hablar con Venetia. Cuanto más me acercaba, más convencida estaba de que eso era lo que debía hacer. Necesitaba pedirle perdón.

Pero ¿me perdonaría?

Cuando abrí la puerta de servicio, me di cuenta de que me había olvidado de mi principal enemigo: mi padre. Me mataría si me veía. Descargaría en mí toda la rabia contenida causada por su adorada Venetia. A fin de cuentas, yo soy la pequeña, la menos capaz de plantarle cara, con la que habitualmente lo saca todo. ¿Por qué romper con las costumbres de toda una vida? Ese violento huracán de reprimendas me vapulearía hasta que no quedase de mí más que el silencio supurante de un alma machacada.

Me estremecí de miedo mientras me deslizaba con sigilo por las escaleras de atrás. La casa estaba en silencio, en el recibidor se oía el eco del tictac desacompasado del reloj del abuelo. Subí las escaleras sin hacer ruido y llamé con cautela a

la puerta de Venetia. Me abrió la señora Tilling, que había venido directamente tras las consultas de la mañana.

—Kitty —susurró—, ¿qué haces aquí?

—Tengo que hablar con Venetia.

—Pero ¿y si te ve tu padre? —dijo angustiada, dejándome entrar en la oscura habitación.

—Necesito ver a Venetia. —Miré a mi alrededor. Las cortinas estaban cerradas, y solo una lamparita de noche, la de color púrpura de mi hermana, despedía una luz amoratada en la habitación. Habían arreglado el habitual desorden de su cuarto: la ropa tirada, los frascos de perfume caídos, los libros y cajas de joyas desperdigados. Hasta la cómoda estaba ordenada, esterilizada para un nuevo mañana.

Venetia se estiró en la cama. La señora Tilling acudió a su lado y le explicó que yo estaba allí y que iba a prepararnos un té.

—Por favor, deja que se despierte poco a poco —me dijo—. Y recuerda lo que ha pasado, Kitty. Ahora mismo no eres la primera preocupación que tiene en su mente, así que no te molestes si está enfadada contigo.

Permanecí inmóvil unos minutos después de que se hubiera ido la señora Tilling.

—Ven y siéntate, Kitty —murmuró una débil voz desde la cama.

Me acerqué y me senté.

—Venetia, lo lamento mucho. No te imaginas lo mal que me siento. Sé que me he portado fatal. Ahora lo sé, no hace falta que me lo digas. Sé que Henry te quería a ti, y comprendo que tú buscabas lo mejor para todos. Ahora lo sé todo, pero ayer no lo sabía. Lo siento mucho.

Permaneció inmóvil, y me pregunté si se encontraría lo suficientemente bien como para mantener esta conversación. Sus ojos aturdidos estaban clavados en los míos, nublados por

pensamientos, o confusión, o delirio. No pude adivinar en qué estaría pensando.

—En un primer momento, te desprecié por habérselo contado a Henry, ¿lo sabes? —dijo con voz ronca—. Pero ahora pienso que no hiciste tan mal. Sé que no era esa tu intención, pero, en cualquier caso, ahora sabemos que Henry es una persona vil, un hombre cruel y repulsivo, por muy atractivo que pueda resultar en apariencia. Te mereces algo mejor, Kitty.

No dije nada. Me limité a mirarla. Su cara parecía demacrada. Tenía el cabello aplastado y revuelto sobre los hombros. Aunque habían rociado la habitación con agua de lavanda, no ocultaba un olor desagradable, a sangre, seguramente. La cama estaba mojada de lágrimas y sudor. Nunca la había visto así.

Me eché a llorar.

Se abrió la puerta, y la señora Tilling entró apresurada.

—¡Tienes que marcharte, Kitty! Tu padre ha vuelto a casa y sabe que estás aquí. Te vio en el camino cuando aparcaba.

—Me cogió del brazo y me levantó de un tirón—. ¡Vamos, vete ya! Está amenazando con darte una paliza.

Me sacó a empujones de la habitación, y corrí con el mayor sigilo posible hacia las escaleras de atrás. El corazón me latía acelerado, y me sentía completamente aturdida y hecha un flan cuando me agarré al pasamanos. Al llegar al piso inferior, aguardé tras la esquina para asegurarme de que no había moros en la costa. Tenía ante mí la parte más peligrosa de mi ruta: atravesar corriendo el recibidor hasta la cocina, pasando por delante de la puerta del despacho de papi.

Oí ruido de movimiento en el despacho a través de la puerta entreabierta. No podía ver la habitación entera, pero estaba claro que mi padre se encontraba allí, hojeando papeles, por los crujidos que se escuchaban. Decidí que la velocidad era fundamental, así que conté en silencio uno, dos y tres y salí a toda mecha dando grandes zancadas sobre el mármol del suelo.

Debido a la precipitación, un pie resbaló y acabé de bruces en el suelo. Me levanté a trompicones para seguir corriendo, pero me encontré el camino cortado por un hombre violento y furibundo: mi padre.

Al verme, se abalanzó sobre mí, con una mueca alocada en su rostro colorado. Sus manos se dirigían hacia mi cuello, como si quisiera estrangularme allí mismo. Retrocedí aterrada, poniéndome en pie con dificultad.

—¡Vaya, pero si es la pequeña traidora! —rugió—. Quiero hablar contigo.

Me agarró del brazo y me arrastró al interior del despacho, donde me lanzó al suelo, a los pies de su mesa.

—Quiero saber exactamente por qué quieres hundir el apellido de nuestra familia.

Se dirigió con pasos apresurados a la parte trasera de la mesa, cogió su fusta y regresó donde me encontraba yo, encogida de miedo, mientras se golpeaba rítmicamente la bota, produciendo restallidos a cada paso que daba. Fiu, izas! Fiu, izas! Fiu, izas!

—No, por favor —balbucí, aterrada.

Una vez, papi fustigó a un caballo hasta casi matarlo. Como consecuencia, hubo que sacrificarlo. Y, sinceramente, no creo que yo tuviera probabilidades de sobrevivir.

—Por favor, déjame hablar. Deja que lo explique. ¡Para!

Pero ya había empezado. En ningún sitio en concreto, y sin ninguna delicadeza en particular, me fustigó con toda la furia que pudo. Me encogí para que mi espalda y mis hombros se llevaran la peor parte, y sentí rasgarse por detrás mi vestido, un agudo dolor cuando la fusta atravesaba la tela y abría la piel, y el goteo húmedo de la sangre bajando por mi espalda, mezclándose con el sudor y las lágrimas que no pude contener. Sollocé, aullé, gemí, sin saber qué hacer. Cada vez que intentaba levantarme, papi alzaba el pie y me volvía a tumbar de una patada. Estaba totalmente a su merced, e intenté gatear

hasta su zapato y agarrarlo del tobillo, suplicarle que parara, pero me quitó de encima con una sacudida, más encolerizado todavía.

—¡Inútil! —Latigazo—. ¡Desleal! —Latigazo—. ¡Caprichosa! —Latigazo—. ¡Miserable! —Latigazo—. ¡Desagradecida!

Entonces, oí otra voz.

—Brigadier, ¿qué está usted haciendo? ¡Baje ahora mismo esa fusta!

Al principio me costó reconocer quién era, pues sonaba muy distinto a su habitual pronunciación suave. Pero hoy se la oía alto, fuerte, sosegada. Una mujer con poder.

Era la señora Tilling. Se encontraba en la puerta abierta, con semblante firme y sereno, como una maestra de escuela disgustada al toparse con las chanzas de un alumno travieso.

—Salga de aquí, señora metomentodo —rabió mi padre—. Esto no tiene nada que ver con usted.

—Pues yo creo que sí —lo cortó secamente.

Hubo un silencio. Papi se giró, igual que yo, y vio a la señora Tilling, una mujer de lo más amable y sumisa, cerrando con calma la puerta y avanzando un paso con autoridad.

—Pero ¿qué dice, mujer? —aulló papi, dirigiéndose hacia ella mientras golpeaba la fusta amenazante contra su pierna.

—No me toque las narices, brigadier —repuso ella con aspereza—. No querrá enemistarse con alguien que sabe tanto sobre usted y su acuerdo inmoral. —Su voz sonaba afilada, como una eficaz máquina de coser punzando un viejo dobladillo.

Papi se detuvo en seco, frunciendo el ceño de rabia. Decir que me encontraba asombrada sería poco. Nunca en mi vida había visto a la señora Tilling enfrentándose a nadie, y mucho menos a papi. Ahora, cuando yo lo necesitaba, esta mujer había encontrado la fuerza y el brío necesarios para entrar aquí y salvarme la vida. Me entraron ganas de correr a lanzarme entre

sus brazos con amor y gratitud, y advertirla de que deberíamos salir de allí lo más rápido posible.

—No me amenace, señora Tilling —escupió mi padre—. Usted no sabe nada. —Entrecerró los ojos amenazantes.

—No le tengo miedo, brigadier. —La señora Tilling permaneció con resolución sin moverse, firme y serena, como si hubiera adquirido una nueva posición de fuerza y superioridad—. Sé lo suficiente como para poner en marcha una investigación completa. Si es eso lo que usted quiere —pronunció con cuidado cada palabra—. Solo hace falta una pequeña llamada de teléfono.

—Deje este jueguito, señora Tilling —le ordenó papi—. No sabe con lo que está jugando. Sería una irresponsabilidad por su parte meterse en esto. Pondría a nuestra pequeña comunidad en peligro, nos hundiría en esta horrible guerra.

Papi puede dar muchísimo miedo cuando está de este humor, y por un momento me preocupó que la señora Tilling fuera a recular, que saliera de la habitación y que se reanudara la paliza sin pérdida de tiempo.

Pero la señora Tilling se mantuvo firme. Incluso pude ver el destello de una sonrisa en sus labios, una sonrisa pequeña y tranquila, de esas que se ven en un torneo de ajedrez cuando alguien sabe que ha ganado mucho antes de que los demás se den cuenta.

—No se ponga condescendiente, brigadier. —Avanzó dos pasos hacia él, hasta quedar a solo uno—. No tengo nada que temer de usted. —Se limpió un poco de polvo del hombro, en un gesto claramente despectivo—. Más bien al contrario, se lo aseguro.

Papi estaba visiblemente alterado. Retrocedió un paso y miró al otro lado del despacho, buscando inspiración, algún suelo firme en el que pisar. Tenía el ceño fruncido y los ojos oscurecidos, y sus finos labios tensos en las comisuras, como un niño frustrado.

Me retiré al rincón. Que la señora Tilling pudiera enfrentarse a papi era una cosa, pero que lo amenazara con algo era otra muy distinta. No tenía claro cómo podría reaccionar mi padre. No le gustan mucho las mujeres, a mamá y a nosotras simplemente nos soporta. ¿Qué sería eso que sabía la señora Tilling que podía forzar a papi a retroceder? Nunca había visto a papi reconocer una derrota. Ni una sola vez en sus muchos y diversos conflictos. Hasta la señora B se anda con cuidado con él, y todos sabemos lo implacable que puede ser la señora B.

La señora Tilling me miró y me indicó con un gesto que me levantara.

Me incorporé vacilante, vi las pequeñas manchas de sangre oscura sobre el parqué del suelo, e intenté alisar mi vestido arrugado y arreglarme el pelo.

—Ahora, a disculparse —dijo con calma la señora Tilling.

—Di que lo sientes, Kitty —me rugió papi.

—¡Ella no! —gritó la señora Tilling; sí, la señora Tilling, gritando—. Discúlpese usted ante ella. Tiene trece años y le está zurrando con una fusta de caballo. ¡Debería estar avergonzado!

—Mire, señora Tilling, no sé por qué...

—¡Discúlpese! —Había una mirada en sus ojos que nunca antes le había visto, como la diosa Justicia contemplando la balanza y fallando en su contra.

—Lo siento, Kitty. Parece que la señora Tilling ha enloquecido —dijo papi, un poco cohibido.

—No, no pida disculpas por mi proceder. Bien sabe Dios que eso podría hacerlo yo misma si fuera necesario. Discúlpese por haberla azotado, claro está.

—Lo siento, Kitty —dijo con dificultad, los puños apretados como bolas llenas de nudillos, furioso y sin miramos a ninguna de las dos—. — Ahora, creo que puedes irte, Kitty, y creo que también la hemos aguantado bastante a usted, señora Tilling — añadió con aspereza.

—No —La señora Tilling se acercó y me envolvió entre sus brazos, conduciéndome hacia la puerta—. Creo que su familia ya ha aguantado bastante su tiranía. Llevan años soportando su crueldad, y no veo que deban aguantarlo ni un minuto más. — Se detuvo en seco y se giró hacia él, señalando con un dedo hacia la ventana—. Ahí fuera hay una guerra. Una guerra de verdad. Hay gente muriendo por defender nuestro querido país, y usted solo se dedica a pegar a sus propias hijas para tenerlas sometidas. Pues bien, eso no va a volver a suceder, ¿entendido? —Se volvió hacia mí—. Ahora puedes subir a limpiarte, Kitty. Tu padre ya no te amenazará más, y si lo hace, tienes que contármelo inmediatamente.

Miró a papi mientras decía esto último, asegurándose de que él lo entendía. Asentí y me escabullí rápidamente. Conteniendo la respiración, subí las escaleras saltándolas de dos en dos, y me colé en la habitación de Venetia, cerrando con sigilo la puerta.

—Kitty, he oído los gritos. ¿Qué ha pasado? —susurró.

Le enseñé mi espalda.

—¡Oh, no! ¡Otra vez no! —suspiró, indicándome que trajera una toalla de su tocador.

Se la acerqué, con un vaso de agua para que la humedeciera, y me senté a su lado en la cama para que pudiera incorporarse y limpiarme las heridas. Era patético: una víctima curando a otra. Pero, en cierto modo, parecía normal, como si fuéramos aliadas naturales.

Le conté lo del enfrentamiento.

—¿Quién hubiera pensado que la señora Tilling sería capaz de algo así? —exclamó Venetia, con la cara llena de confusión—. Me pregunto qué sabrá.

—¿Quizá papi tenga una amante? —dije—. Aunque no me lo imagino muy preocupado por mantenerlo en secreto. Le importa tan poco mamá... Quizá sea que compra gasolina de estraperlo al hombre de Chartham, aunque estoy segura de que

su posición y sus contactos en el ejército valdrían para que cualquier clase de delito fuera pasado por alto. De hecho, le cuenta a todo el mundo que lo hace. No, tiene que ser otra cosa. Algo mucho, mucho peor.

—Sí, tiene que ser otra cosa. —Hizo una pausa, todavía limpiando mis heridas y haciéndome estremecer de dolor con cada toque—. La señora Tilling lleva un tiempo comportándose de un modo muy distinto. Es como si hubiera descubierto que hay algo más en su interior.

—Es la guerra —contesté—. Nos ha cambiado a todos, ¿verdad?

—Sí —se apresuró a decir Venetia, con una risita—. Ahora las mujeres somos las que mandamos —añadió con una voz más cercana a su antiguo tono displicente—. El Coro Femenino de Chilbury dominará el mundo.

A pesar de todo el dolor mientras Venetia limpiaba mis heridas, acabé poniendo una sonrisita, y a pesar del ruido de fondo y de la oscuridad que nos rodeaba, tuve la extraña sensación de que todo iba a salir bien.

Carta de Elsie Cocker al teniente de vuelo Henry Brampton-Boyd

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Sábado 10 de agosto de 1940

Querido Henry:

Tengo ganas de ponerme a bailar de alegría, pues me has hecho la mujer más feliz de toda Inglaterra, dichosa y radiante al saber que ahora soy tu chica. Recuerdo lo sucedido esta tarde, cuando saliste de la mansión y decidí acompañarte a tu casa, y cómo te quité ese terrible humor que tenías en la pequeña cabaña del bosque... ¡Jamás me imaginé que tal felicidad pudiera ser mía! Y no importa lo que pase, sé que estarás pensando en mí, esperando volver a estar conmigo cuando esta estúpida guerra llegue a su fin.

Por eso mismo he dejado mi trabajo en Chilbury Manor, como me dijiste que hiciera. Pensaba que me preguntarían qué iba a hacer a partir de ahora, pero no parecía preocuparles demasiado. Igualmente, tampoco sabía cómo iban a reaccionar cuando les conté que tú y yo nos íbamos a casar. El brigadier es tan anticuado que podría darle un ataque al corazón al ver que una criada se casa con un noble. ¡Eso estaría bien!

No estoy muy segura de adonde ir ahora. Solo puedo quedarme en la mansión durante unos días tras notificar mi renuncia, pero luego tendré que irme. Tengo en mente preguntar a tu madre si puedo ir a vivir con ella, ahora que tú y yo estamos juntos. Sé que no le gustará la idea de que te cases conmigo, pero tendrá que acostumbrarse a ello. He pensado que quizá podrías escribirle una carta, contándole lo nuestro y pidiéndole que me deje quedarme en su casa.

Eso es todo por ahora, mi amor. Pienso en ti todo el tiempo, y en la hermosa tarde que hemos pasado juntos. Por favor, escribe pronto.

Con todo mi amor,
Elsie

Carta de la señorita Edwina Paltry a su hermana Clara

*Hospital de Litchfield,
Litchfield,
Kent*

Sábado 10 de agosto de 1940

Querida Clara:

¡Tengo suerte de seguir con vida! Aunque me temo que puede que no dure demasiado. Estoy aterrada, Clara. Aterrada, y no se me ocurre qué hacer.

El brigadier se presentó en el horario de visita matinal, soltando espuma por la boca como un sapo venenoso. Vestido con su habitual uniforme militar, sus medallas y demás parafernalia para demostrar al mundo quién manda, y con los brazos en posición de pelea, iba mirando una por una todas las camas de mujeres asustadas hasta que me vio, aunque estaba medio oculta bajo las mantas. Avanzando a grandes zancadas hacia mi cama, se alzó sobre mí, echando humo de ira, con su cara de un púrpura rojizo y las venas de su cuello y sienes azules y palpitantes como serpientes correosas.

—¿Qué le has contado a la señora Tilling? —me gritó—. Tendría que haber imaginado que lo echarías todo a perder y

nos meterías en líos con tu chapucera estupidez. Nunca debí fiarme de una mujer.

Se inclinó y apoyó los puños en la cama, con su cara cerniéndose sobre la mía. El aliento le olía a carne putrefacta o a cualquier animal en un estado de descomposición implacable.

—No le he contado nada, estúpido —murmuré con energía, escupiendo las palabras con rabia contenida. Lo habrá adivinado ella sola, la maldita.

—¿Cómo iba a adivinarlo? —gritó, incorporándose y poniendo los brazos en jarras, como un dictador brutal—. ¿Cómo se iba a enterar a menos que no hayas hecho bien tu trabajo?

Con un gesto elocuente, le indiqué la presencia de la enfermera, que estaba sentada en su mesa siguiendo con gran interés nuestra conversación.

—¡Hola! —sonreí a la mujer, saludándola con un leve gesto de la mano.

El brigadier bajó su voz hasta emitir un susurro enajenado:

—¿Cómo iba a descubrirlo la señora Tilling de no ser porque has ido dejando pistas por todas partes?

—La niña es la viva imagen de Venetia —dije con toda franqueza—. El otro bebé se parece a Hattie. El resto de piezas solo hay que encajarlas. Con un poco de suerte, ha acertado.

—Sabe demasiado para haber sido cosa de suerte.

—No tiene ninguna prueba, y no hay ningún modo concebible de que consiga nada a no ser que uno de nosotros dos se lo cuente.

Hubo un silencio, y el brigadier se miró las manos, rosas y nervudas, parecidas a una especie de marisco seco, a un molusco que hubiera perdido su concha y se hubiera secado. Luego se dio la vuelta y se sentó en la cama, derrotado.

—Me ha amenazado —dijo en voz baja.

—¿Con un chantaje? —pregunté en voz baja.

—Nada que ver con esas bajezas. Es tu mente podrida la que llega a esas conclusiones —masculló enfadado—. Con denunciarlo. —Miró por la ventana hacia las grandes nubes que se estaban formando, avisando de que podría llover—. Con la cárcel.

—Bueno, solo hay que asegurarse de que lo negamos todo y no reconocemos nada —dije con aspereza—. Nadie tiene pruebas. Tendrán que sacarnos una confesión a alguno de los dos. Debemos permanecer unidos. —Y, con esto como conclusión final, me giré a la enfermera—: Mi amigo se va ya, y necesito algo de ayuda con mi pierna —dije serenamente, y se acercó para ver qué quería de un modo muy obediente.

El brigadier me lanzó una mirada de disgusto, levantándose airado.

—No se me ocurre nada peor que estar unido a gente de tu ralea. Espera a que salgas de aquí, Paltry —luego añadió, amenazador—: Te espera una buena charla sobre este asunto.

Dicho esto, se dio media vuelta, nos soltó, primero a mí y luego a la enfermera, un ladrido por despedida, y se dirigió con paso resuelto hacia la puerta.

Dejé que mi cuerpo pesado se hundiera en la almohada, como un cadáver arrojado desde lo alto de un acantilado precipitándose hacia un mar rocoso.

Mi único plan es desaparecer en cuanto se me arregle la cadera y me dejen salir del hospital. Primero tendré que ir a Chilbury a ver a Ralph Gibbs para intentar recuperar mi dinero. Sé que no será fácil, pero tengo mis métodos, Clara. Tal y como están las cosas, y en una situación tan desesperada, estoy dispuesta a regatear hasta la mitad. Luego me dirigiré a Birnham Wood y nos veremos allí. No me llena de alegría, pero lo único que pido es seguir con vida. Dios, me pongo furiosa solo de pensar que me he metido en este lío. Ojalá no tuviera nada que ver conmigo.

Reza por mí, Clara, porque salga de esto de una pieza, imaldita sea!

Edwina

Carta del teniente de vuelo Henry Bampton-Boyd a Elsie Cocker

*Base aérea 9463,
Daws Hill,
Buckinghamshire*

Lunes 12 de agosto de 1940

*M*i querida muchacha:

Cuánto me sorprendió recibir tu carta, tanto por el hecho en sí de que la escribieras como, lo más sorprendente, por su contenido. Por favor, permíteme que te libre de cualquier malentendido que puedas tener respecto a mis sentimientos por ti y la naturaleza de nuestra relación.

En primer lugar, la «hermosa tarde que hemos pasado juntos» de la que hablas no es más que eso, una hermosa tarde. No había intención por mi parte de que condujera a más tardes hermosas. De hecho, en eso residía parte de su belleza: en que fue simplemente una evasión de los límites de la realidad. Cualquier comentario que haya podido hacer respecto a que cambiases de empleo se refería a la creciente necesidad de que las mujeres se incorporen al servicio a la patria. ¿No sería más correcto que te formasen para ser enfermera o que te unas a las fuerzas armadas en lugar de malgastar tus energías como empleada de hogar civil?

En segundo lugar, en consecuencia no será necesario que te pongas en contacto con mi madre, y debo advertirte de que si decides ignorar mi aviso, su ira será intempestiva, y tus posibilidades de encontrar sustento en la zona correrán peligro.

Te deseo lo mejor en tu nuevo empleo.

Atentamente,

Tte. de vuelo Brampton-Boyd

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Lunes 12 de agosto de 1940

Querida Angela:

¿Verdad que es extraño cómo las cosas trascendentales —catástrofes, enfermedad, muerte— suceden y luego, un par de semanas después, parece que todo vuelve a la normalidad? Hoy he vuelto al trabajo, cogiendo el autobús de las 7.40 a Litchfield, pasando frente a la cabina de teléfonos de la esquina, con las mismas caras y las mismas nubes sobre nuestras cabezas. Me encaminé hacia nuestra vieja oficina. Elizabeth estaba preparando té y me dio la taza descascarillada, como de costumbre. Me senté a mi mesa y repasé los nuevos papeles. Solo he estado unas semanas sin venir, pero parece una eternidad. No, en realidad es como si yo fuera una persona totalmente diferente. La vieja Venetia se ha ido y ahora ha llegado una nueva persona que se parece a Venetia, y se acuerda de cómo se hacía el trabajo de Venetia, pero no es la misma en absoluto.

Nadie sabe lo que ha pasado, excepto el coronel Mallard,

que vino a preguntarme cómo estaba de un modo muy amable. Saben lo de que salvé a un bebé, porque salió en los periódicos. Pero no saben que perdí a otro bebé. Me estremezco cada vez que alguien viene a felicitarme. «¡Enhorabuena por lo del bebé!», me dicen, o «Seguro que ahora te apetece tener uno propio». Sé que solo intentan ser simpáticos, pero me molesta bastante tener que salir corriendo al servicio cada pocos minutos para ver si se me ha corrido el rímel.

Después del trabajo, el coronel Mallard me llevó hasta Chilbury, e hice una parada para saludar a la señora Tilling y a la pequeña Rose. Es un bebé adorable, tan rollizo y risueño. A veces también voy a darle de comer.

—Quiero ayudar a cuidarla. Se lo debo a Hattie —dije, acunándola en mi regazo.

—Sí, es comprensible —comentó sonriendo la señora Tilling, y me sonrojé al recordar la persona egoísta e insolente que era antes, sobre todo con Hattie.

—Quizá pude haber sido mejor amiga para Hattie, pero al menos ahora puedo ayudar a su hija.

—Bueno, ahora tendrás ocasión, porque tu madre ha aceptado quedársela hasta que regrese Victor. Así que vivirá con vosotras en Chilbury Manor.

Sonreí de alegría, y la abracé con más fuerza. Pero entonces me acordé.

—¿Y papi?

—No pasa nada, Venetia. Ya no tienes que preocuparte más por él.

Recordé lo que había dicho Kitty, que la señora Tilling sabía algo. ¡Qué útil estaba resultando!

Llena de felicidad, abracé con fuerza a Rose. El viernes nos la traerán con todas sus cosas, y podré darle el biberón todas las noches.

Chilbury Manor está muy tranquilo por ahora. Kitty está

terriblemente arrepentida y muy afable. Papi, cosa excepcional, pasa mucho tiempo fuera y se ha entregado en cuerpo y alma a defender Chilbury de los nazis. Organiza reuniones de los Voluntarios de Defensa de Chilbury día sí, día no, para ejercer su autoridad. Estamos muy aliviadas de que haya encontrado algo en lo que concentrar sus energías.

Mamá me ha ordenado que me vaya a descansar en cuanto he vuelto a casa del trabajo, ya que por fin se ha dado cuenta de que puede dejar al pequeño Lawrence con el aya y que no le pasará nada. Después de la cena, Kitty y Silvie han decidido traer el gramófono a mi habitación para animarnos un poco.

Hemos estado escuchando los discos que Prim le prestó a Kitty antes del bombardeo. Intentó devolvérselos a las hermanas de Prim cuando vinieron a recoger sus pertenencias, o lo que quedaba de ellas, pero las mujeres insistieron en que nos los quedáramos y disfrutáramos de ellos todo lo posible en honor a Prim.

Ha sido una velada bastante agradable, las cuatro sentadas alrededor del tocadiscos cambiando la música. Debe de haber unos cuarenta discos, muchos de América. Mamá trajo té y yo tenía unas pastas del trabajo, así que hemos montado una pequeña fiesta.

—Este es uno de mis preferidos —comentó Kitty, sacando un disco de su funda—. Prim me dijo que era uno de sus favoritos, también, así que espero que ahora nos esté viendo desde allá arriba, mientras escuchamos su música.

—¿Qué es? —preguntó mamá.

—Espera y verás —rio, colocándolo y levantando la aguja.

Las notas comenzaron a sonar tras un breve crepitar. Era una banda que tocaba un numerito rápido americano, bastante divertido. Se ve que Kitty y Silvie lo han estado escuchando, porque se sabían la letra.

—*Keep young and beautiful* [Nota 9](#)—cantaban, contoneándose por la habitación. Kitty se enroscó una toallita al

cuello, haciendo como si fuera una boa de plumas.

Era muy divertido, y nos partimos de risa. Luego encontré el *Blue Moon*, y lo pusimos. Lo interpretaban unas monjas de América. Nos pusimos a cantar, con Kitty entonando armónicamente esta canción mágica.

Mamá eligió una más antigua que se llama *Putting on the Ritz*.

—Me recuerda a cuando papi y yo íbamos a bailes. A veces la gente bailaba el charlestón. Yo siempre quise probarlo —dijo tímidamente.

Kitty y Silvie se levantaron e hicieron unos pasos de baile, adelante y atrás, tirando de mamá para que se uniera. A Silvie se le daba bastante bien, pero Kitty era tan patética que me sentí obligada a levantarme y enseñarles a bailarlo como Dios manda. Mamá, por una vez, no me dijo que volviera a la cama.

—Vamos a poner este. —Kitty cogió una vieja canción inglesa que todas conocíamos titulada *Kiss Me Goodnight, Sergeant Major*.

Cantamos al son de la música, sentadas en fila en la cama, cogidas de las manos y balanceándonos de un lado a otro, hasta que Kitty se ladeó demasiado y se cayó al suelo entre risas.

—Deberíamos montar un espectáculo —dijo Kitty, con su carita encendida—. ¡Tendríamos que aprendemos todas las canciones y montar un *show*!

—¿Por qué no escribes todas las letras e intentamos cantarlas en otra ocasión? —dije, esperando que mamá no fuera aburrida y dijera que era demasiado para mí.

Sin embargo, dijo:

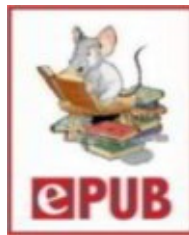
—¡Qué buena idea! Quizá podamos pedir a algunas de las mujeres del coro que vengan, también.

—¡Hurra! —exclamó Kitty, y Silvie dio palmas y saltitos en su asiento.

—¡Podría ser nuestro regreso! —dije—. ¡El Coro Femenino de Chilbury se convierte en un espectáculo de canto!

Te tendré informada sobre nuestro espectáculo, y sobre si se llega a realizar. Estoy segura de que con Kitty al frente será difícil disuadirla.

Con mucho amor,
Venetia



Nota 9

«Mantente joven y hermosa.» (N. del T.)

[Volver](#)

Diario de la señora Tilling

Martes 13 de agosto de 1940

Hitler está claramente dispuesto a realizar un ataque aéreo definitivo sobre Inglaterra, pues hemos visto un paso frenético de formaciones de bombarderos atravesando nuestro cielo los últimos días. Los nazis han atacado instalaciones militares, y nos aterra que puedan golpear en Litchfield Park o en el aeródromo de Parnham.

Esta tarde, cuando regresé a casa, me encontré a Carrington esperándome, con su esbelta figura ensalzada con elegancia en el banco enalado del porche delantero, disfrutando de la luz anaranjada del atardecer. Llevaba puesto el uniforme militar, pero se había quitado la gorra, que sujetaba en una mano, y disfrutaba del sol en la cara, cerrando los ojos ante la luz dorada.

Se levantó al verme y vino corriendo a ayudarme con la bicicleta.

—Cuánto me alegro de verte, Carrington —dije, contenta de contemplar su afectuosa sonrisa—. ¿Tu pierna va mejor?

—Sí, ya está bien. Dicen que no podré volver a correr como antes, pero en estos tiempos me siento afortunado por seguir con vida.

—Pasa a tomar un té —dije, conduciéndolo al interior—.

¿Cómo va el trabajo en Litchfield Park?

Me siguió por la casa y nos sentamos en el salón.

—Me han puesto en inteligencia, que es algo fascinante. Espero que me trasladen a Londres.

Preparé té y lo llevé a la mesa, sentándome frente a él y esperando para ver si me traía alguna noticia.

—He descubierto algunas cosas —dijo, una vez que hube servido el té—. Tuve que fisgonear un poco, pero al final di con una pista, alguien que sabe cómo actúa esta gente, y... ¡bingo! Conseguimos algunas respuestas. —Parecía muy orgulloso de sí mismo—. Pero, señora Tilling, debo pedirle que me prometa que no va a decirle a nadie lo que estoy a punto de contarle. Es un asunto de altísimo secreto, y nos meteremos todos en un buen lío si alguien se entera de que esta información se ha compartido.

—Por supuesto —me apresuré a decir, sabiendo que iba a confiar en mí después de la cuestión del anillo de Berkeley.

—Slater es un espía. Uno de los mejores que tenemos. Vino aquí para desarticular un poderoso círculo de la inteligencia nazi que centraba sus actividades en Litchfield Park. Descubrió a una de las fuentes —un mayordomo, creo— y huyó con él y otra persona a Londres, donde ha destapado una red entera de espías nazis. Es todo un héroe, la verdad.

Asió su taza de té y apoyó la espalda en el respaldo del sillón mientras yo asimilaba la información.

De modo que he estado equivocada respecto a Slater todo este tiempo. Pero al menos he acertado en una cosa: estaba claro que escondía mucho más de lo que aparentaba. Todas las cosas que me contó el coronel me vinieron a la mente, sobre el sufrimiento que viviría Venetia debido a que Slater arriesgaba su vida continuamente, hasta que algún día la perdería. Claro, ahora todo encajaba.

—¿Se marchó la noche del bombardeo?

—Sí, pero no tuvo que ver con las bombas. Coincidió con

que esa misma noche escaparon apresuradamente a Londres. Tenían motivos para creer que alguien, una chica, sospechaba de ellos.

Sería Kitty, pensé, recordando aquella noche, su conversación con el coronel Mallard, la llamada telefónica que este hizo después, y luego los aviones, las sirenas, las bombas.

—Una vez en Londres, se pusieron en contacto con un coordinador de alto rango, y Slater destapó toda la red. Algunos de ellos se han convertido en agentes dobles, de modo que han vuelto a la calle, pero ahora trabajan para nosotros.

Las preguntas se arremolinaban en mi cabeza.

—Pero si estaba de incógnito, ¿verdad que no habría podido contar a la chica en cuestión nada acerca de él ni sobre lo que hacía?

—En efecto.

—Y por eso ella siempre estaba tan confundida al respecto.

—Claro. Por lo visto, estaba metido en el estraperlo para reforzar su papel. Pero en realidad era un agente de inteligencia haciéndose pasar por espía nazi, que a su vez se hacía pasar por un contrabandista que se hacía pasar por artista. Un tipo listo.

—¿Y por qué tenía que ser contrabandista?

—Necesitaba conseguirles papeles ilegales para que pudieran obtener comida y cartillas de racionamiento. Necesitaba prestarles un servicio, demostrarles que era uno de ellos.

—¿Y qué va a hacer cuando esto acabe? ¿Se lo podrá contar a la chica?

—Lo van a mandar al extranjero. No le dejarán contar todos los detalles, pero estoy seguro de que podrá ofrecerle algunas explicaciones.

Nos llegó el sonido de la puerta al abrirse y de voces en el recibidor, así que dejamos de hablar de inmediato, e hicimos

bien porque, al instante, la mismísima Venetia entró en el salón, seguida por el coronel. Era la viva imagen de la belleza, con un vestido de flores de lavanda. Sus ojos todavía conservan ese gesto de angustia, y está delgadísima, pero de un modo extraño, resulta más imponente ahora que antes, cuando era la «emperatriz». Se acercó y se apoyó en el brazo del sofá.

—El coronel Mallard me ha traído en su coche, y se me ocurrió pasarme a saludar —dijo, con una hermosa sonrisa.

—Este es el teniente Carrington. ¿Es posible que os conozcáis de Litchfield Park?

Carrington, que se había levantado y puesto en posición de firmes en cuanto entró el coronel, la contemplaba embelesado. La miró fijamente a la cara, y luego de pies a cabeza. Me resultaba bastante raro que él precisamente estuviera cautivado por ella, pero luego vi el gesto de su rostro. Era más de completa y total sorpresa que de admiración.

Venetia se quedó un rato a charlar, y nos contó cómo se las arreglaban para trabajar apiñados en los grandes refugios subterráneos.

—Todos nos lavamos más de lo normal porque estamos tan cerca que resulta fácil saber si uno no se ha bañado. —Se rio y Carrington hizo lo mismo por cortesía, aunque no me pareció que estuviera prestando atención ni a una sola palabra de lo que decía.

Cuando Venetia se marchó, sentí la necesidad de saber por qué la había mirado así.

—¿Conocías ya a Venetia? —le pregunté.

Se sonrojó y se miró las manos.

—¿Me he quedado mirándola? Lo siento muchísimo. —Sonrió—. Verá, mi padre adquirió recientemente un nuevo cuadro para su despacho, y... —titubeó antes de hablar—. Y resulta que es de una mujer que es clavadita a Venetia.

—Qué sorprendente —dije—. Espero que le haga justicia.

—Bueno, sí —dijo, sofocando una risa—. Verá, es un desnudo.

Intenté reprimir la risa, pero no pude evitarlo, y cuando el coronel bajó las escaleras nos encontró a los dos, junto a la puerta, entre carcajadas.

—Seguramente la pintó Slater. ¡Qué divertido! ¿De dónde demonios lo ha sacado tu padre? —dije entre risitas, acompañándolo a la puerta.

Carrington se rio.

—Se lo compró a un vendedor con aspecto de matón llamado Gibbs.

—¡Vaya! Me pregunto cómo llegaría a manos de Ralph Gibbs. No me imagino a Slater dándoselo.

—Lo dudo mucho. Aunque debo decir que estoy muy impresionado por su talento artístico, tratándose de un espía.

Seguíamos riéndonos cuando llegamos a la carretera. Había dejado la bicicleta apoyada en la pared, junto a mis matas de rosales.

—Gracias por venir —dije—. Y por la información, aunque no sé qué voy a hacer con ella. Supongo que quedármela para mí y esperar a ver si Slater regresa.

—Sí —dijo Carrington, montándose en la bicicleta—. Es mejor ser prudentes.

Me regaló una sonrisa adorable y una palabra de despedida, y partió por la carretera rumbo a Litchfield.

Regresé a casa intentando asimilar la información. ¿Debería contar a Venetia lo de Slater? Decidí dejarlo por el momento. Parece que está mejorando, y no quiero que vuelva a hacerse ilusiones.

El coronel me lanzó una mirada cómplice cuando entré al salón.

—No sabía que fuera amiga del joven Carrington.

—Sí —dije, mirándolo de reojo—. Conviene tener amigos en los sitios adecuados.

Diario de Kitty Winterop

Jueves 15 de agosto de 1940

¡Esta horrible guerra!

Todo empezó a primera hora de la tarde, cuando Silvie y yo volvíamos de montar a caballo. Silvie trotaba a gran velocidad por el campo como si le fuera la vida en ello. Entramos por la puerta de servicio y pasamos de la cocina al salón, con la esperanza de que mamá estuviera tomando té y le sobrasen algunos sándwiches. El sonido de su voz divagando y luego el acento lánguido de Venetia resonaron claramente por el recibidor porticado de mármol, y Silvie y yo intercambiamos unas sonrisitas, pensando que tendríamos suerte.

¡No podía estar más equivocada! Al acercarme a la puerta, sentí la manita fría de Silvie tocando mi brazo, reteniéndome. Desconcertada, me volví para mirarla, pero se llevó un dedo a los labios y me chistó.

—Ya lo sé —estaba diciendo mamá—. Sinceramente, no sé cómo contárselo. Déjame leerte lo que dice.

Carraspeó un poco, y luego oímos el sonido de un papel al ser desplegado. Una carta.

—Lamentamos informarle de que han aparecido los padres de Silvie. Han pasado los últimos meses escondidos en el

granero de unos vecinos, los Dornak.

Miré a Silvie, que asintió y me susurró:

—Son nuestros amigos. Yo jugaba con su hija.

—Pero han sido descubiertos, y han fusilado a los Dornak como castigo.

Los ojos de Silvie se dirigieron de los míos al suelo, y su cara se puso blanca como una sábana. Al oír esta información que nos llegaba a bocajarro, decidí anunciar nuestra presencia y la cogí del brazo. Sin embargo, ella se resistió molesta, lanzándome una mirada tan severa que no me atreví.

—Sus padres han sido llevados a un campo de trabajo para judíos al norte de Checoslovaquia. No hay noticias de su hermano.

Por un breve instante, la cara de Silvie me pareció transparente, como si fuera el pálido fantasma de un niño del pasado, y entonces —con la rapidez del rayo— se dio la vuelta y escapó. Atravesó el recibidor y la cocina, y salió por la puerta de servicio al amplio espacio abierto de la naturaleza, con los tonos esmeralda y ámbar de finales del verano envolviéndola, como una diminuta figura bajo el enorme cielo azul. Con unas pocas zancadas desapareció, entre los matorrales, en el bosque, como una pequeña criatura permanentemente acosada.

Pasamos el resto de la tarde buscándola.

Los primeros sitios en los que busqué a Silvie

No estaba en el establo, abrazando a *Amadeus*

Todos los caballos seguían allí, así que no se había escapado al galope

No estaba en la presa del río, ni en las colmenas

No estaba en los matorrales del Viejo George en el bosque de Peasepotter

Mamá y Venetia habían bajado al pueblo a pedir ayuda, y cuando regresé a casa, agotada y preocupada, un grupo de mujeres estaban siendo instruidas por la señora B en el jardín.

—Hoy tenemos una misión de vital importancia —comenzó a decir, paseándose de un lado a otro frente a ellas—. Nuestra tarea es encontrar a esta jovencita indefensa, cuyo cuidado nos habían confiado, antes de que caiga la noche. Necesitamos demostrarle que, aunque haya perdido a su familia, puede contar con nosotros, su nueva comunidad, para cuidarla y protegerla de esas bestias nazis. —En ese punto, lanzó una mirada amenazante hacia la costa—. Y para demostrarle que todavía existen sitios donde gente buena y decente la acogerá en su seno.

Siguió una ronda de «¡Bien dicho!», y la señora B comenzó a dar órdenes a gritos, como si se dispusiera a lanzarse a la batalla.

—Yo me encargaré del bosque de Peasepotter y me acompañaréis tú, tú y tú. —Señaló a varias mujeres que dieron un paso al frente—. El resto, peina los campos. Señora Quail, lleve un grupo a la granja de Dawkins, y usted, señora Gibbs, conduzca a otro grupo al lado oeste del pueblo. Nos reuniremos aquí a las cuatro y media para tomar el té.

A continuación, todo el mundo se dispersó y yo me quedé allí, con los brazos en jarras y todavía sin aliento, mientras Venetia me miraba con un gesto de reflexión.

—Tiene que haber un modo de descubrir adonde ha ido —dijo muy bajo, casi hablando para sí—. Vamos a pensar, Kitty. ¿Adónde irías si fueras ella?

—A los establos, pero ya he mirado allí.

—Vamos a ponernos en su piel. —Avanzó un paso—. Acabas de descubrir que tus padres siguen vivos y están en un campo

de concentración. En ese momento, te sientes aliviada al saber que tu mayor temor —que estuvieran muertos— no ha sucedido, pero también más aterrada que nunca ante lo que pueda pasar a continuación. Tu hermanito ha desaparecido. Los pilares de tu mundo están a punto de desmoronarse, y esto puede ser una catástrofe tan descomunal que no estás segura de poder sobrevivir.

—Yo querría salir corriendo y buscar a mamá —dije—. Me resultaría insoportable quedarme parada, esperando a que llegasen más malas noticias.

—Exacto —dijo Venetia—. Yo también querría ir con mamá.

Me puse a llorar. Era demasiado. Pobre Silvie, las decisiones que debía tomar eran de un horror absurdo. Estaría pensando que o bien se quedaba aquí, con lo cual probablemente no volvería a ver a su familia nunca más, o bien arriesgaba su vida regresando a Europa para estar junto a ellos. ¡Menuda decisión!

—Habrá ido a la estación de tren —balbucí entre sollozos—. Aunque no estoy segura de que sepa adonde ir, qué hacer, ni de dónde sacar el dinero para el billete. Tendría que ir vía Londres, por supuesto.

Arrugué la frente pensativa mientras me llegaba la ligera idea de una pista.

—¡Tom! —exclamé—. Tom es de Londres. Silvie habrá acudido a él en busca de ayuda.

Sin decir nada más, me di la vuelta y salí corriendo. Atravesé el bosque, bordeé las huertas y corrí colina abajo, abriendo los brazos para mantener el equilibrio, como una golondrina planeando hacia el valle.

Como era jueves por la tarde y todos estaban ocupados en el campo, las cabañas de los recolectores de lúpulo estaban desiertas, los carritos de bebé revueltos y las hogueras apagadas en el descampado central, y había un montón de latas tiradas por el suelo. Soplaban el viento. Era como una ciudad fantasma. Qué extraño que en pocas horas regresasen

cuarenta o cincuenta personas, con sus charlas y cantos, dispuestas a pasar la noche.

Pensé si no me habría equivocado. Quizá Silvie no hubiera venido. Mirando a mi alrededor, creo que no me hubiera apetecido andar por aquí. ¿Y si Tom no podía ayudarla a llegar a Londres? Al fin y al cabo, no era más que otro niño como ella.

Sintiéndome una intrusa, caminé con cautela por el descampado, recordando que el Viejo George había vivido aquí y temerosa de que todavía anduviese merodeando por la zona, dispuesto a saltar sobre mí cuchillo en mano. Un ruido repentino me hizo dar un respingo, pero solo era una puerta con las bisagras flojas, sacudida por el viento. Me acerqué y la cerré bien, solo para tranquilizarme.

Y entonces, la vi.

Lo primero que noté fueron sus ojos, enormes y negros como los de un ratón aterrado. Oculta al final de una calle, encajada entre una hilera de cabañas y la siguiente, se agachó y se movió entre las sombras. Oí un movimiento y comprendí que estaba huyendo de mí, corriendo tras las viviendas e internándose en el maizal de detrás. Eché a correr tras ella, alcanzando una nueva velocidad que desconocía. Mis piernas me propulsaban con una fuerza recién descubierta. En la parte trasera de las cabañas me encontré ante una larga avenida de hierba, y avisté su falda azul y una pierna que desaparecieron detrás de otra cabaña de regreso al descampado central.

Aceleré calle abajo y giré en la esquina justo a tiempo de verla corriendo hacia las cabañas del otro lado. Abrió una puerta, se coló dentro y cerró.

La tenía atrapada.

Casi sin aliento, caminé hasta llegar a la cabaña donde se había escondido y probé a abrir la puerta. Estaba cerrada con pestillo.

—Silvie —dije—, abre la puerta.

No hubo respuesta.

—Silvie —repetí, más suave—. Quiero ayudarte.

Seguía sin contestar.

—Silvie, por favor, sal. Puedo ayudarte a volver a tu casa. Te lo prometo.

Se escuchó ruido de movimiento, y luego el sonido metálico del pestillo al soltarse. La puerta se abrió lentamente, dejando salir un olor a humedad y ropa sucia del interior. Silvie estaba sentada en el suelo. Tenía sus grandes ojos enrojecidos y terriblemente tristes.

¿Por qué una niña tan pequeña tenía que soportar tanta pena?

Entré, me coloqué a su lado y la envolví con un brazo. Soltando grandes lágrimas, aplastó su cara contra mi hombro y lloró. Contemplé el triste descampado que teníamos delante. Qué mundo más miserable para nacer.

—Necesito volver con ellos —dijo entre sollozos—. Debo ir.

—No sé cuál es la mejor opción —le comenté, insegura de si debería ayudarla en su huida pero sintiéndome atrapada tras haberle prometido que lo haría. No podía imaginarme intentando llegar a Checoslovaquia. Parecía tan lejano y peligroso... Entonces me di cuenta de que mi única esperanza de conseguir que se quedara consistía en convencerla de lo arriesgada que sería esa aventura. De modo que me senté junto a la puerta, la puse a mi lado y le dije:

—Supongo que lo mejor que podemos hacer es ir a Dover y ver si podemos conseguir un barco que nos lleve a Francia.

Su cuerpecito sufrió una sacudida.

—¿En Francia no están los nazis?

—Sí —dije, lentamente—. Será difícil encontrar a alguien que nos lleve. No creo que haya muchos barcos que hagan esa ruta. Pero seguro que hay espías que hacen el viaje, como polizones de barco o haciéndose pasar por contrabandistas.

—¿Qué es un contrabandista?

—Un delincuente que roba cosas de otros países. —Hice una pausa, preguntándome si estaba llevándolo demasiado lejos—. Tendremos que hacer toda la travesía escondidas, porque seguramente nos matarán si nos encuentran.

—¿Y cómo llegaremos desde Francia a Checoslovaquia? —susurró.

—Una vez en Francia, tendremos que ocultarnos, probablemente entre arbustos y bosques, porque si nos descubren nos llevarán a algún campo de trabajo...

—Y entonces, ¿podré encontrarme con mi madre?

—No, nos llevarán a uno distinto.

—Pero, cuando sepan quién soy, ¿no me llevarán con mis padres?

—No, les gusta separar a todo el mundo. Así que tendremos que permanecer escondidas, lo cual significa que podríamos pasar mucha hambre, porque no podremos comprar comida. A ver, ¿tú hablas francés?

—No —murmuró con desánimo, y me di cuenta de que mi truco estaba empezando a funcionar.

—Supongo que podríamos llevamos algo de comida, aunque no creo que nos dure más de un mes.

—¿Un mes? ¿Tanto nos costará llegar hasta allí?

—No podremos coger trenes ni autobuses. Tendremos que ir andando.

Volvió a apoyar la cabeza en mi hombro y empezó a llorar de nuevo.

—Nunca lo lograremos. Nos moriremos las dos. Moriremos de hambre o nos matarán los nazis.

La abracé mientras lloraba debido a la impotencia.

—Silvie, siento mucho lo de tu familia.

Siguió lloriqueando un rato, y luego se llevó un dedo a los labios y soltó un «chist» suave y tembloroso. Sus ojos se

clavaron en los míos con temor.

—Sé lo que pasó con mi hermano.

Su voz era tensa y se entrecortaba por las lágrimas, y miró a su alrededor temerosa de que alguien nos oyera.

—¿Qué? —susurré.

—Mi mamá lo dio en adopción. —Se tapó la cara con las manos y empezó a llorar, con la espalda encorvada y temblando de la impresión—. Se lo dio a una amiga que no es judía.

La abracé más fuerte mientras las lágrimas comenzaban a brotar también de mis ojos. De modo que ese era su secreto.

—Fue terrible. Mamá lo quería, nos quería muchísimo. Era demasiado pequeño para coger el tren conmigo. Sabía que era su única oportunidad. El día que volvió a casa sin él, fingió que no pasaba nada. Pero sí que pasaba. Estuvo llorando toda la noche. Fue el fin de su mundo.

Su voz se diluyó en un frágil gemido, y yo solo podía pensar en lo desesperada que tenía que estar esa gente para dar a sus hijos a otras personas para salvarlos.

Me aparté y la miré.

—Siempre sabrás que tu madre os quiere, a ti y a tu hermano. Siempre podrás recordarlo. Y piensa en una cosa: cuando esta horrible guerra se termine, podremos ir a buscar a la amiga de tu madre y encontrarlo. ¿Sabes dónde vive?

Silvie asintió.

—Entonces, eso haremos. Esta guerra no puede durar para siempre. No podemos dejar que nos lo quite todo.

Se acurrucó en mi regazo y permanecimos así, abrazadas, mirando hacia la calle, mientras las nubes se empezaban a formar en lo alto, oscureciendo el mundo como una sombra gris, y lenta, pausadamente, el suave repicar de las gotas de lluvia comenzó a sonar a nuestro alrededor y sobre nuestras cabezas.

Un cernícalo voló en círculos y planeó entre la lluvia con sus alas abiertas, como unas manos, negras y ondulantes contra el cielo oscuro. Y luego, sin previo aviso, desapareció.

Suavemente, Silvie se puso a cantar, primero con un susurro lento, y luego con más ritmo, como un arrullo, mientras se le atragantaban las lágrimas al recitar el *Kaddish*, llorando su propia pérdida. La acompañé cantando la parte de la letra que recordaba, y el eco de nuestras voces resonó extraño entre las cabañas desiertas, como si estuviéramos viviendo en el presente o mil años atrás, sintiendo el mismo temor e incertidumbre.

Debió de ser veinte minutos más tarde, o quizá una hora, cuando los gritos y silbidos de los recolectores de lúpulo llegaron desde la colina. Pronto, unos muchachos pasaron corriendo delante de nosotros por el descampado, Tom a la cabeza. El muchacho llegó hasta la última cabaña y realizó una diestra parada. Alzó las manos al aire proclamando su victoria, lo cual era algo ridículo, pues los otros chicos tenían como poco un par de años menos que él. Era casi como hacer trampas.

—¿Qué hacéis ahí las dos? —llegó trotando hasta nosotras.

—Salimos a dar un paseo y nos refugiamos aquí cuando empezó a llover. Espero que no os importe.

—No, claro que no —dijo, mirando los ojos rojos de Silvie y mi brazo por encima de su hombro.

Se acurrucó a su lado, posando su mano grande y delgada sobre su brazo:

—¿Estás bien, pequeña?

—Han llevado a sus padres a un campo —dije, indecisa sobre si debía contárselo a Tom, pero cuando Silvie alzó la mirada hacia él, frunció los labios en un gesto de infelicidad, y recordé cuánto le gustaba este chico. Cuánto nos gustaba a las dos.

—Tenemos que volver a casa —dije, empezando a levantarme.

—Os acompaño —dijo Tom, con su cuerpo desgarrado bailando a nuestro alrededor como un payaso larguirucho—. A ver si os animo un poco.

Sin pronunciar palabra, Silvie extendió su manita blanca hacia la de él y dejó que la ayudara a levantarse. Luego, cogiendo mi mano también, Tom nos condujo a la mansión.

Fiel a su palabra, nos entretuvo contándonos lo que había pasado ese día: que alguien había encontrado un conejo muerto medio descompuesto (historia que nos relató con sus repugnantes detalles), que un chico se había comido una manzana llena de gusanos y que una de las familias tuvo que marcharse antes de lo esperado porque la mamá iba a tener un bebé.

Ya nos habíamos animado un poco cuando dejamos atrás las huertas, y al rodear la linde del bosque de Peasepotter y salir a la carretera, vimos delante de nosotras al grupo de mujeres, que habían regresado al parque y estaban sentadas en bancos tomando té. La señora B avanzaba dando grandes zancadas y tomando notas en su cuaderno, hasta que nos vio acercarnos. Anunció algo, y todas se levantaron y empezaron a aplaudir y a dar gritos de alegría.

—¡La habéis encontrado! —gritó la señora Quail.

—¡Bien hecho! —exclamó una de las Damas Costureras, y alguien incluso prometió traer dulces.

—¡Nos alegramos de que hayas vuelto, Silvie! —dijo Venetia, aliviada y sonriente.

Nos dieron palmaditas afectuosas en la espalda, y luego mamá abrazó a Silvie, que de inmediato volvió a estallar en lágrimas.

—Tienes que prometemos que te quedarás con nosotras —le dijo mamá, arrodillándose para ponerse a su altura—. Y que nunca jamás volverás a escaparte.

Silvie asintió y hundió su cara en el cuello de mamá.

—¿Y papi? —susurré a la señora Tilling, que se había

acercado a mi lado—. Nunca dejará que Silvie se quede.

—Oh, no te preocupes por él, Kitty —sonrió, presumida como un gato con un ratón bajo la zarpa—. Tu padre ya no volverá a causar problemas.

Me volví para preguntarle, pero se marchó para anunciar el regreso de Silvie, y me quedé intrigada pensando en qué habría detrás de todo esto.

Tom se acercó dando saltitos e interrumpió mis pensamientos.

—Al final eres la heroína. —Se quedó a mi lado, casi tocándome.

—Pues claro que lo soy —resoplé indignada, pero entonces me acordé de mis recientes contratiempos con Venetia y Henry—. ¿Lo dices de verdad?

Se rio y me dio una palmada en la espalda que me mandó unos cuantos pasos hacia delante.

—¡Eres la mejor, Kitty! ¡La bella damisela que nos salva a todos!

Luego cogió mi mano y le dio un fuerte apretón.

**Portada del *Kent Times*
Domingo 18 de agosto de 1940**

BOMBARDEO SOBRE LITCHFIELD

La pasada noche, alrededor de las nueve, doce aviones enemigos sobrevolaron Kent y lanzaron aproximadamente sesenta bombas sobre la ciudad de Litchfield, la mayoría de las cuales destrozaron Litchfield Park. Los incendios duraron toda la noche, y se teme que haya más de un centenar de muertos y un número mucho más alto de personas que han perdido sus hogares.

Diario de la señora Tilling

Domingo 18 de agosto de 1940

En cuanto sonó la señal de fin de alarma, cogí la bicicleta y me dirigí entre la oscuridad rumbo a Litchfield. Tenía que estar allí para unirme al equipo médico y ayudar a los heridos, pero sobre todo me preocupaba la gente que conocía. Venetia había regresado al trabajo y, por supuesto, también estaba el coronel. ¿Habría sido tan temerario como para no bajar al refugio? Justo la víspera me había contado que estaba harto de tener que abandonar su despacho cuando estaba ocupado, y que últimamente permanecía en su puesto durante los bombardeos.

Pedaleé a toda velocidad durante el trayecto, rezando por que esta noche no lo hubiera hecho: si alguna vez el coronel bajaba al refugio, por favor, Dios, que haya sido esta.

Cuando subí la colina, vi las llamas sobre Litchfield Park. Era imposible no verlas. Lenguas de fuego que se alzaban al cielo, cubriendo gran parte del edificio principal, junto a otros incendios en lo que fueron las dependencias anexas. Me pregunté cuánta gente habría atrapada entre las llamas, y justo entonces comprendí que, antes de ponerme manos a la obra, tenía la necesidad de ver si podía encontrar al coronel.

Atravesé las puertas y pregunté a un hombre uniformado que contemplaba el fuego:

—¿Qué ha pasado con la gente? ¿Han conseguido salir todos?

—La verdad es que no —respondió aturdido—. Uno de los refugios se ha derrumbado, y hay mucha gente desaparecida. —Me miró con desaliento—. Dicen que muchos no han bajado a los refugios.

—¿Dónde está la gente que trabaja aquí? ¿Cómo puedo saber si un amigo mío está bien?

—Les han dicho que se vayan a sus casas, o a uno de los centros de descanso si sus casas han sido bombardeadas. Aunque muchos se han quedado a ayudar, claro. ¿A quién busca?

—Al coronel Mallard —dije—. Está alojado en mi hogar. Pero no estaba en casa cuando me fui.

—No lo he visto desde que cayeron las bombas. Tampoco recuerdo haberlo visto en el refugio.

Estuvo pensando durante unos instantes, y me entraron ganas de zarandearlo sin reparos. *¡Piensa, hombre, piensa!*

Pero se limitó a sacudir la cabeza.

—Gracias —dije rápidamente, montando de un salto en mi bici.

Si el coronel había sobrevivido, se habría quedado a ayudar a los heridos. Pero ¿dónde? Litchfield no es muy grande, aunque con cientos de víctimas que evacuar, ¿quién sabe dónde podría estar?

Decidí pedalear hasta el hospital y buscarlo en el camino. Al atravesar el terrible pandemio, me costó soportar la visión del número de heridos y personas sin hogar que deambulaban por las calles. Era una escena horrible: gente llorando junto a edificios, quizá porque conocían a quienes estaban aplastados debajo, mujeres que me paraban pidiendo ayuda, a las que me

vi obligada a decir que era enfermera y que debía dirigirme cuanto antes al hospital... No pude evitar echar un vistazo a todos los hombres para ver si eran un poco altos, o un poco torpes.

El hospital de Litchfield estaba desbordado. Encontré a la supervisora, que me ubicó en una mesa del comedor en la entrada, donde se suponía que debía evaluar las necesidades de los pacientes y enviarlos a un médico en concreto o tratarlos yo misma si podía. Al instante me abordó una larga fila de heridos, algunos con profundos cortes de los que brotaba mucha sangre, otros con grandes heridas en sus miembros. Había un hombre con conmoción cerebral, un bebé con problemas respiratorios, una mano amputada que intenté coser y que habrá que esperar para ver cómo queda. Había muchos casos de quemaduras muy graves, como una pobre mujer con toda la pierna carbonizada. Dijo que se había quedado atrapada bajo una viga de su casa y tuvo que esperar a que el equipo de rescate la levantara, aunque estaba ardiendo.

El estruendo y el pánico entre la muchedumbre eran inmensos, y el olor a hollín y carne quemada resultaba horroroso. Busqué entre los sonidos el acento característico del coronel, y miraba a mi alrededor cuando tenía la oportunidad para ver si era uno de los que iban en las camillas. Había mucho jaleo y solo podía atisbar entre el hueco de personas en movimiento. En un par de ocasiones me pareció haberlo visto y tuve que abandonar mi mesa para comprobar mi error. No estaba por ninguna parte. Mi estómago giraba como un remolino ardiente.

¿Dónde se había metido?

Finalmente, a eso de la medianoche, me dieron un breve descanso y salí volando a coger la bicicleta. No sabía adónde ir, solo sabía que si el coronel estaba vivo seguiría ahí fuera, ayudando a la gente. Pedaleé por las calles, mirando en todos los sitios bombardeados, intentando encontrarlo en la oscuridad. Vi a gente corriendo entre los edificios, recogiendo pertenencias, moviendo muebles, saqueando.

Tras diez minutos de pedaleo frenético, me di cuenta de que debía regresar, así que empecé a recorrer el camino de vuelta al hospital entre el laberinto de destrucción.

Y entonces lo vi.

Tuve que mirar dos veces. Su gran silueta se perfilaba ante un fuego descontrolado, una escuela derruida, mientras un camión de bomberos intentaba contener las llamas. Bajé de un salto de la bicicleta, dejando que cayera al suelo, y corrí hacia él, llamándolo a voces:

—¡Coronel Mallard! ¡Coronel Mallard!

Se giró. Primero la cabeza y luego el cuerpo, y al verme avanzó a grandes zancadas y abrió los brazos para recibirme, llamándome:

—¡Señora Tilling!

Me interné en el patio, más rápido, más rápido, y luego de repente, desesperadamente, me detuve justo delante de él, a apenas un paso, sintiéndome de pronto tímida, temerosa.

¿Iba a abrazarme?

—Creía que había muerto —dije, jadeando e incapaz de controlar la situación.

—Ya sabía yo que pensaría eso —afirmó, cruzándose de brazos, como si fuera su intención desde el principio—. Le pedí a Venetia que fuera a verla antes de regresar a casa, pero claro, usted ya estaba aquí, ¿me equivoco?

—Sí —dije, soltando una risita embarazosa y bajando la vista—. Claro que no se equivoca.

Se descruzó de brazos y avanzó hacia mí, y cuando alcé la vista para mirar su enorme barbilla, me arropó entre sus brazos y permanecí así durante un espacio de tiempo que me parecieron a la vez mil años y un milisegundo. No podía pensar, aunque decenas de preguntas rebotaban en mi interior, pero ninguna parecía tener respuesta. La vida no siempre es cuestión de preguntas y respuestas. Es cuestión de cosas y

sentimientos, como la sensación de tener los brazos de alguien envolviéndote, en una noche gélida, delante de un monstruoso edificio en llamas. Esas cosas son reales. Aunque ahora ya no pueda palparlas con mis dedos. Se han ido, forman parte del pasado, desaparecieron en ese momento.

Me aparté antes que él; sabía que se lo tomaría mejor que yo. Me miró y sonrió, cogiéndome una mano.

—Es bonito saber que alguien se preocupa por mí y me echa de menos —sonrió.

—Me alegro de que piense que corretear entre las ruinas como un perro de rescate alocado sea una muestra de preocupación. —Me reí—. En cualquier caso, quién sabe qué clase de persona me asignarán en casa la próxima vez.

—¿Cuándo ha venido?

—A las nueve y cuarto. Litchfield Park era una bola de fuego. Dicen que uno de los refugios se derrumbó.

—Sí, fue horrible. Hemos perdido a la mitad de nuestro equipo de defensa aérea, una gente realmente maravillosa. Una absoluta tragedia.

—Pero ¿usted no formaba parte de ese grupo?

—No, he tenido suerte. Estaba en otro refugio en la otra punta del complejo. —Me miró con una considerable tristeza—. Solo un golpe de suerte, ¿verdad?

—A veces —contesté, y luego repetí, más despacio—: A veces.

Se escuchó una explosión atronadora dentro de la escuela en llamas, quizá una bomba que no había explotado, o algo inflamable que acababa de arder, una botella de parafina, o pintura, o algo así. Vi a unos hombres que salían despavoridos, algunos con fuego en la ropa, y corrimos para ayudarlos.

Fue una noche larga, ardua y angustiosa. Tuve que regresar al hospital y a mi fila de heridos. Un ambiente nuevo se había adueñado del lugar, una silenciosa resignación, con los

resoplidos y quejidos de dolor mezclados con los extraños ronquidos de los que dormían un sueño entrecortado. Habían bajado las luces para que todo el mundo se tranquilizase y se fuera a dormir. Filas de adultos y niños sobre mantas de todas las texturas y tejidos cubrían el suelo, y los vendajes blancos de extremidades y cabezas destacaban en la oscuridad.

—¡Qué desolación! —comenté a una enfermera.

—Al menos no están en la morgue al otro lado de la ciudad —contestó—. No tienen sitio dentro, así que están colocando los cadáveres sobre la acera. En la fábrica de munición han dicho que pueden dejarlos en el almacén, pero a la gente no le hace gracia. Es mejor que te dejen en la calle, no me gustaría estar rodeada de balas tras una muerte tan horrible.

Regresé a casa pedaleando lentamente al amanecer, dejando el hospital en un estado de relativa calma. Cuando llegué, me lavé y me fui a la cama. El coronel no estaba en casa, y me pregunté si habría encontrado algún sitio donde dormir un poco. Hoy tendría que estar trabajando, al fin y al cabo, a cargo de la pila de escombros que era Litchfield Park.

Carta de la señorita Edwina Paltry a su hermana Clara

*Vicaria,
Chilbury,
Kent*

Lunes 19 de agosto de 1940

Querida Clara:

Hoy me han echado del hospital porque necesitan las camas para la nueva remesa de heridos. Cuando me trajeron algo de ropa para vestirme estaba temblando. Es extraño pensar que no me queda nada más que el camisón chamuscado con el que me ingresaron y estas miserables zapatillas viejas. La falda y la blusa de segunda mano que me dieron me quedaban bien, pero los zapatos me estaban pequeños y me apretaban muchísimo el juanete. Pero no me quejé. Tenía demasiado miedo a lo que me esperaba ahí fuera.

Con todo el día entero planeado en mi mente, primero necesitaba recuperar el dinero en poder de Ralph Gibbs. Sin él no tengo nada, ninguna forma de escapar de la señora Tilling, que me amenazó con entregarme a la policía, ni del brigadier, que prometió matarme.

De modo que debía conseguir el dinero antes de que me

vieran la señora Tilling o el brigadier. Tenía que ser rápida, sigilosa y resuelta.

Por supuesto, no esperaba que Ralph Gibbs me lo entregara fácilmente. Decidí amenazarlo con contar a la policía lo de sus negocios de contrabando y las falsificaciones de cartillas de racionamiento, que habían sido pasados por alto y silenciados con favores bajo cuerda.

Y también tenía las tijeras. Las robé del cajón de la enfermera cuando no miraba y eran grandes y macizas, pesadas como un martillo. Aunque no resultaban tan amenazadoras como un cuchillo o un puñal, sabía cómo usarlas para que surtieran efecto. No pensaba en matarlo ni nada de eso, solo blandirías para que Ralph Gibbs supiera que no me andaba con chiquitas. Pedí que me pusieran en una bolsa mi viejo camisón, mi cartilla de racionamiento y una máscara de gas, y deslicé dentro las pesadas tijeras, mi garantía de seguridad.

Cuando salí a la cálida mañana de agosto, respiré hondo y me puse en marcha. Cogí el autobús a Chilbury (me habían dado dinero para el billete en el hospital, los últimos peniques que me quedaban en este mundo) y me fui mentalizando mientras rodeábamos los campos hasta detenemos en la plaza. Bajé cojeando del autobús y eché un ojo a la tienda. Abrí la puerta de un empujón, haciendo que la campanilla tintineara con fuerza, y observé la silueta fornida de Ralph Gibbs tras el mostrador, examinándome con malicia.

Parecía distinto. Lo recordaba como un muchacho de esos menudos y pequeños, que siempre iba pegado a los mayores, haciendo tonterías y poniéndose en ridículo. Pues bueno, eso había cambiado, ya no parecía un tontorrón. Era mayor, más corpulento, más musculoso y duro. Una cicatriz colorada, larga e irregular recorría su cara bajo una descuidada barba de color rubio oscuro. Sus ojos estaban jaspeados y rodeados por el tono granate oscuro de la sangre, detalle que se repetía en los arañosos y cortes que tenía por la cara y las manos.

No se me había ocurrido que el ejército pudiera haberlo cambiado tanto, que la lucha en el frente pudiera convertir a un jovencito en alguien peligroso. Recordé que alguien me comentó que Ralph estaba trastornado, que la señora Gibbs tenía problemas con él. Pensé que se referían a que estaba algo deprimido.

Pero ahora comprendí a qué tipo de problemas se referían exactamente.

—¿Qué hace por aquí otra vez? —me gruñó.

Me mantuve firme, agarrando con fuerza mi bolsa de papel.

—Quiero mi dinero —dije, con más determinación de la que sentía.

—¿Y qué dinero es ese? —dijo bruscamente.

La señora Gibbs apareció tras él y permaneció medio oculta junto a la caja registradora mientras Ralph, salía con pereza del mostrador para plantarse ante mí.

—Sabes muy bien de qué dinero hablo —le espeté, con la mano ansiosa por sacar las tijeras—. El dinero que le robaste al chaval de los recolectores de lúpulo. Ese dinero es mío, Ralph Gibbs. Me lo tienes que devolver —estaba gritando, gritando y llorando, pronunciando cada palabra como si fuera el fin del mundo—. He perdido mi casa, lo he perdido todo. Necesito mi dinero.

Se quedó mirándome durante un instante, entre aburrido y entretenido. Luego, dijo:

—¿O qué?

—¿Qué quieres decir? —chillé.

—¿Qué es lo que tiene pensado hacer —su tono era frívolo y burlón— si no puedo devolvérselo o no se lo devuelvo?

—Le contaré a la policía lo de tus negocios de contrabando. —Puse un gesto de firmeza en el rostro, como si fuera algo definitivo—. Con eso, y el uso poco riguroso que haces del racionamiento en la tienda, acabarás entre rejas en un

periquete.

—Vaya, ¿en serio, señorita Paltry? —No parecía inmutarse, con las manos apoyadas en el mostrador y mirando las estanterías—. No creo que hagan algo así sin tener pruebas.

—Estoy segura de que no tardarán en encontrarlas — balbucí, sintiendo que la situación se me escapaba de las manos.

—¿No tiene nada mejor, señorita Paltry? —se burló, con un gesto compasivo en el rostro—. ¿En serio no tiene nada mejor que eso?

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Revolví en mi bolsa de papel lo más rápido que pude y cerré los dedos para agarrar las tijeras.

—Te vas a enterar —dije con energía al sacarlas, blandiéndolas ante su cara.

Se rio, sí, se rio, y retrocedió un paso.

—Será mejor que no haga eso, señorita Paltry —dijo rápidamente.

—Quiero mi dinero —grité, lanzando una estocada hacia su hombro.

—No, claro que no —dijo bruscamente y, veloz como un rayo, agarró la punta de las tijeras con una mano y mi brazo con la otra, y en cuestión de pocos segundos tenía mi brazo retorcido en mi espalda y las tijeras caían al suelo con un estrépito metálico. Sentí algo afilado y punzante pinchándome en la barbilla, y el dolor estremecedor de la sangre al brotar. Por lo visto, Ralph tenía su propio cuchillo. Solté un chillido, aterrada de que fuera a matarme, a rajarme el cuello como a un cochino. Me revolví intentando soltarme, pero solo conseguía que mi garganta penetrara más en la hoja.

—Se lo advertí, Paltry —me gruñó muy siniestro en la oreja—. Cuando me enfado, pierdo el control de mis actos.

El sonido de la campanilla de la puerta le hizo girarse de

golpe, poniéndome delante de él.

¿Y quién piensas que era? Nada más y nada menos que la señora Tilling, que claramente había estado escuchándonos, intentando que las campanillas no sonaran mientras mantenía la puerta abierta.

Durante una fracción de segundo nos quedamos todos helados, Ralph sin saber si soltarme, la señora Tilling evaluando la escena, la señora Gibbs todavía asomada detrás de la caja y yo incapaz de moverme por la condenada hoja que tenía bajo la barbilla.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la señora Tilling con una voz afilada como un cuchillo, avanzando hacia Ralph, que decidió soltarme, deslizando con calma el cuchillo en su bolsillo.

—Nada —dijo, frotándose las manos para quitarse las manchas de sangre—. Solo estaba enseñándole a la señorita Paltry un par de lecciones que aprendí en el ejército.

Se llevó la lengua a un lado de la boca en un gesto altanero.

—Parece que te has pasado un poco —dijo enfadada, acercándose a mirar mi corte—. ¿No te das cuenta de que la has herido?

—¿De verdad? —dijo, fingiendo sorpresa—. Igual me he dejado llevar un poco.

Ralph se cruzó de brazos en un gesto rebelde, a medias entre el hombre que estuvo en la guerra y el niño que todavía tiene miedo de la mamá de su amigo.

—Bueno, ya es más que suficiente. —La señora Tilling lo miró con un gesto de desaprobación—. Luego volveré a encargarme de ti. Estoy segura de que al agente Richards le interesará saber esto.

Ralph retrocedió con los hombros caídos. ¿Iba a delatarlo? Casi me alegraba de que lo hiciera, pues se lo merecía, pero eso también supondría que sin duda se daría a conocer el origen de mi dinero, y yo acabaría en la cárcel con él. Solté un

largo suspiro.

La señora Tilling se giró hacia mí y me retiré hacia las sombras.

—¿Por qué no me acompaña a casa, señorita Paltry? —su tono era más suave, más amable, y me inundó con la ardiente inquietud de los horrores que me aguardaban—. Le ayudaré a limpiarse esa herida tan fea.

Recogió las tijeras y las metió en la bolsa marrón, me agarró con determinación del codo y atravesamos la puerta hacia el exterior.

Ya habíamos doblado la esquina de la plaza y nos dirigíamos hacia su casa cuando logré sacudirme su mano.

Me paré en seco, clavando los tacones en el suelo.

—Señora Tilling, déjeme ir —gruñí—. No puede obligarme a ir con usted.

—No, por supuesto que no puedo, pero dadas las circunstancias, imagino que se dará usted cuenta de que es la mejor opción.

No mencionó que fuera a llamar a la pasma, pero yo sabía que era capaz. El numerito que acababa de presenciar era prueba suficiente para conseguir que me encerraran por algo, si no por todo.

Me aparté de ella, comprendiendo con amargura que mi única esperanza de huir era llegar renqueante a la estación de tren, y tal y como tenía la cadera, no le costaría mucho detenerme. Estaba totalmente arrinconada.

—Oh, está bien —dije, caminando lentamente a su lado como una niña de cinco años disgustada.

Al menos me estaba llevando a su casa, lejos de la carretera donde me podría ver el brigadier. Dejé que volviera a cogerme del codo al tropezarme en el camino de piedras que conducía a su puerta. La abrió de par en par y me hizo entrar en su soleado salón, donde me derrumbé en el sofá más

cercano, desesperada por aliviar el dolor de mi cadera.

La señora Tilling desapareció un minuto y regresó con té y sándwiches, alimentando más aún mis sospechas acerca de sus intenciones.

—¿Por qué me ha traído aquí, señora Tilling? —le espeté.

No parecía inmutarse, se limitó a sentarse con pulcritud al borde de un sillón y comenzó a servir el té.

—Qué bueno que me acerqué a la tienda y la rescaté cuando lo hice —dijo, ignorando por completo mi pregunta—. Ralph Gibbs está hecho un salvaje estos días.

—Sí —murmuré—. Supongo que fue una suerte que llegara usted en ese momento.

—La fortuna no tiene nada que ver con esto —declaró, alzando la mirada de las tazas de té—. La vi en el autobús y supuse adonde se dirigía.

Di un respingo, alarmada.

—¿A buscar a Ralph Gibbs? —dije.

¿Cómo demonios sabía que el maldito Ralph Gibbs tenía mi dinero?

Como si me hubiera leído el pensamiento, dijo:

—Kitty me lo contó.

Tan sencillo como eso. Tenía a todo el maldito pueblo pasándole información sobre mí.

—No se preocupe —añadió, cogiendo su tacita—. No voy a delatarla.

—Si se refiere a que va a dejar de acusarme de algún extraño cambio de bebés, le diré que ya era hora —le espeté.

Soltó un largo y sonoro suspiro.

—No pasa nada, señorita Paltry. Ya sé que lo hizo. He decidido no hacer nada al respecto. Así que, ¿quiere que la ayude, o no?

Permanecimos en silencio un par de minutos. Yo estaba atareada intentando descifrar cómo podría ayudarme, y si eso de no entregarme sería un farol. Ella, mientras tanto, se comía un sándwich de pepino con una parsimonia de lo más irritante. Me entraron ganas de soltarle un puñetazo en su delicada boca mientras masticaba.

—No es que esté bien lo que hizo —añadió después de tragar un pequeño bocado—, pero ya está hecho, y sacarlo a la luz terminaría haciendo más mal que bien, especialmente a los pobres bebés. Me disgusta la falsedad que esto implica, la mentira a la que me ha conducido su maquinación, pero no veo otra salida. Debo poner la estabilidad de la comunidad por encima de mi propia integridad.

Me contuve de alzar los ojos al cielo, pero ¡Santo Dios! Su moralina me daba ganas de soltarle una buena bofetada.

—En ocasiones me pregunto si alguna vez siente remordimientos por lo que hizo, ¿eh? —preguntó, arrugando los ojos pensativa—. ¿No le parece mal dar los bebés a los padres equivocados?

La contemplé impasible. Para mí, un bebé es prácticamente igual a otro. Pero me sentía podrida por el hecho de que todo hubiera acabado en nada. Y es cierto que me equivoqué al meterme en esto, para empezar. De modo que puse una bonita sonrisa y dije:

—Pues claro que está mal. Eso dice la Biblia, ¿no?

Parecía extrañamente perpleja, y luego añadió:

—Bueno, los bebés están los dos bien con los Winthrop, y eso es lo principal. Venetia se está tomando en serio sus obligaciones como madrina al cuidar de Rose hasta que regrese Victor, y debo decir que el hecho de que esté rodeada por su verdadera familia me hace sentir más tranquila.

—Bueno, me alegro mucho por ellos, y de que usted ponga fin a sus acusaciones —dije con brusquedad—. No es que pasara nada, que quede claro.

—Vamos, vamos, señorita Paltry. Los tres sabemos que lo hizo; usted, yo —hizo una pausa, entrecerrando los ojos— y el brigadier. Me contó lo de su perverso plan. Lo sé todo, la cita, el dinero, el cambio, la bomba y sus torpes intentos de recuperar y luego perder el dinero. —Puso su sonrisita de Miss Marple—. No le queda nada que ocultar, como puede ver.

Debo reconocer que llegados a este punto, había perdido el combate. Lo único que podía hacer era seguir respirando mientras un temor se adueñaba de mí como una serpiente enroscándose alrededor de mi garganta.

—Cálmese, señorita Paltry. —Se acercó y se sentó a mi lado, posando la mano en mi brazo—. Estoy aquí para ayudarla.

Respiré hondo, preguntándome qué sería lo siguiente.

—¿Con qué tipo de ayuda?

—Bueno, para empezar, le he encontrado un sitio para vivir. Soy la oficial de acantonamiento, de modo que es mi trabajo. —Sonrió, y tuve la extrañísima sensación de que esta aburrida devota del WVS estaba intentando ayudarme de verdad. Sacó unos formularios—. Esta es la información del alojamiento que se le ha asignado. Por ahora se quedará en casa del vicario y la señora Quail. También tengo algunas cosas para usted, ropas y artículos del hogar. Son de segunda mano, pero le vendrán bien de momento.

Permanecí contemplando mi taza con gesto huraño, incapaz de afrontar la situación. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué no me entregaba a las autoridades?

—Mire, señorita Paltry, quizá podamos abordar esto de un modo diferente.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué tal si me lo cuenta todo —se paró, mirándome con curiosidad— a cambio de mi promesa de no denunciarla?

—¿Por qué quiere saberlo si no va a denunciarme? —pregunté suspicaz.

—Quiero saber cómo pasó, para comprenderlo todo. Quiero saber la verdad. —Realizó una tensa presión con su mano en la mía—. Y, a cambio, puedo asegurarme de que el brigadier no se acerque a usted.

Eso sí que me hizo dar un respingo. ¿Cómo podía esta arduilla imponerse a un hombre como aquel? La pregunta debió de dibujarse en mi rostro, porque sonrió y me dijo:

—No se preocupe por los detalles, señorita Paltry. Solo esté segura de que no volverá a molestarla nunca más.

Entonces todo encajó. Esta mujer estaba amenazando al brigadier con contar todo, motivo por el cual el hombre me amenazaba a mí. En ese momento comprendí que cuanto más supiera la señora Tilling sobre lo sucedido, mejor podría asegurar que el brigadier no me pondría ni un dedo encima.

Sé que pensarás que he hecho mal, Clara, pero se lo conté. Le conté todo. Una vez que empecé con mi relato, con el brigadier llevándome a su despacho en el funeral, todo me salió tan rápido que casi no pude parar. Y seguí, le conté más. Que no había sido culpa mía, que tuve que robar para conseguir comida y techo cuando escapé del tío Cyril y acabé en King's Cross. Gracias a Dios empezó la Gran Guerra y encontré ese trabajo en el hospital Bart's, donde me dejaron formarme como enfermera. Pero siempre estaba sin blanca, siempre huyendo, aprovechando las oportunidades cuando se presentaban, por muy mezquinas y sucias que fueran. Y mientras lo soltaba todo, comprendí que me había convertido en una especialista precisamente en eso. La mezquindad y la suciedad se habían adueñado de mi mundo.

La mezquina y sucia era yo.

No dijo nada, solo asentía y de cuando en cuando fruncía el ceño, ofreciéndome compasión, más que nada. Cuando terminé, me dio unas palmaditas suaves en la mano y me dijo que me estaban esperando en casa del vicario.

Y te sorprenderá, Clara, pero por una vez sentí alivio. Necesitaba reposar y recuperar mi cadera, y la señora Quail es

una mujer muy campechana. Y buena cocinera.

—Me parecieron adecuados para usted —dijo, ordenando mis cosas en una bolsa—. Al menos hasta que encuentre un sitio para usted sola.

—Y no saben lo de... —La verdad parecía ahora tan abierta, tan libre, desmedida y fuera de mi control...

Se rio, no era una carcajada, pero sí una risa en cualquier caso.

—No, nadie más ha sospechado nunca nada.

Yo también solté una risita de tipo nervioso, de puro alivio; por un increíble golpe de suerte seguía viva y libre, y tenía un techo bajo el que cobijarme y un trabajo.

Miré directamente a la cara de la señora Tilling y le di las gracias. Debió de ver que lo decía de corazón, porque puso su cálida manita en la mía y me dio un apretón.

—¿Por qué me ayuda tanto, señora Tilling? —preguntándome qué obtenía ella a cambio.

—Debemos permanecer unidos y cuidar los unos de los otros, señorita Paltry. De lo contrario, no tendremos ninguna posibilidad ante los nazis.

Curioso. Me había olvidado por completo de la guerra.

La dejé mirándome desde la puerta y me encaminé hacia la casa del vicario. Pero mientras recorría renqueante la plaza, sucedió algo que no me esperaba: la visión de mi vieja casa, que ahora era un montón de escombros entre otras pilas de escombros esparcidas ante mí, en lo que antes fueron las casas de Church Row. Ese lugar había sido mi vida durante años, y aunque nunca me gustó especialmente, seguían siendo mis vivencias.

Un escalofrío de terror me recorrió al verme cerca de la matanza. Lo único que quedaba de mi casa era un amasijo de ladrillos y escombros, restos de pared todavía con mi papel de rayas azules y esos horribles azulejos verdes de la cocina. Un

incendio había reducido al olvido la mitad de lo que había en mi casa, y los saqueadores se habían llevado el resto.

Todavía quedaban algunos niños husmeando entre las ruinas y fanfarroneando cuando encontraban algo. Uno de ellos mostró un fragmento de una foto, todavía pegado a un resto de marco.

—Dame eso —aullé, arrebatándoselo al ladronzuelo—. Es mío. Venga, fuera de aquí. —Los espanté a guantazos, agitándome y dando a cada uno un cachete en la cabeza—. Fuera de mi casa todos.

Debo confesar que, cuando se marcharon, me derrumbé y lloré. Todo lo que poseía estaba en esa casa, ahora destruido, o quemado, o robado.

Contemplé la foto rota en mis manos. Es la que tengo contigo y mamá, menos de un año antes de su muerte. Tú tendrías unos dieciséis, y yo doce, feliz e inocente en este mundo malvado en el que vivimos. Estábamos en el jardín de Birnham Wood, podía ver la casa en una esquina, las paredes en las que crecían glicinias. Mamá adoraba esa planta. Me pregunté qué me había alejado tanto de aquel momento. ¿Cómo podía seguir siendo la misma mujer que esa muchacha de la foto? ¿En qué me he convertido?

Tras cerca de una hora rebuscando entre mis cosas, encontré un tenedor y una cuchara, algunos alfileres del pelo, un adorno roto, esa estatuilla de una pareja bailando que siempre me gustó, y escuché una voz detrás de mí en el camino.

—Señorita Paltry, ¿se encuentra bien?

Era el vicario, que había venido a llevarme a su casa, y me fijé en que había empezado a llover sin que yo me diera cuenta; grandes gotas de lluvia repicaban con más fuerza a nuestro alrededor a medida que avanzábamos por la plaza hacia la vicaría.

Me enseñó la confortable habitación que habían preparado,

«especialmente para nuestra matrona invitada». Cuando me hube instalado, cenamos pescado y luego me senté a escuchar en la radio las noticias de la guerra. Hablaban de la batalla de Inglaterra, de aviones nazis lanzando bombas en el sureste. De pronto comprendí lo valioso que era todo eso, y cuánto teníamos que proteger.

De modo que aquí estoy, en el lugar más inesperado, escribiendo sentada en mi cama blanda y cálida, mientras la lluvia cae al otro lado de la ventana. Siento que necesito escribirlo todo esta noche para poder empezar de cero mañana, pasar a un nuevo día, comenzar de nuevo.

Sé que te vas a enfadar conmigo, Clara, y sé que estarás planeando venir a cantarme las cuarenta. Por favor, no vengas. Me duele la cadera y necesito descansar un tiempo, y luego necesito ganar un poco de dinero con algunos partos y buscar algún sitio pequeño para vivir.

Y después ya me centraré en Ralph Gibbs. No te confundas, Clara, recuperaré mi dinero aunque tenga que mover cielo y tierra.

Hasta entonces,

Edwina

**Aviso colgado en el tablón de anuncios
del salón social de Chilbury
Lunes 19 de agosto de 1940**

Quien desee unirse al
Coro Femenino de
Chilbury para un
concierto de canto con el
fin de elevar la moral de
las personas que se han
quedado sin hogar en
Litchfield y que tendrá
lugar el próximo sábado,
que por favor acuda al
ensayo de esta noche en
el Salón Social, a las
19.00.

Sra. Tilling y Kitty
Winthrop

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Lunes 19 de agosto de 1940

Querida Angela:

Debido a que mi oficina en Litchfield Park fue destruida por las bombas, me van a trasladar a Londres. El bombardeo fue horroroso, destruyó un montón de casas y muchos de esos hermosos edificios de estilo Tudor. Me siento fatal por estar emocionada con la idea de irme, pero necesito estar lejos para apartar mi mente de todo lo que ha sucedido.

Todavía añoro a Alastair, pero no puedo olvidar que me abandonara como lo hizo. Cuanto más pienso en ello, más me parece que eran dos hombres distintos, uno que era un malvado y un espía, y el otro Alastair —el que yo conocí—, que era amable, listo y decente. Me pregunto si estará por ahí, en algún sitio, pensando en mí.

Mientras tanto, Kitty nos ha enredado para un concierto de canto por la gente que sufrió el bombardeo de Litchfield. En un principio solo íbamos a ser nosotras cantando acompañadas por

unos discos del gramófono en casa, pero luego mamá propuso que lo hiciéramos con el Coro Femenino de Chilbury. Podría hacer el chiste de que la gente de Litchfield necesita ánimos, no que les revienten los tímpanos, pero no lo haré porque seguro que les encanta. En estos tiempos no hay muchas cosas que puedas ofrecer a los demás, ahora que todo está racionado o no permitido, pero al menos todavía podemos cantar. Resulta sorprendente cómo consigue hacer que te sientas mejor. Prim siempre nos decía que se debía a toda la sangre que fluye por nuestro cuerpo, y al aire adicional en los pulmones, que nos hace sentir vivas. ¡Pobre Prim! Será triste dar un concierto sin ella. Le habría encantado.

La señora Tilling nos ha conseguido un salón parroquial en Litchfield para el próximo sábado, y Kitty ha preparado unos carteles coloridos para pegar por la ciudad. Piensan que acudirán más de setenta personas y estamos empezando a ponernos un poco nerviosas.

Esta tarde hemos tenido un ensayo en el salón social, y al llegar nos preguntábamos cómo saldría todo. Los salones no son como las iglesias, y la música que hemos cantado no se parecía en nada al *Ave María*. Pero estábamos emocionadísimas. Qué mejor manera de animarnos después de limpiar primero los destrozos de Chilbury y después los más grandes en Litchfield.

—Hola a todas —dijo jovialmente la señora Tilling—. Comencemos por ponernos en nuestros puestos, ¿de acuerdo? Todo el mundo al escenario.

Agitó las manos para meternos prisa, y luego se puso a colocarnos.

—Las sopranos a la derecha, contraltos a la izquierda —nos gritaba, y luego se dedicó a colocar a las más bajas delante, empujando a las altas, incluida una aturdida señora B, hacia atrás. Luego se apartó unos pasos del escenario para admirar su obra, regresando un par de veces para realizar pequeños reajustes.

—¡Perfecto! —anunció finalmente, y nos entregó unas hojas a cada una. Eran las obras maestras de Kitty y Silvie. Habían logrado meter las letras de veinte canciones en dos folios, y luego habían hecho un montón de copias.

Empezamos cantando con los discos del gramófono, como hacíamos en Chilbury Manor, y hubo un montón de errores con las letras.

—No os preocupéis si todavía no tenéis muy ajustadas las letras con la música —dijo la señora Tilling—. Por ahora nos apañaremos así. Recordad que podéis practicar solas en casa, y que el miércoles tendremos un ensayo general.

Kitty tiene un solo maravilloso, *Somewhere over the Rainbow*. Lo cantó a la perfección en el ensayo, lo cual no es sorprendente porque desde el domingo no oímos otra cosa en casa.

Luego la señora Tilling se adelantó y dijo:

—Me gustaría pedir a Venetia que también cante un solo. ¿Lo harías por nosotras?

Estaba desconcertada.

—Bueno, lo intentaré —dije, insegura.

Me dio la partitura de una canción que cantamos en casa la semana pasada, *Blue Moon*. Me empezaron a temblar los dedos mientras miraba la letra. Trata de una chica, como yo, que ahora está sola, como yo, esperando a alguien nuevo. Esta última parte no coincide con mi historia, y se me humedecieron los ojos. No quiero a alguien nuevo, quiero que vuelva Alastair. Sé que es un canalla, y que me convendría desear no ver su cara nunca más, pero no puedo olvidarlo. No quiero olvidarlo.

—No tienes que cantar si no quieres, Venetia —dijo con ternura la señora Tilling, extendiendo la mano para recuperar la partitura.

—No —dije, poniéndome firme—. Puedo hacerlo.

Y eso hice. La señora Quail comenzó con la introducción y

canté, bajito y claro, llenando el salón con mi voz. Todo el mundo aplaudió y me animó al terminar, así que debí de hacerlo razonablemente bien. He estado ensayando en casa, y creo que el sábado me saldrá bien.

Después de eso, me dirigiré a Londres, tú y yo nos divertiremos como en los buenos tiempos, y espero empezar a olvidarme de Alastair. ¿Te importaría si me quedo contigo hasta que encuentre un sitio para vivir?

Con mucho amor,

Venetia

*Carta del coronel Mallard a su hermana, la señora Maud Green, en
Oxford*

*Ivy House,
Litchfield Road,
Chilbury;
Kent*

Martes 20 de agosto de 1940

Querida Maud:

Parece que van a trasladar mi departamento a Londres debido a que una bomba destruyó por completo toda nuestra oficina. Mi escritorio está hecho astillas, y me cuesta imaginar en qué estado me encontraría ahora de haber permanecido en él durante el bombardeo. Tienen previsto comenzar con el traslado en cuanto encuentren alojamiento. Me han dicho que somos prioritarios, que podría ser ya la semana que viene.

Todavía tengo que contárselo a mi casera, la señora Tilling. Estoy seguro de que le molestará tener que buscar a un nuevo inquilino para su cuarto, aunque ahora que han bombardeado Litchfield Park y con el frente en Kent, probablemente se podrá ahorrar el esfuerzo. Sé que echará en falta tener compañía, sin

embargo, y me preocupa cómo sacar el tema. Nos hemos hecho buenos amigos, entre tanta cena improvisada en la cocina y las esperas en el sótano durante los bombardeos. Debo confesar que echaré de menos nuestras charlitas.

Sin embargo, la guerra sigue, y debemos estar preparados. Te volveré a escribir cuando tenga una nueva dirección que mandarte. Di a las niñas que las quiero.

Con mucho amor,

Anthony

Diario de la señora Tilling

Miércoles 21 de agosto de 1940

¡El Coro Femenino de Chilbury volverá a actuar! Vamos a cantar en un concierto en Litchfield este próximo sábado. Muchas de las mujeres se molestaron cuando se canceló el concurso de coros, pero ahora vamos a tener un escenario solo para nosotras. ¡Qué maravillosa idea tuvo Kitty!

El ensayo nos fue bastante bien, aunque espero que algunas practiquen un poco más. Nuestro plan es empezar a las siete. Actuaremos durante una hora solas y después haremos canciones conocidas por todos para que puedan cantar con nosotras, como *My Old Man Said Follow the Van*, *Roll Out the Barrel* y *We're Going to Hang Out the Washing on the Siegfried Line*. La iglesia dijo que podría ofrecer un té para después, pero no cuento con ello. Al terminar, bueno, de vuelta a casa y a la realidad.

El coronel tiene que trasladarse a Londres, probablemente la semana que viene o la siguiente. Me lo contó anoche, durante la cena, sentados a la mesa de la cocina. Solo teníamos sopa de rabo de buey y algo de pan con mantequilla, pero no parecía importar.

—Yo preferiría seguir aquí, ya sabe —dijo, con aspecto alicaído—. Me ha terminado gustando, la verdad.

—Sí, supongo que yo también me he terminado acostumbrando a su presencia.

—¿De verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿me echará de menos?

—Pues claro que sí.

Seguí tomando mi sopa, aunque él había posado su cuchara.

—¿Me escribirá? —preguntó temeroso.

—Pues claro —contesté—. Me encanta escribir cartas. Espero que me conteste, que me cuente cómo van las cosas en Londres, si vamos a ganar la guerra, ese tipo de cosas.

—No, lo digo en serio —replicó con más calma, seriamente.

—Yo también.

Nos contemplamos durante unos instantes, con la cuchara a medio camino de mi boca, y de repente sentí como si estuviéramos en una especie de campo de batalla. Estaba claro que yo le gustaba, y que él me gustaba a mí. Nos habíamos acostumbrado a estar juntos, a llenar los vacíos de espacio entre nosotros con consuelo y apoyo, conversación animada y chachara, sentimientos fugaces de pasión e incluso amor. Sabía que él también lo sentía. Se había ido tejiendo a nuestro alrededor a la vez, al unísono, y cada movimiento de uno acercaba más al otro, y viceversa.

Sacó un regalo para mí. Un regalo de «agradecimiento por tenerme en su casa», lo llamó. Arranqué el envoltorio de papel de periódico y contemplé un camisón nuevo, suave y azul.

—Gracias —dije, avergonzada al pensar en mi viejo y ajado camisón marrón, preguntándome cómo habría encontrado un artículo tan bonito en medio de la guerra.

—Oh, no es nada. Me fijé en que el suyo viejo estaba, bueno..., viejo —murmuró, también cohibido.

Después de la cena nos sentamos en el salón a escuchar las noticias en la radio, y luego puse en el gramófono unos discos de la colección de Prim que me había dejado Kitty. El primero se llamaba *Cheek to Cheek*, ese adorable número de baile que cantaba Fred Astaire. Para mi sorpresa, con los primeros compases, el coronel se puso en pie y me pidió que me levantara con él, ahí mismo, en el salón.

Al principio me reí.

—No sea ridículo.

—¿Por qué no? ¿Cuándo bailamos en estos tiempos? En cualquier caso, Dios sabe cuándo volveremos a tener ocasión de hacerlo.

Pensé en él viviendo en Londres, en la posibilidad de que a él también le ocurriera algo. Lo cerca que había estado de la muerte en Litchfield me dejó con un buen susto en el cuerpo. Empecé a pensar en que siempre me arrancan a todas las personas a las que quiero, una a una. Debió de ver mi cara, porque dijo:

—Deje de pensar en cosas tristes y disfrute del momento.

Me levantó de la silla y me atrajo hacia él, y comenzó a moverme con un galante vals por el reducido espacio. Me reí nerviosa. Era, sorprendentemente, un buen bailarín para ser un hombre tan grande y torpe. Con pies ligeros me guiaba por completo dando vueltas, con una mano plantada con firmeza en mi cintura y la otra agarrando mi fina mano. Soy de altura media, poco más o menos, así que mis ojos estaban a la altura de su pecho. Debíamos de tener un aspecto bastante cómico, girando en el pequeño cuarto oscuro, en nuestro propio mundo.

Cuando la música terminó, nos quedamos de pie en el centro de la estancia; el brillo rojo oscuro de las cortinas y de la alfombra era cálido, acogedor. Se apartó de mí y miró hacia abajo, ladeando un poco la cabeza, y supe que se disponía a besarme.

Me entró pánico y me aparté, aturullada. No es que nunca

haya pensado en él de este modo. O que nunca haya soñado con besarlo. Es solo que no lo veía sucediendo de verdad. Ahora me entró más pánico todavía. Quizá confundía mi miedo con que no tuviera ganas de besarle. ¿Qué pasaría si no quisiera volver a besarme nunca?

Así que contuve mi pánico, me alcé hacia él, envolví su cuello con mis brazos y lo atraje hacia abajo para que me besara. Fue todo un poco torpe, pero al final lo hicimos, y mereció la pena. Una increíble sensación de dicha y fortaleza inundó mi cuerpo. Nunca hubiera pensado que besarse fuera tan divino. Supongo que debía de haberlo olvidado, almacenado en una caja en mi cerebro con una gran etiqueta: «No abrir».

Pero ahora está abierta. Ha reventado del todo.

Seguimos besándonos un buen rato. Creo que él también debió de disfrutar, pues tenía un gesto soñador en los ojos. Nos quedamos hasta tarde, y dediqué poco tiempo a estudiar la música para el concierto.

¡Qué extraño giro de los acontecimientos! Quizá sintió que al marcharse tenía que afrontar la situación. Quizá quería ganarse mi afecto. Posiblemente haber estado cerca de la muerte en el bombardeo de Litchfield lo ayudó también a comprender algo. Quizá no había tenido el coraje para hacerlo y ahora, ya que la semana que viene no estaría, le resultaba mucho más fácil. Lo único que sé es que me alegro de que lo haya hecho. Pase lo que pase en el futuro, esa última noche será siempre nuestra, un solitario pedacito de cielo en este mundo caótico.

Diario de Kitty Winthrop

Sábado 24 de agosto de 1940

El concierto de canto de Litchfield

No habíamos ensayado lo suficiente, al menos dos sopranos habían caído enfermas por una mala tos, y luego, cuando llegamos al salón, estaba tan sucio y desastrado como una mansión abandonada.

Se nos cayó el alma al suelo.

—Bueno, hemos hecho bien en llegar pronto —dijo la señora Tilling, buscando escobas en unos armarios—. ¿Alguna se ha acordado de traer adornos?

La señora B había traído los banderines de colores de la fiesta de despedida de Henry, y se dedicó a repartirlos mientras daba órdenes:

—Será mejor que nos demos prisa si queremos que este sitio esté en condiciones de albergar un concierto a las siete.

Nos afanamos con prisas, y debo reconocer que a las siete menos cuarto el sitio tenía mucho mejor aspecto. Las guirnaldas rojas, blancas y azules animaban el ambiente, e hicimos varias cadenas de papel de periódico para rellenar. Colocamos las sillas para el público y luego nos situamos en

nuestros puestos a un lado del escenario a esperar, susurrando consejos de última hora para calmar los nervios.

Pero el salón permanecía desierto.

—¿Cuántos de esos carteles pegaste, Kitty? —me bramó la señora B desde los contraltos, como si el hecho de que todavía no se hubiera presentado nadie fuera enteramente culpa mía.

—¡Muchos más que usted! —le espetó la señora Tilling.

Todas estallamos en risitas. ¡Qué curioso ver a la señora Tilling cantando las cuarenta a la señora B!

Pero el reloj seguía avanzando y aún no había entrado nadie. Las filas de sillas que habíamos colocado parecían fuera de lugar, pues solo el bedel de la iglesia merodeaba por allí haciendo chapucillas con un martillo. Ya eran las siete menos cinco. No me podía creer que nadie quisiera venir a escucharnos. Había empapelado todas las farolas de la ciudad con mis carteles.

—Voy a hablar con el portero —dijo la señora Tilling—. Quizá la iglesia lo ha cancelado y se olvidaron de decírnoslo.

Bajó las escaleras laterales del escenario, recorrió el pasillo central y desapareció por la puerta que daba al vestíbulo.

—¡Al menos podrían haber tenido la decencia de comunicárnoslo! —dijo la señora B, sorbiéndose la nariz ligeramente, como si toda esta historia la estuviera superando.

De repente llegó un frenético alboroto desde la entrada y un torrente de gente surgió en el vestíbulo, algunos corriendo para conseguir un asiento cerca del escenario. El portero debía de haberse olvidado de abrir la puerta. Había una cacofonía de conversaciones, personas llamándose cuando habían conseguido asientos o al encontrarse con un vecino. Había mucha gente con uniforme militar, pero principalmente mujeres, como suele suceder en estos días. No me podía creer que estuvieran tan emocionados. ¡Todos habían acudido para oírnos cantar! Sentí mariposas recorriendo todo mi estómago. ¿Por qué había aceptado hacer un solo? ¿Realmente estaba

hecha para una vida sobre el escenario?

Al final, el salón se llenó hasta los topes y el portero cerró la puerta e indicó a la señora Tilling que ya se podía empezar. La señora Tilling se levantó y caminó con decisión hacia el centro del escenario, alzando los brazos para señalarnos que debíamos levantarnos y ocupar nuestros puestos. Tras una breve confusión en la que la señora Gibbs pisó el pie de la señora B, encontramos nuestros sitios. La señora Tilling miró con serenidad el vasto salón, esperando a que todo el mundo estuviera en silencio. Las voces se fueron apagando entre algunos «chists», y luego desaparecieron por completo, sobre todo cuando vi los ojos de la señora Tilling centrándose en un par de infractores y lanzándoles una mirada reprobadora.

Después se volvió hacia nosotras, alzó la batuta e indicó con vehemencia a la señora Quail que comenzara con la introducción de nuestra primera canción. Era una adorable pieza lenta de jazz titulada *Summertime*, y nos pusimos a mecernos ligeramente mientras cantábamos, pues resultaba muy soñadora. Disfrutábamos tanto del canto que creo que casi nos olvidamos del público que teníamos delante: cientos de rostros escuchando, algunos bamboleándose, otros siguiendo el ritmo con un pie, otros olvidando por un momento las bombas, la sangre y los cadáveres.

Al terminar hubo un estallido de aplausos, e incluso algunos silbidos. Sonreímos encantadas y luego vi a la señora Tilling indicando que era el momento de que Venetia cantase *Blue Moon*. Venetia había querido que yo fuera primero, pero la señora Tilling insistió: «Tienes una presencia maravillosa sobre el escenario, Venetia —le había dicho—. Quiero que salgas al principio».

—Buena suerte —le susurré mientras me retiraba a un lateral del escenario con el resto del coro—. Puedes hacerlo, Venetia.

Y entonces Venetia se quedó sola en la parte delantera del escenario. Parecía nerviosa, con su belleza, sus grandes ojos

azules mirando fijamente a la multitud, su vestido amarillo temblando un poco y los rizos de su cabello dorado acariciando sus hombros. Su boca cuidadosamente pintada estaba levemente abierta por el temor, y su pecho se agitaba por la respiración acelerada. Comenzó la introducción y Venetia estiró los dedos de las manos pegadas a sus costados y cantó las primeras notas de *Blue Moon*, al principio de un modo quedo y nervioso, pero luego creciendo en fuerza con los primeros versos. Lo estaba haciendo. Estaba cantando delante de toda esa gente.

Lancé una mirada a los rostros, que sonreían y disfrutaban, y sentí que mi hermana se sentía más cómoda y dejaba que su voz resonara en todo el enorme salón. Casi sin darme cuenta, ya estaba en la segunda estrofa, meneando un poco las caderas al cantar, sonriendo a la audiencia.

Entonces vi a alguien que me resultaba vagamente familiar.

Estaba de pie al *fondo*, situado a la derecha. Al principio no pude asegurarme con certeza de que fuera él. Parecía distinto. Tenía el pelo más corto, su atuendo era menos formal. ¿Sería una aparición?

Sonrió y le guiñó un ojo a mi hermana, de un modo lento y con mesura, y supe que en efecto era él. Que estaba vivo. Que había venido a buscarla.

Venetia dejó de cantar. Sus palabras se apagaron cuando lo vio. Vi la boca de él moviéndose, lanzando en silencio al aire: «Te quiero». «Yo también», le respondió ella muda sobre la multitud.

La señora Quail siguió tocando, aunque Venetia había dejado de cantar, así que mis pies echaron a correr rápidamente y atravesé el escenario hasta llegar a su lado, continuando donde lo había dejado. Se volvió y me miró, con ojos turbados, y se dirigió hacia los escalones para abandonar el escenario. Seguí cantando mientras ella se abría paso entre la gente, que se apartaba para dejarla pasar, abriéndole el camino, hasta que llegó junto al señor Slater.

Allí se quedaron, separados unos centímetros, mirándose, hasta que alguien la empujó y cayeron uno en brazos del otro, besándose como en las películas. Fue el momento más romántico que he visto nunca. Todo el mundo a su alrededor los jaleaba, y rápidamente el salón entero estalló en un rugido de celebración. En este mundo inhóspito, al menos nos queda una cosa: el amor.

Alastair tomó su mano y la condujo entre la muchedumbre hasta la puerta, y a continuación desaparecieron juntos en la noche.

Yo seguí cantando, pensando en que estaba sola, en el fin de mi futuro con Henry. Qué ridículo resulta todo ahora, qué embelesada estaba para hacer algo tan estúpido e infantil.

Pero entonces pensé en toda la gente maravillosa que había en mi vida: mamá de repente había vuelto a ser ella, Venetia se había convertido en una amiga, Silvie ya es parte de nuestra familia y Rose también, e incluso a Tom, de manera modesta y cariñosa, se le podía considerar un nuevo amigo. Y al coro, una familia de amigos y vecinos que se apoyan. Ya ves. Ya no estoy sola. Ninguna lo estamos.

La multitud rugía de placer cuando la canción llegó a su final. Me costó un minuto darme cuenta de que me estaban aplaudiendo a mí... Me había olvidado por completo de mis mariposas.

—Pasemos directamente a tu solo, Kitty —dijo la señora Tilling, indicando a la señora Quail que comenzara la introducción, y sin darme cuenta ya estaba sonriendo al público y esperando el momento de entrar. Era esa maravillosa canción ascendente, *Somewhere over the Rainbow*.

Tras los demoledores altos y graves de las primeras notas, el público expresó su visto bueno, y no pude evitar sonreír durante toda la canción, mientras las letras brotaban sin interrupciones de mi boca llenando el salón con una esperanza viva y radiante.

Al final, el aplauso estalló como un trueno, y la gente gritó

y silbó. Sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas. ¡Mi actuación había sido un éxito!

Al momento me vi rodeada por todo el coro, que me felicitaba mientras preparaba sus cuadernos para el resto del espectáculo. La señora Tilling cogió la batuta y nos lanzó hacia la siguiente melodía, otra pieza de jazz, y nos vimos meneando las caderas al ritmo de la música, acompañadas por la audiencia. Fue muy divertido. A continuación realizamos la sesión de canto con el público, y terminamos con una versión muy apasionada de *There'll Always Be an England*.

—Tenías razón, Kitty —dijo la señora Tilling, mientras seguían los aplausos y realizábamos una reverencia tras otra—. No hay nada como una buena canción para animarnos a todos.

—Gracias a usted, señora Tilling, por hacerse cargo del coro.

Los gritos de «Otra, otra» continuaron, y la señora B avanzó afanosa y dio un codazo a la señora Tilling.

—¿Les cantamos otra?

La señora Tilling miró nuestros ojos ansiosos.

—No veo por qué no hacerlo —dijo, y alzó su batuta una última vez—. Cantemos *The World Will Sing Again*.

La habíamos ensayado muy poco, pero era una de las canciones más lacrimógenas, pensando en los desconsolados, para infundirles una cierta esperanza. La señora Tilling esperó a que el salón estuviera en completo silencio para alzar su batuta y darnos la entrada. La cantamos con franqueza, dejando que la letra hablara por sí misma, esa entrelazada mezcla de desesperación y esperanza, de sueños rotos y sonrisas valerosas, de la noche más oscura siendo vencida con calma por la nueva luz de un amanecer. Fue un momento mágico, se habría oído un alfiler al caer del silencio que guardaba el público. Por respeto, me pareció, por todos los que habían perdido a alguien, o que tenían a sus seres queridos lejos, corriendo peligro.

Cuando terminamos, hubo un largo momento de silencio, una oración, quizá, antes de que comenzase un lento aplauso que se propagó por la atestada sala como una ola creciente. No hubo gritos ni silbidos, solo la densa resonancia de cientos de personas convirtiendo en sonido su apoyo a aquellos que habían perdido a alguien, a aquellos que no sabían cómo seguir adelante.

Cuando se fue apagando, acudimos para ver si había algún pisco (no lo había) y para saludar a la gente. Todo Chilbury había venido, incluido Henry (a quien Venetia y yo hemos rebautizado como el «Horrible Henry»), que conversaba animadamente con una mujer uniformada que se parecía a un bulldog especialmente salvaje.

—Es Lady Constance Worthing, la hija de Lady Worthing —susurró la señora Tilling, con una risita temblorosa en la voz—.

Me sorprende que Henry haya sucumbido a los deseos de la señora B.

—¿La está cortejando?

Me encontraba asombrada. No parecía su tipo en absoluto. ¡Ni siquiera podía estar celosa!

—Su enlace haría a sus familias realmente formidables. El dinero de los Brampton y el título de los Worthing —dijo con una risita, y comprendí que todo aquello le resultaba ridículo—. ¡Pero mira lo que tenemos allí!

Seguí su mirada y vi a Ralph Gibbs con nada más y nada menos que nuestra exciada Elsie.

—¿La está cortejando? —volví a preguntar.

—Eso parece —contestó.

Contemplamos cómo se inclinaba y le susurraba algo al oído, y los dos se rieron. Ella cogió su brazo y se lo llevó hacia la puerta. ¿Quién hubiera pensado que una chica tan guapa querría estar con un matón tan feo?

La gente se acercaba a felicitarnos y todos nos decían lo

maravilloso que había sido y lo agradecidos que estaban. Una mujer me habló de su casa, reducida a ruinas. Se había tenido que meter con sus cuatro hijos en la casa de una vecina desde entonces. Un montón de gente sigue viviendo en distintos edificios, durmiendo en el suelo. Las mantas escasean tanto como las chuletas de cerdo. Se han convertido en moneda de cambio, como los chelines o la plata. He decidido hacer una recolecta en Chilbury, y la señora Quail dijo que me ayudaría.

Tom estaba allí, con el pelo peinado por una vez, y bastante guapo.

—Has estado increíble, Kitty. Por organizado todo y por cantar tan bien.

—¿De verdad?

—Todo el mundo lo piensa —dijo, y todos a nuestro alrededor se pusieron a lanzar vítores. Fue un poco embarazoso.

—Yo tenía razón, ¿verdad? —añadió Tom.

—¿En qué? —pregunté, sin saber qué me esperaba.

—¡Al final eres la heroína!

Me incliné y le di un besito en la mejilla.

Entonces, papi apareció de la nada.

—¿Qué es todo esto? —gruñó—. Kitty, es hora de irse. Vamos. No tenemos todo el día. ¿Qué ha pasado con Venetia y ese maldito truhan? Voy a tener más que palabras con ellos cuando los encuentre. Tendría que haberle disparado cuando tuve la ocasión.

—No sabía que habías venido a oírnos cantar —dije, deseando que no lo hubiera hecho.

—Tenía que venir a ver qué desastre hacíais —rugió, y luego soltó una carcajada—. Pero la verdad es que no habéis estado tan mal. —Miró a su alrededor, avistando que no hubiera moros en la costa, en especial mamá o la señora Tilling—. Aunque espero que tus ambiciones se limiten a actos benéficos

locales, jovencita. No es adecuado que una Winthrop se dedique a los escenarios, ya sabes.

Le puse una sonrisa de oreja a oreja como la del gato de Cheshire.

—No te preocupes, papi. Sigo siendo tu muñequita —dije, y me escabullí dando saltitos entre la multitud.

Parece que, al final, he aprendido un par de cositas de Venetia.

Carta de Venetia Winthrop a Angela Quail

*Chilbury Manor,
Chilbury,
Kent*

Miércoles 28 de agosto de 1940

Querida Angela:

Sencillamente, ¡no me lo puedo creer! ¡Alastair ha vuelto, está vivo! Estoy fuera de mí de incredulidad, y todavía tengo que pellizcarme para asegurarme de que no es un sueño.

Todo sucedió la tarde de nuestro concierto. ¿Te puedes creer que yo estaba sola en el centro del escenario cantando *Blue Moon*? ¡Y todo el mundo estaba disfrutando! La multitud se mecía con la música, sonriendo, y me estaba empezando a acostumbrar a estar ahí arriba, cantando con más fuerza, cuando mis ojos se posaron en un hombre que permanecía de pie al fondo de la sala. Al principio pensé que lo estaba soñando, y luego que sería alguien que se le parecía, pero cuanto más se fijaban mis ojos en él, más segura estuve.

Era Alastair.

Seguía el recital con serenidad, una leve sonrisa en los labios, como siempre, y sentí que algo se derrumbaba y crujía

en mi interior. Paré de cantar, pare de respirar, como si hubiera visto un milagro. Por fortuna, Kitty se acercó a mi lado y continuó con la canción, mientras yo casi de un modo inconsciente recorría el escenario, bajaba las escaleras y atravesaba el gentío, como si el resto de las personas en la sala se hubieran desvanecido. Solo éramos él y yo, caminando el uno hacia el otro, mirándonos fijamente, y luego él me cogió entre sus brazos, tan reales.

Nos perdimos el resto del espectáculo, ya que desaparecimos en el exterior para dar un paseo juntos. La noche era cálida y agradable, el olor a edificios chamuscados todavía estaba presente en el aire, y la luna casi llena nos contemplaba suspendida entre los tonos púrpura sobre el horizonte.

—La canción estaba muy bien elegida —dijo Alastair, cogiendo mi mano.

Sentí esa extraordinaria sensación de felicidad inundándome por dentro. Sabía que debía ser cauta, pero no podía contenerme. Me había visto privada de algo tan crucial en la vida, y alguien acababa de devolvérmelo, recordándome cómo se siente una al ser feliz.

—*Blue Moon* —dije, mirando hacia la luna, y se me escapó una sonrisita—. Y ahora estás aquí. Encontrándome en mi soledad. Sobre un escenario, precisamente.

—Has estado fantástica —dijo, dirigiéndome hacia un parquecito con un estanque, bancos y parejas de cisnes metiendo sus cuellos entre las plumas, listos para dormir. Nos sentamos, cogidos de la mano, como una vieja pareja de vacaciones.

—Alastair —dije en voz baja, *mirando su mano* unida a la mía sobre mi regazo—, ¿dónde te habías metido?

—Por desgracia, tenía un trabajo que hacer —susurró, volviendo la cabeza para acariciar mi pelo con la nariz—. No quería irme, y no fui consciente de que me tendría que marchar con tanta prisa.

—Tiene que ver con el nazi del bosque, ¿verdad? — pregunté—. ¿Tenías miedo de que os descubrieran?

—No, Venetia —sonrió y me besó la mano.

Y entonces, me lo contó todo, pero me hizo prometer que guardaría el secreto, así que no debo contártelo, querida. Me limitaré a decirte que no es el malvado que yo pensaba. De hecho, es de los buenos.

Cuando terminó, pasé las yemas de mis dedos por el cuello de su abrigo, que era un poco más andrajoso que los trajes a los que me tenía acostumbrada.

—Pero ¿por qué me dejaste?

—Tenía que irme. Tenía que seguir a Progett. Él me condujo a los demás. Tenía que asegurarme de que los pillaba a todos.

—Y los disparos en el bosque aquella noche... —comencé a decir.

—Sí, eso fue un altercado entre el Viejo George y Progett. Lo vi todo mientras seguía a este último. —Luego añadió con una sonrisa—: Los dos son unos tiradores de pena, la verdad. No había la más mínima posibilidad de que se hirieran. Después de eso, ambos huyeron. —Hizo una pausa, mirando mi mano—. No tuve tiempo de despedirme, pero mi intención era volver en cuanto pudiera. Créeme, Venetia, no me hubiera marchado por ningún otro motivo.

—Pues se te da muy bien mentir, haciéndote pasar por artista. ¿Formaba parte de tu preparación para el trabajo? ¿Igual que seducir a las chicas guapas del pueblo?

—Vaya, Venetia. Fuiste tú la que me sedujiste, ¿te acuerdas? Y o intentaba mantener una distancia profesional. — Me lanzó una sonrisa cómplice.

De repente tuve la sensación de que no conocía en absoluto a ese hombre. Bueno, más bien lo conozco en un sentido, pero no sé los detalles de su vida, así que poco a poco empezó a contármelos. Es originario de Somerset, lo enviaron a un

internado y luego fue a Cambridge a estudiar filosofía, nada menos. Allí fue donde le plantearon «trabajar por el país», como él lo llama.

—Me mudé a Londres, y tengo un piso en Bloomsbury para descansar entre misión y misión. Desde la guerra, la actividad es mucho más intensa. Teníamos la sensación de que las cosas se iban a poner feas desde hace años, antes de que empezara la guerra, siguiendo el crecimiento militar de Alemania y su espionaje. Sinceramente, desde más o menos 1936, la guerra ya nos parecía casi inevitable. El Gobierno no nos hizo caso, claro —se rio—. Pero ahora sí.

Asimilé todo esto con cierta confusión, sobre todo cuando empezó a narrar los detalles más simples de su vida: que sus padres eran anticuados y estrictos, su pasión por la pesca, su hermano gemelo que murió cuando era niño, que nunca se recuperó del todo de aquello, «como si siempre me faltara alguien».

—Eso es lo que siento contigo —dije, viéndome tan alejada de este hombre nuevo—. Ya no tengo claro si sé quién eres. Es decir, ¿quién es mi Alastair Slater, el hombre del que me enamoré?

—Sigo aquí, Venetia —dijo, cogiéndome entre sus brazos—. Sigo siendo el hombre que te quiere a ti, a la Venetia de verdad. Sigo siendo el hombre al que le gusta preparar cenas a la luz de las velas para ti, y que ama el arte, la poesía y pintar tu retrato. Sigo siendo el hombre que quiere amarte y adorarte desde hoy en adelante. —Se detuvo, apartándose y mirándome—. Pero hay una cosa que debes saber.

Retrocedí de nuevo.

—¿Y ahora qué?

—En realidad no me llamo Alastair Slater. Ese nombre me lo pusieron para la misión.

—Entonces, ¿cómo te llamas? ¿Señor Don Nadie?

—No, me llamo John...

—... John MacIntyre —dijimos a la vez, y nos reímos.

—Como tu abuelo —dije, y saqué el magullado colgante que llevaba en un collar bajo mi vestido—. He pensado en él, ¿sabes?

A continuación le conté lo que había sucedido desde que se marchó, y se quedó horrorizado y asolado por la culpa.

—Ojalá lo hubiera sabido para que no tuvieras que haber pasado por todo eso. Siento muchísimo no haber estado ahí, y que te vieras obligada a acudir a ese canalla. —La luz de la luna se reflejaba en sus ojos—. ¿Serás capaz de perdonarme algún día?

A continuación tomó mi mano, le dio la vuelta y me besó en la palma.

—Venetia, querida, ¿me harías el honor de casarte conmigo? —me pidió, con una seriedad en los ojos que me hizo retroceder a aquel momento en que estábamos escondidos tras el árbol, sus dedos entrelazados con los míos, sus ojos tan tristes, tan intensos.

Con el corazón roto, sacudí lentamente la cabeza.

—Hay una guerra, y los dos tenemos unas vidas que vivir. En cualquier caso, necesito tiempo para conocerlo mejor, señor MacIntyre.

Dicho eso, me levanté del banco y le ofrecí mi mano, y continuamos nuestro paseo a la luz de la luna, con cuidado de no molestar a los cisnes.

Desde entonces hemos pasado todos los días juntos. Está de permiso mientras lo preparan para una nueva misión. No le permiten decirme adonde va, pero es en el extranjero y me ha prometido que no es peligroso, aunque no puedo concebir que no lo sea. Bueno, ¿qué lugar no es peligroso en estos tiempos? Se está quedando en un cuartel en Litchfield y pasa mucho tiempo aquí en Chilbury Manor. A mamá le parece bien porque dice que es bueno para mi salud.

Los dos nos vamos la semana que viene, él a su destino

secreto y yo a Londres. Me muero de ganas por estar allí contigo, Angie, para ser libre y llevar la vida que quiero. Me aterra pensar en que Alastair —quiero decir John, claro— se vaya, así que tendremos que estar muy entretenidas, ¿verdad? Eso es todo por ahora, mi querida Angie. Hasta que nos veamos la próxima semana.

Con mucho amor,

Venetia

Diario de Silvie

Miércoles 28 de agosto de 1940

Hubo un concierto de canto y todo el mundo se unió. Eran canciones tontas, como *Run Rabbit Run* y *Knees Up Mother Brown*. Por eso hicimos un baile. La señora Tilling estuvo mal, pero la señora B lo hizo muy bien. Nos reímos porque fue muy divertido.

El brigadier ha dicho que me puedo quedar, así que soy parte de la familia. Llamo a la señora Winthrop «tía Lavinia», y Venetia y Kitty son ahora mis nuevas hermanas. Todo el mundo es muy bueno conmigo, sobre todo las mujeres del coro. La señora Poullice siempre me da una manzana y me regala una sonrisa especial.

Pienso mucho en mis padres. Quiero ir con ellos. Quiero verlos, abrazarlos. Es duro. Sueño con ellos y me despierto llorando. Kitty viene con su libro de mapas y planeamos nuestro viaje para después de la guerra.

Espero que se acabe pronto.

Diario de la señora Tilling

Miércoles 28 de agosto de 1940

¡M enudos días hemos tenido! El sábado pasado se celebró el primer concierto del Coro Femenino de Chilbury, y fue todo un éxito. El señor Slater, el de Venetia, volvió, y durante el concierto tuvieron un reencuentro extraordinario que se añadió al espectáculo de la velada. Desde entonces son prácticamente inseparables, aunque ella se va a Londres la semana que viene y él parte para el extranjero.

Carrington también estuvo en el concierto, y también lo van a enviar a Londres. Estaba muy feliz con la idea, y me susurró: «Va a ser maravilloso escapar del viejo», lo que me hizo reír.

Otra circunstancia divertida del concierto fue que Lady Worthing acudió con su espantosa hija, Lady Constance, que es tan mandona que le hace la competencia a la señora B, que la tiene en mente como nuera, solo porque posee un título nobiliario, claro está. Resulta cómico pensar en los dos juntos, la verdad. Tuve la ocasión de conversar un poco con ella tras el concierto.

«Siempre he considerado que el matrimonio no se diferencia mucho de adquirir un perro nuevo —me dijo, en voz alta y de un modo didáctico—. Hay que azotarles un montón hasta que consigues que hagan lo que se les pide». Se dio una palmada en el muslo con entusiasmo, y tuve que morderme el

labio para evitar soltar una carcajada.

Me moría de ganas por contárselo al coronel cuando volví a casa, pero no estaba. Supuse que se había quedado hasta tarde en el trabajo, pero sentí el frío de la soledad en la casa sin él, y mi pequeña anécdota perdió bastante de su encanto. Decidí dar una buena limpieza a la cocina en lugar de arrastrarme abatida a la cama, y no tardé en encontrarme sentada a la mesa de la cocina, preguntándome cuánto iba a echarle de menos. Para cuando entró por la puerta a la una, me encontraba en un estado bastante triste y lastimero.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo nada más entrar. Se agachó para darme un beso en la mejilla—. ¿Ha recibido malas noticias? —preguntó, preocupado por que hubiera recibido un telegrama sobre David, y me dio un nuevo ataque de lágrimas.

—Si llegara un telegrama sobre David, ¿quién estará aquí cuando usted se marche? —gemí—. Ya solo quedaré yo en esta vieja casa, con mis pensamientos. Me van a matar, ¿sabe? Exprimirán mi cerebro y se adueñarán de él, pensando en todas las cosas malas y sin dejarme hacer nada.

—Estará usted bien —dijo, acercando una silla y sentándose para poder rodearme con sus brazos—. Es usted una mujer fuerte, señora Tilling.

—Pero no quiero ser siempre la fuerte. ¿Quién puede serlo, en estos tiempos tan espantosos? Estoy enferma y cansada de guardármelo todo, de poner cara de valiente, de vivir una miseria interior tras una frágil sonrisa. Ya no va a funcionar más.

Permanecimos un par de minutos sentados en silencio, él frotándome los hombros y yo con la vista perdida, disfrutando una última vez de su calidez y consuelo antes de que se marche.

—Entonces, ¿por qué no se viene conmigo? —dijo con un tono absolutamente práctico, como si estuviera proponiéndome ir de picnic o pasar un día en la playa.

—No sea ridículo —balbucí.

—No veo por qué no. Verá, me han asignado un bonito piso en Londres, hay mucho sitio. Ahora mismo necesitan enfermeras en todas partes, así que encontrará un trabajo allí. Será como volver a empezar. Una aventura. Tendremos que casarnos, claro está, pero eso será fácil.

—No sea ridículo.

—Mírame, Margaret —nunca antes se había dirigido a mí por mi nombre, y me hizo sentir extraña, como si estuviera hablando a mi auténtico yo, la que llevo dentro, no la que anda por ahí animando a la gente y mejorando las cosas—. Lo digo en serio. Me encantaría que te casaras conmigo. Estos meses que hemos pasado viviendo juntos hemos sido felices, así que, ¿por qué dejarlo ahí? Te quiero.

De pronto me costaba respirar, así que decidí que era el momento de ordenar el armario de debajo del fregadero. Provocando un gran chirrido al arrastrar la silla, me dirigí con grandes zancadas al fregadero, me arrodillé y comencé a sacarlo todo.

—¿Acaso no me amas? —inquirió, poniéndose en cuclillas a mi lado y ayudándome a sacar un viejo cubo de metal bastante mugriento y lleno de agujeros.

—Pues claro que sí —contesté, sacando con cuidado una vieja cazuela de cuyo interior asomaban velas—. Pero no podemos casarnos así como así. ¿Qué hay de David? Cuando vuelva a casa no me va a encontrar.

—David ya es un hombre, aunque siempre será tu chiquillo. Puede venir a quedarse con nosotros cuando lo desee. No puedes seguir aquí sentada esperando a que vuelva a casa.

—¿Y qué pasa con tus chicas?

—Te adorarán. Como todo el mundo.

Me levanté a coger un viejo trapo con el que limpiar las baldas del interior del armario, luego me volví a arrodillar y procedí a darle un generoso frotado.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Mi independencia? ¿Mi hogar, mi pueblo? ¿Ivy House?

—Podemos volver a casa después de la guerra, si quieres. —Tomó mis manos entre las suyas, abriéndolas para que soltara el viejo trapo, que cayó al suelo—. No quiero adueñarme de tu vida. Solo quiero ser parte de ella. Vivir juntos, como hemos estado haciendo. Dos personas juntas, felices. —Respiró hondo, mientras sus dedos se entrelazaban con los míos—. Hay una guerra, y todo parece estar poniéndose mucho peor ahí fuera. Nunca se sabe lo que nos podría pasar. Necesitamos aferrarnos a toda la felicidad que podamos mientras todavía tengamos tiempo.

Me senté a contemplarlo durante un momento muy largo.

—Necesito pensarlo bien. No soy de esas personas que se lanzan directamente a algo nuevo. —Me incliné hacia él, colocando una mano tras su cuello y acercándolo a mí—. Pero aun así —comencé a decir, deteniéndome un momento ante la verdad que encerraban mis palabras—, creo que no soy capaz de dejarte marchar.

Permanecimos sentados un tiempo, en el suelo de la cocina, cogidos de la mano y besándonos, hablando sobre todo aquello —la guerra, David, sus chicas— hasta que las sirenas empezaron a sonar a eso de las dos, y nos dirigimos escaleras abajo al sótano.

Diario de Kitty Winthrop

Viernes 6 de septiembre de 1940

Una boda inesperada

¡Qué semana tan extraordinaria hemos vivido! Con una decisión sorprendente, la señora Tilling se casó ayer con el coronel en nuestra pequeña iglesia, y después se largaron a Londres. Ya sé que las bodas relámpago están de moda en estos tiempos, puesto que nadie sabe si seguiremos aquí la semana que viene, pero me ha impresionado que la señora Tilling diera un paso tan directo. Durante la ceremonia, se puso al frente del Coro Femenino de Chilbury para dirigirnos una última vez, y eligió *All Creatures of Our God and King*, con una magnífica sonrisa que cruzaba su rostro mientras cantábamos los versos:

Thou burning sun with golden beam,

Thou silver moon with softer gleam [Nota 10](#)

A continuación, mamá dio una fiesta improvisada para ellos, unos sándwiches de pepinos y una tarta acartonada, como

siempre. Sin embargo, había cierto ambiente de jovialidad en el aire, como si nuestro coro se sintiera en cierto modo responsable de ofrecer a la señora Tilling la oportunidad de empezar una nueva vida.

—Es lo que hay que hacer en estos tiempos, Kitty —me dijo al darme un beso de despedida—. Tienes que encontrar tu sitio en este mundo, donde seas feliz, donde puedas ser útil. Y no tener miedo al cambio.

—Pero puede ser útil aquí en Chilbury —le dije—. No hace falta que se vaya a Londres.

—He hecho lo que he podido aquí, y ya es el momento de irme a ayudar en otra parte. —Sonrió de un modo que creo no haberle visto nunca, no con su habitual sonrisa comprensiva, o con su sonrisa de cortesía, sino con un nivel mucho más profundo de sonrisa, como si irradiara la fuerza de los rayos del sol atravesando un cielo tormentoso.

—La vamos a echar de menos. Me escribirá, ¿verdad?

—Pues claro. Tienes que encargarte de mantener el coro en marcha. Sé que lo harás, aunque en cierto modo parece mucho pedir a una chica de trece años.

—Tengo casi *catorce* —repliqué—. Y tengo pensado hacer cosas grandes y mejores con el coro. Espere y verá.

El Coro Femenino de Chilbury

Ahora que la señora Tilling se ha ido, el coro ha votado que yo asuma la planificación de los conciertos, lo cual es un honor extraordinario. Para su gran alivio, la señora B fue finalmente elegida para dirigir, de modo que ella y yo nos hemos convertido en todo un equipo, y visitamos las ciudades bombardeadas para ofrecer nuestros servicios. ¿Te puedes creer que el alcalde de Dover nos ha pedido que actuemos en

su ciudad? Han sido el objetivo de una gran cantidad de bombas y cientos de personas se han quedado sin hogar. La señora Quail y yo hemos empezado a recoger mantas para ellos.

Estoy segura de que habrá más lugares que necesiten nuestras mantas y conciertos de canto pronto, pues parece que hay una oleada interminable de aviones nazis que vienen a bombardearnos frente a la fiera resistencia de nuestros Spitfires. Dicen que cuantos más derribemos, menos posibilidades hay de que nos invadan, así que lo estamos dando todo.

Las nuevas incorporaciones

Ahora que tenemos dos bebés en Chilbury Manor, mamá y el aya Godwin están muy atareadas. Mamá está encantada, por supuesto. Son como gemelos, ya que nacieron el mismo día, aunque no podrían ser más distintos. Rose es muy alegre y angelical, y Lawrence es pequeño y desconcertante. Silvie ayuda a atenderlos, dice que le recuerda a cuando cuidaba de su hermanito. Todavía tiene ese aspecto melancólico, pero ya habla más, y está intensamente unida a mamá. Silvie y yo hemos estado ocupadas planeando nuestra expedición por Europa después de la guerra para buscar a sus padres y a su hermano. Ha dicho que me va a enseñar su vieja casa y su barrio, y ha empezado a contarme más cosas de su vida y lo hermosa que era antes de que comenzara esta horrible guerra.

Noticias de la tienda

La tienda del pueblo volvía a ser un hervidero de noticias

esta mañana. Ralph Gibbs ha comprado la vieja mansión al otro lado de la plaza, Tudor Grange. Debe de haber costado un pastón, y nadie sabe de dónde ha sacado el dinero, seguro que el estraperlo no da para tanto. Ahora es todo un potentado en el pueblo y la señora Gibbs dice que va a vender la tienda. Elsie está pegada a él y la atracción ahora es más evidente. No puedo evitar preguntarme si tendrá algo que ver con el dinero que encontramos con Tom.

La marcha de Tom

Por desgracia, Tom vuelve a Londres porque empieza de nuevo el colegio (igual que nosotros en Litchfield). Ha prometido que me escribirá, y si no lo hace me enfadaré muchísimo, pues Silvie y yo nos hemos encariñado mucho con él. Dice que él también nos va a echar mucho de menos, y que volverá el año próximo, si no viene antes de visita.

La recién llegada

Tenemos a una nueva persona en nuestro pueblo, y menudo personaje es también, con una melena ondulada hasta el hombro echada para atrás como si hubiera pasado mucho tiempo en un acantilado muy ventoso o se hubiera llevado una tremenda sorpresa. Es mayor que Venetia, quizá incluso tenga treinta años, y es más alta, lleva una falda de *tweed* y se pasea por ahí mirándolo todo con resuelto interés, como un caballo desbocado.

—Soy periodista —nos dijo con un tono nasal típico de la clase alta—. Me encargo de desentrañar las historias reales que hay detrás de la guerra. Las historias de nosotras, las mujeres,

abandonadas a nuestra suerte en estos pueblecitos para que nos las apañemos solas y sobrellevemos la devastación. Cómo nos unimos para ayudar a la patria en el conflicto.

Obviamente, me presenté de inmediato.

—Permítame que le enseñe este sitio —proclamé, cogiéndola del brazo y llevándola a ver las ruinas de Church Row—. ¡Como puede ver, hemos tenido un buen veranito por aquí!

—¿Ahí fue donde cayeron las bombas? —preguntó, poniéndose sus gafas de montura negra y sacando un cuaderno de su voluminoso bolso de cuero.

—Sí, murieron dos mujeres, y otra resultó gravemente herida. Una de las fallecidas era nuestra espléndida directora del coro, y la otra nuestra maravillosa maestra. Por suerte, su bebé fue rescatado con vida.

Giró el rostro hacia mí.

—¡Fascinante!

Miró alrededor y me llevó al banco de madera junto al estanque de los patos, mientras el sol de septiembre, con sus relucientes rayos dorados, iba amarilleando las hojas.

—Cuéntame más. ¿A qué hora sucedió? —preguntó.

—A eso de las once y media.

—¿Era una noche despejada?

—De luna creciente, creo.

Permaneció un momento embelesada, murmurando para sí misma:

—La luna rutilante en la negrura de un cielo despejado, las estrellas titilantes cual miríada de testigos inocentes.

—Suenan muy bonito. —Suspiré—. Debe de ser maravilloso escribir así.

—Puedo enseñarte, si tienes tiempo —dijo, y me quedé paralizada cuando se levantó de su asiento y comenzó a

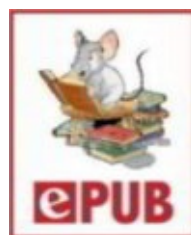
pasearse por el estanque garabateando con su bolígrafo—. Pero primero quiero que me cuentes cómo se las apañan las mujeres con la guerra.

—Bueno, creo que no lo llevábamos nada bien, hasta que un día de primavera llegó la nueva directora del coro y nos puso a cantar otra vez. Resucitó el coro, convirtiéndolo en uno exclusivamente para mujeres. El Coro Femenino de Chilbury. Al principio parecía una idea imposible, pero luego ganamos un concurso y nos dimos cuenta de cuánto habíamos mejorado, y de que podíamos convertirnos en un espectáculo de canto con fines benéficos, o en lo que quisiéramos. Bueno, después todas comenzamos a mirar a nuestro alrededor y comprendimos que podíamos hacer un montón de cosas mejor nosotras solas, o ayudándonos unas a otras, y juntas nos hicimos más fuertes, mejores. Una fuerza que tener en cuenta.

La mujer me contemplaba, y luego miró hacia la desvencijada iglesia.

—El Coro Femenino de Chilbury. Suena bien.

—Sí —asentí, sonriente—. El grupo de mujeres más inspirador que se pueda imaginar.



Nota 10

«Tú, ardiente sol con rayos de oro, / tú, luna de plata con suave brillo.» (N. del T.)

[Volver](#)

Agradecimientos

Mi alegre abuela, Mrs. Eileen Beckley, siempre nos entretenía con sus divertidísimas batallitas de la guerra, la mayoría de ellas cómicas o picantes, y algunas conmovedoras, sobre las terribles y tristes realidades. Pero sobre todo, sus historias mostraban cómo se unieron las mujeres para trabajar duro y mantenerse alegres, formando el sólido Frente Interno, que desempeñó un papel crucial en la guerra. Mi mayor gratitud va para ella y para las mujeres que pelearon entre las bombas y el dolor. Este libro está dedicado a todas ellas.

A comienzos de la guerra se puso en marcha una organización conocida como Mass Observation, que animaba a personas corrientes a escribir diarios y memorias y enviarlos a los cuarteles, donde algunos eran publicados en un boletín. Estos diarios llenaron muchos vacíos del concepto que yo tenía de los años de la guerra, sobre todo uno de Nella Last, a quien doy las gracias, así como a sus compañeras escritoras, por permitimos contemplar no solo sus vidas, sino también sus mentes y corazones. Cartas, biografías y memorias también nos han ofrecido detalles de esa época, y doy las gracias a sus autores, así como a aquellos con los que he hablado en persona sobre el tema. Me he documentado con un montón de libros sobre mujeres en la guerra, y con libros y artículos escritos durante esa época. *Henrietta's War*, de Joyce Dennys, incluye historias de un maravilloso ingenio escritas por una periodista de la época, y me fue de gran utilidad para tomar el pulso a la voz y el espíritu de aquel tiempo.

Desde que este libro se convirtió en una obra en proceso de

elaboración, una multitud de gente ayudó a verlo nacer. Gracias de todo corazón a mi querido grupo de críticas, Barb Boehm, Emmy Nicklin y Julia Rocchi, por ofrecerme excelentes críticas y mucho vino y calor para ayudar a superar el reto. También a mis profesores en Johns Hopkins, sobre todo a Mark Farrington, cuya intuición para argumentos, personajes y narración es bien conocida, y también a David Everett, Ed Perlman y Michelle Brafman. Otras personas que contribuyeron con información, historias personales o ayudaron en el camino fueron Irene Mussett, Jerry Cooper, David Beckley, Chris Beckley, Louise y Charlie Hamilton Stubber, Cheryl Harnden, Colin Berry, Breda Corrish, Annie Cobbe, Elaine Cobbe, Lorraine Quigley, Seth Weir, Douglas Rogers y Grace Cutler.

Desde la primerísima vez que hablé con mi estupenda editora en Crown, Hilary Rubin Teeman, me quedé sorprendida por su intuitiva comprensión del libro. Su visión y excepcional talento editorial han hecho de *Las chicas del coro* el libro que es hoy. Muchas gracias por todo tu trabajo y experiencia. Mis gracias se hacen extensivas a la editora Molly Stem y a toda la gente de Crown: Annsley Rosner, Rachel Meier, Maya Mavjee, David Drake, Kevin Callahan, Rachel Rokicki, Amy J. Schneider, Patricia Shaw, Heather Williamson, Sally Franklin, Anna Thompson. Y mención especial para Rose Fox por toda su ayuda. Gracias también a Mick Wiggins por la fascinante ilustración de cubierta para la edición americana.

Cassie Browne, mi excelente editora en Borough Press, me ha deslumbrado con su habilidad para sacar el verdadero potencial de un libro. Gracias por tu valiosa percepción y comprensión. Muchas gracias también a Kate Elton y Suzie Dooré, y al maravilloso, acogedor y entusiasta equipo de HarperCollins: Sarah Benton, Katie Moss y la excelente Charlotte Cray. Y por la ingeniosa cubierta, mi gratitud para el famoso ilustrador Neil Gower.

Mi magnífica agente, Alexandra Machinist, de ICM, combina de un modo realmente fascinante sabiduría editorial, instinto de publicista y un inmenso encanto. Gracias por tu dirección y

aguda experiencia. Gracias también a la inestimable Hillary Jacobson.

Especial gratitud para Karolina Sutton, mi brillante y distinguida agente de Curtis Brown en Londres. Gracias por tu tremenda habilidad y por tu apoyo. Mil gracias también a Sophie Baker, mi dinámica agente de derechos de traducción de Curtis Brown, y a mis editores de todo el mundo, como Martin Breitfeld, de Kiepenheuer & Witsch en Alemania, y Anne Michel, de Albin Michel en Francia.

Por último, a mi hermana Alison Mussett, gracias por tus ideas de un valor incalculable y por tu edición de primera. Oír tu voz reconfortante al otro lado del teléfono hace que este libro sea tan tuyo como mío. Más gracias de las que pueda pronunciar. Mi más cálida gratitud también para mi madre, Joan Cooper, por su apoyo incondicional y su atento ojo de lectora. Y para terminar, un millón de gracias a mi familia, Lily, Arabella y mi maravilloso esposo, Pat, sin los cuales este libro nunca se habría podido escribir.

Fin

Escaneo y corrección del doc original:



Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)



ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://www.recbib.es/book/buscadores>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://libros.wf/BibliotecasNacionales>

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.





ePUB

БНВ

